TUI T. SUTHERLAND

ALAS DE FUEGO

EL OSCURO SECRETO

LA SAGA QUE HA CONQUISTADO A **15 MILLONES** DE LECTORES

MOLINO

TUI T. SUTHERLAND

ALAS DE FUEGO

EL OSCURO SECRETO

LA SAGA QUE HA CONQUISTADO A 15 MILLONES DE LECTORES

MOLINO

TUI T. SUTHERLAND

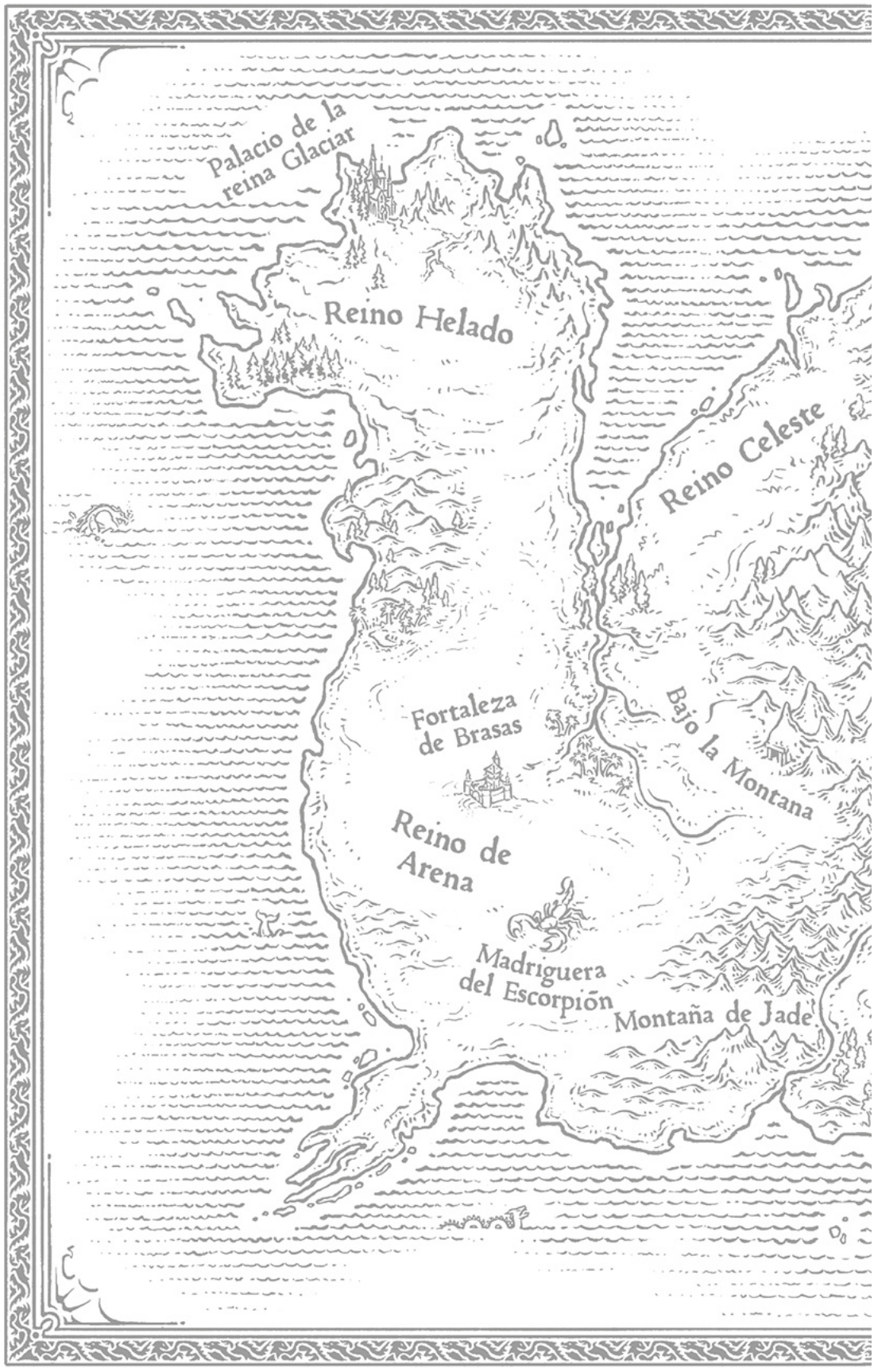
ALAS DE FUEGO

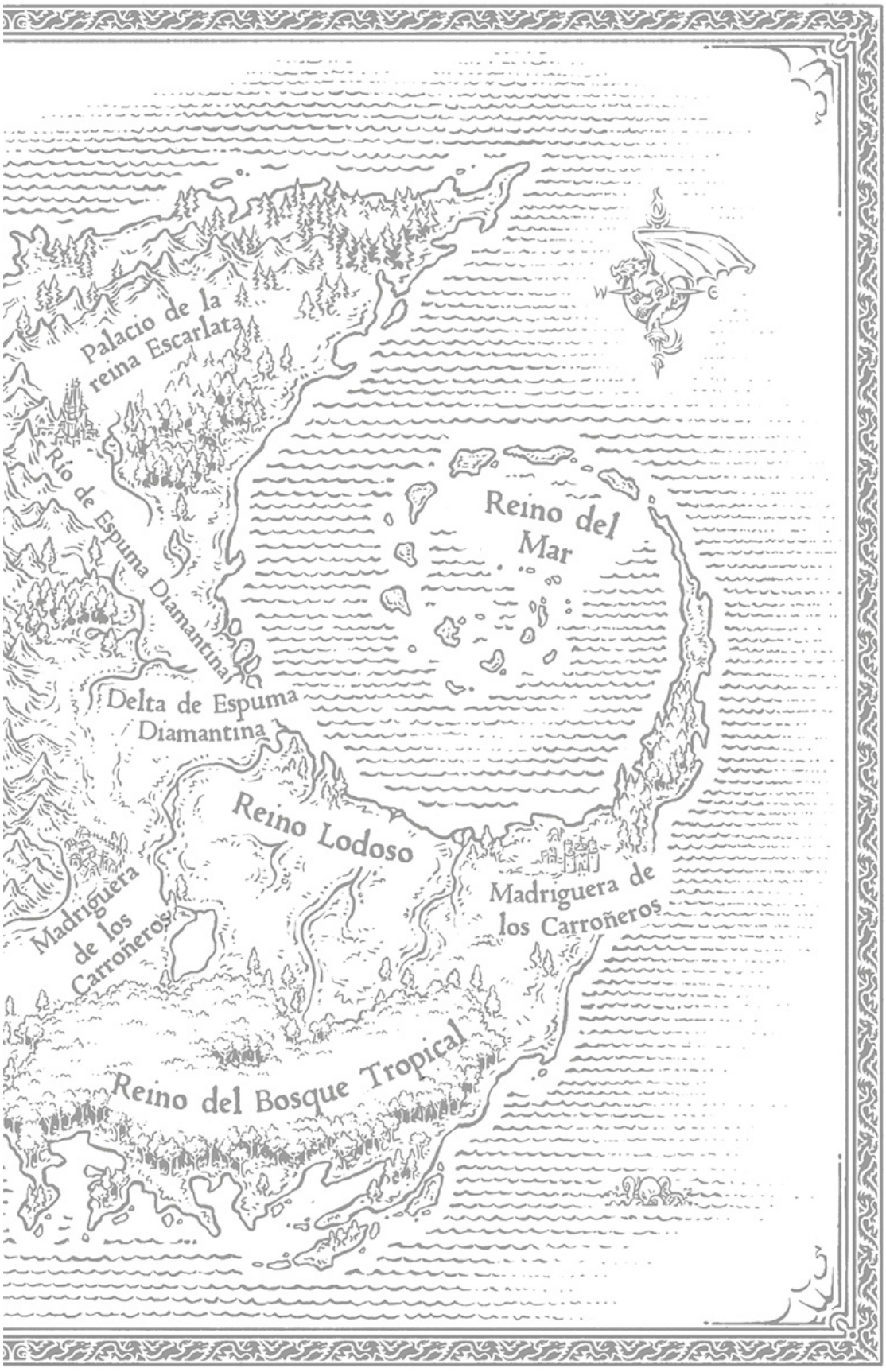
EL OSCURO SECRETO

TRADUCCIÓN DE LEARA MARTELL

MOLINO

PARA LA PRIMERA TRIBU DE JONAH Y ELLIOT:
WILLAMINA Y WYATT, ASHWIN Y SYRUS, LEO Y MAYA,
AMELIE, CHARLIE, ADAM, STELLA, RADY Y LYLA, SYLVIE
Y PENELOPE, CALVIN, EVIE Y JOSHUA, Y NOAH Y GRACE


Palacio de la reina Glaciar
Reino Helado
Reino Celeste
Fortaleza de Brasas
Bajo la Montana
Reino de Arena
Madriguera del Escorpión
Montaña de Jade

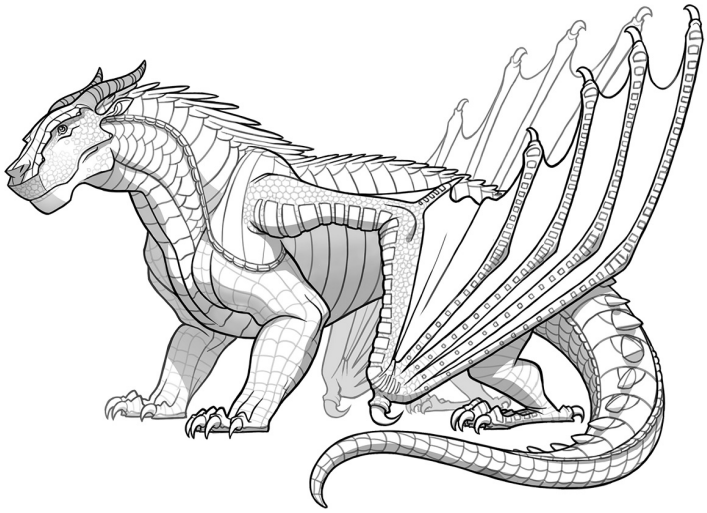

Palacio de la reina Escarlata
Río de Espuma Diamantina
Reino del Mar
Delta de Espuma Diamantina
Reino Lodoso
Madriguera de los Carroñeros
Madriguera de los Carroñeros
Reino del Bosque Tropical
W
E

GUÍA DE LOS ALAS
NOCTURNAS SOBRE LOS

DRAGONES DE PIRRIA

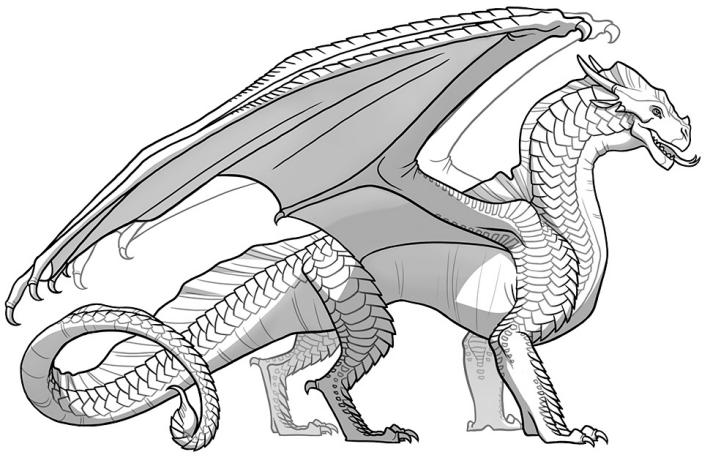
ALAS LODOSAS

Descripción: dragones fuertes con escamas marrones reforzadas con algunos reflejos dorados y ámbar. Grandes, de cabeza chata y con los orificios nasales en la parte superior del hocico.
Características: pueden respirar fuego (si alcanzan una temperatura lo bastante alta). Son capaces de aguantar la respiración casi una hora entera. Habitan en grandes charcos de lodo. Suelen ser muy fuertes.
Reina: la reina Gallareta.
Alianzas: actualmente, aliados de Brasas y los Alas Celestes en la gran guerra.



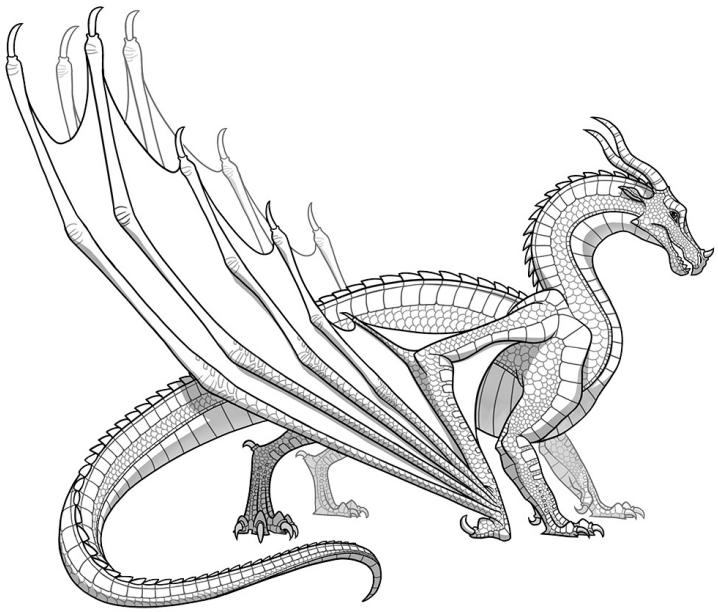
ALAS ARENOSAS

Descripción: escamas dorado claro o blancas, del color de la arena del desierto. Cola con púas venenosas. Lengua bífida negra.
Características: pueden sobrevivir largas temporadas sin agua. Envenenan a sus enemigos con la punta de la cola, como los escorpiones. Se entierran a sí mismos en las arenas del desierto para camuflarse. Respiran fuego.
Reina: desde la muerte de la reina Oasis, la tribu se dividió entre las tres rivales al trono: las hermanas Brasas, Ampolla y Llamas.
Alianzas: Brasas tiene de su parte a los Alas Celestes y a los Alas Lodosas, los aliados de Ampolla son los Alas Marinas y Llamas cuenta con el apoyo de la mayoría de los Alas Arenosas, además de haber formado una alianza con los Alas Heladas.



ALAS CELESTES

Descripción: escamas doradas, rojizas o naranjas. Alas enormes.
Características: poderosos luchadores y expertos voladores. Pueden respirar fuego.
Reina: la reina Escarlata.
Alianzas: actualmente, aliados de Brasas y los Alas Lodosas en la gran guerra.



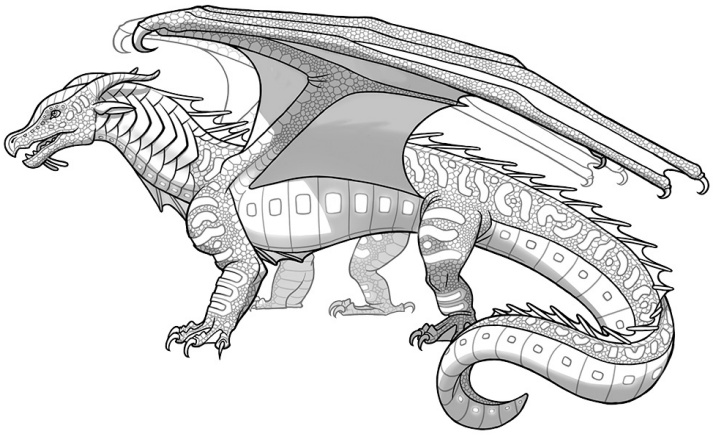
ALAS MARINAS

Descripción: escamas azules, verdes o aguamarina. Membranas entre las garras. Agallas en el cuello. Rayas en la cola/hocico/estómago que brillan en la oscuridad.

Características: pueden respirar bajo el agua, ver en la oscuridad, crear olas enormes con un solo golpe de su poderosa cola y son excelentes nadadores.

Reina: la reina Coral.

Alianzas: actualmente, aliados de Ampolla en la gran guerra.



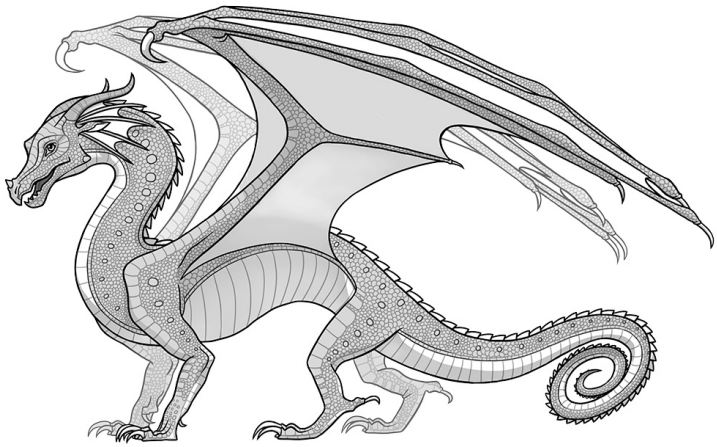
ALAS LLUVIOSAS

Descripción: sus escamas cambian constantemente de color. Suelen brillar como las aves del paraíso. Cola prensil.

Características: pueden camuflarse adaptando el color de sus escamas a aquello que los rodea. Usan la cola prensil para escalar. No se les conoce ningún arma natural.

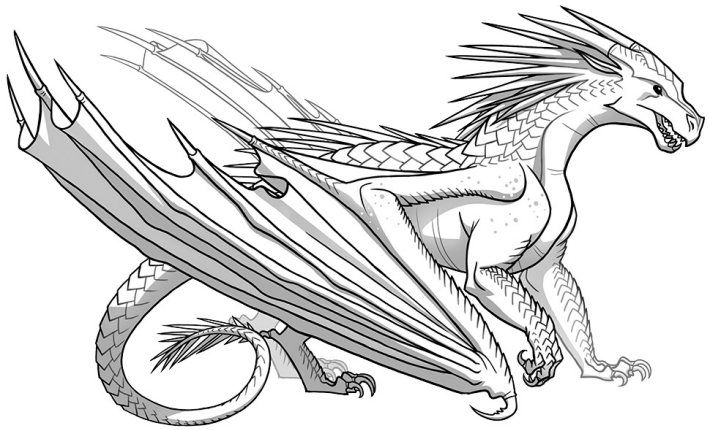
Reina: la reina Destello.

Alianzas: no participan en la gran guerra.



ALAS HELADAS

Descripción: escamas plateadas del color de la luna o azul claro como el hielo. Garras rugosas para sujetarse a las superficies heladas. Lengua bífida azul. Cola estrecha acabada en forma de látigo.
Características: pueden soportar temperaturas bajo cero y la luz brillante. Exhalan un mortífero aliento helado.
Reina: la reina Glaciar.
Alianzas: actualmente aliados de Llamas y la mayoría de los Alas Arenosas en la gran guerra.



ALAS NOCTURNAS

Descripción: escamas negras violáceas y, bajo las alas, algunas escamas plateadas diseminadas, como un cielo nocturno salpicado de estrellas. Lengua bífida negra.
Características: pueden respirar fuego. Desaparecen en las sombras oscuras. Leen la mente. Ven el futuro.
Reina: es un secreto celosamente guardado.
Alianzas: demasiado misteriosos y poderosos como para formar parte de la

gran guerra.

LA PROFECÍA DE LOS DRAGONETS

Cuando la guerra veinte años haya durado...
los dragonets se alzarán.
Cuando la tierra se empape de sangre y lágrimas...
los dragonets se alzarán.

Encuentra el huevo Ala Marina azul oscuro
y las alas de la noche vendrán a tu encuentro.
El huevo más grande de la más alta montaña
traerá consigo las alas del cielo.
Para unas alas de tierra, buscad en el lodo
un huevo del color de la sangre de dragón.
Y escondido de los ojos de las rivales reinas,
el huevo de Alas Arenosas aguarda a la espera.

De las tres reinas que hieren y queman y arden,
dos morirán y la otra aprenderá el juego:
si se inclina ante un destino poderoso e inabarcable,
conseguirá el poder de las alas de fuego.

Cinco huevos que se abrirán en la noche más brillante,
cinco dragones destinados a terminar la lucha.
La oscuridad se alzará para traer la luz.

Los dragonets se acercan...

PRÓLOGO

Los dragones de hielo aparecieron de repente.

Debería haber sido una noche tranquila. No tendrían que haberse topado con nadie que no fuera un Ala Celeste u otro Ala Lodosa de patrulla por la frontera de sus reinos entre las montañas. No se había producido ninguna batalla cerca de su villa desde la última en la que perdieron a Grulla, hacía ya dieciséis días.

Junco aún era incapaz de pensar en aquella batalla sin sentir un enorme vacío en su pecho. A veces, deseaba ser capaz de cerrar los ojos y dejarse engullir por aquel vacío para siempre, pero no podía hacerlo. Tenía a otros cuatro hermanos y hermanas que dependían de él por completo. Él era su líder, su alasgrandes... pese a ser consciente de que no debería serlo. Debería haber sido su hermano Cieno, cuyo huevo había sido robado antes de que todos ellos eclosionaran.

—¿Has oído eso? —susurró Pardo, que alzó el vuelo para ponerse a su lado.

Aunque fuera el dragón más pequeño de toda su tropa de hermanos Alas Lodosas, Pardo también era el más observador. Con el tiempo, Junco había aprendido que siempre merecía la pena hacerle caso.

—¿Qué? —le preguntó Junco también en un susurro, torciendo la cabeza y aguzando los oídos.

Sus alas aprovecharon las corrientes de aire mientras ambos se elevaban y Junco estudiaba las formas oscuras y dentadas de las Garras de las montañas Nubosas. No vio ningún movimiento ni batir de alas. Aun así, se giró para asegurarse de que sus hermanos y hermanas seguían a salvo y los llamó con un movimiento de la cola, apremiándolos para que se acercaran. En un momento, Faisán, Sora y Pantano ya volaban en formación detrás de él.

—Me ha parecido oír un siseo —dijo Pardo—. Muy cerca.

Junco miró reticente la sombra de los árboles que cubrían la ladera de la montaña situada a sus pies. Cualquier cosa podía esconderse entre ellos. Pero lo único que podía oír era al general de los Alas Arenosas gritar con fuerza más adelante como si «patrullar con sigilo» fuera solo una forma de hablar.

—¡Moveos, Alas Lodosas! —bramó el dragón de arena. Su escuadrón de siete Alas Arenosas, todos ellos ferozmente leales a la Reina Brasas, planearon tras él, gruñendo—. ¡Quiero terminar de una vez con esta patrulla y dormir un poco!

—Seguramente no fuera nada —le dijo Pardo a Junco.

Y justo en ese momento los nueve dragones de hielo salieron del bosque y atacaron a los Alas Arenosas.

Todo ocurrió demasiado deprisa. Fue todo tan calculado y tan repentino que dos Alas Arenosas se precipitaron al vacío dando vueltas con las alas despedazadas y las gargantas chorreando sangre antes de que Junco pudiera procesarlo y darse cuenta de que, en efecto, los estaban atacando.

Pantano lanzó un grito de terror y tiró de Junco; casi le hace perder el vuelo. Pantano no había terminado de recuperarse de su primera batalla, donde había visto morir a su hermana Grulla justo delante de sus ojos.

«Tengo que hacer algo con Pantano —pensó Junco—. Pero ahora no».

—¡Pantano, tienes que recomponerte! —le gritó, mientras soltaba su ala de un tirón—. ¡Venga, rápido! ¡Tenemos que ayudar!

Vio la duda reflejada en las caras de sus hermanos y hermanas y se descubrió a sí mismo preguntándose (otra vez) qué haría Cieno en aquella situación y si todos habrían sido más felices y habrían estado más a salvo siguiéndolo a él... En ese momento se preguntó también si *ellos* estaban pensando lo mismo.

Pero nadie se atrevió a decir en voz alta lo que todos debían de estar pensando: «Es una misión suicida. ¿Qué tipo de ayuda podemos prestar? No quiero perder a otro hermano». En vez de eso, se pusieron en formación detrás de él y se lanzaron hacia la pelea de dragones.

Junco odiaba luchar contra dragones de hielo. Sus garras serradas parecían ser diez veces más afiladas que las garras normales, y sus finas colas en forma de látigo dejaban marcas que escocían en el hocico y las alas. Aunque lo peor no era eso, sino su aliento, que con solo respirarte al lado podía matarte.

Le lanzó una llamarada de fuego a la Ala Helada más grande, que sujetaba al general de los Alas Arenosas. La dragona apretó la mandíbula y le enseñó los dientes, con un siseo, pero estaba demasiado ocupada con el Ala Arenosa como para atacar a Junco. Giró en el aire, arremetiendo contra las escamas blanco-plateadas al mismo tiempo que otro Ala Helada atacó su costado. Se agarraron con fuerza uno al otro con las garras durante un momento, con el viento silbando entre las alas. Al final, Junco consiguió lanzar otra bocanada de fuego y el Ala Helada se alejó, evitando por muy poco una nariz chamuscada.

Junco divisó a un Ala Helada que volaba directo hacia Pardo y consiguió apartar a su hermano, recibiendo la peor parte del impulso del dragón blanco contra su pecho. Al retroceder, vio a otra Ala Helada rodear con sus peligrosas garras el cuello de Sora. Junco rugió con furia. Faisán apareció en aquel instante, apartando a la Ala Helada de Sora, pero la dragona de hielo volvió a dirigirse hacia ellos con la boca abierta, lista para disparar su aliento helado.

«No puedo perder a nadie más —pensó Junco—. No podría soportarlo». Embistió contra el lateral de la Ala Helada y le rajó la garganta con las garras justo cuando ella estaba a punto de lanzarle su aliento helado. Ella abrió los ojos, sorprendida, y soltó un gorgoteo agonizante mientras la sangre manaba de sus heridas. Cuando la soltó, la soldado Ala Helada cayó al oscuro bosque; movía las alas débilmente, como si de un saltamontes moribundo se tratara.

—¡Retirada! —tronó una voz de repente. El corazón de Junco saltó de alegría, pensando que por fin los Alas Heladas se habían rendido, pero entonces reparó en que el grito procedía del general de los Alas Arenosas —. ¡Retirada! —gritó de nuevo el dragón de arena.

Junco estaba seguro de que podrían vencer a los Alas Heladas si seguían luchando, pero no merecía la pena correr el riesgo. Cada segundo era una nueva oportunidad para que un Ala Helada matara a alguno de sus hermanos o hermanas. Una retirada significaba mantenerlos a salvo.

—Retirada —repitió las palabras del general, mientras agarraba a Pardo y lo hacía retroceder—. ¡Apártate! ¡Faisán, tú también!

Inspeccionó las formas que luchaban a la luz de la luna y divisó a su tropa: todos seguían vivos. Al menos, por ahora.

Su hermana hundió los dientes en el antebrazo de su oponente y él la soltó con un chillido de dolor. En un abrir y cerrar de ojos, estaba de nuevo al lado de Junco y ambos emprendieron el vuelo con Pantano, Sora y Pardo junto a ellos.

Junco vio a los Alas Arenosas volar hacia las montañas. La mayoría de los Alas Heladas los siguieron. Solo dos de ellos se volvieron para perseguirlos a él y a sus hermanos.

—¡Por aquí! —gritó, volando hacia el bosque. Si los Alas Heladas podían esconderse allí, ellos también. No tenía por qué seguir a los Alas Arenosas que, seguramente, huirían al Palacio Celeste. Además, Junco no quería conducir a los Alas Heladas hasta su pueblo.

Unas ramas de pino le golpearon la cara en cuanto llegó a los árboles. Sus hermanos y hermanas habían practicado una formación como aquella, zigzagueando por todo un frondoso bosque, sin separarse los unos de los otros. Junco tenía que confiar en que todos recordarían que debían quedarse cerca de él.

Oyó el sonido del batir de alas a su espalda y se aventuró a echar un vistazo de reojo. Incluso en la oscuridad reconocía el vuelo característico de sus hermanos. Todos estaban con él. Debía ser el Ala Helada que se había quedado atrapado en las ramas más altas de los árboles.

Junco echó un vistazo y aterrizó. Los otros le siguieron e inmediatamente estiraron sus alas planas, convertidos en enormes charcos de oscuridad en el suelo del bosque.

Se hizo el silencio. Nadie se atrevió siquiera a respirar. Las ramas crujieron por encima de sus cabezas, junto con el sonido de pequeños animales nocturnos que recorrían los arbustos que los rodeaban. Junco notó que una ardilla chocaba contra su pie, pero siguió sin mover ni un solo músculo.

Tras un lapso bastante largo, escucharon un silbido a lo lejos, seguido por un batir de alas lejano, como si los Alas Heladas se hubiera reagrupado para irse de allí.

Junco siguió sin moverse. Esperó casi una hora hasta que no pudo aguantar más la respiración, hasta que todos y cada uno de los sonidos procedentes de dragones desaparecieron.

Después, despacio y con mucho cuidado, inspiró. Escuchó cómo los demás hacían lo mismo.

—¿Hay alguien herido? —preguntó Junco con suavidad.

—Ha sido horrible —susurró Pantano—. Creía que íbamos a morir todos.

—Yo estoy bien —dijo Faisán—. Nada que no vaya a sanar fácilmente.

—Yo también estoy bien —aseguró Sora con voz ronca.

—¿Pardo? —preguntó Junco cuando el más pequeño de los dragonets no

respondió.

—Odio esta guerra —explotó Pardo—. Ni siquiera entiendo por qué estamos luchando. ¿A quién le importa cuál de las hermanas Alas Arenosas se convierte en reina? Ni conozco ni quiero conocer a Brasas. ¿Por qué estoy luchando contra un Ala Helada por un trono que no tiene nada que ver con ninguno de nosotros?

—Porque nuestra reina dice que lo hagamos —le contestó Faisán con un poco más de sarcasmo del que Junco consideraba seguro, incluso allí, donde se suponía que nadie podía oírlos.

—La Reina Gallareta debe tener una buena razón para aliarse con Brasas y los Alas Celestes —dijo Junco—. No deberíamos dudar de ella.

—Además, la guerra está a punto de terminar —afirmó Sora de repente. La dragona apenas hablaba, y mucho menos después de la muerte de Grulla. Junco se giró hacia ella y se fijó en que el brillo de la luna se le reflejaba en los ojos—. Cieno va a ponerle fin pronto.

Hubo algo en la forma en la que ella dijo el nombre de Cieno que hizo que Junco sintiera ganas de hundirse en un charco de lodo y quedarse allí un mes entero. Había sonado como si ella creyera en él... un dragón al que apenas conocía. Sus hermanos y hermanas seguían a Junco y lo amaban, lo sabía. Pero estaba seguro de que todos debían estar preguntándose cómo hubiera sido (y si Grulla seguiría con vida) si Cieno hubiera sido su alasgrandes desde el principio.

—Eso es cierto —convino Pardo, que alzó la cabeza—. Cieno y sus amigos... ellos van a salvarnos pronto.

—¿Cuándo es pronto? —preguntó Pantano en voz alta—. Creía que la profecía hablaba de veinte años... ¿No quiere decir eso que aún quedan dos años más hasta que termine la guerra?

—De hecho —intervino Faisán—, algunos dragones piensan que depende de cuándo empieces a contar. Si cuentas desde la primera batalla, entonces solo han pasado dieciocho años. Pero si te remontas a la muerte de

la Reina Oasis, que es cuando todo empezó, entonces han pasado casi veinte años. —Vio a Junco inclinar la cabeza y se encogió de hombros—. He leído acerca de la profecía desde que nos enteramos de que Cieno formaba parte de ella.

Sobrevino un momento de silencio mientras todos pensaban en Cieno, la guerra y la profecía.

—Si no estáis contentos con esto —dijo Junco, tanteándolos—, deberíamos... quiero decir, podríamos intentar localizar a los Garras de la Paz.

Faisán soltó un siseo de sorpresa.

—Puede que no me guste esta guerra, pero eso no quiere decir que debamos abandonar a nuestra tribu y nuestro hogar. Somos Alas Lodosas. Pertenecemos a nuestro pueblo.

—A menos que tú creas que deberíamos irnos —contestó Pantano, y se acercó a Junco—. Decidas lo que decidas, estaré contigo y te apoyaré. No lo dudes.

—Todos te apoyaremos —añadió Pardo.

Junco sabía que lo decían en serio. Pero ¿deberían hacerlo? No tenía ni idea de qué hacer: ¿traicionar a su tribu o seguir arriesgando las vidas de sus hermanos?

—No tienes por qué decidirlo esta noche —le dijo Faisán, con tono más amable—. Acabamos de escapar por los pelos. Vayamos a casa y durmamos un poco. Todos nos sentiremos mucho mejor por la mañana.

Junco asintió, mientras se reagrupaban, estirando sus doloridas alas lo mejor que podían bajo los árboles. Una lluvia de agujas de pino les cayó sobre las escamas. Olían a hogueras de invierno.

—¿Se puede saber qué hacían los Alas Heladas aquí? —preguntó Pantano, pisando con fuerza.

—No tengo ni idea —contestó Junco—. Parecía como si estuvieran esperándonos, pero tampoco es que seamos una patrulla importante. Quizá

estaban aquí por otra razón y tuvimos la mala suerte de llamar su atención.

—Puede que estuvieran aquí por la guarida de los carroñeros —añadió Pardo.

—¿Qué guarida de carroñeros? —preguntó sorprendido Junco, mirándolo fijamente.

—¿No puedes olerlo? —le dijo Pardo—. Nosotros también hemos sobrevolado una parte de la guarida. Está muy bien escondida en el bosque.

—¿Cómo te has dado cuenta de eso en medio de una huida desesperada? —le preguntó Faisán.

Pardo se encogió de hombros.

—¿Por qué iban los Alas Heladas a preocuparse por una guarida de carroñeros? —agregó Sora con voz suave.

Todos se pararon un momento a pensarlo. Luego miraron a Junco.

—No lo sé —respondió este, impotente. Le daba la sensación de que era lo único que decía en los últimos días.

—Bueno —dijo Faisán mientras extendía las alas—, tampoco es que importe. Lo verdaderamente importante es que hemos sobrevivido a otra batalla, y todo gracias a Junco.

«Me pregunto si de verdad piensan eso —pensó—. Porque yo desde luego que no».

—Espero que sobrevivamos a la siguiente —dijo Pantano, con tono triste.

—Pues yo espero que no tengamos que hacerlo —añadió Pardo—. Espero que Cieno cumpla la profecía y acabe con la guerra y salve al mundo muy pronto, antes de que tengamos que volver a luchar. ¿No creéis? Puede que lo consiga.

—Puede —respondió Faisán—. Espero que sí.

—Yo también —dijo Junco, y alzó la mirada, hacia las estrellas.

«Antes de que la guerra se lleve a alguien más que me importe. Antes de que nuestro pueblo sea destruido. Antes de que tenga que elegir entre la

lealtad a mi tribu o la seguridad de mis hermanos y hermanas. Antes de que tengamos que matar a alguien más».

—Yo también lo espero.

PRIMERA PARTE

EL PLAN SECRETO

CAPÍTULO 1

«¿Dónde está?».

Nocturno habría creído que estaba muerto si no fuera por lo mucho que le dolía todo. La oscuridad le rodeaba, insondable, cuando intentó abrir los ojos. La nariz y la garganta le dolían con fuerza y crudeza, como si se las hubieran arañado con la cola de un cocodrilo.

«¿Está bien?».

Era incapaz de recordar qué era real y qué era solo un sueño.

Quizá aún seguía bajo la montaña. Quizá sus amigos nunca habían intentado huir de sus guardianes. Quizá todo aquello no fuera más que una pesadilla demasiado larga que había comenzado con la visita de Oráculo.

Pero Nocturno estaba seguro de recordar cómo un gran Ala Nocturna se lo llevaba aparte. También recordaba una regañina. Algo sobre que «los Alas Nocturnas tenían una reputación que mantener», y que «los Alas Nocturnas eran líderes por naturaleza», y también algo sobre que «tenía que hacer que los demás lo respetaran, lo temieran y lo siguieran, pues de lo contrario iba a ser la mayor decepción que su tribu hubiera sufrido jamás»... Era imposible que el cerebro de Nocturno hubiera imaginado todo eso solo. Todo había sido real.

Se giró, apoyándose sobre un lateral y notó las escarpadas rocas contra

las escamas.

¿El palacio de los Alas Celestes había sido real? Los dragonets capturados antes de ver la luz del sol. La prisión en la torre de piedra. La arena caliente que olía a sangre y terror. La alegría de la reina Escarlata cuando lo capturó, un verdadero Ala Nocturna para que todos lo vieran, sus planes de hacerlo pelear y, sobre todo, su excitación ante la perspectiva de verlo morir.

No, todo aquello tenía que ser real, pues Nocturno recordaba cómo lo habían «rescatado» los Alas Nocturnas. Recordaba cómo había visto a sus amigos convertirse en pequeños puntitos azules y marrones brillantes debajo de él. Y sabía que aquello había sido real porque se había sentido como se sentía en aquel preciso instante: como un pergamino roto por la mitad en el que todas sus palabras habían dejado de tener sentido.

«¿Volveré a verla?».

«Espero que no esté aquí. De verdad espero que esté a salvo en otro sitio».

—Creo que le pasa algo.

¿Acababa de escuchar una voz?

Intentó escuchar con más atención, pero el sueño volvió a engullirlo.

Se había producido otra regañina bastante seria de Oráculo. Más horribles amenazas sobre lo importante que era que Nocturno fuera el líder de los dragonets y cómo «todo dependía de él». Lo importante que era que convenciera a los otros dragonets de elegir a Ampolla como la siguiente reina de los Alas Arenosas.

—Puede que se lo hayan cargado sin querer. Tampoco pasaría nada. Puede que así yo pueda formar parte de la profecía en vez de él.

—No creo que la cosa funcione así, Mordida Feroz.

Y luego estaba el Reino Marino. Nadie le había prestado atención. Nocturno era inútil y lo sabía. No podía liderar a nada ni a nadie. Sus amigos prácticamente se rieron de él cuando intentó apoyar a Ampolla.

Otra prisión y otra huida en la que Nocturno no había hecho prácticamente nada para ayudar. Y luego la selva y esos extraños túneles tan poco naturales: uno, al reino de Arena, y otro, en apariencia, al hogar secreto de los Alas Nocturnas.

Nocturno sí que se acordaba de eso.

Recordaba haberlo mirado fijamente... El agujero negro que lo conducía al hogar que nunca había conocido.

—Me apuesto lo que quieras a que, si lo muerdo, se despierta.

—Y yo apuesto lo que quieras a que Oráculo te lanzará al volcán si encuentra alguna marca de dientes en su mascota de la profecía.

—¡Y yo apuesto que mi madre se lo comerá si lo intenta!

Sin lugar a dudas, estaba oyendo voces..., voces desconocidas muy cerca de donde se encontraba.

Los recuerdos de la selva estaban borrosos. Nocturno intentó concentrarse en esos últimos momentos..., vigilando el túnel para que los Alas Nocturnas no lo cruzaran y atacaran a los Alas Lluviosas. ¿Qué había ocurrido después?

—Bueno, más le vale despertarse pronto y contarnos algo interesante, o de lo contrario Oráculo se lo llevará de nuevo antes de que podamos preguntarle cualquier cosa.

—Tengo una idea.

Unas garras arañaron la roca y luego todo quedó en silencio.

Los párpados de Nocturno parecían demasiado pesados como para abrirlos, como si tuviera escamas de más encima de ellos. Dejó que la oscuridad lo engullera de nuevo.

Vale... Estaba vigilando el agujero. Con Cieno. Rayos de sol matutinos colándose entre las hojas verdes, preciosas flores azules girándose hacia la luz. Sol estaba de vuelta en el poblado, con Tsunami, viendo cómo Gloria se convertía en reina de los Alas Lluviosas, quién lo iba a decir.

Sol les había llevado comida la noche anterior. Recordaba sus escamas

doradas acariciando sus alas negras mientras le tendía extrañas y pequeñas frutas moradas.

«Te amo». Eso era algo que nunca le diría. «No me odies por lo que otros Alas Nocturnas han hecho. No pienses que yo soy como mi tribu. No hagas caso a la descripción de Gloria sobre mi reino, el humo y el fuego y el olor y la muerte, y los Alas Lluviosas capturados y torturados y los crueles dragones negros. No me mires como si fuera uno de ellos, como si alguna vez pudiera hacer lo que ellos han hecho, por favor».

Y luego ella alzó la mirada y le sonrió. Y en los ojos de Sol, él podía verse a sí mismo como Nocturno, tal y como era de verdad.

Su amigo.

Lo que hacía que todo fuera mejor y peor al mismo tiempo.

—¡Ten cuidado! No voy a traerte más si lo derramas, idiota.

—Entonces aparta tus feas alas de mi vista, cabeza de chorlito.

Otra vez las voces. Nocturno volvió a concentrarse, y trató de recordar lo último que había pasado antes de perder la consciencia.

Había estado mirando fijamente el agujero, preguntándose cómo serían los otros Alas Nocturnas. Preguntándose si todos ellos serían tan terroríficos como Oráculo. Preguntándose si lo escucharía en caso de que decidiera cruzar al otro lado. ¿Y si él pudiera hacer que los Alas Nocturnas y los Alas Lluviosas dejaran de pelear? ¿Y si su tribu lo escuchaba y creía en él? ¿Y si conseguía hacer que pensaran que era mejor ser inteligentes que valientes? ¿Y si no les importaba que careciera de los poderes especiales de los Alas Nocturnas?

«¿Qué pensaría Sol de mí si lo consiguiera?».

«Probablemente pensaría: ¿Quién eres tú y qué has hecho con Nocturno?». Porque ni en sueños sería lo suficientemente valiente como para cruzar el túnel solo.

Y luego Cieno había dicho:

—¿Has visto eso? ¡Creo que era un jabalí! ¡Vuelvo enseguida!

Y el pobre y siempre hambriento Cieno había desaparecido entre los árboles, dejando a Nocturno para que vigilara el agujero él solo...

Y en un abrir y cerrar de ojos, unas alas oscuras habían emergido del agujero, seguidas de unas garras oscuras que le habían rodeado el hocico, al mismo tiempo que una voz oscura le había siseado en el oído:

—Silencio, si quieres que tu amigo siga con vida.

Y luego otra voz había añadido:

—Mejor prevenir que curar. —Y aunque el dueño de la voz no había hecho ningún ruido, Nocturno supo que dolería antes de que le golpeara la cabeza y el dolor le recorriera de garras a cabeza. Eso había sido lo último que recor...

CHOF.

Nocturno se enderezó con un chillido. Sus ojos se abrieron de inmediato, mientras el agua salada helada le caía por el hocico y serpenteaba por su cuello, colándosele entre las escamas. La sensación de desorientación desapareció de un plumazo.

—¡Ha funcionado! —gritó con alegría una de las voces desconocidas.

—Cagarrutas —dijo otra—. De verdad creía que estaba muerto.

Nocturno sacudió la cabeza y el dolor se le extendió por todo el cuerpo. Se frotó el hocico, intentando limpiarse el agua marina de sus irritados ojos.

Seis o siete o, quizá, ocho formas oscuras y borrosas lo rodeaban. Tras ellas, unas luces rojas brillantes parpadeaban a lo largo de los muros, como carbón al rojo vivo incrustado en la roca. El agua helada le había despejado la nariz por un momento, pero el pesado aire humeante ya volvía a rodearlo.

—¿Quiénes sois? —jadeó Nocturno, o al menos lo intentó.

—Vaya, pensé que nos atacaría —dijo una tercera voz—. Eso es lo que yo habría hecho.

—No parece muy peligroso —añadió otra voz, escéptica—. Tendrían que haber elegido a alguien más grande. ¿No creéis? Más grande, terrorífico y fiero.

—Como yo —dijo la voz que esperaba que Nocturno estuviera muerto.

—Sois unos idiotas cerebros de Alas Lluviosas —dijo otra voz. Nocturno comenzaba a perder la cuenta—. Aún estaba en su huevo cuando se lo llevaron. No tenían forma de saber si sería grande o terrorífico, o incluso si sería macho o hembra. Si no, por supuesto que habrían escogido a una hembra, obviamente.

—Como yo.

—Hola. —Nocturno tosió—. ¿Hola?

Una de las formas se acercó lo suficiente para que Nocturno distinguiera los rasgos de una dragonet aparentemente enfadada; le calculó solo uno o dos años más que él. La dragonet le golpeó en el hocico, le inspeccionó los dientes y le empujó el pecho, lo que hizo que Nocturno volviera a toser, y suspiró malhumorada.

—Es débil —declaró—. Yo también lo habría mandado de vuelta.

—Solo dices eso porque te habría encantado que te eligieran a ti en vez de a él —dijo otro dragonet, que luego se acercó a Nocturno y le dio unos golpecitos en la cabeza de una forma que, casi y solo casi, podría considerarse amistosa—. Pero las profecías no funcionan así.

—Ya lo veremos —murmuró la malhumorada dragonet.

—Ella es Mordida Feroz —le dijo el dragonet amistoso a Nocturno—. No le hagas caso. Las hermanas mayores siempre piensan que pueden hacer mejor cualquier cosa que hagas. Sé de lo que hablo, yo también tengo una. Yo soy Garras Poderosas, por cierto.

—¿Hermanas mayores? —repitió Nocturno, mirando fijamente a Mordida Feroz.

—Sí, bienvenido a la emotiva reunión familiar —le contestó—. Misma madre, diferentes padres, supongo. ¿Cómo te sientes? —le preguntó, mientras lo escrutaba de cuernos a cola—. ¿Enfermo? ¿Muy enfermo? ¿Muriéndote, quizá?

—¿Qué parte de «la noche más oscura» es la que no entiendes? —dijo

otra dragonet detrás de Mordida Feroz—. ¿Es que no has estado prestando atención en clase? Los hechos tienen que coincidir con las profecías. Hola, extraño dragón. Yo soy Telépata. Pero no te preocupes, me mantendré alejada de tu mente.

Los dragonets mayores de la habitación rompieron en carcajadas, como si aquella fuera la mejor broma de toda la historia de Pirria. Los tres dragonets que parecían más jóvenes que Nocturno pusieron los ojos en blanco, como si estuvieran más que acostumbrados a oír bromas sin gracia de ese grupito.

Nocturno se frotó las escamas húmedas, confundido.

Ahora que su vista se estaba aclarando, pudo ver que se encontraba en una caverna larga y estrecha, revestida con muescas en la roca a intervalos regulares, todas del tamaño perfecto para servir de cama a los dragonets. Él estaba acurrucado en una de ellas, no muy lejos de un arco en la roca que parecía ser la única salida de aquella habitación. A su lado, en el suelo, había una gran piedra hueca, que suponía que era lo que los dragonets habían utilizado para coger el agua que le habían echado por encima.

Más que una prisión, aquello parecía un dormitorio.

Las brasas ardían en los huecos de las paredes, y le proporcionaban un resplandor rojo a la habitación. Una claraboya en cada extremo de la cueva permitía que se filtrara un poco de tenue luz gris.

Que Nocturno pudiera ver, había al menos cincuenta recovecos para que los dragones durmieran, pero solo once parecían usados. Algunos de ellos tenían unas sábanas amplias por encima de su desordenada pila, mientras que otros estaban adornados con objetos similares a conchas o a bonitos trozos de piedra. Encima de algunas de las camas con sábana había pergaminos, lo que hizo que las garras de Nocturno le picaran por la nostalgia. Pero la mayoría de las camas estaban completamente vacías.

«Camas para dragonets, pero sin los dragonets suficientes para ocuparlas todas».

Nocturno recordó una cosa que Oráculo le había comentado como por

descuido poco después de rescatarlo de los Alas Celestes. Le había dicho:

—No podemos permitirnos el lujo de perder a más Alas Nocturnas, ni siquiera los más pequeños.

«Puede que le ocurra algo a mi tribu —pensó Nocturno—. Puede que, de alguna manera, estén perdiendo dragonets... o incluso que no estén naciendo los suficientes».

Todo olía a sulfuro y a animales en descomposición. Al mismo tiempo que Mordida Feroz se inclinaba sobre él y le golpeaba el estómago, clavándole una garra, Nocturno reparó en que el olor a podrido procedía en gran parte de los propios dragonets. Todos ellos tenían aliento a muerto. El aliento de Oráculo nunca había sido una maravilla, pero aquello era mucho peor. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no retroceder cuando le hablaban.

También eran asombrosamente delgados, todos y cada uno de ellos, con pechos estrechos, ojos inyectados en sangre y tos seca. «Incluso los dragonets supervivientes tienen muy mal aspecto», pensó Nocturno.

Se estiró con cuidado, observando la puerta. No parecía estar atrancada. Por lo que Nocturno alcanzaba a ver, podría haberla cruzado en aquel preciso instante y entrar a las cuevas tras ella. «Seguramente haya un guardia —pensó—. O MUCHOS. O incluso haya algo muy espeluznante como la reina Coral y sus anguilas eléctricas. O un río de lava justo al final del pasillo, como el que mantiene a los Alas Lluviosas atrapados en sus cuevas».

Un escalofrío de miedo le recorrió la columna vertebral.

—¿Por qué estoy aquí? —preguntó.

Los componentes del pequeño grupo de dragonets intercambiaron miradas.

—Porque has fracasado —contestó Mordida Feroz—. Supongo.

—No lo podemos saber —repuso Garras Poderosas—. Un par de dragones grandes te dejaron aquí hace unas horas y desde entonces no has

parado de murmurar y revolverte en tu cama.

—Sí, no parabas de decir lo preocupado que estabas por Sol. ¿Quién es esa Sol? —preguntó uno de los dragonets.

Nocturno valoró la posibilidad de lanzarse de cabeza al volcán.

—Otra dragonet —murmuró.

«Espero que esté a salvo».

—Quiero que nos hables sobre el continente —le instó Telépata con tono alegre—. Cuéntanoslo todo. Hemos oído que hay árboles más grandes que los propios dragones y que en algunas partes el cielo es azul. ¿Es verdad o mentira? ¿Qué es la cosa más chula que has visto nunca? ¿Qué es lo mejor que has comido?

—¿Nunca habéis estado en el continente? —preguntó Nocturno.

—Los dragonets no tienen permitido abandonar la isla hasta que cumplen los diez años —respondió Garras Poderosas—. Por lo visto, no pueden confiar en que guardemos todos los secretos de los Alas Nocturnas hasta entonces.

Casi al mismo tiempo, todos los dragonets bufaron con impaciencia.

—Eres la única excepción —añadió Mordida Feroz, cuya voz estaba cargada de resentimiento.

—Él y la otra —dijo Telépata—. He oído a mi madre decir que hay otra.

—Yo no sé ninguno de los secretos de los Alas Nocturnas —dijo Nocturno.

—¡Vaya! —contestó Garras Poderosas—. ¡Supongo que esa es la manera de asegurase de que los guardas!

Un revoltijo de garras arañando el suelo del pasillo anunció la llegada de una dragonet más pequeña que los otros, de quizá solo tres años. Corrió por la habitación y jadeó:

—¡Ya viene!

De inmediato, todos los dragonets se lanzaron hacia sus camas. La mitad de ellos se metieron bajo las sábanas y fingieron estar durmiendo. Unos

pocos cogieron sus pergaminos e hicieron como que leían, y los demás se mantuvieron ocupados con los objetos que tenían a su alrededor. Mordida Feroz se sentó en su cama, plegó las alas y se quedó mirando fijamente la puerta.

Nocturno, que solo quería estar inconsciente otra vez, escuchaba los pesados pasos acercarse a la habitación. Alzó la vista hacia la claraboya. Sopesó si sería lo suficientemente grande como para caber por ella, aunque era perfectamente consciente de estar demasiado asustado como para intentarlo.

Con un siseante sonido de arañazos, Oráculo entró en la habitación. Arrugó el hocico mientras miraba a Mordida Feroz. Después bajó la gélida mirada hacia Nocturno.

—Levántate —le ordenó—. La reina de los Alas Nocturnas quiere verte.

CAPÍTULO 2

Hasta ese momento, la experiencia de Nocturno con las reinas de los dragones no había sido demasiado satisfactoria.

—¿A m-mí? —tartamudeó—. ¿Ahora? Esto... ¿Te refieres a ahora mismo? No debería... Quiero decir, no estoy preparado... o... tampoco estoy presentable para... ver a una reina. Esto... Quizá...

—Déjate ya de cháchara y sígueme —gruñó Oráculo mientras abandonaba la cueva.

—Venga, venga, venga —siseó Garras Poderosas, que agitó las alas al ver que Nocturno dudaba.

Las garras de Nocturno se deslizaron sobre pequeños agujeros en el suelo de roca, temblando, al mismo tiempo que seguía al enorme Ala Nocturna. «Roca volcánica», dedujo, echándole un vistazo a las paredes que lo rodeaban. «Me pregunto cuándo fue la última vez que entró en erupción». A juzgar por el temblor que notaba bajo las garras y el calor procedente del suelo, no tenía mucha pinta de estar dormido.

Oráculo lo guio por un túnel donde soplaba un fuerte viento. No miró atrás ni una sola vez.

—Mis amigos... —comenzó Nocturno—. Sol y los otros. ¿Están...?

El gran dragón no se giró.

Nocturno siguió caminando en silencio unos minutos más, luego cogió aire con fuerza y lo volvió a intentar.

—¿Cuándo voy a volver?

La única respuesta que recibió fue un bufido de disgusto. Nocturno se tragó sus preguntas y plegó las alas, nervioso. Cuanto más avanzaban, más estrechas parecían las paredes.

Por el camino, no vio a ningún guardia ni ningún río de lava. De hecho, no vio a ningún otro Ala Nocturna.

Pero, a medida que avanzaban por el túnel, Nocturno oyó algo..., un sonido de siseos y murmullos que se hacían más y más fuertes a medida que se acercaban.

Voces de dragones que gritaban y discutían.

El miedo invadió cada escama del cuerpo de Nocturno. De no haber temido más a Oráculo y lo que este podría hacerle, se habría dado la vuelta y habría echado a correr.

Por fin, Oráculo y Nocturno cruzaron un arco y entraron a una cueva llena de dragones. Las paredes estaban atestadas de alas de dragones, con Alas Nocturnas colgados de los salientes de roca y el techo como murciélagos. Uno por uno, todas las cabezas llenas de escamas negras de los dragones allí reunidos se volvieron hacia ellos. Los Alas Nocturnas guardaron silencio.

Una última voz gritó:

—Deberíamos atacar ahora. ¡Deberíamos haber atacado ay...!

La voz se calló abruptamente al reparar en la presencia de Nocturno.

Por enésima vez, Nocturno se preguntó si no estaría soñando, pues aquella era su peor pesadilla hecha realidad: una cueva llena de Alas Nocturnas enfadados que no le quitaban ojo de encima.

—Cuidado —gruñó Oráculo cuando Nocturno se tropezó con él. En ese momento, Nocturno vio lo que se abría más allá de sus garras.

Un par de pasos por delante de él, el camino de roca se reducía

abruptamente a cada lado, y se convertía en una finísima barra de roca donde posarse. Por debajo de él había un burbujeante lago de lava naranja brillante. Nocturno podía sentir el calor que le bañaba las escamas.

Oráculo retrocedió hasta la seguridad del arco que les servía de puerta y apremió a Nocturno para que avanzara. Se había quedado solo en aquella barra de roca, rodeado de lava.

Lava y Alas Nocturnas.

«Y todos me leen la mente ahora mismo», pensó con otra punzada de terror. «Pueden leer todos mis pensamientos. Saben que estoy aterrorizado y débil. Saben que soy un inútil y que no creo que Ampolla deba ser la próxima reina de los Alas Arenosas. También saben que creo que este sitio es un lugar horrible para vivir y... ¡Tengo que dejar de pensar en todas esas cosas que no quiero que vean en mi cabeza!».

Nocturno hizo un esfuerzo titánico por centrar la atención y los pensamientos en los detalles de la sala que le rodeaban.

«Piensa en lo que ves. No pienses en nada más».

Para empezar, no eran cientos de dragones los que lo miraban. Hizo un cálculo rápido, con lo que escondió sus otros pensamientos tras una montaña de números. Quizá cuarenta. Unos cuarenta dragones negros llenaban la cueva, la mayoría de ellos tan grandes como Oráculo. Eso significaba que debían de ser bastante viejos. Todos estaban tan delgados como los dragonets del dormitorio, y muchos de ellos tenían parches en las escamas, llagas en el hocico y en las alas, y restos de sangre alrededor de los agujeros de la nariz. Aquellos dragones eran justo lo contrario de los coloridos, sanos y bien alimentados Alas Lluviosas.

Había un punto claro en las paredes de la cueva justo enfrente de Nocturno. Parecía como si hubieran excavado un círculo en la roca, tan grande como la envergadura de Nocturno, lleno de pequeños agujeros, ninguno de ellos más grande que el ojo de un dragón.

Los otros dragones siguieron mirando fijamente al círculo, como si

aguardasen a que ocurriera algo.

Una dragona con una cicatriz que le cruzaba el pecho aterrizó en el risco junto al círculo. Sus alas tenían una postura extraña, como si soportaran el peso de las rocas, y en el cuello llevaba un puñado de diamantes. Otra cadenita de pequeños diamantes en forma de lágrimas le rodeaba los cuernos.

«Pero ella no puede ser la reina», pensó Nocturno. No tenía el porte regio de una reina, ni la autoridad. No irradiaba poder por la punta de las alas, como sucedía con todas las demás reinas que había conocido.

Le costó solo un momento de duda comprender que debía haber una dragona tras la pared, mirándolo fijamente por los agujeros. Un escalofrío le recorrió las escamas. Nadie podía verla, pero su presencia llenaba por completo la cueva como el humo.

«La reina de los Alas Nocturnas».

Los pergaminos siempre la tildaban de misteriosa y desconocida, pero Nocturno no había imaginado que se mantendría oculta incluso a ojos de su propia tribu.

«¿Por qué?».

«Porque es superterrorífica», se respondió a sí mismo.

—¿Es este? —ladró uno de los dragones.

—Sí —gruñó Oráculo—. Lo hemos sacado del bosque tropical esta mañana.

Un montón de alas se batieron, incómodas, por toda la cueva.

—¿Nos ha dicho algo? —preguntó otro dragón—. ¿Qué es lo que saben? ¿Qué están planeando?

—¿Cuánto tardarán en atacar? —refunfuñó otro.

—¿Y cómo consiguió escapar esa Ala Lluviosa? —gritó otro al mismo tiempo que otros dragones comenzaban a hablar a la vez—. Hemos recibido informes que aseguran que había un Ala Lodosa con ella. ¡Un Ala Lodosa! ¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Y por qué no los matamos antes de que pudieran

escapar?

«Están hablando de Gloria y Cieno», pensó Nocturno con un escalofrío.

—Esa era la Ala Lluviosa acerca de la que ya os había advertido —gruñó Oráculo de nuevo—. La que los Garras de la Paz utilizaron para reemplazar el huevo de Ala Celeste que habían perdido. —Escupió directamente a la lava—. Y por eso les dije que tenían que matarla.

—Una Ala Lluviosa, nada menos —comentó la dragona de los diamantes —. ¡Qué error más desafortunado!

—La teníamos —dijo un dragón con cuernos torcidos—. Aquí. Entre nuestras garras. ¿Y nadie la mató?

—¿Quién sabe lo que ha visto? —gritó otra dragona—. Si advierte a los Alas Lluviosas de lo que estamos planeando...

—Es imposible que lo haya averiguado —dijo Oráculo.

—Sabe lo de los túneles entre nuestros reinos —lo retó un dragón desde el muro más alejado—. Y la pequeñina escapó con ella también. Le habrá contado todo lo que vio en la fortaleza. ¿Y si lo han descubierto?

Un clamor de voces llenó la cueva.

«¿Descubrir qué?». Nocturno se miró las garras. Ojalá no le temblaran tanto. Tenía miedo de caerse a la lava por culpa de tanto tembleque. Por muy terrorífico que pudiera ser, caerse no figuraba ni siquiera en el *top* veinte de sus preocupaciones en aquel momento. «¿Se puede saber qué planean?».

Alzó la vista y miró hacia donde la reina estaba escondida. Aún no había hablado, pero podía notar cómo lo observaba. A juzgar por la forma en la que se le ponía la piel de gallina, estaba seguro de que la reina no le había quitado la vista de encima desde que había entrado en la cueva.

En ese momento, la dragona de los diamantes se inclinó hacia los agujeritos, torciendo la cabeza.

Un denso silencio se adueñó de la cueva en aquel momento. Nada se movía excepto las burbujas del lago de lava. Todos los Alas Nocturnas

presentes parecían contener la respiración.

Nocturno no escuchaba nada (ciertamente, ninguna voz de la reina desde su escondite), pero la dragona de los diamantes asintió y se enderezó de nuevo.

—La reina Triunfal dice que os calléis y que le preguntéis a él. —Para su horror, la dragona señaló a Nocturno—. Por eso lo hemos traído. Obligadlo a decirnos lo que esa Ala Lluviosa sabe y qué planea hacer a continuación.

Todos los dragones la escucharon y, acto seguido, giraron sus cabezas hacia Nocturno.

De repente, la perspectiva de caerse de cabeza en la lava le pareció muy apetecible.

—Mmmm —murmuró Nocturno, tartamudeando—. Yo... Esto... Yo...

—Escúpelo o te mato ahora mismo —gruñó Oráculo tras él.

Nocturno juntó las garras delanteras y respiró hondo.

—Se llama Gloria —barbotó.

Todos los dragones sisearon. Aquella información no les interesaba lo más mínimo.

—Ella... nos dijo que teníais Alas Lluviosas prisioneros.

«Por favor, decidme que estaba equivocada. Que lo entendió mal».

Pero nadie lo corrigió.

¿Debía hablarles del plan de Gloria? ¿Debía contarles que Gloria planeaba convertirse en la reina de los Alas Lluviosas para juntar un ejército y acudir a rescatar a sus dragones perdidos? ¿Que ninguno de ellos debía infravalorarla?

¿Estaría traicionando a sus amigos si les contaba todo eso a los Alas Nocturnas?

¿O estaría traicionando a su tribu si no lo hacía?

El asfixiante humo de la cueva se hizo aún más pesado alrededor de Nocturno.

«¿Y si pudiera arreglarlo todo?».

«Esta es la oportunidad que estabas buscando. Le pediste a Gloria que te dejara hablar con los Alas Nocturnas. Querías concederles el beneficio de la duda, dejar que se explicaran... Querías encontrar una manera pacífica de solucionarlo todo, para no tener que elegir bando si se declaraba la guerra».

Pero ahora que estaba ahí, enfrentándose a sus oscuros ojos, Nocturno no era capaz de articular ni una sola de las brillantes palabras que había previsto usar.

De repente, uno de los dragones que tenía más cerca soltó:

—¡Solo tienes que decirnos si están planeando un ataque!

—Sí —soltó Nocturno—. Quiero decir... Creo que sí.

Su respuesta provocó un gruñido general tan fuerte que Nocturno tuvo que sentarse y cubrirse la cabeza con sus alas. De entre todas las cosas que podía haberles dicho, había elegido lo peor. Había empeorado la situación para Gloria y los Alas Lluviosas, y ni siquiera podía recomponerse y tomar la palabra para probar esa famosa «diplomacia» que siempre había defendido.

«De todos modos, no iban a escucharme», se justificó, pero no podía saber a ciencia cierta si aquello era verdad. No era lo suficientemente valiente como para averiguarlo.

—No importa —intervino una voz ronca—. Los Alas Lluviosas no son rivales para nosotros.

Un horrible dragón desfigurado empujó a Oráculo y se abrió paso, deslizándose por la cueva y frunciendo el ceño a los otros dragones. Tenía el hocico torcido y deformado por una enorme cicatriz que le cerraba uno de los agujeros de la nariz, unía de forma antinatural un puñado de escamas y le dejaba un reguero de feas ampollas por toda la línea de la mandíbula.

La dragona de los diamantes frunció el ceño.

—Venganza, nadie te ha invitado a este consejo.

—Sí, ya me había dado cuenta —siseó—. Y eso que soy el dragón que más sabe sobre los Alas Lluviosas y lo que son capaces de hacer. —Se

señaló la cara—. Y os aseguro que esto fue más una triste casualidad que otra cosa. Los Alas Lluviosas son demasiado estúpidos y cobardes como para ser peligrosos. La mayoría de vosotros sabe que me hicieron esta cicatriz cuando me llevé a su reina...; bueno, por lo que supimos después, solo a una de sus reinas. ¡Qué tribu más estúpida! Y lo peor es que la reina no tenía ni idea de lo que hacía allí, porque, de haberlo sabido, ahora mismo estaría muerto. Ni siquiera tenía intención de escupirme. Nunca lo hacen. —Venganza negó con la cabeza, respirando con fuerza a través de la boca —. Tienen el arma más poderosa de Pirria y son demasiado patéticos para usarla.

—Puede que lo fueran antes de que la tal Gloria apareciera —dijo otro de los dragones—. Por lo que nos ha dicho Oráculo, ella no es tan débil como el resto de su tribu.

«No tenéis ni idea», pensó Nocturno.

—Y nos descubrieron por tu culpa —dijo la dragona de los diamantes—. Fuiste quien la trajo aquí, aunque Mortífero nos avisara de que los dragonets estaban en el bosque y nos aconsejara que nos mantuviéramos quietos hasta que se hubieran ido.

—Mortífero —repitió Venganza con una sonrisa ladina—. Ah, sí. ¿Cómo está tu carroñero faldero, Grandeza? He oído una historia muy interesante sobre él.

Se giró y lo apuntó con su cola.

Nocturno reconoció al asesino Alas Nocturnas, al que cuatro guardias custodiaban hasta la cueva. El espacio de la cueva más cercano a la puerta comenzaba a estar muy concurrido. Venganza agarró a Mortífero de la oreja y lo lanzó hacia la pasarela de roca donde estaba Nocturno. Los dos dragones chocaron entre sí y tuvieron que abrir sus alas para recuperar el equilibrio y no caer a la lava.

Mortífero no era mucho más grande que Nocturno. A fin de cuentas, parecía mucho más grande cuando atacó a la reina Llamas y amenazó a

Gloria. Pero ahí, junto a Nocturno, con todo el mundo mirándolo con la misma condescendencia y hastío con que lo miraban a él, parecía mucho menos intimidante.

—Vaya —le dijo a Nocturno con voz amistosa—. Tú también estás aquí.

Parecía como si sus ojos quisieran preguntarle algo, pero no se atrevieran.

—Este dragón —empezó Venganza, y señaló a Mortífero—. Esta mascota asesina de la princesa Grandeza conspiraba con el enemigo. Él fue quien trajo al Ala Lodosa y luego los ayudó a escapar a él y a los Alas Lluviosas.

«Princesa —pensó Nocturno—. Así que la dragona de los diamantes... Grandeza... Por el motivo que sea, habla en nombre de su madre».

—Alto ahí —dijo Mortífero, saltando por encima de la cabeza de Nocturno de modo que el dragonet quedara en medio entre Venganza y él. Miró a su alrededor, a los otros dragones, y abrió las alas con aire inocente —. ¿Conspirando con el enemigo? ¿Tienes alguna prueba?

—Sí, tengo testigos —siseó Venganza—. Uno de los guardias a los que esa tal Gloria atacó mientras huía te vio ayudándolos. Y los guardias a los que distrajiste para que el Ala Lodosa pudiera entrar... Ellos también podrían contárnoslo.

Un horrible silencio llenó la cueva. Nocturno se preguntó si por casualidad todos los dragones presentes trataban de colarse en la mente de Mortífero para averiguar por sí mismos si aquello era verdad. Nocturno mantuvo la mente en blanco, por si acaso.

—Mortífero —dijo Grandeza, mientras le daba vueltas al collar de diamantes entre sus garras—. El castigo por la traición... es la muerte.

El asesino Ala Nocturna extendió las alas e hizo una reverencia hacia su reina.

—Os juro que solo podéis acusarme de haber hecho lo que creí que sería mejor para mi tribu.

—Ah, ¿sí? —escupió Venganza con su voz ronca—. Entonces, ¿por qué siguen vivos todos los dragonets?

Mortífero desvió la mirada por debajo de su ala y la clavó en los ojos de Nocturno. Había una pregunta reflejada en ellos, y esta vez Nocturno estaba seguro de saber cuál era.

«¿Lo están? ¿Siguen todos vivos?».

Nocturno asintió de la manera más imperceptible de que fue capaz, y una extraña expresión de alivió bailó durante un segundo en la cara de Mortífero. Luego desapareció.

—Cierto, mi misión no ha terminado —comenzó—. Necesito volver al bosque tropical y...

—Traicionarnos un poco más —sugirió Venganza—. Apuesto a que sí.

Nocturno vio a Grandeza inclinarse hacia el círculo una vez más, aunque la mayoría de los dragones no le quitaban la vista de encima a Mortífero y no lo notaron.

—Os aseguro que soy un Ala Nocturna leal —dijo Mortífero, elevando la voz—. Quizá crea que merece la pena discutir si de verdad necesitamos matar o no a estos dragonets, pero...

—¿Veis? —rugió Venganza—. Él...

—¡Venganza! —gritó Grandeza, silenciándolo.

Se irguió en el saliente en el que estaba y abrió las alas, mostrando unas escamas plateadas brillantes, como réplicas de sus diamantes. Infló el pecho y contrajo el rostro, en un intento de parecer amenazadora y regia, pero nada más lejos de la realidad. Nocturno seguía sin ver a una futura reina en ella.

—La reina ha hablado —dijo Grandeza para romper el silencio de la cueva—. Venganza, has puesto en peligro a toda la tribu. Has desobedecido tus órdenes. Has introducido a una víbora en nuestro hogar, disfrazada de una simple culebra.

—Esperad —gritó Venganza—. ¡Lo que él ha hecho es mucho peor! ¡Yo

solo traje a una Ala Lluviosa, lo mismo que hago siempre! ¿Cómo podía saber...? ¡Era igual que cualquier otra Ala Lluviosa!

—Y además —añadió Grandeza— estás importunando a la reina.

Movió la cola, solo un movimiento pequeño, casi imperceptible, hacia los guardias de la puerta.

—¡NO! —gritó Venganza.

Sus alas se abrieron, pero apenas había alzado el vuelo cuando los cuatro guardias lo agarraron. Con un rápido empujón, antes de que el propio Nocturno tuviera tiempo de pestañear, lanzaron al dragón con la cicatriz al lago de lava.

CAPÍTULO 3

Mortífero alzó el vuelo, con lo que evitó las gotas de lava que salpicaron a su alrededor. Nocturno no fue lo suficientemente rápido y una mota brillante naranja le cayó en el pie. Una punzante quemazón le recorrió el cuerpo, tan dolorosa que pensó que iba a desmayarse.

Luego la figura de Venganza surgió de la lava, gritando y tratando de escapar mientras lo cocían vivo.

Las zarpas de Mortífero cogieron a Nocturno y lo alzaron justo a tiempo. Un montón de lava salió volando en todas direcciones cuando el moribundo dragón agitó las alas.

—¡NO ME HAGÁIS ESTO! ¡SALVADME! —vociferó Venganza.

Los guardias dieron un paso adelante con sus rostros inexpresivos. Llevaban una especie de armadura que incluía cascos y gruesas placas sobre el bajo vientre. Además, todos portaban unas extrañas lanzas puntiagudas parecidas a las que Gloria había llevado al bosque tropical.

Fueron precisamente esas lanzas las que utilizaron para volver a hundir a Venganza en la lava y retenerlo hasta que dejó de revolverse y el oscuro cuerpo lleno de cicatrices del dragón finalmente se hundió bajo la superficie brillante de color rojo dorado y desapareció.

Tras un largo momento de silencio, Nocturno se acordó de volver a

respirar. Miró fijamente a Mortífero, que flotaba a su alrededor. Reparó en la sombría mirada tan poco frecuente en la cara del asesino, como si acabara de ver unas pinceladas de su propio futuro, y no precisamente gracias a una visión profética.

—Gracias, Majestad —dijo por fin Mortífero, y se inclinó ante la reina escondida.

—No, Mortífero —repuso Grandeza, con la voz rota. Se aclaró la garganta y apartó la vista—. No hemos acabado contigo. —Se dirigió a los guardias—. Lleváoslo a las mazmorras. Investigaremos los cargos que pesan contra ti, y luego Su Majestad decidirá qué hacer contigo.

Mortífero voló hacia los guardias y dejó que lo condujeran por la puerta. El dragón solo se permitió echar un último vistazo a Nocturno y lanzarle una mirada significativa que al dragonet le resultó indescifrable.

«Quizá espera que tenga mis habilidades para leer las mentes. A lo mejor trata de mandarme un mensaje».

«Si eso es lo que intenta..., lo siento, Mortífero. Has elegido al dragón equivocado».

Cansada, Grandeza se masajeó las crestas que tenía sobre los ojos.

—Vale, necesitamos tomarnos un descanso. Si os toca comer esta semana, id y hacedlo ahora, y retomaremos la asamblea esta noche. —Echó un vistazo a la habitación, se inclinó de nuevo sobre el lugar donde se escondía la reina y añadió—: La reina dice que volvamos al anochecer con posibles estrategias defensivas y ofensivas. Oráculo, asegúrate de haberle sonsacado más información al dragonet para entonces.

Oráculo inclinó la cabeza, flexionando las garras. Nocturno se revolvió, incómodo, esperando que lo de «sonsacarle fuera» solo una forma de hablar.

Los Alas Nocturnas empezaron a dispersarse, la mayoría a través de los agujeros del techo. Oráculo le hizo señas con la cabeza. A regañadientes, Nocturno lo siguió por los túneles.

La sola mención de la comida le había recordado lo hambriento que estaba, aunque en realidad no podía preocuparse por la comida dado que ni siquiera estaba seguro de ser un prisionero, un espía o solo un enorme fracasado. Y después de lo que le había ocurrido a Venganza, Nocturno estaba bastante preocupado con lo que los Alas Nocturnas pudieran hacerles a aquellos que fracasaban.

Las alas de Oráculo ondearon como nubes de tormenta mientras avanzaba por delante de Nocturno. Nocturno reparó enseguida en que no volvían a los dormitorios. Oráculo había girado en algún punto y ahora el dragonet podía ver una luz gris oscura por delante de ellos.

Salieron a una cornisa de roca que sobresalía de uno de los laterales de la fortaleza. Por debajo de ellos, se dibujaba un extraño paisaje de rocas que parecía la piel grumosa de un gigante dragón negro grisáceo con un fiero brillo naranja rellenando los huecos entre lo que parecían sus escamas. «Un campo de lava», pensó Nocturno.

Recordaba muy poco sobre lo que decían de los volcanes los pergaminos que había estudiado mientras crecía bajo la montaña, lo que, para ser sinceros, parecía haber ocurrido mil años atrás. No había volcanes activos en el continente de Pirria, así que no se había molestado en memorizar el pergamino, tal y como había hecho con los otros. Nunca se le había ocurrido pensar que los Alas Nocturnas, los dragones que habían escrito la mayoría de los pergaminos, conocieran los volcanes de primera mano, y mucho menos que pudieran vivir en uno.

Nocturno no veía ninguna cueva ni río de lava como los que Gloria le había descrito, por lo que dedujo que se encontraban en el otro lado del volcán. Pero el aire era tan gris y viciado como le había dicho, y costaba respirar. Nocturno aún experimentaba esa sensación de arañazos por dentro de la garganta.

Muy por encima de sus cabezas, en un cielo de cenizas, un par de dragones negros volaban en círculos, sin parar, como buitres. Nocturno se

preguntó si, desde esa altura, serían capaces de ver el continente. ¿Cuán alejada del resto de Pirria estaba esa isla? ¿Tenían los Alas Nocturnas alguna otra forma de llegar que no fueran los túneles secretos creados por los dragones animus que conectaban con el bosque tropical?

Demasiadas preguntas. Durante toda su vida se había formulado muchísimas preguntas sobre los Alas Nocturnas y su hogar secreto. Tal vez ahora, después de tanto tiempo, por fin fuera a obtener respuestas. Paró un momento para pensar: «Estoy aquí. Este es mi hogar. Esta es mi tribu. Esto es lo que siempre he buscado».

Pero no sentía que fuera real. Aquel horrible lugar no se parecía en nada a la utopía de los Alas Nocturnas que siempre se había imaginado. En la mente de Nocturno, había creado un precioso hogar escondido lleno de arte y música y dragones que adoraban la lectura, con capiteles rozando las nubes y cascadas, luz del sol y una biblioteca en cada esquina. No aquello: el humo, el hedor, la hostilidad y ese paisaje sombrío.

Incluso aunque obtuviera miles de respuestas, una para cada una de sus preguntas, ninguna podría reemplazar jamás a Sol ni a los otros dragonets.

Oráculo miró fijamente el campo de lava e inspiró aire varias veces. Los agujeros de la nariz se le abrían y la lengua bífida se deslizaba dentro y fuera de su hocico. Quedó sumido en un silencio tan prolongado que Nocturno se preguntó si le ocurría algo.

—Esto... —dijo Nocturno, aunque sonó como un chirrido.

Oráculo lo miró mientras daba un resoplido gigante.

—Yo solo... —empezó de nuevo el dragonet—. Solo quiero que sepas que no sé nada más. De verdad. Sobre el ataque de los Alas Lluviosas.

Casi al instante, su traicionero cerebro empezó a gritarle: «¡Excepto que puede que Gloria se haya convertido ya en reina! ¡Y que los Alas Lluviosas suelen ser pacifistas! ¡Y...!».

Fijó los ojos en la montaña que tenían detrás y trató de no pensar en otra cosa que no fuera lava.

Oráculo bufó.

—Eso no me sorprende —dijo—. Eres el espía más inútil que he conocido nunca. —Estiró las alas y volvió a inhalar—. Vamos.

Su cola estuvo a punto de tirar a Nocturno de la cornisa en la que se hallaban cuando emprendió el vuelo.

—¿Ahí abajo? —le preguntó Nocturno sin quitarles ojo a las grietas fundidas en las rocas que había debajo de ellos—. ¿Es seguro? —añadió, mientras batía las alas para alcanzar a Oráculo.

—Por supuesto que no lo es —le contestó Oráculo—. Unos cuantos dragones han cometido el error de intentar aterrizar sobre ellas, solo para romper la corteza y caer por ellas.

Señaló con la cabeza las formas blancas que se podían ver entre las rosas. Nocturno miró hasta comprender lo que era. Deseó no haberlo hecho. Se le revolvió el estómago al ver unas cuantas más: eran calaveras de dragón con la boca abierta en un grito eterno.

—No te aconsejo que mires más de cerca —le dijo Oráculo, seco—. Nos dirigimos ahí.

Y señaló a la zona más alejada de las rocas de lava, donde Nocturno distinguió un puñado de árboles cubiertos de ceniza gris.

—Así que... —Nocturno se aclaró la garganta—. Cuando Grandeza dijo que «si es vuestro turno de comer esta semana», ¿a qué se refería?

Oráculo volvió a bufar.

—Tenemos un calendario rotativo. Todos los Alas Nocturnas tienen permiso para cazar o recolectar cinco días al mes. Por supuesto, yo soy la excepción.

—¿La excepción? —repitió Nocturno, aunque lo último que quería era que sonase a una pregunta. «¿Solo cinco días al mes? Con razón están tan delgados... Deben de estar quedándose sin comida en esta isla».

El otro dragón lo miró, frunciendo el ceño.

—Mi papel en el futuro de la tribu me hace indispensable.

—Oh —le contestó Nocturno, que no se atrevió a hacer más preguntas.

Cuando ya estaban más cerca de los árboles, Nocturno se dio cuenta de que el bosque era más grande de lo que había imaginado: cubría un cuarto de la isla, desde el río de lava hasta el océano.

—Ya veo —dijo, con alivio—. Me preguntaba dónde cazaríais.

Tampoco es que hubiera muchas presas en un volcán activo.

—Aquí, cuando no nos queda más remedio —escupió Oráculo—. Por ejemplo, cuando no podemos cruzar al bosque tropical o al Reino de Arena —siseó, y movió su negra lengua bífida.

«Vaya. Eso podría explicar por qué están tan enfadados ahora mismo. Han utilizado el bosque tropical para conseguir más presas —pensó—. Como ese perezoso que Gloria, Cieno y yo encontramos en el río». Le había costado horrores quitarse de encima el hedor de perezoso muerto. Durante un segundo, Nocturno creyó que el mero recuerdo había traído de nuevo el olor, hasta que reparó en la presencia de un olor similar, procedente del bosque que tenían debajo.

—Toda la isla era así cuando llegamos —dijo Oráculo.

—¿Te refieres a cubierta de árboles? —preguntó Nocturno—. ¿Qué pasó? ¿El volcán?

«Vaya una pregunta más estúpida. Por supuesto que fue el volcán». Volvió a mirar la montaña que tenía a la espalda. El volcán debía de haber enviado el río de lava que ahora cubría la mayoría de los árboles, y convertido la isla en un estéril océano de roca.

Oráculo no le contestó. Volaron en círculo hasta que Nocturno divisó a otros Alas Nocturnas que se deslizaba entre los árboles. Oráculo los miró y luego sacudió la cola hacia Nocturno.

—Rápido —espetó—. Antes de que alguno de ellos encuentre a mi presa.

—Tu... —empezó Nocturno con curiosidad, pero Oráculo ya había recogido las alas y se dirigía, a toda velocidad, hacia un puñado de árboles enanos no muy alejado de la playa.

El dragón aterrizó con un golpe que levantó una polvareda gris alrededor de sus garras y acto seguido pegó su nariz al suelo. Con un horrible bufido, se apresuró hacia el claro, cogiendo y exhalando aire con fuerza por la nariz y sacando y metiendo la lengua con rapidez.

Era la primera vez que Nocturno veía cazar así a alguien. Desierto les había enseñado todo lo que había podido en las cuevas bajo la montaña. A veces eso incluía seguir el rastro del olor de la presa (cosa que siempre se le había dado bien a Nocturno), pero por lo general la caza significaba estar callado, a la espera de localizar a tu presa, y después atacar con rapidez, antes de que supiese lo que se le venía encima.

Pero, a juzgar por el ruido que hacía Oráculo, Nocturno pensó que todos los animales de la isla debían de saber que estaban allí.

Siguió al enorme dragón negro. Tenía muy presentes las lecciones de caza de Desierto. Su guardián Ala Arenosa no había sido particularmente amable con los dragonets, aunque nunca había sido tan cruel como Rapaz. Pero siempre se había percatado de lo duro que estudiaba Nocturno y, algunas veces, le daba charlas especiales sobre algunos pergaminos, que a Nocturno le parecieron confusas.

Su otro guardián, Membranas, a menudo hacía el esfuerzo durante sus escapadas al exterior, de traerle a Nocturno más pergaminos. Ambos habían sido más precavidos con él que con los otros dragonets, quizá por el miedo que tenían a que sus poderes de Ala Nocturna de leer la mente o ver el futuro se manifestaran.

«Algo que todavía espero que suceda», pensó, replegando las alas.

Oráculo emitió un sonido gutural de triunfo al mismo tiempo que apartaba un arbusto desnudo de su camino, en cuya base había algo medio muerto.

«Más que medio muerto —pensó Nocturno—. Casi muerto del todo». Parecía un montón de plumas grises y blancas tan grande como la cabeza de un dragón. Cuando el gran Ala Nocturna clavó una garra en él para

levantarlo, el animal dejó escapar un gemido patético.

—¿Qué se supone que es? —preguntó Nocturno, intentando recordar si había visto un pájaro como aquel en sus pergaminos. La curiosidad le hizo olvidar que estaba demasiado asustado como para hablar—. Es más grande que cualquier gaviota que haya visto.

—Un albatros gigante —le contestó Oráculo, y le dio la vuelta entre sus garras—. Estaba convencido de que ya estaría muerto.

Se encogió de hombros y deslizó una garra por la garganta del pájaro.

Nocturno se cubrió el hocico con una de sus alas. El horrible olor tóxico del ave muerta era casi insoportable. Nocturno solo podía pensar en correr hacia el océano y hundir la cabeza en el agua salada para deshacerse de ese hedor.

Mientras Oráculo seguía inspeccionándolo, Nocturno se fijó en el mordisco que el ave tenía en el cuello. El mismo que tenía el perezoso que encontró en el bosque tropical. Parecía infectado y asqueroso, lleno de insectos.

—¿Estás seguro de que eso se puede comer? —preguntó.

—Fui yo quien lo mató —gruñó Oráculo—. Por supuesto que me lo voy a comer.

—¿Pero eso no te hará enfermar?

Oráculo le dedicó una mirada sombría.

—Los Alas Nocturnas no enferman. Ni se te ocurra decirme que a todo lo que tienes de malo hay que sumarle un estómago delicado.

—No... No. No lo creo —repuso Nocturno, que hacía todo lo posible por no vomitar allí mismo y demostrarle que mentía—. Pero es que seguro que esa herida está llena de bacterias.

—Claro que lo está —dijo Oráculo—. ¿Cómo crees que murió si no? Mi mordisco lo infectó. Así es como... —Oráculo se calló y miró a Nocturno con el ceño fruncido—. ¿No es así como cazas tu comida?

Nocturno volvió a mirar al pájaro putrefacto. Tenía el presentimiento de

que no debía admitir, y menos ante Oráculo, que Cieno se había encargado de cazar prácticamente todos los días desde que habían abandonado la montaña. Pero tampoco quería admitir que no terminaba de entender aquello.

«Usa el cerebro —se dijo a sí mismo—. Eres capaz de salir de esta».

—Muerdes a tu presa —dijo, despacio—. Y luego esperas a que muera. Y luego la encuentras y te la comes..., una vez está muerta y pudriéndose. Pero no te hace enfermar. —Miró los dientes de Oráculo—. Hay algo en tus dientes que los mata, incluso aunque el mordisco no sea fatal. ¿Es alguna especie de veneno?

Oráculo sacudió la cabeza.

—Algunos Alas Nocturnas creen que se trata de eso, pero ninguno de nuestros científicos ha encontrado evidencias de veneno al examinar los cadáveres de nuestra tribu. Tampoco hemos tenido aún éxito replicando el veneno de los Alas Lluviosas. —Miró de nuevo al pájaro y, sin previo aviso, le arrancó una de sus alas—. Puedes quedarte con esto —le dijo a Nocturno, y le lanzó el ala, aunque no de una manera muy generosa.

Nocturno dio un salto hacia atrás para evitar cogerla, así que el ala acabó chocando contra el suelo justo delante de él. Varios bichos salieron retorciéndose de ella. El dragonet cerró los ojos con rapidez para no verlos.

—Esto... —dijo—. No, gracias.

Oráculo ya tenía los dientes hundidos en el estómago del albatros. Le arrancó un bocado y, con la boca llena, masticó en silencio durante un momento, mirando fijamente a Nocturno.

—¿Qué crees que vas a comer si no? —gruñó—. Así es como nos alimentamos los Alas Nocturnas.

—Comeré cualquier otra cosa —le contestó Nocturno, que miró a su alrededor—. Una tortuga, un lagarto u otra cosa.

—Empiezo a ver por qué eres tan inútil —siseó Oráculo—. Nadie te ha enseñado nunca a ser un Ala Nocturna. Asumimos que por el simple hecho

de nacer serías superior, como todos nosotros, pero quizá hayas salido defectuoso. Bueno, no tenemos tiempo para sensiblerías, ni para cazar una tortuga. Cómete el ala o muérete de hambre.

Nocturno estaba tan intrigado con ese extraño fenómeno biológico que no se dio cuenta de que acababa de llamarlo defectuoso e inútil.

—Espera, puede que a ti no te haga enfermar, pero estoy más que seguro de que sí me haría enfermar a mí —le dijo Nocturno. Desearía poder apuntarlo todo. ¿Habría algún pergamino que hablara sobre la mordedura de los Alas Nocturnas y el efecto que tenía en sus presas? Quizá Nocturno podría estudiar a su tribu y ser el primero en escribirlo—. No estoy acostumbrado a comer animales infectados. Si lo pensamos en términos científicos, creo que es algo a lo que os habréis inmunizado con el tiempo, algo que vuestros dragonets también habrán hecho al crecer comiendo esto. Pero yo carezco de esos anticuerpos que evitan que enferme. No merece la pena arriesgarse.

El enorme dragón negro dejó de masticar a medio bocado y miró a Nocturno con la boca abierta.

—Bueno —dijo tras un largo silencio—. Eso responde a la pregunta.

—¿Qué pregunta? —preguntó Nocturno.

Oráculo se llevó una garra a los dientes y sacudió la cola.

—Ahora sé quién es tu padre.

CAPÍTULO 4

El viento procedente del océano sacudió las ramas de los árboles y los golpeó con fuerza.

Nocturno hundió las garras en el suelo.

No es que se hubiera olvidado de preguntar quiénes eran sus padres, sino más bien que le aterrorizaba escuchar la respuesta. Un padre como Oráculo o Venganza, o una madre como Grandeza o Mordida Feroz... Quizá fuera mejor no descubrirlo nunca. Mejor eso que dejar que sus sueños se toparan de bruces con la inevitable y horrible realidad.

Pero de repente, la idea de que hubiera un dragón en algún lugar de aquella isla, y que además estuviera no solo conectado con él, sino que además se preocupara por él, era demasiado grande como para digerirla.

«Esto va sobre lo que Sol y yo siempre hemos hablado... Encontrar a nuestros padres».

—Mi padre —susurró—. ¿No sabías quién era hasta ahora?

—Había varios candidatos —contestó Oráculo, con tono sombrío—. Pero solo conozco a otro dragón que hable como tú.

«Habla como yo».

—Vaya, esto lo hará todo aún más insufrible —murmuró Oráculo, mientras le arrancaba la otra ala al albatros y se la metía en la boca—. Lleva

los últimos seis años diciendo que el huevo de la profecía había sido el suyo.

—¿Puedo conocerlo? —preguntó Nocturno.

—Oh, no hay forma de que te libres de hacerlo. —La cola de Oráculo restalló—. Me sorprende que no fuera a verte en cuanto te trajimos. Debe de estar en medio de otro gran experimento, con el hocico metido en sus pergaminos... Seguramente ni se haya enterado de que estamos a punto de ir a la guerra.

«Quiere conocerme. Me va a buscar».

—¿Y mi madre? —preguntó Nocturno—. ¿Puedo... puedo conocerla?

—No —le contestó Oráculo, mientras se quitaba una pluma de la lengua —. Está muerta. Murió hace unos años.

—Vaya. —Nocturno no entendió la ola de tristeza que pareció golpearlo en el pecho. No la conocía. Había accedido a entregarle su huevo a la profecía, así que tampoco podía tenerle mucho cariño. Probablemente fuera tan mala como Coral o la madre de Cieno.

«Aun así...».

—¿Cómo murió? —Nocturno trató de no mirar directamente al revoltijo en el que Oráculo estaba convirtiendo al albatros. Desierto y Rapaz habían insistido una y otra vez en adoptar unas reglas muy estrictas sobre la comida y la limpieza, ya que todos ellos estaban atrapados bajo la montaña, con apenas unas pocas cuevas y ningún lugar al que ir si alguien decidía hacer ruiditos desagradables mientras se comía a su presa.

—Se metió ella sola en una batalla tratando de ayudar a un Ala Marina a la que dos Alas Celestes estaban atacando —gruñó Oráculo—. Vaya una idiota. Obviamente, no has sacado ese cerebrito tuyo de ella. —Entrecerró los ojos mientras miraba a Nocturno y le lanzó uno de los huesos de pájaro —. Ya es suficiente. Ahora soy *yo* quien tiene preguntas que hacerte.

—De verdad que no sé nada —soltó Nocturno de sopetón.

—¿De verdad esa Alas Lluviosas es tan peligrosa? —le preguntó

Oráculo, haciéndole caso omiso—. Nuestros informes dicen que la mayoría de los Alas Lluviosas solo se preocupan por sí mismos y por las cosas fáciles. ¿Es cierto?

Nocturno asintió. Lo último que deseaba era traicionar a Gloria. Pero no se le ocurría ninguna forma de evitar las preguntas de Oráculo o de mentirle, cuando el Alas Nocturnas era capaz de leer la verdad en su mente.

Para su sorpresa, Oráculo relajó los hombros.

—Eso es lo que pensaba —dijo—. Así que puede que no hagan nada. Quizá se hagan un ovillo y se echen a dormir otra vez.

Nocturno comprendió que Oráculo lo había malinterpretado. Él se refería a que la pereza era algo normal en la mayoría de los Alas Lluviosas, pero el Alas Nocturnas dio por hecho que también se refería a Gloria.

—Quizá —dijo, con tono evasivo.

Trató de no pensar en cómo Gloria jamás dejaría pasar lo que estaba ocurriendo..., en cómo lucharía con garras y dientes para rescatar a los Alas Lluviosas prisioneros. Había sido muy raro verla así, como si, por un día, hubiera tomado prestada la ferocidad de Tsunami. Durante años, Gloria había actuado como si nada le importara. Pero, al parecer, bastaba con aprisionar y torturar a los miembros de su tribu para llamar su atención. Recordó lo que el consejo había dicho.

—¿De qué plan estaba hablando el consejo? —preguntó—. ¿Qué es lo que no queremos que sepan los Alas Lluviosas?

Le sonó a mentira nada más decirlo. Usar ese «queremos», en plural, como si formara parte de la tribu. Pero Nocturno quería que Oráculo pensara que estaba de su lado, que podía confiar en él. Era un truco que le había visto hacer a Sol en numerosas ocasiones cuando Gloria y Tsunami se peleaban: «¿Por qué estamos enfadadas con Tsunami hoy?», «¿Qué es lo que nos ha hecho Gloria ahora?», y funcionaba la mayoría de las veces.

Pero no en esa ocasión.

—Cuanto menos sepas, mejor —le soltó Oráculo—. Así te meterás en

menos líos.

Por lo general, esa no era la filosofía de Nocturno. Para él, saber más siempre era mejor que saber menos.

Oráculo arrancó el último trozo de carne de los huesos del pájaro y escupió unas cuantas plumas más.

—Si quieres morirte de hambre... —murmuró, mientras devoraba de un par de bocados el ala del albatros que le había lanzado a Nocturno—. Muy bien —masculló—, vamos a ver a Erudito. —Lanzó las sobras del pájaro a los arbustos cercanos y alzó el vuelo—. Luego te llevaré a conocer a los suplentes —añadió mientras miraba de reojo.

—¿Los qué? —preguntó Nocturno, pero Oráculo estaba cada vez más lejos y no miró atrás ni una sola vez.

El dragonet lo siguió. No se le iba de la cabeza la técnica de caza de los Alas Nocturnas. Tenía que admitir que explicaba algunas cosas, incluyendo el mal aliento que tenían los pequeños dragonets del dormitorio. Por extraño que pareciera, el aliento de Mortífero no olía mal. Nocturno se preguntó si el asesino pasaba más tiempo en el continente que los otros Alas Nocturnas y, por lo tanto, había descubierto que prefería las presas vivas a la carroña, como la mayoría de los dragones.

Por delante de ellos, asomó la fortaleza de los Alas Nocturnas, negra contra el cielo gris. Era enorme, construida en capas que rodeaban la mitad de la montaña. Pero al mismo tiempo tenía un aspecto bastante precario, como si en cualquier momento una de las rocas que la formaba pudiera desprenderse y hacer que toda la construcción cayera al océano.

De hecho... Nocturno entrecerró los ojos. Era difícil ver la fortaleza de primeras, negro sobre negro en medio del oscuro y humeante aire, pero cuanto más cerca, más seguro de verla estaba. La lava se había tragado parte de la fortaleza, y todo apuntaba a que ya hacía bastante tiempo. Una de las esquinas del edificio, tan grande como la arena de la reina Escarlata, estaba cubierta por duras burbujas de roca negra. Era como si un dragón

gigante hubiera llegado a la montaña y hubiese hundido las garras en las paredes.

Nocturno alzó la vista y le echó un vistazo a la nube de vapor que salía del volcán. Un brillo de fuego naranja dorado refulgía de su interior. Además, si la descripción de Gloria era correcta, sabía que había ríos de lava derretida bajando por uno de los lados de la montaña, atravesando las cuevas donde tenían retenidos a los Alas Lluviosas. Sin duda, el volcán podía volver a entrar en erupción en cualquier momento, poniendo en peligro al resto de la fortaleza.

Aquel pensamiento lo puso aún más nervioso. No estaba muy seguro de seguir a Oráculo al interior de la fortaleza, pero tampoco podía decirse que tuviera mucha más opción. El Alas Nocturnas se lanzó hacia una entrada con forma de boca en uno de los niveles más altos de la fortaleza. Los túneles estaban iluminados por candelabros colgantes con antorchas como los nichos de carbón que Nocturno había visto antes. La piedra bajo sus garras parecía más suave y pulida, como si alguien la barriera o limpiara con frecuencia, al contrario que en los pisos inferiores.

Nocturno pensó en las huellas doradas de dragón en el Palacio Celeste o el trono adornado como esmeraldas del Reino del Mar, incluso en las coloridas flores que adornaban la villa de los Alas Lluviosas. Allí no había nada parecido..., nada que rompiera la monotonía de las paredes de piedra, nada que demostrara la riqueza y el poder de los Alas Nocturnas.

«Supongo que ninguna otra tribu viene aquí —pensó—. En vez de tratar de impresionar a otros dragones con opulencia, ellos lo hacen con misterio». Para Nocturno, aquello tenía sentido, pero habría estado muy bien ver algo más aparte de fuego y roca en todas partes.

Cuando doblaron una esquina, Nocturno se paró y miró hacia atrás. Creía haber oído algo..., aunque quizá solo se trataba de su imaginación. Aun así..., sonaba como unas garras resonando contra el suelo de piedra, justo detrás de ellos.

Miró fijamente el largo y oscuro túnel, cuando de repente lo invadió un escalofrío de esperanza. «Quizá sea Gloria —pensó—. Quizá esté aquí, camuflada. Quizá haya venido a rescatarme». No sabía cómo podría haber burlado a los guardias que, sin lugar a duda, estaban apostados en el agujero. De hecho, si él estuviera al mando, habría apostado a un Alas Nocturnas dentro del túnel todo el tiempo, solo para asegurarse de que ningún dragón podría cruzarlo en su modo camuflaje. Pero quizá los Alas Nocturnas no fueran tan inteligentes.

Ahí estaba de nuevo ese ruido. Sin lugar a dudas era el sonido de unas garras, aunque quienquiera que lo estuviera haciendo no se esmeraba por pasar desapercibido. «A Gloria se le da mucho mejor ser sigilosa. ¿Quizá sea Cieno?».

Era patético lo mucho que deseaba que fueran sus amigos. ¡Incluso se contentaría con Cieno! Ojalá ese grandullón se asomara por la esquina con su cabeza parda, lo mirara y le sonriera. Nocturno se prometió a sí mismo y al universo que, si Cieno estaba allí para rescatarlo, ya no volvería a burlarse de él.

—¡Date prisa! —le gritó Oráculo desde bastante más adelante.

Nocturno comprendió que se estaba comportando como un idiota. Si de verdad alguien había ido allí para rescatarlo, no lo ayudaría demasiado que se quedara parado en medio del pasillo mirándolo fijamente. Empezó a girarse para seguir a Oráculo cuando... Una cabeza sí que se asomó, doblando la última esquina.

No se trataba de Cieno. Ni de Gloria, ni de Tsunami... Tampoco era Sol.

Era una dragonet Alas Nocturnas.

Ella lo miró fijamente durante un momento, sorprendida. Después, Nocturno se encogió de hombros y se giró para darle la espalda..., pero en ese mismo instante la dragonet gritó:

—¡Benditas escamas, eres tú!

Se acercó a él y lo agarró de las patas delanteras.

—Tuve una visión en la que aparecías —afirmó con grandilocuencia. Nocturno desistió de intentar zafarse de ella—. ¿Has tenido tú visiones en las que aparecía yo?

—¿Las has tenido? —le preguntó Nocturno, pestañeando.

Dedujo que tendrían la misma edad. Y, si ella ya tenía visiones, eso significaba que los dragonets desarrollaban sus poderes antes de convertirse en dragones adultos. Lo que, a su vez, significaba que Nocturno debería tener ya algún poder.

Pero la verdad era que no los tenía. Cada vez que intentaba leer las mentes o ver el futuro, era como mirar al cielo nocturno... Una Nada vacía y carente del menor sentido se abría ante él. Aún no había sido capaz de admitirlo ante Oráculo.

Hablando de Oráculo... El suelo tembló con furia mientras el Alas Nocturnas deshacía sus pasos por el túnel para acercarse a ellos. Sus ojos casi se le salieron de sus cuencas al ver a la nueva dragonet.

—¡PROFECÍA! —rugió tan alto que Nocturno creyó que el volcán entraría en erupción en aquel instante—. ¡Te dije que te quedaras en la cueva con los otros!

—Lo sé. Ya te oí —replicó, contenta—. Pero me aburría y quería explorar este sitio. Luego os vi volar por ahí y pensé que tendría que ir con vosotros. ¡No me puedo creer que por fin esté en la fortaleza de los Alas Nocturnas! He tenido un montón de sueños proféticos, ya sabes... —le dijo a Nocturno, como si ambos estuvieran conspirando. Aún apretaba las garras entre las suyas—. Aunque en ellos la fortaleza era más grande, más brillante y olía mucho mejor. Además, tenía muchos más tesoros, y te aseguro que muchos menos dragones gruñones pululando. —Guardó silencio un momento, pensativa—. Mmmm. Puede que solo fueran sueños normales.

—Profecía —siseó Oráculo—. ¿Se puede saber qué te he dicho sobre guardarte tus visiones para ti?

—Dijiste: «Cállate y deja de hablar de tus visiones. No me interesan lo más mínimo» —contestó Profecía—. Pero eso no significa que no le interesen a este dragón. ¿No te interesan? —le preguntó a Nocturno.

Lo cierto era que sí le interesaban, pero Nocturno no consideró muy inteligente por su parte admitirlo ante Oráculo, al que ya le salían volutas de humo de la nariz. Nocturno intentó estudiar a la dragonet sin dar la impresión de que lo estaba haciendo.

Las escamas negras de Profecía despedían un brillo azul oscuro y morado. Al igual que las alas de Nocturno, las suyas tenían escamas plateadas salpicadas por la parte interna, por lo que parecían formar parte del cielo nocturno. Pero a diferencia de él, Profecía contaba con algunas escamas plateadas más. Una junto a cada rabillo del ojo, unas cuantas más que le rodeaban el tobillo y otras desperdigadas por la cola. Todo ello le confería un aspecto de brillantes pecas estrelladas.

—Bueno, no importa. Lo que sí sé es que eres muy importante —le dijo, soltándole las garras—. Y que tenemos un gran destino que cumplir juntos.

«¿Lo tenemos?», pensó Nocturno, esperanzado. Quizá, después de todo, sí que iba a sobrevivir en la fortaleza de los Alas Nocturnas. «¿De modo que sí que soy útil para el gran destino de los dragonets? ¿Y mis amigos también? ¿Sol y yo estaremos juntos?». Nocturno deseó poder hacerle todas aquellas preguntas sin que Oráculo respirase furiosamente sobre sus cabezas.

—Vuelve con los otros —le ordenó Oráculo.

—Vaya, ¿no puedo ir con vosotros? —preguntó Profecía, que le lanzó a Oráculo una mirada implorante—. ¡Profetizo que voy a ser muy útil en lo que sea que vayáis a hacer! ¡Y también que será superinteresante!

—Yo... no creo que eso cuente como profetizar —le dijo Nocturno—. Suena más a un deseo tuyo.

Oráculo soltó un gruñido desde lo más profundo de su garganta.

—Está bien. Ten la boca cerrada y no estorbes.

—¡Como si alguna vez lo hiciera! —contestó Profecía, alegre, y golpeó a Nocturno con la cola.

Oráculo volvió a alejarse, murmurando. Profecía le dedicó una sonrisa enorme a Nocturno y no pudo evitar que le recordara a Sol. Se preguntó si Sol lo echaría de menos y si ella también sentiría algo parecido al dolor en el pecho que sentía él cada vez que pensaba en ella.

—¡Oh, no! Vaya cara más larga —le dijo Profecía, que le acarició el ala mientras andaban por el túnel—. Anímate. ¿Cómo te llamas?

—¿No lo viste en tu visión? —Nocturno inclinó la cabeza, curioso. Siempre se había preguntado cuántos detalles aparecían en las visiones. La profecía que Oráculo había compartido hacía años era bastante críptica, pero quizá el dragón que tenía la profecía podía ver más detalles en su cabeza y simplemente él no los había compartido.

—Mmmm. —Profecía meció la cabeza adelante y atrás, mirándolo fijamente—. Claro, es... ¡Pies Grandes!

—¿Qué? —Nocturno se miró las garras, un poco ofendido—. No, no. Me llamo Nocturno.

—Vaya —le dijo ella—. ¿Estás seguro?

—Bastante seguro.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, es parecido. ¡Hola, Nocturno! Yo soy Profecía. Seguramente te estés preguntando por qué no me has visto nunca.

Nocturno dejó de andar a medio paso y la miró, frunciendo el ceño.

—¿Me lo pregunto?

—Es porque no he crecido aquí —siguió ella, con alegría, sin fijarse en su reacción. El gruñido de Oráculo resonó por el pasillo y ambos reanudaron la marcha, más rápido en esta ocasión—. Llegué ayer a la isla. Sé que va a sonar un poco raro, ¡pero me criaron los Garras de la Paz!

Nocturno se chocó contra un candelabro. Retrocedió. La cabeza le daba vueltas.

—¡Ay! —soltó Profecía, mientras le daba unos golpecitos en el hombro —. Eso ha tenido que doler. No importa. Como te decía, resulta que soy parte de la gran profecía de los dragonets de la que todo el mundo habla. ¿Te lo puedes creer?

«No», pensó Nocturno.

—Soy «las alas de la noche» —dijo, orgullosa—. Oráculo dice que me corresponde a mí terminar esta guerra. Por alguna razón, siempre se pone muy gruñón cuando saca el tema.

Nocturno sintió cómo todas sus esperanzas se desplomaban y desaparecían. Había estado rezando en silencio, esperando que aquella fuera otra intervención de los Alas Nocturnas para ayudarlo a encontrar de nuevo el camino correcto. Esperaba que le echaran otra regañina y lo mandaran de vuelta con sus amigos.

Pero, por lo que parecía, Mordida Feroz tenía razón: lo habían llevado allí porque había vuelto a fallar.

Y Profecía era su sustituta.

CAPÍTULO 5

Sonaba razonable. Profecía tenía poderes y Nocturno no. En más de una ocasión la había pifiado siguiendo las órdenes de Oráculo. Había resultado ser un Ala Nocturna inútil y, lo que era peor, un dragonet del destino aún más inútil.

—Vaya —dijo Profecía, consciente al fin de la expresión que ponía—. ¡Menuda cara! Parece como si alguien se hubiera comido tu última morsa. ¿Estás bien?

—Yo... —empezó a decir Nocturno—. Es solo que pensé que...

Doblaron una esquina del túnel y casi pisan la cola de Oráculo. El dragón les lanzó una mirada gélida que dejó a Nocturno con la palabra en la boca.

Profecía, sin embargo, siguió parloteando.

—LABO —leyó el letrero de la puerta que tenían delante—. Vaaaaaaya, ¿qué significa?

—Significa: «No toquéis absolutamente nada» —respondió Oráculo, con aire sombrío—. Estamos aquí para que Nocturno conozca a su padre. Si hoy no es nuestro día de suerte, nos dará una vuelta y nos enseñará los experimentos en los que está trabajando —siseó—. Acabemos con esto de una vez.

La puerta se abrió, dejando a la vista una habitación enorme, mucho

mejor iluminada y limpia de lo que Nocturno había visto en la fortaleza. Los tres dragones estaban de pie en un balcón. Había un nivel por encima de ellos y otro por debajo, y una extraña red de tuberías entrecruzadas frente a ellos.

—¡No, no! —gritó una voz. Un dragón negro, tan delgado como un látigo, salió del piso superior y planeó justo delante de ellos. Llevaba un casco bastante raro que le cubría toda la cabeza, con tan solo unos pequeños agujeros para que el dragón pudiera ver a través de él. «Muy parecidos a los de la reina Ala Nocturna durante el consejo», pensó Nocturno—. ¡Nadie debe interrumpirme! ¡Este experimento es crítico! ¡Y Grandeza me dijo que podrían relevarme en cualquier momento! ¡Largaos, por favor!

Batió las alas y las garras delante de sus caras.

—Erudito —le dijo Oráculo con frialdad—. Parece ser que, al fin y al cabo, tenías razón. El dragonet que salió del huevo de Visión es tu hijo, y él está aquí, de modo que lo he traído para que te conozca.

Nocturno se tensó, esperando que el otro dragón se encogiera de hombros, distraído, y los echara de allí.

Pero en vez de eso, Erudito se acercó y se quitó el casco. Eso dejó al descubierto un hocico lleno de pequeñas cicatrices y unos ojos curiosos inyectados en sangre.

—¿Mi hijo? —preguntó, y a Nocturno lo recorrió un escalofrío de felicidad al escuchar el anhelo en la voz de su padre. Erudito aterrizó en el balcón, junto a ellos, dejó su casco en el suelo y apretó los hombros de Nocturno entre las garras—. Por las tres lunas —añadió—, qué dragonet más guapo. —Erudito señaló un mismo punto en el cuerpo de Nocturno y en el suyo propio—. Y sí, mirad cómo sus escamas en forma de estrellas se despliegan bajo sus alas, como una salpicadura de agua, mientras que las de Oráculo, por ejemplo, giran sobre sí mismas, como la concha de un caracol.

Extendió una de sus alas e intentó agarrar la de Oráculo, para mostrarlo, pero el otro dragón se lo quitó de encima con un gruñido.

—Por ahora es una teoría, claro está —continuó Erudito, y Nocturno se dio cuenta de que estaba devolviéndole la sonrisa a su padre—. Ni que decir tiene que necesitaríamos más evidencias, pero supongo que una prueba es mejor que nada. Esto es maravilloso, sobre todo si se tiene en cuenta la situación del resto de la tribu. Y eso te incluye, ¿verdad, Oráculo? ¿Aún no tienes ningún dragonet?

El rostro de Oráculo indicaba que no pensaba dignarse a contestar a aquellas preguntas.

—Pero yo sí que tengo un hijo —anunció Erudito, orgulloso—. ¡Yo, entre todos los dragones! ¡Me encantaría ver cómo Fortachón se ríe ahora! ¡Esperad a que todos vean a mi precioso vástago! ¿A qué dedicas tu tiempo, hijo?

«Hijo». Las rodillas de Nocturno temblaron, como si no fueran a ser capaces de sostenerlo mucho más tiempo.

—Mmm, a todo —murmuró—. A los pergaminos. Sobre todo me gustan los pergaminos.

—¡Fantástico! —dijo Erudito—. Yo tengo muchos pergaminos. ¿Qué me dices de la desalinización? ¿Sabes algo al respecto?

Nocturno se enderezó.

—Sí... Un poco. Es separar la sal del agua de mar para hacerla potable, ¿verdad?

—¿Potable? —preguntó Profecía. Los miraba a ambos con sus enormes ojos sorprendidos. Nocturno recordó entonces que ella no sabía que a él también lo habían criado fuera de aquella isla.

—Bebible —le explicó—. ¿Es lo que hacen esas tuberías?

—Muy bien —dijo Erudito, que movió las garras, emocionado—. Solo tenemos una fuente de agua fresca en la isla y, durante los últimos años, ha quedado bastante contaminada por culpa de la ceniza, por lo que he inventado este magnífico proceso para garantizar un suministro de agua segura a toda la tribu...

Erudito siguió parloteando, señalando las tuberías y explicando la ciencia que encerraba todo el proceso. Nocturno escuchó con fascinación. Nunca había visto ningún dragón que poseyera tantísimo conocimiento... Era como una biblioteca de pergaminos con patas.

—Ven. Sígueme —le dijo Erudito, contento, al tiempo que recogía su casco del suelo y alzaba el vuelo—. Te enseñaré en qué otras cosas estoy trabajando.

Nocturno miró a Oráculo, pidiéndole permiso, mientras que el dragón ponía los ojos en blanco y se sentaba en el balcón con un bostezo. Profecía no esperó a que la invitaran. Voló tras ellos mientras Erudito encabezaba la marcha hacia el nivel inferior.

—Aquí es donde hago toda mi volcanología —dijo, volando entre las mesas llenas de calderos de lava y los agujeros humeantes que había en el suelo—. Estoy probando diferentes materias capaces de resistir las erupciones, además de corazas para las escamas, y esbozando diferentes sistemas de implementación. Sin duda necesito un ayudante, ¿verdad?

—Este lugar es muy chulo —dijo Profecía, mirando a su alrededor, a los diferentes experimentos con lava del volcán.

—Es maravilloso —corroboró Nocturno, y bajó la mirada, hacia el humo que salía de un agujero. Quería estudiar cada sección del laboratorio con cuidado. Había un extraño artilugio en una esquina que parecía estar diseñado para rodear a un dragón y rellenarlo con algo... ¿Agua? Ni siquiera alcanzaba a imaginarlo. Ya tenía un millón de preguntas y un par de ideas que quizá mereciera la pena probar, si a su padre no le molestaban las sugerencias.

Erudito señaló con la cola a la esquina del laboratorio donde habían construido una pequeñísima versión de la montaña con pequeñas fortalezas a un lado. Algunas ya eran ruinas derretidas.

—¡Como ves, esto no acaba de ir bien! —Esbozó una sonrisa, casi con nerviosismo—. La reina Triunfal no está demasiado contenta. Por supuesto,

tiene sus propias ideas sobre los aspectos en los que debería centrar la atención. ¡Ven, ven!

Voló hasta el piso superior. Nocturno echó un último vistazo a su alrededor, preguntándose qué podría ser aún más interesante e importante que proteger a su tribu de un volcán. «Me gustaría saber si ha investigado la bacteria que tienen en la saliva y que les traspasan a sus presas. A lo mejor podría cederme una esquina del laboratorio para que yo lo investigue».

Se sacudió, pestañeando. «¿Una esquina del laboratorio? Ni que me estuviera planteando si me quedo». Miró a Profecía y enseguida desvió la mirada hacia uno de los humeantes frascos de lava. «Tal vez no me quede otra opción. Pero... tienen que dejarme ver a Sol por última vez. Si me quedo aquí atrapado para siempre, sin ella, sin la oportunidad de despedirme...».

—¡Vamos! —Profecía interrumpió sus pensamientos, y lo arrastró con ella al piso superior.

Se apresuraron para seguir a Erudito y descubrieron que el tercer nivel era otro balcón que daba a varias puertas, cada una de ellas identificada con tres o cuatro símbolos diferentes.

El padre de Nocturno se detuvo justo delante de una de ellas y se frotó las dos garras delanteras.

—Hace cosa de un año descubrimos un fenómeno natural muy, muy alucinante. No sabes de lo que te hablo. Los Garras de la Paz no tenían ni idea, ni tampoco las otras tribus. Nuestros conocimientos sobre esta anomalía biológica son tan recientes y fragmentarios que aún no hemos escrito ningún pergamino sobre ella..., ni de los que repartimos en el continente, ni tampoco los pergaminos que están reservados solo para los ojos de los Alas Nocturnas. Estoy preparando un ensayo sobre el tema, pero aún tengo tanto que aprender que no tengo ni idea de cuándo estaré preparado para publicarlo.

Se volvió hacia ellos.

—Veréis —dijo—, resulta que una de las tribus de los dragones ha desarrollado un mecanismo de defensa bastante inusual. Pueden escupir veneno directamente de sus colmillos... Se trata de un veneno tan mortífero y tóxico que derrite cualquier animal o planta que entre en contacto con él. ¡No vais a creer de qué tribu se trata! —No esperó a que intentaran adivinarlo. Erudito estaba demasiado emocionado compartiendo su descubrimiento—. *¡Los Alas Lluviosas!*

—¡Los Alas Lluviosas! —repitió Profecía, con su vocecita de sorpresa. A Nocturno se le paró el corazón. En ese preciso instante supo que no quería saber lo que había tras esas puertas.

—Veamos... Empecemos por aquí —dijo Erudito, que abrió una de las puertas y mostró una larga y estrecha habitación de piedra. Había un juego de argollas de plata con cadenas muy cortas en el suelo, justo al lado de la entrada. Nocturno observó más de cerca y se dio cuenta de que había marcas negras de arañazos por las paredes y el suelo de la habitación, cada una de ellas con anotaciones indescifrables en tiza blanca.

Nocturno miró las argollas y se sintió enfermo.

Erudito cruzó la habitación dando saltitos, evitando las marcas negras, aunque todas ellas parecían inofensivas, como marcas antiguas de lava.

—Una de las primeras preguntas que nos hicimos al descubrir que podían lanzar veneno fue, por supuesto, cómo de lejos lo hacían. ¿Era un arma de corto o de largo alcance? ¿Podríamos acercarnos y neutralizarlos si desarrollábamos proyectiles susceptibles de lanzarse desde una distancia segura?

Se detuvo al final de la habitación y señaló una marca del suelo.

—Esto es lo más lejos que he visto lanzar a ningún dragón: un Ala Lluviosa macho adulto; así que con arreglo a mi hipótesis se trata de una habilidad que mejora con el paso de los años. —Se frotó los cuernos de la cabeza. Fruncía el ceño mientras pensaba—. Me pregunto si tendrán dragones más mayores que podamos hacer venir y estudiar.

«Hacer venir —pensó Nocturno con amargura—. Como si fueran invitados en vez de prisioneros».

Profecía también estaba mirando las marcas, nerviosa. Tampoco parecía muy segura de qué decir.

—La siguiente pregunta obvia es qué materiales son inmunes al veneno. ¿Algo que podamos usar como una armadura o escudo? —Erudito siguió hablando, y volvió adonde estaban los dragonets—. ¡Venid, venid! —los apremió para que salieran de la habitación y se acercaran a la siguiente—. Por supuesto, tuvimos que pensar en diferentes maneras de estudiarlos sin exponernos al peligro. Muy pocos Alas Lluviosas han intentado lanzarnos su veneno de forma deliberada, pero cuando lo han hecho ha sido horrible... Da bastante miedo.

Abrió la puerta y deslizó la garra por la mesa que había en el interior de la habitación. Objetos de diferentes formas, tamaños y materiales estaban ordenados en grupos. Una mesa tenía un montón de plantas bastante mustias en macetas, con flores amarillas cubiertas de una sustancia negra. Otra mesa estaba cubierta con diferentes clases de rocas. Y en la tercera... Nocturno se apresuró a desviar la mirada con rapidez al reparar en que aquellas bandejas contenían criaturas vivas (perezosos, lagartos y peces) que no habían sobrevivido a los experimentos.

—Argh —gritó Profecía.

—Lo hemos probado con todo —prosiguió Erudito, con orgullo—. Resulta que no afecta al metal. —Dio unos golpecitos en el casco que llevaba y este le devolvió un sonoro clang—. Pero con cualquier cosa viva, planta o animal, lo destruye. Si se te mete en los ojos o en el torrente sanguíneo, estás muerto en cuestión de minutos. Si solo te alcanza las escamas, desearás estarlo. Tenemos un par de víctimas recientes que podré estudiar en cuanto los sanadores las liberen. —Volvió a frotarse las patas delanteras—. Si te portas bien, te dejaré mirar —le dijo a Nocturno—. Una oportunidad única en la vida de ver lo que el veneno de Ala Lluviosa puede

llegar a hacer.

—Sé lo que puede hacer —soltó Nocturno—. Lo he visto matar a dos dragones.

«Puede que incluso tres, si la reina Escarlata está muerta».

Pensó en Fjord, el primer dragón al que había matado el veneno de Gloria (el Ala Helada que estaba a punto de matar a Cieno en la arena). Parte del veneno había ido a parar a las heridas abiertas en el cuello del dragón. Seguramente por eso lo había matado tan rápido. Y Cocodrila, la Ala Lodosa que había traicionado a los Garras de la Paz y había conducido al enemigo al Palacio de Verano de la reina Coral. Cuando Gloria la mató para que todos ellos pudieran escapar, el veneno había entrado en los ojos de la dragona.

Pero la reina Escarlata... se removió, incómodo. Si no le fallaba la memoria, el veneno de Gloria le había impactado a la reina en un lado de la cara. Así que era posible que aún siguiera con vida. Con vida y con la misma cara que Venganza, lo que no presagiaba nada bueno a los dragonets.

Erudito lo miró fijamente, emocionado.

—¡¿Dos dragones?! ¿Y los mató? ¿Estás seguro? Menudo descuido. Aún no hemos atrapado a un Ala Lluviosa con tan poco control sobre su habilidad.

—No fue un descuido. Lo hizo a propósito —contestó Nocturno, enfadándose en nombre de Gloria.

Profecía dejó escapar un gritito de asombro.

—Bueno. Nunca... ¿Estás seguro? —Las alas de su padre se extendieron. La alarma y la emoción se reflejaban en su rostro a partes iguales—. ¡Eso lo cambia todo! ¡Una variable que no había considerado! Tienes que contármelo todo. Qué propició el ataque, cómo fue, cuánto tiempo tardaron las víctimas en morir, si tuvieron oportunidad de luchar...

—Puede que luego.

Nocturno tardó demasiado en darse cuenta de que no tendría que haber

dicho nada. Si aquella información llegaba hasta el consejo, todos sabrían lo peligrosa que era Gloria. Nocturno tenía que confiar en que Erudito estaba tan enfrascado en sus experimentos que se olvidaría de decírselo a nadie.

—Vaya, vaya, vaya. —Erudito se dirigió a la siguiente puerta—. Bueno, por lo que a mí respecta, el saber que el veneno solo funcionaba sobre determinadas sustancias nos condujo al siguiente proyecto: construir una armadura capaz de repeler un ataque de los Alas Lluviosas si fuera necesario.

—Pero no será necesario —repuso Profecía—. Los Alas Lluviosas no atacan a otros dragones. Todo el mundo lo sabe. —Luego miró a Nocturno —. Bueno... Al menos se «supone» que no lo hacen.

—Incluso un Ala Lluviosa se puede defender alguna vez —le contestó este.

—Mmm. No demasiado a menudo, con arreglo a mi propia experiencia —dijo Erudito—. Por si acaso, quedaos atrás.

Los apremió a que retrocedieran, se puso de nuevo el casco sobre la cabeza y voló por la puerta abierta.

Dentro de la habitación, había una dragona anclada a la pared.

CAPÍTULO 6

Por suerte para él, Nocturno tenía el estómago vacío. La dragona tiró con fuerza, hasta ponerse en peligro, de las cadenas que la retenían. El dragonet tuvo que cubrirse los ojos y tragar un par de bocanadas de aire antes de recuperar el habla.

La Ala Lluviosa era del mismo gris triste de las cadenas que habían retenido a Nocturno en el Reino Celeste la primera vez que lo habían separado de Sol. La dragona se dejó caer contra la pared, las alas extendidas y bien aseguradas con cadenas. Cuando Nocturno fue capaz de mirar otra vez, comprendió que lo que en un primer momento le habían parecido cadenas no eran otra cosa que abrazaderas. Estas la retenían en su sitio, pero sin atravesarle las alas como había pensado que hacían.

«Tampoco se puede decir que esto esté bien».

—¿Qué le estás haciendo? —gritó Profecía. La dragonet entró de sopetón en la estancia. Dejó atrás a Erudito y, con delicadeza, sostuvo entre sus garras el hocico de la Ala Lluviosa. La dragona apenas respondió a su gesto.

—Hoy ya he acabado con esta —dijo Erudito—. Queremos comprobar si se quedan sin veneno al lanzar demasiado, pero esta se desmayó antes de que pudiéramos recopilar alguna información útil.

—Necesita agua —siguió Profecía, que echó un vistazo por la habitación. Al no encontrar nada, miró directamente a Nocturno.

Él dudó, recordando a Fjord y a Cocodrila. Si la dragona les lanzaba veneno de repente... y no podía culparla por ello... Lo único que sabía era que, llegado el caso, no deseaba estar en medio.

—Nocturno —le dijo Profecía, con una voz que le recordaba tantísimo a la de Sol que no pudo negarse.

—Voy a por ella —voló hasta una de las tuberías de la máquina de desalinización donde antes había visto un grifo, cogió un caldero que olía a limpio y lo llenó.

Cuando Nocturno volvió, Profecía había conseguido soltar una de las alas de la prisionera. Erudito seguía bajo el marco de la puerta, observando por los agujeros de su casco, pero sin interferir ni ayudar. Con la cara cubierta por completo, costaba hacerse una idea de cuáles eran sus pensamientos.

Nocturno le dio un pequeño empujón cuando pasó a su lado y dejó el caldero en el suelo junto a la Ala Lluviosa, mientras le liberaba la otra ala. La dragona se desplomó, y a punto estuvo de arrastrar a Nocturno y a Profecía al suelo con ella, pero los dragonets lograron sujetarla a tiempo, mientras se pasaban las alas por los hombros. Profecía levantó el caldero y la Ala Lluviosa revivió lo suficiente para beber un poco de agua.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Nocturno.

Ella tosió y lo miró por el rabillo del ojo.

—Ningún Ala Nocturna me había preguntado antes mi nombre —susurró con dificultad—. Me llamo Orquídea.

—¡Oh! —Nocturno ahogó un grito, luego cerró la boca con rapidez y miró hacia la puerta.

Erudito estaba de nuevo en el pasillo, gritando órdenes.

—¡Fortachón! ¡Fortachón, cabeza de chorlito, sube aquí ahora mismo!

—Manglar te está buscando —susurró Nocturno con rapidez—. No se ha rendido. Vendrá pronto a rescatarte.

Profecía lo miró como si, de repente, Nocturno se hubiera deshecho de sus escamas y revelado que en realidad era un apetitoso hipopótamo. Pero Orquídea alzó la cabeza, con los ojos repletos de esperanza. Un rosa brillante se abrió paso por sus escamas, desde el pecho hasta las puntas de las alas.

—Pronto —dijo con suavidad—. Entonces puedo aguantar hasta que venga.

«Espero que sea pronto —pensó Nocturno—. Espero que no muera antes de llegar. También espero que Gloria siga con vida. Espero que mis amigos también estén pensando en cómo rescatarme».

El rostro de Profecía dejaba ver la confusión más pura. Inclinó la cabeza como si estuviera escuchando, y Nocturno comprendió, horrorizado, que había bajado la guardia en lo relativo a ocultar sus pensamientos desde que comenzase aquella parte de la visita. Se había olvidado («¿Cómo he sido capaz?») de que su prioridad era que no le leyeran la mente.

Pero su padre no había reaccionado a ninguno de sus pensamientos. Erudito parecía tan complacido como siempre. «Quizá no puede leer las mentes, entonces. Quizá esos poderes no son "genéticamente dominantes" en nosotros. Quizá basta y sobra con ser tan inteligente como él».

Siempre había pensado que todos los Alas Nocturnas eran capaces de leer la mente y de ver el futuro. Al menos, eso afirmaban los pergaminos que había leído. Pero a Gloria siempre le había parecido que aquello solo estaba al alcance de unos pocos. ¿Y si tuviera razón?

«Puede que no sea un fracaso total».

—¡Por las tres lunas! —rugió Erudito desde la puerta—. ¿Cómo te las has arreglado para que se vuelva de ese color rosa? Nunca he visto ese color en ninguno de ellos.

«Eso se debe a que es el color de la felicidad, y en esta horrible isla no hay ni una pizca de felicidad».

Nocturno clavó la mirada en Profecía.

—Creo que se debe a que se siente agradecida por el agua —dijo Profecía, y le guiñó un ojo a Nocturno. El dragonet no necesitaba leerle la mente para saber lo que le decía sin articular palabra: «Luego hablaremos de esto».

—Fascinante. —Erudito se acercó y pasó una de sus garras por las escamas del cuello de Orquídea. Ella cerró los ojos. Su color no cambió—. Absolutamente fascinante.

Un corpulento Ala Nocturna se descolgó malhumorado del balcón. La mitad de un lagarto le colgaba de un lado de la boca y sus hombros eran casi demasiado anchos como para entrar por la puerta.

—¿Qué? —gruñó, sin dejar de masticar.

—Puedes llevarte a esta —le dijo Erudito—. Oh, y Fortachón, adivina. Este de aquí es mi hijo —señaló con alegría a Nocturno. El dragonet solo deseaba retroceder media hora en el tiempo, hasta el momento en el que estaba tan feliz como Erudito al oír esas palabras.

Fortachón le dedicó una mirada dubitativa a Nocturno.

—Esto... —dijo—. Pues vale. ¿Cuándo me vas a dar un casco como ese? —Y señaló al que Erudito llevaba puesto.

—Este es solo un prototipo —le contestó Erudito, que se giró hacia Nocturno—. Como te puedes imaginar, lo más complicado a la hora de crear armaduras resistentes al veneno de Ala Lluviosa es dar con una solución que al mismo tiempo proteja los ojos y te permita ver por dónde vas. Me encantaría escuchar tus ideas. Debo confesarte que estoy bloqueado. Esta no me parece la mejor solución posible. —Se dio unos golpecitos en el casco con las garras—. La visión periférica es pésima y, por supuesto, con un poco de mala suerte podría salpicarte algo de veneno por los orificios. —Negó con la cabeza—. Tiene que haber una solución más ingeniosa.

—Lo que tú digas —gruñó de nuevo Fortachón—. ¿Dónde está su correa?

Erudito señaló una de las esquinas, y el musculoso Ala Nocturna recogió del suelo un montón de metal y una de las lanzas. Se acercó a los dragonets y le pasó a Orquídea una especie de bozal por el hocico, cerrando el candado con un movimiento práctico y bien estudiado de la lanza. Luego apartó a Nocturno y a Profecía, a los que echó a un lado, rodeó el cuello de la dragona con la cadena y le dio un tirón para comprobar que estaba bien atada. Sin rechistar, Orquídea lo siguió fuera de la habitación.

—¿Por qué haces todo esto? —barbotó Nocturno—. ¿Qué sentido tiene estudiar el veneno de los Alas Lluviosas?

Erudito se quitó el casco y le dedicó una mirada cargada de confusión.

—¡Por la ciencia! ¡Estamos ampliando el conocimiento de los dragones!

—Pero tiene que haber algo más —repuso Nocturno—. ¿Por qué es tan importante? ¿Por qué necesitáis armaduras resistentes al veneno? Los Alas Lluviosas no os harán nada si los dejáis tranquilos.

Su padre se encogió de hombros.

—La reina tiene sus razones y yo tengo las mías. No me entrometo en sus planes. Para mí, el descubrimiento científico es motivo más que suficiente.

Nocturno miró a las agarraderas de la pared y luego al suelo, demasiado asqueado como para insistir.

—Bueno, ojalá tuviera más tiempo para enseñaros más —zanjó Erudito, que dejó el casco en una de las estanterías—, pero mi reunión diaria con la reina me reclama.

—¿La ves? —preguntó Nocturno.

—No, no —contestó Erudito—. Por las tres lunas, no. Nadie ve a la reina. Al menos, desde hace nueve años. Es muy reservada.

«Seguro que sí», pensó Nocturno.

—Ojalá hubiera hecho más progresos de los que informarle —musitó Erudito—. Pero hablarle de ti será un triunfo más que suficiente. Vuelve mañana y así podremos conocernos mejor, ¿vale? —Envolvió a Nocturno con sus alas y lo abrazó, sin esperar respuesta—. Ha sido increíble

conocerte, hijo. Estoy muy orgulloso.

Los apremió a salir de la sala y cerró la puerta con llave, luego se deslizó hacia un túnel que había al otro lado del balcón y desapareció. Nocturno echó un vistazo a las diferentes filas de pasillos y se imaginó a los Alas Lluviosas torturados que debía de haber tras cada puerta.

—Vaya —dijo Profecía—. Así que... resulta que somos unos dragones horribles. Eso sí que no lo vi venir.

Nocturno se sentó sobre las patas traseras, y hundió los hombros.

—Creí todo lo que leí... sobre lo nobles, brillantes y perfectos que eran los Alas Lluviosas. Esto... no puedo entenderlo.

—¿Dónde has vivido durante todo este tiempo? —le preguntó Profecía con curiosidad—. No eres como ellos. ¿Y quién es Manglar?

—A mí también me criaron los Garras de la Paz —le explicó, convencido de que una maniobra de distracción bastaría para eludir aquella pregunta sobre Manglar—. De hecho, soy el dragonet de la profecía. O, al menos, lo era. Supongo que soy reemplazable, ya que piensan hacerlo y usarte a ti.

—¿Qué? —Profecía retrocedió un paso, revoloteando con sus alas—. Un momento, si nunca te he visto. Yo vivía en el campamento de los Garras de la Paz.

—A nosotros nos tenían escondidos —le explicó el dragonet—. Bajo una montaña. Se suponía que nadie debía encontrarnos.

—Aquí estáis. —Oráculo efectuó un brusco aterrizaje junto a ellos—. Si ya habéis terminado con vuestra cháchara, hay otro par de asuntos importantes de los que deberíamos encargarnos.

—Yo no he terminado —replicó Profecía, que se volvió hacia él—. ¡Él también es especial y el elegido! ¿Cómo podemos formar parte de la profecía los dos?

—Solo uno de vosotros formará parte de la profecía —dictaminó Oráculo —. Por eso estáis aquí. Para que podamos decidir cuál de los dos será.

«Así que aún tengo una oportunidad», pensó Nocturno.

—¿No lo sabes? ¿No se supone que es tu profecía? —preguntó Profecía, arrugando la nariz.

—Las profecías pueden ser complicadas —explicó Oráculo con frialdad.

—Uuuuuuh —siseó Profecía—. Muy buena respuesta. Debería apuntármela y soltársela a Víbora.

—El verdadero problema —continuó Oráculo, sin prestar atención al comentario— es que ninguno de vosotros es el adecuado para el puesto, pero no disponemos de ningún otro dragonet de la edad correcta para usarlo. Así que tendremos que contentarnos con uno de vosotros —gruñó —. Por lo visto, cometimos un error de bulto al permitir que os criaran fuera de la tribu, donde creímos que estaríais a salvo de... bueno, donde pensábamos que no os pasaría nada. Siempre creímos que todos nuestros dragones eclosionaban con la superioridad de los Alas Nocturnas.

Bajó la mirada y la clavó en los dos dragonets.

—Evidentemente, estábamos equivocados.

—¿Por qué no somos adecuados? —preguntó Nocturno. Odiaba el tono lastimero de su voz, pero no podía evitarlo—. ¿Se puede saber qué he hecho?

—Careces de dotes de liderazgo —le respondió Oráculo—. Haces que los Alas Nocturnas parezcan unos cobardes carroñeros falderos. Y has contrariado a nuestra aliada.

—¿A Ampolla? —le preguntó Nocturno, que recordó, visiblemente incomodado, su encuentro con ella en el Reino del Mar. Había tratado de encontrar razones para apoyarla como futura reina de los Alas Arenosas (de verdad que lo había hecho), pero la dragona resultó ser demasiado manipuladora y poco digna de confianza. Y tampoco le gustaba el modo en el que miraba a Sol, como si la pequeña dragonet no fuera más que un excelente aperitivo.

—Has puesto todo nuestro plan en entredicho —sentenció Oráculo.

—¿Qué plan? —gritó Nocturno—. ¿Cómo voy a hacer que algo suceda

cuando ni siquiera sé lo que queréis de verdad?

Para su sorpresa, Oráculo se detuvo y pensó en lo que acababa de decirle.

—No —murmuró al cabo de unos segundos—. No se les puede confiar ni un secreto a los dragonets. Quizá, si eres el elegido, podamos contarte algo más, pero todo lo que necesitas saber de momento es cómo seguir órdenes —le regañó—. Y ahora, venid.

Oráculo reanudó la marcha, con un coletazo.

Nocturno y Profecía intercambiaron una mirada.

—¿Te han dado tus visiones alguna pista? —preguntó Nocturno—. Sobre su verdadero plan, quiero decir.

Ella se rascó el cuello. La tobillera plateada de escamas brillaba mientras lo hacía.

—Déjame pensar —cerró los ojos un momento, y luego los volvió a abrir —. ¡Por supuesto! ¡Tiene que ver con nosotros! ¡Pero con los dos! Vamos a convertirnos en héroes y toda la tribu nos ayudará a detener esta guerra. Incluso puede que nos nombren rey y reina.

Sorprendido, Nocturno no podía dejar de mirarla. ¿Rey y reina? Él no podía ... Ella no... Eso... No era Sol. Y él solo había estado enamorado de una dragona durante toda su vida.

—Si no os movéis, os mato a los dos, con o sin profecía —les gritó Oráculo desde el otro lado del túnel.

Los dragonets dieron un respingo y lo siguieron a toda prisa, chocando el uno con el otro. Profecía encabezaba la marcha y Nocturno la cerraba. Tenía la cabeza hecha un auténtico lío.

No quería pensar en un posible futuro como rey de Profecía, de modo que centró todos sus pensamientos en los experimentos de su padre. «¿Por qué torturan a los Alas Lluviosas? Tengo que averiguarlo. Piensa, Nocturno, piensa».

Su primera hipótesis era que los Alas Nocturnas querían usar el veneno de los Alas Lluviosas. Como Venganza había dicho, era una de las armas

más poderosas de toda Pirria. Si los Alas Nocturnas dieran con la manera de replicar ese veneno o adaptarlo para sus propios propósitos, y a ello le añadieran su telepatía y su capacidad de precognición, se convertirían en una fuerza imparable.

Quizá su plan secreto consistiera en sumarse a la guerra solo cuando tuvieran esa arma para ellos. Nocturno sabía que ya habían escogido bando (el de Ampolla), aunque no comprendía por qué la habían elegido a ella, ni por qué se planteaban entrar en la contienda justo en ese momento, después de dieciocho años de guerra.

Quizá Ampolla les hubiera prometido algo, de la misma manera que Llamas les había cedido territorio a los Alas Heladas a cambio de su ayuda.

«Territorio».

Nocturno se paró en medio del túnel de roca, al tiempo que la comprensión se abría paso en su interior, y lo inundaba por completo.

«Eso es lo que necesitan. Más que ninguna otra cosa, los Alas Nocturnas necesitan un nuevo hogar».

El volcán era en extremo peligroso. Quizá fuera un volcán durmiente cuando la tribu llegó allí, pero estaba claro que a esas alturas no lo era. Los Alas Nocturnas vivían con esa amenaza a diario. Y la isla era un lugar horrible para vivir. Las presas debían de estar acabándose, apenas disponían de agua fresca para beber, la espesa capa de nubes les impedía ver el cielo azul y no tenían ningún sitio donde ir, salvo si usaban el túnel que los conducía al bosque tropical.

El bosque tropical que era todo lo contrario de lo que era aquel sitio: el lugar perfecto para vivir.

En eso consistía su plan. Nocturno inclinó la cabeza. ¿Por qué no lo había deducido antes? Los Alas Nocturnas no trataban de reproducir el veneno. Todos los experimentos de Erudito giraban en torno al hecho de defenderse de él. Porque los Alas Nocturnas maquinaban cómo invadir el bosque tropical y robárselo a los Alas Lluviosas..., pero tenían miedo de sus

posibles represalias. Incluso la pacífica tribu de los Alas Lluviosas lucharía por defender su hogar.

Así que los Alas Nocturnas estaban buscando la manera de protegerse del veneno de los Alas Lluviosas, preparándose para el día en el que irrumpieran por sorpresa en el bosque tropical y se lo arrebataran.

«¿Eso es lo que Ampolla les ha prometido? —pensó en el túnel del bosque tropical al Reino de Arena—. Es para un ejército de Alas Arenosas, una vez que ella sea reina, para poder ayudar a los Alas Nocturnas a vencer a los Alas Lluviosas, si fuera necesario. Soy el único que lo sabe».

Pero se trataba solo de Nocturno, el dragón más débil y cobarde que había sido elegido para la profecía. ¿Cómo podía salvar a los Alas Lluviosas? ¿Cómo podía detener a su propia tribu de destruir a la tribu de Gloria?

Profecía volvió por el túnel hasta donde él estaba parado.

—Cuando creo que no puede enfadarse más, lo hace —dijo—. ¡Venga, date prisa! Dice que tienes que conocer a los otros, por si acaso eres tú el dragonet de la profecía y no yo. —Sacudió las garras delante de su cara—. Despierta, dormilón.

Nocturno se sacudió lo más fuerte que pudo.

—Ya voy —dijo, aunque muy en su fuero interno dudaba de que pudiera hilvanar más de dos palabras seguidas.

«Puede que me equivoque».

Aunque él sabía que no era el caso. Todas las pistas encajaban demasiado bien.

«He averiguado en qué consiste el plan secreto de los Alas Nocturnas —pensó—. Pero ahora..., ¿qué es lo que puedo hacer?».

SEGUNDA PARTE

EL SECRETO DE LA REINA

CAPÍTULO 7

«A los otros».

Las palabras de Profecía no le habían calado lo suficiente a Nocturno hasta que estuvo de pie en una cueva, apenas a un corto vuelo de distancia de la fortaleza, frente a cuatro caras desconocidas y no muy amigables. Rojo, verde, marrón y dorado.

«Ellos tienen un Ala Celeste —pensó Nocturno—. Y un Ala Arenosa que sí parece un Ala Arenosa auténtico».

No había conocido a muchos Alas Arenosas, pero el ceño fruncido y la palpable hostilidad de esta la hacían parecer justo lo contrario a Sol.

—Los dragonets del destino de reemplazo —gruñó Oráculo, mientras los inspeccionaba con una expresión de disgusto.

—¿Quién es ese? —preguntó el Ala Marina verde esmeralda, fijando los ojos bizcos en Nocturno—. Se parece a ella. ¿Va a ser igual de molesto? —Se volvió hacia Profecía.

—Este es Nocturno. Nocturno, estos son mis amigos —le dijo Profecía, haciendo caso omiso al Ala Marina. El Ala Celeste soltó un bufido y la Ala Arenosa puso los ojos en blanco—. Ese de ahí es Fulgor, el Ala Celeste, obviamente. El Ala Lodosa gordo es Ocre, la Ala Arenosa de la expresión sombría es Víbora, y el Ala Marina con pinta de gamba es Calamar.

—¿Se ha metido en problemas? —le preguntó Calamar a Oráculo—. Le advertí de que se metería en problemas si salía de la cueva. Espero que la hayas golpeado.

—¿Dónde te habías metido? —preguntó Víbora al mismo tiempo, mientras apuntaba a Oráculo con su cola venenosa—. Llevamos aquí un día y medio y nadie ha venido a ver cómo estábamos, ni a traernos nada de comer, excepto lo que parecen las sobras de hace tres meses.

—La mayoría de las cuales ha vomitado... —dijo Fulgor, con su voz tétrica, señalando a Ocre.

—Fue horrible —convino Ocre—. Seguramente era comida envenenada. Tenéis suerte de que siga con vida.

—Oh, sí, mucha suerte —agregó Fulgor—. Ya que he estado muy tentado de matarlo yo mismo.

—Eso explica por qué huele tan mal aquí —comentó Profecía—. ¿Podemos mudarnos a una cueva diferente? No, mejor aún..., ¡a la fortaleza!

«Si hay otro grupo entero de dragonets con todos los elementos y tribus que dice la profecía, entonces no nos necesitan. —Nocturno no paraba de darle vueltas a la idea—. Pero si los Garras de la Paz los tenían, ¿por qué nos han criado durante todo este tiempo? ¿Por qué siguieron con nosotros? ¿Y por qué los Alas Nocturnas nos mandaron un asesino?».

Las piezas empezaron a encajar en su cabeza.

«Querían que muriésemos para sustituirnos por estos cinco. No sería bueno que hubiera dos grupos de dragonets dando vueltas por ahí y proclamándose los dragonets del destino. —Luego pensó en todo lo que había ocurrido y un escalofrío le recorrió el cuerpo—. Teníamos una oportunidad hasta que enfadamos a Ampolla, hasta que yo la enfadé. Fue justo después de eso cuando decidieron matarnos. Porque fallé al no convencer a los otros para que la eligieran como la futura reina».

Oráculo no paraba de observar su rostro con una mirada intensa, como si

pudiera escuchar los pensamientos que llenaban la mente de Nocturno.

—Así que Mortífero iba detrás de todos nosotros —le dijo.

—Su objetivo principal era la Ala Lluviosa —le explicó Oráculo—. Y después, la Ala Marina. Los demás sois aún negociables.

Nocturno negó con la cabeza.

—No puedes matar a Gloria ni a Tsunami. Si lo haces, no pienso hacer nada de lo que me digas.

Le temblaron las garras como si el volcán palpitara bajo sus pies. Temblaba tanto que casi esperaba que Oráculo le rajara la garganta en el acto.

—Ya veremos —dijo Oráculo. No parecía excesivamente preocupado.

—Tu verdadero problema es que mis amigos jamás consentirán que me cambies por otro dragonet —le dijo Profecía a Oráculo—. ¡Nos criamos juntos! ¡Somos leales los unos a los otros! ¡Se resistirán si tratas de intercambiarme y poner a otro en mi lugar!

—¿Cambiarla? —preguntó Víbora, alerta—. ¿Podemos hacerlo?

—Hazlo —dijo Fulgor—. Yo voto que sí.

—Yo también —se sumó Ocre—. Él parece ser callado. Callado mola.

—¿Puedo ser yo quien la lance por el acantilado? —preguntó Calamar.

Profecía les dedicó una mirada dolida.

—Muy graciosos, chicos.

Nocturno tuvo la impresión de que no bromeaban en absoluto.

«Pobre Profecía —pensó—. De verdad piensa que son sus amigos».

—¿Tú también tienes molestas visiones todo el tiempo? —le preguntó Calamar a Nocturno.

Nocturno se removió, incómodo, pero Oráculo intervino antes de que tuviera que contestar.

—Puede que todos vosotros seáis reemplazados —dijo, como si la mera palabra le asqueara—. Excepto tú —le dijo a Fulgor, con gesto de asentimiento.

El dragonet Ala Celeste hinchó el pecho.

—Ja. No lo olvidéis.

Víbora siseó algo.

—Entonces, ¿por qué nos habéis traído aquí? —le preguntó a Oráculo.

—¿Y cuándo podremos volver? —añadió Calamar.

Oráculo miró a Calamar y frunció el ceño. Nocturno era consciente de que el Ala Marina le parecía especialmente irritante al Ala Nocturna. Se preguntó si eso podía significar que los Alas Nocturnas podían cambiar de opinión respecto a Tsunami. Si la mantenían con vida, no tendrían que lidiar con ese dragonet como su alternativa.

Aunque, bien pensado, Tsunami podía ser bastante irritante también.

«Qué mal que las cosas no hayan salido como Oráculo pretendía —pensó Nocturno con una pizca de satisfacción—. Dos Alas Nocturnas inadecuados. Dos Alas Marinas irritantes. Pero dos Alas Lodosas y dos Alas Arenosas perfectos.

Nocturno pensó que Sol era más que perfecta, por supuesto. ¿Quién necesitaba una cola venenosa cuando ella era divertida, inteligente y más amable que ningún otro dragón?

—Si queréis formar parte de esto, necesito ver algo en vosotros —gruñó Oráculo—. Necesito que seáis capaces de seguir órdenes, trabajar en equipo y hacer lo que se os dice.

—Seguir órdenes y hacer lo que se nos dice es lo mismo —lo corrigió Profecía.

Él la miró fijamente.

—Ya ves cuán importante es. —Sus ojos oscuros repasaron a los dragonets que tenía ante él—. Así pues, esta será vuestra primera prueba. Tú —le dijo a Nocturno—. Todo lo que tienes que hacer, si es que puedes, es mantenerte con vida.

—¿Qué? —le preguntó Nocturno.

—Y los demás... —dijo Oráculo, y señaló a Nocturno con la cola—.

Matadlo.

Los dragonets lo miraron fijamente durante un largo e incómodo momento.

—¿No podemos matarla a ella en su lugar? —preguntó Víbora, y señaló a Profecía.

—Oh, sí. Me presento voluntario —se ofreció Fulgor.

—No —repuso Oráculo casi en un grito—. ¿A qué estáis esperando? ¡Eso era una orden! ¡He dicho que lo matéis!

«Está hablando en serio», comprendió Nocturno.

En ese momento, Víbora se lanzó a por él, trazando un arco con su cola venenosa como si fuera un escorpión. Por el otro lado, las garras de Ocre se movieron junto a sus alas; falló por un pelo. Y Fulgor hizo ese ruidito seseante de se-acerca-el-fuego que tan bien recordaba de sus entrenamientos con Rapaz.

Lo más probable era que Oráculo quisiera ver las habilidades de lucha de Nocturno en acción, pero al dragonet no le importaba. Era demasiado listo como para confiar en ellas. También sabía que no podía hacer lo de siempre: quedarse petrificado, rezando para que nadie lo viera. No podía ni planteárselo.

Nocturno fintó bajo el ala de Ocre, lanzó a Calamar contra Ocre, esquivó a Profecía y salió de la cueva a toda velocidad.

El viento le silbaba entre las alas mientras volaba acantilado abajo. Podía escuchar los gritos de los dragonets tras él. Sabía que estarían pegados a su cola.

Tenía que encontrar un sitio donde esconderse.

CAPÍTULO 8

Nocturno se lanzó por un lado del acantilado, directo al océano. Sus ojos escudriñaron con atención el terreno que tenía a sus pies.

La noticia buena era que, si lo había entendido bien, los otros dragonets tampoco llevaban demasiado tiempo en la isla, por lo que tal vez no la conocieran muy bien todavía.

¿La noticia mala? Que él tampoco.

En aquel momento, se encontraba al otro lado del volcán, por la parte del bosque. Ahí no había árboles. Lo único que tenía debajo eran rocas oscuras y ríos de lava. Nada detrás de lo que esconderse, ni que le permitiera cambiar de dirección sin ser visto.

Por delante de él, había una playa de arena negra que parecía rodear la isla. Recordó que Gloria había comentado que el túnel que conducía al bosque tropical se encontraba en una cueva situada por encima de una playa de arena negra.

Por un instante se preguntó si sería capaz de encontrarla, pero los dragonets lo perseguían y no tenía tiempo que perder. No podría sacarles ventaja durante mucho más tiempo. Fulgor, como la mayoría de los Alas Celestes, tenía unas alas enormes y, sin duda, sería más rápido que los dragones de las otras tribus.

Se arriesgó a mirar de reojo y vio los colores brillantes de cuatro dragonets cruzando el cielo, mucho más cerca de lo que le hubiera gustado.

«Solo cuatro».

No veía a Profecía por ninguna parte.

«¿Ha desobedecido la orden? ¿Y si busca otra manera de cazarme?».

No tenía tiempo para averiguarlo. Nocturno se lanzó en picado hacia el suelo y voló tan cerca de él como se atrevió. Sus escamas negras deberían ayudarlo a pasar más desapercibido entre aquellas rocas que surcando los cielos.

Una bocanada de vapor salió disparada de uno de los cráteres del suelo. Se echó a un lado, evitando quemarse con el calor que desprendía. Desde tan cerca, las rocas que tenía por debajo se parecían aún más a las escamas de un dragón, derretidas y mezcladas entre sí.

«Como estarán las mías si Fulgor y Víbora me ponen las garras encima».

El problema era que tenía a los dragonets tan cerca que no se les escaparía ninguno de sus movimientos. Serían capaces de seguirlo hasta cualquier escondite. Tratar de despistarlos en el agua o las nubes entrañaba demasiados riesgos. Y mucho más con un Ala Marina y un Ala Celeste entre ellos.

Batió las alas más rápido, tratando de pensar.

«Usa el cerebro, Nocturno. Es todo lo que tienes».

Solo había un posible escondite: la fortaleza. Quizá pudiera encontrar una habitación donde encerrarse con llave, o igual su padre lo ayudaba a hacerlo. Giró, describiendo un arco en el aire, hacia la fortaleza, esperando que los dragonets no lo atraparan antes de llegar.

Otra llamarada de calor le azotó la cola y se giró para ver de dónde venía el vapor en aquella ocasión.

Horrorizado, vio que tenía a Fulgor solo a un par de metros detrás de él. Unas pequeñas llamas de fuego le salían de la nariz.

Aquella imagen del Ala Celeste le proporcionó a Nocturno el impulso

que necesitaba para seguir adelante, batiendo las alas tan rápido como le era posible. Pero ya le dolían los músculos, extenuados, y era consciente de que Fulgor lo alcanzaría mucho antes de que consiguiera llegar a la fortaleza.

En ese momento, se fijó en las cuevas alineadas sobre el río de lava que tenía debajo.

«¡Las mazmorras de los Alas Lluviosas!», pensó. Gloria se las había descrito con todo lujo de detalles.

De repente, una explosión con un humo denso salió disparada de uno de los cráteres del suelo. No podía dejar pasar aquella oportunidad.

Se lanzó hacia el humo, fiándolo todo a que sus perseguidores creyeran que seguía su camino hacia la fortaleza y, después, bajó en espiral y se metió en la primera cueva que encontró.

Una guardia Ala Nocturna estaba recostada en la entrada. Nocturno pasó volando por encima de su cabeza y aterrizó en el suelo tras ella. La guardia se sentó, deprisa, pestañeando rápidamente como si acabara de despertarse de una siesta. En la profundidad de la cueva, Nocturno podía escuchar cómo el Ala Lluviosa se removía y se asomaba por culpa del ruido que él mismo había provocado.

—¡Eh! —le dijo la guardia—. ¿Se puede saber qué haces aquí? —Sacudió la cola, y de repente pareció muy grande, pese a que se le veían las costillas debajo de las escamas. Nocturno se puso en pie de nuevo. Quiso parecer tranquilo y normal, como si no lo persiguieran.

—Yo... yo... yo he venido a ver al Ala Lluviosa —tartamudeó.

—¿Al prisionero? —La guardia frunció el ceño, con gesto suspicaz—. ¿Por qué?

—Mmm. —Nocturno repasó todos los pergaminos que tenía grabados en la mente tan rápido como pudo. Había varias historias sobre dragonets en su pergamino favorito, *Historias de los Alas Nocturnas*. Era imposible que su idea funcionara; aun así, probó—: ¿Un proyecto escolar?

Para su sorpresa, la guardia se relajó.

—Ah —se limitó a decir—. Un trabajo para Erudito, ¿eh? Ese rarito está obsesionado con los «trabajos de campo» y la «observación empírica». Vuelve loca a mi hija. Está bien, adelante, pero ten cuidado.

Nocturno se inclinó ante ella, agradecido, y voló hacia el final de la cueva.

El prisionero Ala Lluviosa estaba encadenado al suelo y la pared, su hocico estaba protegido con un bozal de hierro como el que Fortachón le había puesto a Orquídea. Miró a Nocturno con un gesto triste y resignado. Sus escamas eran de un apagado gris y azul oscuro.

Nocturno se preguntó si habrían incrementado las medidas de seguridad y las cadenas a raíz de la fuga de Gloria y de Kinkajú. Si no recordaba mal, a Gloria la habían amordazado, sin llegar a encadenarla a la pared. Estuvo tentado de decirle al triste Ala Lluviosa que no tardarían en rescatarlo, pero ya se había puesto demasiado en peligro al decírselo a Orquídea. No tenía ni idea de si los Alas Lluviosas eran capaces de guardar secretos, pero si los Alas Nocturnas se enteraban de que había ido por ahí dando ánimos a sus prisioneros... Bueno, estaba seguro de que eso no les haría ninguna gracia.

Un alboroto de alas sonó fuera de la cueva. Nocturno se volvió hacia la parte trasera, cerca del enorme y oscuro precipicio. Gloria había dicho que todas las prisiones estaban conectadas por ese abismo. Así era como Kinkajú había podido ir de uno a otro sin problema.

Lo último que Nocturno deseaba era saltar hacia la oscuridad. Bueno, no. En realidad, lo último que deseaba era enfrentarse a Fulgor y Víbora en un combate garra a garra. Así que, si se tenían en cuenta sus opciones, saltar a ese vacío tan oscuro como boca de lobo era lo mejor que podía hacer.

Abrió las alas y saltó, sin dejar de batirlas, descendiendo lentamente. No hacía sino pensar en que de un momento a otro chocaría con algo afilado y puntiagudo, pero solo se encontró con espacio vacío bajo él. Un espacio que parecía como si quisiera tragárselo.

Por fin, después de descender varios dragones de distancia, notó un

saliente poco profundo bajo las garras. Plegó las alas y, con cuidado, se posó en él. Incluso si a alguien se le ocurriera asomarse por la cueva que acababa de dejar, sus escamas negras lo ayudaban a esconderse en las sombras a la perfección.

Unas voces se elevaron en el aire.

—¿Dónde está? —Sonaba como si fuera la voz de Fulgor.

—¿Quiénes sois? —rugió la guardiana Ala Nocturna—. ¡Intrusos! ¡Un Ala Celeste! ¡Y un Ala Lodosa! ¡Han vuelto para llevarse a los demás prisioneros!

La dragona empezó a golpear una especie de gong de metal que debía de servirles de alarma y que reverberó dolorosamente por las rocas que rodeaban a Nocturno.

Se tapó las orejas, pero incluso por encima de todo aquel ruido se escuchaban los gritos de Fulgor:

—¡No! ¡Se supone que podemos estar aquí!

Y los de Ocre:

—¡Estamos con Oráculo!

—¡Intentamos matar a un dragonet Ala Nocturna! —gritó Fulgor—. ¿Has visto adónde ha ido?

«Vaya, justo lo único que no deberías decirle a ningún Ala Nocturna adulto», pensó Nocturno.

—¡Quieren matar a nuestros dragonets! —graznó la guardiana Ala Nocturna.

Acto seguido, se escuchó un potente golpe, como si la dragona hubiera estrellado el gong contra la cabeza de Fulgor. Nocturno esperaba que lo hubiera hecho. Cada vez que imaginaba la presuntuosa cara del Ala Celeste, pensaba en cómo se suponía que Fulgor debía ocupar el lugar de Gloria en la profecía.

«Oráculo ha intentado matar a Gloria desde el momento en que la vio —pensó—. Porque es una Ala Lluviosa y tenía miedo de que ella descubriera

el plan y alertara a su tribu. No es porque piense que es débil e inútil. Es porque le preocupara lo que ella pudiera hacer. Y hace bien en preocuparse».

Parecía que los golpes y gritos habían llegado a su fin, seguramente por la llegada de unos guardias. Le pareció que estos se llevaban a rastras a Fulgor y a Ocre. Nocturno esperaba que Víbora y Calamar hubieran corrido la misma suerte dondequiera que estuviesen, quizá en la fortaleza.

Por si acaso, decidió no salir de su escondite, al menos de momento.

«Podría tratar de escapar ahora —pensó—. Mientras nadie esté mirando. Podría tratar de volver al bosque tropical y avisar a Gloria y a los demás. Tengo una ligera idea de dónde podría estar el túnel..., pero seguramente lo custodien unos guardias, que seguramente me cierren el paso y, lo que es peor, si se entera Oráculo se pondrá furioso y seguramente me mate él mismo».

Cerró los ojos, para trazar un mapa mental de la isla.

«O podría volar, cruzando el océano. Solo tendría que elegir una dirección y lanzarme».

Nocturno sabía que jamás tendría el valor necesario para intentarlo. Desde aquella ubicación no había manera de saber dónde estaba la tierra firme más cercana, ni de cómo encontrar el continente. Aquella isla no figuraba en ninguno de los mapas de Pirria que hubiera consultado, eso seguro.

Nocturno se rodeó las garras con las alas, apoyó la cabeza en la pared de piedra que tenía a su espalda y suspiró.

—¿Nocturno? —susurró una voz por encima de él.

El dragonet se enderezó de golpe y se quedó petrificado. Las sombras lo protegerían si no se movía ni un ápice.

—Nocturno, soy yo, Profecía —volvió a hablar, con suavidad.

Nocturno comprendió que su voz no provenía de la cueva que él había abandonado. La dragonet debía de estar en la cueva de al lado, asomada por

el precipicio.

—Estoy bastante segura de que estás ahí abajo —dijo—. Porque es algo locamente inteligente y locamente valiente. Algo que harías sin lugar a dudas.

«JA —pensó Nocturno—. Locamente valiente es lo contrario de lo que soy yo. Locamente valiente es Tsunami. Locamente valiente habría sido darme la vuelta y enfrentarme a los cuatro dragonets a la vez, que es lo que ella habría hecho. ¿Sentarse en un agujero oscuro, esperando a que otro dragón solucione mis problemas? Sí que tiene razón en una cosa: eso suena a algo que yo haría».

Profecía se sentó en silencio un momento, pero aún podía escuchar su respiración.

—Por supuesto que no estás ahí abajo. Sueno como una auténtica loca —dijo—. Hay un Ala Lluviosa sentado a mi lado que me está lanzando la más extraña de las miradas. Eh, hola. ¿Qué pasa? No te asustes, solo estoy hablándole a un pozo. Sigue pareciendo muy triste, así que no te preocupes por mí.

Se calló un segundo.

—Oooh, sus orejas se han puesto un poco amarillas —continuó—. ¿Significa eso que lo divierto o que le molesto un montón? ¿Tú qué crees?

«Que lo diviertes», pensó Nocturno, si su escaso conocimiento sobre el cambio de color de las escamas de los Alas Lluviosas podía considerarse una guía.

—Ojalá pudiera dejarte marchar, dragoncito triste —le dijo Profecía al Ala Lluviosa—. Necesitaría uno de esos palos puntiagudos, sin duda. Nocturno, venga, sube aquí para que podamos discutir sobre cómo vamos a ayudar a estos dragones tan tristes. He comprobado alguna de las otras cuevas y hay al menos diez de ellos aquí, ¿te lo puedes imaginar?

«Catorce, según nos dijo Kinkajú».

—Te prometo que no voy a matarte —añadió la dragonet—. ¿Es eso lo

que te preocupa? Pfff. Mis visiones dicen que vamos a hacer cosas increíbles juntos. Es difícil que eso ocurra si estás muerto, ¿no crees? No sé lo que Oráculo está fumando, pero no me importa decirle que «mis» profecías son tan buenas como las suyas y que «mis» profecías dicen que tú sobrevives a todo.

Nocturno sonrió en la oscuridad. Le encantaría estar presente cuando esa conversación tuviera lugar.

—Está bien —dijo, por fin—. Ya voy.

Juntos, volvieron a la cueva donde Víbora y Calamar estaban acurrucados, muy pegados, a la pared. Oráculo no paraba de dar paseos de arriba abajo.

—Vaya, ¿has perdido a algunos dragonets? —le preguntó Profecía afectando simpatía.

Oráculo la miró fijamente.

—No tiene ninguna gracia —siseó Calamar—. ¡Había como mil guardias Alas Nocturnas persiguiéndome!

Víbora puso los ojos en blanco.

—Di mejor que eran cuatro —replicó.

—¡Casi me achicharran la cola! ¡Una de sus lanzas podría haberme sacado un ojo! Y cuando les dije que era un dragonet del destino, se enfadaron incluso más. Quiero irme a casa. —Calamar dobló las alas e hizo un mohín, malhumorado—. Además, no he visto ni una sola pista del tesoro que me prometieron.

—Mantenemos nuestro tesoro a buen recaudo —rumió Oráculo—, en vez de ir presumiendo de él por ahí como hacen las otras tribus. —Se pasó la garra por la frente—. Quizá podría haber avisado mejor a mi tribu de que estabais aquí.

—Sí, quizá —le soltó Víbora.

—Avisé al consejo, pero, por lo visto, las noticias no corrieron como debían. Voy a tener que dar muchas explicaciones si quiero sacar a Fulgor y

a Ocre de las mazmorras. —Oráculo dio unos golpecitos con su garra al suelo de roca y giró la cabeza, clavando la mirada en Nocturno—. Has sido muy inteligente quitándote de encima a tus atacantes. Tanto si fue a propósito como si no. No es lo que yo habría hecho, pero ha funcionado.

—Entonces, ¿podemos matar a Profecía en vez de a él? —preguntó Víbora.

—A veces eres lo peor de lo peor —le dijo Profecía.

—Parece que tú sí que tuviste la oportunidad de matarlo y no lo hiciste —le dijo Oráculo con voz lúgubre.

—Mira, el destino es el destino —le contestó Profecía—. No sé por qué te preocupa tanto quién esté o quién deje de estar en la profecía. Tú la tuviste y la comunicaste. Ahora ya te puedes sentar tranquilamente y ver qué ocurre. Tanto si el dragonet del destino soy yo como si lo es Nocturno, ¿a quién le importa?

—A los Alas Nocturnas nos importa —respondió Oráculo—. La reina ha decretado que debo elegir a uno de vosotros y matar al otro.

Profecía abrió la boca y la cerró varias veces.

—¿De verdad? —preguntó finalmente en voz baja.

Nocturno sintió pena por ella. Desde que Gloria le había hablado de ellos en el bosque tropical, había dispuesto de unos cuantos días para hacerse a la idea de hasta qué punto los Alas Nocturnas diferían de las expectativas que había alimentado durante toda su vida. Profecía lo estaba descubriendo todo de golpe.

—Aunque hoy no —dijo Oráculo—. Por ahora, os voy a llevar a todos a la fortaleza. Así os tendré vigilados.

Al final los dejó en el mismo dormitorio donde Nocturno se había despertado. Después, y para alivio de Nocturno, Oráculo se marchó sin él a la reunión vespertina del consejo.

—¿Seguro que no quieres llevarme contigo? —le preguntó Profecía.

Nocturno imaginó que quería conocer a otros Alas Nocturnas...; otros que

quizá le causaran una mejor impresión sobre su tribu que Oráculo y Erudito.

—Segurísimo. Quédate aquí —le gruñó Oráculo—. Y trata de hablar lo menos posible.

Profecía lo vio marcharse, dejando caer las alas, derrotada.

—Esperaba ver a la reina —le dijo a Nocturno.

—Ya has oído a Erudito. Nadie ve a la reina. —Negó con la cabeza—. Por lo que me pareció, lo hace todo a través de su hija, Grandeza.

Nocturno necesitaba meditar un poco más acerca de esa circunstancia. Sospechaba que había algo más detrás de esa historia.

Se preguntó sobre la conveniencia de contarle a Profecía el plan de los Alas Nocturnas. Quizá estaría encantada de ayudarlo a frenarlo... Sabía que le daban mucha pena los Alas Lluviosas prisioneros que había visto. Pero no importaba lo simpática que pareciera. ¿Estaría dispuesta a traicionar a su propia tribu?

Nocturno apenas podía imaginarse haciéndolo él mismo. Sin embargo, el recuerdo de sus amigos lo hacía no solo posible, sino también necesario.

De todos modos, no tenía tiempo para hablar con ella. Tan pronto como Oráculo se hubo ido, Nocturno, Profecía, Víbora y Calamar se vieron rodeados por los dragonets Alas Nocturnas que vivían en el dormitorio.

—¡Hola! —saludó Profecía con una voz que más bien parecía un chirrido —. ¡Hola! ¡Hola! ¡Es genial conoceros!

—Vaya, así que tú eres la otra —dijo Mordida Feroz, olisqueándola—. Tú tampoco pareces tan increíble.

—¡Mirad todos estos colores! —gritó Telépata, dándole unos golpecitos a las alas verdes de Calamar—. ¡Qué brillantes!

—¡No me toques! —gimoteó Calamar—. ¡Víbora! ¡Haz que paren!

La Ala Arenosa no le prestó atención. Movió la cola como si fuera un látigo hasta que los dragonets Alas Nocturnas se apartaron de su camino, luego se dirigió a la cama más alejada de la habitación y se acurrucó sobre la piedra para dormir.

El cansancio empezó a invadir a Nocturno. Dejó a Profecía presentándose a todo el mundo y se acostó en el mismo habitáculo donde se había despertado apenas unas horas antes.

Echaba de menos a sus amigos. Ojalá pudiera comerse un jabalí con Cieno, discutir con Tsunami, contarle a Gloria todos sus nuevos descubrimientos y prevenirla sobre las intenciones de los Alas Nocturnas. Pero, por encima de todas las cosas, echaba de menos a Sol. Echaba de menos sus escamas calentitas recostadas sobre él, sus ojos verdes al observarlo fijamente mientras le hablaba. Quería contarle todo lo que le había pasado aquel día... Quería hablarle de los extraños hábitos de caza de los Alas Nocturnas, la terrorífica cámara del consejo, el misterioso comportamiento de la reina y lo que había averiguado sobre su plan secreto.

Quería contarle todo sobre su padre.

Y los dragonets de reserva.

Y...

Cerró los ojos y el sueño se lo llevó.

CAPÍTULO 9

Nocturno soñaba, aunque más que un sueño era un recuerdo.

Estaba esperando en la entrada de la cueva cuando Membranas apartó la enorme piedra y entró. Con las alas en tensión, se inclinó hacia delante, intentando ver las garras del guardián.

—Solo uno esta vez —dijo Membranas, y desenredó un pergamino de la red llena de pescado que llevaba. Se lo lanzó a Nocturno, que lo cogió y le dio vueltas entre las garras de una forma casi reverencial. Había lodo por los filos y olía a pescado, pero no le importaba.

Se lo llevó a la cueva de estudio donde encontró a Sol hecha un ovillo bajo el pequeño rayo de luz solar que entraba por el agujero del techo. Su corazón dejó de latir cuando ella abrió sus ojos verdes y le sonrió.

—¿Un nuevo pergamino? —le preguntó—. ¿Sobre qué trata este?

Nocturno se sentó a su lado y lo desenrolló con cuidado.

—Trata sobre nosotros. —Sus ojos repasaron el texto rápidamente—. Qué raro. Deben de haber escrito este pergamino hace poco. Son teorías sobre dónde estamos y sobre quién debe formar parte de la profecía y cómo hacerla realidad.

Sol se sentó y echó un vistazo por encima de su brazo. Sus cálidas escamas doradas acariciando las suyas.

—Guau, me encantaría poder saber todo eso.

—Aquí dice que hubo diecisiete Alas Marinas dragonets que eclosionaron durante la noche más brillante, pero solo seis de ellos venían de huevos azules. Quizá no sea ninguno de ellos porque puede haber otros huevos de Alas Marinas fuera del Reino del Mar. Como los hijos de los Garras de la Paz, dice aquí.

—O un huevo que fuera robado por los Garras —señaló Sol.

—Cierto. No mencionan esa posibilidad.

Nocturno guardó silencio por un momento, mientras leía el título.

—¿Dice algo sobre el huevo de Ala Arenosa? —preguntó Sol, nerviosa.

—Parece que el autor no tiene eso muy claro. —Nocturno siguió leyendo el pergamino, en busca de alguna referencia a los Alas Arenosas—. Dice que, si un dragonet Ala Arenosa eclosionó solo en algún lugar del desierto, sería imposible que sobreviviera. Por lo tanto, debería ser el huevo de alguien... Luego menciona de nuevo que quizá fuera de los Garras de la Paz. Eso explicaría la parte de «oculto a los ojos de las reinas rivales».

—Ojalá nuestros guardianes nos dieran más información acerca de dónde vinieron nuestros huevos —dijo Sol con un suspiro.

—Quizá deba saltar hasta la parte en la que habla de cómo pararemos la guerra —contestó Nocturno, mientras le daba vueltas al pergamino con las garras.

—Buena idea. ¡Aceptamos sugerencias! —bromeó Sol —. Los consejos sobre parar una guerra son más que bienvenidos.

Nocturno se detuvo en las palabras «Ala Celeste».

—Dice algo relativo a que no quedó ningún Ala Celeste que eclosionara en la noche más brillante. ¿Qué? ¡Qué raro! Debió de haber alguno en el Reino Celeste. Quizá el autor no tenga ni idea de lo que dice.

Siguió leyendo. Deseaba tener a Sol cerca el mayor tiempo posible.

—De todos modos, no necesitamos a ningún Ala Celeste —dijo la dragonet—. Tenemos a Gloria. ¿No es superemocionante que en Pirria haya

dragones que hablan de nosotros? —añadió con voz soñadora—. Ahora mismo, algunos soldados acampados en los campos de batalla están hablando de cómo serán los dragonets que los salven de la lucha interminable. Algunos dragonets querrán que sus madres y sus padres vuelvan a casa, y saben que seremos nosotros quienes lo consigamos. Nocturno, vamos a hacer felices a un montón de dragones. —Dio un par de aleteos y se encogió de hombros. No quería sonar demasiado intensa—. Quiero decir... No lo sé. Es bonito saber que existe una razón para que estemos aquí, y que al final haremos algo importante.

A Nocturno le encantaba la forma en la que Sol pensaba en la profecía. La sola idea de que tantos dragones dependieran de Nocturno lo abrumaba y le generaba ansiedad. Pero para Sol... Para ella, la profecía era una promesa, no una orden. Oírla hablar lo tranquilizaba.

—Aquí —leyó Nocturno—. Posibles maneras de cumplir la profecía. Esto... Vale. La primera teoría es que todas las dragonets sean herederas al trono. Entonces todas se convertirían en reinas y pararían la guerra de mutuo acuerdo.

Sol soltó una risita.

—Puedo imaginarme a Cieno como una princesa Ala Lodosa.

Nocturno le devolvió la sonrisa.

—No tiene sentido. Sin un Ala Helada... Además, según eso tendrías que convertirte en la próxima reina de los Alas Arenosas.

—¡No, gracias! —contestó Sol con firmeza—. No soy como Tsunami. Nunca querría ser reina.

A Nocturno tampoco le gustaba la idea. Lo que más le molestaba era la posibilidad de que alguna agresiva Ala Arenosa retase a Sol para ser reina en su lugar.

—Vale... A ver cuál es la siguiente... —empezó, pero un ruido de garras que corrían por el túnel en su dirección lo hizo callar de repente.

Ambos alzaron la mirada cuando Rapaz irrumpió en la habitación con

Desierto y Membranas justo detrás de ella.

—Dame eso —rugió Rapaz, y le arrancó el pergamino de las garras a Nocturno. El dragonet dejó escapar un gritito de consternación cuando lo vio rajarse entre sus garras.

La Ala Celeste miró el pergamino, luego se giró, veloz como un látigo, y clavó la mirada en Membranas.

—¿En qué estabas pensando? ¿Cómo se te ocurre darles la primera basura que has encontrado en la playa?

—Me lo dio la comerciante de pescado —le contestó Membranas, a la defensiva—. Ella sabe que siempre busco nuevos pergaminos. No he tenido tiempo de leerlo, pero no creo que fuera tan malo.

—*¿Dónde están los Dragonets del Destino?* —leyó Rapaz el título en voz alta—. ¿A ti eso no te suena peligroso? ¿No pensaste que les llenaría la cabeza de preguntas e ideas?

—Nuestras cabezas ya están llenas de preguntas e ideas —intervino Sol a la defensiva.

—Nosotros os diremos lo que necesitéis saber de la profecía —rugió Rapaz a Sol y Nocturno—. No necesitáis que un montón de rumores y cotilleos se abran paso en vuestras diminutas y pequeñas cabezas.

—La cabeza de Nocturno no es diminuta, ni mucho menos pequeña —protestó Sol. La dragonet miró a Nocturno y en vista de que este seguía sin decir nada, le susurró—: Eh, ahora es cuando tendrías que decir «Ni la de Sol tampoco».

Nocturno sabía que la única intención de Sol era hacerlo sentir mejor, pero estaba demasiado nervioso como para hablar. ¿Por qué se habían enfadado tanto los guardianes? ¿Acaso había hecho algo malo?

—Esto no está hecho para vosotros —añadió Rapaz, que agitó el pergamino. Señaló a Nocturno—. Tú. Entrenamiento de batalla. Ahora. —Se giró sin decir nada más y salió a toda prisa de la cueva, seguida de cerca por los otros guardianes.

Sol corrió hacia la entrada por la que acababan de salir, y luego se giró hacia Nocturno con una cómica expresión de enfado.

—¿Vas a dejar que se vaya así, sin más? —le preguntó—. ¡Se ha llevado tu pergamino! ¡Es muy injusto!

Nocturno opinaba lo mismo, pero de ninguna de las maneras estaba dispuesto a discutírselo a Rapaz.

—No te preocupes —dijo, mirando fijamente las piedras grises que tenía bajo las garras—. Con suerte, Membranas traerá otro pergamino la semana que viene.

—Oh, Nocturno, sé que intentas ocultarlo, pero debes de estar muy triste —le dijo Sol. La dragonet se acercó y se sentó frente a él, estirando la cola y entrelazándola con la suya—. Escucha, en ese pergamino no estaban todas las respuestas. Lo sabes, ¿verdad? Nadie sabe cómo se desarrollará la profecía. Lo único que tenemos que hacer siempre es lo que creamos correcto, y el destino nos llevará en la dirección adecuada.

—Quizá —contestó Nocturno—. Pero un mapa que nos indique cómo llegar a ese punto sería muy útil.

—No necesitas un mapa —le dijo Sol—, porque tienes excelentes compañeros de viaje. Como Cieno, Tsunami y Gloria. Y, por supuesto, yo —le sonrió.

—Es cierto —añadió Nocturno, sintiéndose afortunado de nuevo.

De todas las cuevas que existían en Pirria... y de todos los huevos que podrían haber elegido, de alguna forma los suyos habían acabado allí juntos. Dos dragones que nunca deberían haberse conocido habían acabado juntos.

«Y así es como siempre seguiremos», pensó.

Nocturno se despertó solo para toparse con que una garra le daba golpecitos en el hocico.

—¿Mmmmmm? —farfulló.

El dormitorio seguía a oscuras. Las brasas ardían sin llama en los nichos

de los muros como los ojos entrecerrados de los dragones dormidos. La claraboya dejaba pasar la escasa luz de una noche sin estrellas.

El calor que había sentido en el sueño de desvaneció de inmediato. Sol estaba muy lejos de él y Nocturno no tenía ni idea de si la volvería a ver.

—No puedo dormir —susurró Profecía en la oscuridad. Sus alas rozaron el suelo cuando volvió a acercarse a él para zarandearle el hombro—. ¿Qué estás haciendo?

—Mmm. —Nocturno no sabía qué contestar—. ¿Dormir?

—Vamos a explorar un poco —le dijo ella—. Quiero saber más cosas sobre nuestra tribu, ¿tú no? Podemos ir a echar un vistazo por toda la fortaleza mientras los demás duermen.

Nocturno se frotó los ojos con las garras y pestañeó un par de veces, mirándola.

—¿No nos buscaremos un problema?

—¿Por qué? —le contestó ella—. Nadie nos ha dicho que no podamos hacerlo. Nosotros también somos Alas Nocturnas, ¿no? ¿Acaso no es esta también nuestra fortaleza? Vamos a explorarla antes de que alguien nos diga que no podemos hacerlo.

Si se paraba a pensarlo, tenía hasta lógica, aunque Nocturno dudaba de que Oráculo estuviera de acuerdo. Pero, en realidad, Profecía tenía razón. ¿Por qué deberían tener problemas por actuar como si de verdad aquel fuera su hogar y su tribu?

Además, eso era lo que Tsunami haría. ¿Y acaso no quería siempre ser como ella?

Salió rodando de la cama y aterrizó junto a Profecía. Ambos salieron a los túneles sin hacer ruido. Ella escogió una dirección al azar y empezaron a recorrer los pasillos vacíos. El único sonido que se escuchaba era el de sus garras que resonaban contra el suelo y sus colas que se deslizaban por la piedra.

«No tengas miedo —se dijo Nocturno a sí mismo. Luego se lo repitió un

par de veces más—. No estáis haciendo nada malo. No hay ningún peligro acechándote. No te están tratando como a un prisionero. Eres un dragonet de Ala Nocturna. Esta es tu tribu. Aquí es donde deberías haber crecido. —Miró a las paredes vacías. No eran muy diferentes de las de la cueva donde sí había crecido—. Aquí es donde se supone que debes estar.

»No. Se supone que tengo que estar junto a Sol. Se supone que debería estar ayudando a mis amigos a parar esta guerra».

Dejó de andar durante un minuto completo para respirar, y luego echó a correr tras Profecía.

Habían apagado todas las antorchas, de modo que la única luz procedía de las brasas rojas de las paredes. Nocturno ni siquiera veía ninguna de las lunas cuando miraba por las ventanas. El cielo estaba demasiado cubierto de nubes y humo del volcán.

Sabía que no encontrarían nada que les fuese de utilidad a menos que se armara de valor y abriera alguna de las puertas, pero tenía demasiado miedo de despertar a algún Ala Nocturna dormido. Se imaginaba una y otra vez entrando en la habitación de Oráculo y pisándole la cola sin querer. Y no le costaba nada imaginar la muerte o el desmembramiento que a buen seguro llegaría a continuación.

Se alegró al reparar en que Profecía no iba en dirección al laboratorio de su padre. Seguramente Erudito estuviera durmiendo como el resto de la tribu, pero Nocturno no quería arriesgarse a encontrárselo... o acercarse a las cosas que había visto en su laboratorio.

De vez en cuanto, mientras recorrían los túneles, escuchaban algún que otro ronquido proveniente de las habitaciones que dejaban atrás. Pero no vieron a nadie despierto. No había guardias por ningún sitio.

—Supongo que están acostumbrados a no necesitar guardias —susurró Nocturno—. Ya que ninguna otra tribu es capaz de encontrar este sitio. Están a salvo de cualquier tipo de ataque. —Se detuvo a pensar en ello—. Incluso ahora que existe la posibilidad de que los ataquen, solo necesitan

apostar guardias en el túnel.

—Aun así, me sorprende que todo el mundo esté durmiendo —le susurró también Profecía—. Siempre pensé que ser un Ala Nocturna significaría querer estar despierto toda la noche. Es decir, es lo que me pasa a mí. Nunca puedo levantarme por las mañanas, pero, en cuanto cae la noche, estoy llena de energía. ¿A ti también te ocurre? Creía que sería algo especial de los Alas Nocturnas. Pero puede que mis amigos tengan razón y lo que me pasa es que soy rara.

Golpeó una piedra, que voló haciendo ruido contra el suelo.

—O puede que sí sea una cosa de los Alas Nocturnas, pero que ellos no puedan sentirlo porque no pueden ver el verdadero cielo nocturno —añadió Nocturno—. Quizá tú seas más Ala Nocturna que ellos.

Profecía agitó las alas, escéptica.

—En cuanto a mí, he vivido en una cueva sin cielo la mayor parte de mi vida, así que seguía el horario que nos decían nuestros guardianes. Pero en cuanto fuimos libres... Bueno, han sido unas semanas muy extrañas, así que no te sabría decir. Pero me siento mucho más vivo cuando las estrellas brillan en el firmamento. ¿Tiene sentido?

—Lo tiene —le contestó Profecía, y le sonrió. Se paró en un cruce, pensativa, y luego giró con decisión hacia la derecha.

—¿Vamos a algún sitio? —le preguntó Nocturno.

—¿Has visto la parte de la fortaleza que se destruyó? —le preguntó ella a su vez—. Quiero verla desde dentro.

Nocturno frenó. El corazón le latía desbocado.

—Espera —le pidió—. Se destruyó porque acabó cubierta de lava. No es seguro explorarla.

Profecía se dio unos golpecitos en la nariz con la cola.

—Deja de preocuparte tanto. Garras Poderosas me ha dicho que eso ocurrió hace unos once años. Ahora no es más que un puñado de rocas. Además, me dijo que incluso está bastante ordenado. Supongo que la lava

cubrió la parte de la fortaleza donde solían guardar su tesoro, así que tuvieron que construir túneles que les permitieran sacarlo. ¡Túneles! ¡En rocas de lava! Va a ser genial. ¡Vamos!

Profecía reanudó la marcha y Nocturno la siguió, despacio, deseando haberle hecho caso al instinto que le había dicho que se quedara en la cama.

El sentido de la orientación de Profecía resultó ser mejor que su capacidad para juzgar a otros dragones. Antes siquiera de darse cuenta, se encontraban en la parte de la fortaleza que se había quedado sin techo. Un aire frío se colaba por los agujeros en las paredes, luchando contra el calor que emanaba del volcán que tenían bajo las garras.

—Allí —susurró Profecía, y se dirigió hacia donde la lava chocaba contra la pared. Alguien había construido en la roca un túnel tan grande como un dragón. Sin pensárselo dos veces, Profecía lo cruzó.

«¿Qué estoy haciendo?», pensó Nocturno. Lo único que Nocturno quería era fundirse con las sombras y esperar allí hasta que Profecía volviera. Pero también tenía el presentimiento de que ella no podía entrar ahí sola. Y lo peor de todo, en aquellos momentos no había un Cieno, una Tsunami o una Gloria dispuestos a ser valientes en su lugar. Él era el único dragón con el que Profecía podía contar.

Respiró hondo y se obligó a meterse en el pequeño túnel. Las rocas dentadas y afiladas lo arañaban por todas partes, hiriéndole las alas y la parte de arriba de la cabeza.

El túnel giró abruptamente hacia abajo y los dos dragonets tuvieron que anclarse con las garras al suelo para evitar resbalar por él. Profecía exhaló una pequeña llama de fuego, pero todo lo que hizo fue iluminar la pesada oscuridad que los envolvía. El aire estaba caliente y cargado, y Nocturno empezó a preguntarse si alguna vez alguien habría muerto allí, explorando aquellos túneles.

De repente, el túnel volvió a desviarse hacia abajo y acabaron cayendo a un espacio vacío. Profecía fue la primera en caer, soltando un gritito de

sorpresa, así que Nocturno se demoró en prepararse y abrir las alas en cuanto sus garras dejaron de tocar el suelo. Aun así, cayó con torpeza y al final aterrizó encima de Profecía.

—Ay —dijo ella.

Nocturno se apartó y ambos prendieron al unísono el aire con su aliento de fuego.

La habitación era pequeña, pero estaba intacta. La lava había destruido las habitaciones superiores, pero había dejado aquellas sin tocar. Nocturno se fijó en un pequeño pasillo que había tras la puerta. Lo rodeaban más habitaciones. Alzó la mirada, preocupado, pensando en el enorme peso de todas las habitaciones y túneles de la fortaleza que tenían sobre la cabeza.

Profecía corrió hacia la puerta al mismo tiempo que su fuego se extinguía y los sumía de nuevo en la oscuridad.

—Garras Poderosas dijo que la sala del tesoro estaba tras la tercera puerta a la izquierda. ¡Vamos!

—¿Pero no está vacía? —preguntó Nocturno, que la seguía con las garras por delante para evitar chocarse—. ¿Se supone que vamos a echar un vistazo a una habitación vacía?

—Una fascinante habitación vacía —insistió ella—. Solía estar llena de tesoros, imagínatelo. Nunca he visto ningún tesoro en mi vida.

—Claro —le contestó Nocturno—. A menos que algún dragón lo lleve consigo cuando abandona su tribu, los Garras de la Paz no tienen tesoros.

—Y si los tenían, lo mantenían en secreto —añadió Profecía. Nocturno notó la cola de la dragonet golpeándole sin querer en la nariz mientras ambos recorrían el pasillo—. Tú tampoco tenías ningún tesoro en tu escondite bajo la montaña, ¿no?

—No, pero estuve en el Reino Celeste y el Reino del Mar —le explicó Nocturno—, y allí vi lo suficiente como para saber que un tesoro enorme no te convierte en una buena reina o una tribu feliz.

—Pensaba que la reina Coral era una buena reina —le dijo Profecía,

sorprendida.

—Bueno, tienes que tener en cuenta que la propia reina ha escrito la mayoría de los pergaminos que has leído sobre ella —repuso Nocturno—. Pero no es una reina tan terrible. Es mejor que la reina Escarlata, eso seguro. O que Ampolla.

Se encogió de hombros, recordando a la dragona de la arena que había estado tan enfadada con él.

—Me apuesto lo que quieras a que los Alas Arenosas serían mucho más felices si pudieran encontrar el tesoro que el carroñero les robó —comentó Profecía.

—Puede —contestó Nocturno—. Había piezas de tesoro bastante famosas ahí, incluyendo cosas que se rumorean que eran piezas besadas por un animus.

—¿Besadas por un animus? —Profecía frenó y volvió a lanzar una llamarada de fuego.

Estaban bajo un alto arco con dos puertas de metal negro, una de las cuales estaba abierta solo lo suficiente para que se pudiera colar un dragonet en su interior.

—«Besado por un animus» significa que un dragón animus lo ha encantado con su magia —le explicó Nocturno con esa voz solícita de profesor que a veces utilizaba con sus amigos—. Así que el objeto tiene algún tipo de poder.... como un collar que puede hacerte invisible o una piedra que puede encontrar a cualquier dragón que estés buscando. —«O una estatua que mate a cualquier heredera al trono de los Alas Marinas a la que le pueda poner las garras encima», pensó—. Es un término bastante arcaico, ya que en teoría no quedan más dragones animus, pero salta a la vista que eso no es verdad... Hay al menos uno más entre los Alas Marinas, y debía de haber otro no hace mucho entre los Alas Nocturnas.

—¿De verdad? —Profecía empujó con cuidado la puerta de metal y esta se abrió con un chirrido.

Nocturno comprendió que no tenía ni idea de cuánto sabía Profecía sobre la isla de los Alas Nocturnas.

—Sí... Hay un túnel que comunica esta isla con el bosque tropical y otro que va desde el bosque tropical hasta el Reino de Arena. Seguro que los ha creado un dragón animus —dijo—. Supongo que no podemos saber cuándo se crearon, pero ninguno de los Alas Lluviosas sabía de su existencia. ¿No fue así como llegasteis aquí?

Ella negó con la cabeza.

—Nosotros volamos cruzando el océano. Fue un camino muy largo y muy aburrido. Te juro que casi me duermo y acabo en el mar un par de veces.

Nocturno se enderezó, ansioso por hacerle nuevas preguntas sobre el camino que hicieron, pero Profecía ya recorría la habitación mientras soltaba algunos ruiditos muy parecidos a «Oooooh». Él también se deslizó por la puerta, tras ella, y vio, gracias a la llamarada que Profecía expulsó, un par de palos de madera en el suelo. Nocturno cogió uno y lo encendió para que pudieran echar un vistazo con mayor facilidad.

Pero lo primero que vieron cuando lo alzó fueron los cadáveres de dos dragones.

CAPÍTULO 10

Nocturno le tapó la boca a Profecía cuando esta comenzaba a proferir un grito.

—Vas a hacer que se nos caiga toda la montaña encima —le susurró, y ella cerró la boca. Nocturno bajó la mirada y la posó en los dos cuerpos negros como la medianoche—. No te preocupes, esos dos llevan muertos bastante tiempo —añadió convencido—. Probablemente desde que el volcán entró en erupción.

Cuando la soltó, ella susurró:

—¿Cómo murieron?

Nocturno alzó la antorcha de nuevo y echó un vistazo más de cerca, aunque en realidad eso fuera lo último que deseaba hacer. Una lanza descansaba al lado de uno de los Alas Nocturnas, pero era una lanza común, no del tipo espeluznante con ganchos y pinchos que todos llevaban. Ninguno de ellos llevaba tampoco armadura.

—Asfixiados, supongo —contestó—. O por inanición. O quizá por el calor, aunque los dragones pueden soportar temperaturas muy elevadas. Lo que creo es que estos dragones estaban vigilando el tesoro cuando el volcán entró en erupción y se quedaron atrapados aquí. Nadie pudo encontrarlos hasta que la lava se enfrió lo suficiente como para abrir el túnel por el que

hemos llegado hasta aquí, y para entonces ya era demasiado tarde.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Profecía de cuernos a cola.

—¡Qué malísima suerte!

Nocturno se giró y echó un vistazo por la habitación, la cual, tal y como había predicho, estaba vacía. Repisas vacías por todas las paredes, desde el suelo al techo, y dos enormes urnas en las dos esquinas negras. Podía imaginarlas perfectamente llenas hasta los topes de oro y joyas antes de la erupción.

Reparó en una idea insistente que le rondaba la mente: «Sería genial tener una urna gigante llena de oro y joyas». Lo cual era ridículo... Solo eran sus instintos de dragón hablando. ¿Qué haría con semejante cantidad de oro? A menos que pudiera devolverlo a sus amigos o parar esa guerra, un tesoro le resultaría inútil.

Había algo que intentaba abrirse paso en su mente, pero Nocturno era incapaz de averiguar qué era.

—Quizá deberíamos irnos —aventuró Profecía.

—Sí, deberíamos —le respondió Nocturno—. No sé cuánto aire habrá aquí abajo, pero para averiguarlo no quiero esperarme a que nos quedemos sin él.

—Sip —dijo Profecía, y abrió los ojos desmesuradamente—. ¡Haber empezado por ahí!

Se dio la vuelta y salió de la habitación más rápido de lo que Nocturno la había visto moverse nunca.

Dio un paso, dispuesto a seguirla, cuando la antorcha que sujetaba con la garra iluminó algo pequeño y brillante en la garra de uno de los cadáveres.

Nocturno dudó.

«¿Una pieza del tesoro que se olvidaron? Algo en lo que no repararon, porque quién iba a querer registrar un cadáver...».

Bueno, no es que él quisiera. De verdad que no.

Pero... sintió como si lo estuviera llamando, como si la joya hubiera

estado esos once años esperándolo precisamente a él, escondiéndose de todos hasta que el dragón correcto llegara.

«Ahora suenas como Sol, con tu fe en el destino, las señales y la magia».

De modo que si coger la joya era lo que la dragonet querría que hiciera...

Nocturno se recompuso, se agachó y cogió aquella joya de las garras del guardia muerto. Las ásperas escamas muertas acariciaron las suyas y Nocturno tembló de manera tan violenta que casi se le cae de las garras. En vez de eso, la agarró con más fuerza, dio un salto hacia atrás, y se golpeó con las repisas que tenía a sus espaldas. Las garras del guardia se quedaron sujetando el aire, como si con el recuerdo de que tenía un tesoro entre ellas fuera más que suficiente.

Nocturno tenía ganas de vomitar, pero cuando alzó la antorcha e iluminó la joya, supo que había hecho lo correcto.

El zafiro azul con forma de estrella brilló entre sus garras con un pequeño destello de su propia luz.

Nocturno solo había leído sobre ellos. Se suponía que existían solo tres de ellos en el mundo y todos estaban perdidos. Un dragón animus Ala Arenosa los había creado cientos de años atrás.

Un visitasueños.

Cerró las garras alrededor de él.

Con aquella joya, podría volver a ver a sus amigos.

—¿Nocturno? —lo llamó Profecía.

—Ya voy —contestó. No podía arriesgarse a que nadie más encontrara el visitasueños y se lo arrebatara. Ni siquiera Profecía debía saber de su existencia.

Se lo metió en la boca, encajado entre los dientes y las escamas, y luego lo cubrió con la lengua.

En el camino de vuelta al dormitorio, Profecía le preguntó por qué estaba tan callado, pero él se limitó a negar con la cabeza y a murmurar que estaba demasiado cansado. Ella se encogió de hombros y se dirigió a su cama en

cuanto llegaron a la habitación.

Nocturno cogió la áspera sábana que le habían dado y se las apañó para hacerse un ovillo debajo. La pesada tela marrón se enganchó con sus cuernos, pero aquello serviría para ocultarlo de los ojos de los demás cuando estos se despertaran. Volvió a colocar el visitasueños entre sus garras y lo miró fijamente, intentando recordar si había leído algo sobre su funcionamiento.

«Quizá solo tengo que pensar en el dragón cuyos sueños quiero visitar».

Seguro que Sol estaba dormida en aquel momento, en medio de la noche. Si lo recordaba bien, debía ser capaz de meterse en el sueño que tuviera en aquel momento..., y si, además, ella había accedido al nivel más profundo de sueño, Sol también sería capaz de verlo y podrían hablar. Pero si su sueño era ligero, o inquieto, tal vez sí consiguiera entrar en él, pero ella no sabría nunca que estaba allí. Si, por otro lado, estaba despierta, eso no funcionaría de ninguna de las maneras.

Nocturno cerró los ojos y se imaginó a Sol... Esa risa que hacía que todos los demás rieran también, sus brotes de enfado que desparecían tan rápido como habían aparecido, sus pequeñas garras y su fiera mirada protectora, sus escamas como rayos de sol hecho dragón, ese aspecto que no poseía ningún otro dragón de Pirria. Si ella estuviera allí, sabría exactamente qué decir sobre su padre. Le diría qué había que decirles a los Alas Nocturnas sobre Gloria y cómo convencerlos para que dejaran de hacerle daño a los Alas Lluviosas para siempre.

Pero no importaba lo fuerte que se concentrara, su mente aún seguía en el dormitorio de los Alas Nocturnas en vez de encontrar los sueños de Sol.

Quizá estuviera despierta. Acaso estuviera en algún recoveco del bosque tropical, mirando las lunas y preguntándose si él también las estaría mirando, pensando en ella.

Probó con Gloria, luego con Cieno y, por último, con Tsunami. No ocurrió nada. No podía alcanzar a ninguno de sus amigos.

Nocturno apretó el visitasueños entre sus garras, haciendo resonar los dientes mientras lo intentaba. Tenía que funcionar. A menos que, en realidad, no fuera un visitasueños. Pero es que era igual que uno.

«Prueba con un Ala Lluviosa. Siempre están dormidos».

La primera Ala Lluviosa que le vino a la mente fue Kinkajú, la pequeña dragonet a la que Gloria había rescatado de los Alas Nocturnas. Nocturno se concentró en sus enormes ojos oscuros y en sus cambiantes escamas. Se apretó el visitasueños contra la frente, rezando para que funcionara.

Y de repente estaba sobre una rama en el bosque tropical.

Nocturno tomó una profunda bocanada de aire, aliviado, pero en lugar del aire puro del bosque tropical respiró el humo del dormitorio de los Alas Nocturnas. Podía ver el bosque tropical con todo lujo de detalles, pero, por desgracia para él, no podía olerlo.

Kikajú estaba acurrucada en una hoja gigante a su lado, con los ojos cerrados. Tenía una venda hecha de hojas suaves y musgo alrededor de una de sus alas, y montones de fruta roja, amarilla y morada a su alrededor, como ofrendas a una estatua. Sus escamas eran de un extraño azul pálido a la luz de la luna, y respiraba superficialmente, como si incluso estando dormida supiera que respirar más profundamente le causaría dolor.

—¿Qué te ha pasado? —se preguntó Nocturno en voz alta, pero ella no se despertó.

Se giró y se topó con otra dragona que miraba a través de él. Durante un terrorífico momento de sorpresa, Nocturno creyó que la dragona podía verlo, pero entonces comprendió que la dragona solo estaba mirando a Kinkajú. La dragona era mayor, más que cualquier dragón o guardián que hubieran conocido hasta el momento, y además tenía esa elegancia propia de la realeza de la que Grandeza carecía.

Nocturno se volvió hacia Kinkajú. ¿Cómo podía haberse metido en sus sueños? Bajó la vista hacia el visitasueños y recordó haberlo presionado contra su frente. Con cuidado, se agachó y dejó el zafiro entre los ojos de

Kinkajú.

La primera vez que lo intentó estuvo a punto de caer a través de la dragonet, ya que en realidad no estaba allí. No podía tocarla a ella, ni a nada que los rodeara. Pero cuando lo intentó por segunda vez y sujetó el visitasueños donde él pensaba que estaría su frente, sintió una descarga de energía proveniente de Kinkajú a través de la joya y luego vio lo que ella veía.

En el sueño de Kinkajú, estaba de pie bajo la brillante luz del sol sobre una plataforma verde decorada con flores de brillantes colores, rodeada por miles de Alas Lluviosas (más Alas Lluviosas de los que posiblemente hubiera en el continente), y todos ellos la miraban con un gesto desdeñoso que Nocturno no había visto en ningún Ala Lluviosa en la vida real.

Gloria estaba allí, en el centro de la plataforma, pero esa Gloria era imposiblemente grande y bonita, y una corona de hibiscos naranjas, cadenas de oro y rubíes brillaba encima de su cabeza. «Así es como Kinkajú la ve», pensó Nocturno. Esa Gloria también sonreía más que la original, al menos a Kinkajú.

«Una corona —pensó de repente—. ¿Significa eso que Gloria ha ganado? ¿Es ahora la reina de los Alas Lluviosas? ¿O es solo un sueño de lo que a Kinkajú le habría gustado que ocurriera?».

Kinkajú retrocedió, huyendo de las miradas de los dragones, hasta que alcanzó el extremo más lejano de la plataforma. De repente, se giró y alzó el vuelo, abriendo al máximo sus alas.

Pero en vez de alejarse, deslizándose entre los árboles, cayó como un coco que acabara de desprenderse de su palmera, precipitándose al suelo. Movió las alas, desesperada, y, cuando se giró para mirar a los demás dragones, aparecieron enormes agujeros en sus alas, que se hicieron cada vez más grandes, como si el ácido se comiera sus alas.

Kinkajú gritó y arañó el aire.

Nocturno lo observó todo, sin poder hacer nada, mientras desaparecía

entre las hojas verdes de los árboles. «Es solo un sueño —se dijo a sí mismo, pero los latidos desbocados de su corazón no lo creyeron—. Solo un sueño. No puedes hacer nada al respecto. Ni siquiera puede ver que estás aquí».

Nocturno no podría alcanzarla en sus sueños, donde sus emociones eran tan poderosas. Le resultaba muy extraño estar dentro de la pesadilla de otra persona, tan diferente de las que él solía tener todas las noches. En sus pesadillas solía aparecer la reina de los Alas Nocturnas; le decía que los dragonets que carecieran de poderes telepáticos no eran bienvenidos a la tribu.

El paisaje del sueño que lo rodeaba tembló y de repente desapareció, volviéndose todo negro.

«Se está despertando».

Nocturno hundió las garras en la rama del árbol en la que se posaba, aunque ya no pudiese verla y supiera que en realidad no estaba allí... o, más bien, que era él quien no estaba allí. Quería quedarse todo el tiempo posible en el bosque tropical. No quería volver al sombrío dormitorio de los Alas Nocturnas.

«Sigue dormida —pensó, a la desesperada—. Por favor, mírame. Necesito mandarles un mensaje a mis amigos».

Ahora podía ver la silueta difusa de algunas formas en la oscuridad, como si fueran las primeras horas de la mañana y el sol estuviera alzándose a lo lejos. Frente a él, Kinkajú volvía a estar acurrucada en la hoja, dormida, pero se revolvía en sueños. Un rayo plateado de luz de luna iluminó un gesto suyo de dolor. Había pasado de una pesadilla a un sueño ligero y sin sueños, en el que era medio consciente de lo que le rodeaba, pero sin llegar a estar despierta del todo. Nocturno podía quedarse un poco más, pero Kinkajú no podía verlo.

—¿Otra pesadilla? —preguntó una voz suave tras él.

Nocturno se giró; el corazón se le salía por la boca.

«Sol».

La Ala Arenosa acababa de aterrizar sobre la rama al lado de la regia Ala Lluviosa. Recogió sus alas doradas contra el cuerpo y, como tenía por costumbre, se rodeó las garras traseras con la cola. Al cabo de un momento, un destello de escamas azules apareció entre los árboles, tras Sol: Tsunami, que no paraba de girar la cabeza mientras inspeccionaba todo cuanto los rodeaba.

—Eso creo —dijo la dragona Ala Lluviosa—. No estaba segura de si debía despertarla. ¿Cómo está la reina?

—Enfadada —contestó Sol—. Superenfadada. Por más que le insista en que es absolutamente imposible que Nocturno se fuera con los Alas Nocturnas por su propia voluntad, está convencida de que nos ha traicionado.

La sorpresa recorrió las alas de Nocturno. Ni se había planteado que sus amigos creyeran que se había ido por su propia voluntad. «La reina... ¿se refiere a Gloria? ¿Gloria se piensa que los he traicionado?».

Entonces se acordó de cuando le dijo al consejo de los Alas Nocturnas que los Alas Lluviosas planeaban un ataque y las escamas le empezaron a arder de vergüenza. Puede que se lo llevaran en contra de su voluntad, pero Nocturno no había hecho nada para ayudar a sus amigos desde que estaba allí. No había intentado fugarse. Ni siquiera había discutido con Oráculo sobre lo que sucedía en aquella isla, ni había tratado de detener a los Alas Nocturnas.

Quizá, después de todo, no era uno de los dragonets de la profecía. Quizá Profecía era una baza mejor que él para salvar al mundo.

—Nocturno —bufó Tsunami—. De entre todos los dragones que existen, sería el que menos papeletas tendría de traicionarnos. ¿Te imaginas qué debería pasar para que ocurriera eso? Primero, tendría que tomar una decisión importante. Y no, no se puede decir que ese sea el fuerte de Nocturno. Y después, tendría que poner en práctica esa decisión, en vez de

sentarse y esperar que ocurriera por sí misma. Todo eso, por no mencionar que debería saltar a ciegas a un agujero oscuro lleno de dragones furiosos. Nocturno. ¿Estás de coña? NOC-TUR-NO.

—Oh, por las lunas. Para —le reprendió Sol—. Llevas todo el día discutiendo con Gloria. No es a mí a quien tienes que convencer de que Nocturno sería incapaz de hacer algo así.

De un salto, se colocó al lado de Kinkajú, y por poco atraviesa a Nocturno en su camino. El dragonet tembló y se inclinó hacia ella. Casi podía imaginar que sentía el calor que irradiaban sus escamas cuando pasó a su lado.

—¿No crees que eligió a su tribu los Alas Nocturnas en vez de a nosotros? —preguntó la dragona a la que Nocturno no conocía.

Sol alzó la mirada hacia las dos lunas que se veían entre la copa de los árboles, y luego la bajó hacia Kinkajú.

—Si se fue, estoy segura de que fue por una buena razón. Pero si no fue él quien lo eligió..., entonces necesita nuestra ayuda, ¿verdad, Tsunami? ¿No es eso lo único que debería importar? ¿No deberíamos ir y rescatarlo antes de que le ocurra algo terrible?

Se agachó para examinar el vendaje de Kinkajú.

«Sí —pensó Nocturno, con fuerza—. Por favor. Daos prisa».

—Si por mí fuera, los cuatro estaríamos haciendo pedazos ese sitio —gruñó Tsunami—. En vez de perder el tiempo aquí.

—¿Las sesiones de entrenamiento de combate no fueron bien? —preguntó la otra dragona.

Tsunami movió la cola con tanta fuerza que casi pierde el equilibrio y se cae de la rama en la que estaba apoyada.

—General, ¿puedo echarme una siesta? ¡General, necesito una papaya! ¡General, tengo las garras cansadas! ¡General, mira, una mariposa! ¡¡¡Alguien se va a llevar un tajo en la cara si no cerráis el hocico!!!

Sol reprimió una risita.

—¿Cuándo quiere la reina que ataquemos? —La dragona más mayor mostró los dientes como si estuviera más que preparada para atacar en ese momento.

—Oh, mirad —las interrumpió Sol, que posó con suavidad las garras en la cabeza de Kinkajú—. Se está despertando.

«No». Nocturno vio temblar los ojos de Kinkajú. Se inclinó sobre ella, con el visitasueños entre las garras, tratando de hacer que se volviera a dormir, pero ya era demasiado tarde.

Con una desgarradora sacudida, el bosque tropical... junto con Kinkajú, Tsunami y Sol, desapareció. Nocturno se encontró de nuevo tumbado sobre la fría piedra. La gruesa sábana seguía descansando sobre sus cuernos y la oscura luz roja de la lumbre brillaba a través de ella, y le hacía daño en los ojos.

Sol había estado ahí mismo, a unos centímetros de él.

«Tan cerca y a la vez tan lejos, como si estuviera en una de las tres lunas».

Bajó la mirada hacia el visitasueños que brillaba entre sus garras con suavidad. Ver a sus amigos había sido incluso peor que no verlos.

«Mis amigos piensan que los he traicionado... Y, si no lo hacen, creen que es solo porque soy demasiado cobarde para hacer algo así».

Cerró los ojos. Nunca se había sentido tan solo como en aquel momento.

CAPÍTULO 11

La fuerza con la que le quitaron la sábana de la cabeza fue tan desproporcionada que dejó a Nocturno temblando sobre la piedra. La cabeza le dio vueltas durante un momento, durante el cual su primer pensamiento fue de alivio, porque al menos había escondido el visitasueños la noche anterior.

—Arriba —gruñó Oráculo. Su aliento era terrible aquella mañana. O al menos Nocturno creyó que era por la mañana, aunque el cielo apenas estaba más claro que la noche anterior.

Fulgor y Ocre estaban detrás de Oráculo con cara de pocos amigos, mirando fijamente a Nocturno. El dragonet esperaba que hubieran tenido que pasar la noche en las mazmorras.

Profecía se acercó dando saltitos para unirse a ellos. Víbora y Calamar la seguían, un poco más rezagados. Por todo el dormitorio, los dragonets de Alas Nocturnas asomaban sus hocicos por debajo de las mantas, observando. Mordida Feroz los miraba muerta de envidia, mientras le salía humo de las fosas nasales y la cola no paraba de moverse furiosa tras ella.

Oráculo ni siquiera reparó en los otros dragonets de Alas Nocturnas.

—Vámonos —ordenó. Su cola estuvo a punto de tirar a Nocturno al suelo cuando se giró para salir del dormitorio.

—¿Adónde vamos? —preguntó Profecía con tono jovial. Parecía llevar muy bien la noticia de que o bien ella o bien Nocturno estaban condenados a muerte.

—A ver si merece la pena perder más tiempo con vosotros —contestó Oráculo—. Algunos dragones opinan que deberíamos encerraros hasta que hayamos solucionado el problema de los Alas Lluviosas, pero yo creo que necesitáis todo el entrenamiento que podamos daros, y que debemos empezar cuanto antes. Así que hoy tendréis vuestro segundo examen.

—¿Un examen? —repitió Nocturno, batiendo las alas—. ¿Sobre qué? ¡No hemos tenido tiempo de estudiar! ¿No deberíamos revisar antes el temario?

Oráculo le lanzó una mirada a Nocturno por encima del hombro.

—A veces es muy difícil no morderte —gruñó.

«Vaya, eso es muy injusto —pensó Nocturno, pero decidió no decir ni una palabra más. Por lo general, los exámenes se le daban muy bien. Quizá, por fin, había llegado el momento de demostrar que merecía un lugar en la profecía—. Sobre todo, si es un examen de historia. He leído y releído todos los pergaminos de historia».

Nocturno notó que Fulgor aún lo miraba con sus ojos naranjas llenos de resentimiento. Con cuidado, Nocturno se colocó para que Profecía caminara entre él y el enfadado dragonet Alas Celestes.

Los seis siguieron a Oráculo hasta un tejado de la fortaleza que daba directamente a una pequeña isla con un bosque. Oráculo extendió las alas y entrecerró los ojos, mirando al cielo gris oscuro donde estalló un lejano relámpago. A lo lejos, las nubes parecían descargar sobre el océano. «Una tormenta marina», pensó Nocturno.

Tembló, recordando la tormenta que casi inunda la cueva en la que estaban en el Reino del Mar. Cieno estaba encadenado a la pared, y ni Gloria ni Sol estaban dispuestas a abandonarlo. De no haber aparecido Tsunami, de buen grado se habrían ahogado con Cieno. Nocturno no estaba

seguro de haberlo hecho, llegado el caso. Había tenido demasiado miedo como para decir nada, mientras veía cómo el agua los devoraba poco a poco.

—Quédate cerca de mí —gruñó Oráculo. Arañó a Nocturno en el cuello con una garra—. No intentes hacer cosas raras.

Y luego se elevó hacia el cielo sin ningún tipo de explicación, ni de instrucción.

Nocturno tardó unos segundos en comprender que iban a salir de la isla. «¿De vuelta al continente, quizá?». Él también se alzó en el aire, con el corazón desbocado.

—Espera —soltó Calamar con un quejido, mientras movía las alas desesperado tras Oráculo—. Ni siquiera hemos desayunado. No vas a hacerme volar con el estómago vacío, ¿verdad? Porque moriré si lo haces. Literalmente, moriré.

—De hecho, no, no lo harás. Al menos, no a corto plazo —le informó Nocturno—. De ser necesario, la mayoría de los dragones pueden sobrevivir un mes entero sin comer. Al menos eso es lo que dice *Una historia natural de las habilidades no naturales de los dragones*.

—Escuchad al ratón de pergaminos —soltó Fulgor, con tono desagradable—. ¿A que es listo?

—Nunca jamás podría estar un mes entero sin comer nada —dijo a su vez Ocre, bastante efusivo.

—¿Entre las habilidades «no naturales» de los dragones se cuenta el ser muy molesto? —preguntó Víbora—. Porque si ese fuera el caso, debería haber un capítulo entero dedicado a Profecía.

—Pero si no me conoces —contestó Nocturno—. Yo solo intentaba ayudar.

—Para mí sí que ha sido interesante —intervino Profecía, intentando poner paz—. Y seguramente también sea útil si los Alas Nocturnas insisten en seguir alimentándonos con esas cosas horribles que nos traen.

—Oh, la verdad es que tengo una teoría al respecto.

Mientras sobrevolaban el bosque y cruzaban el océano, Nocturno le habló de las técnicas de caza de los Alas Nocturnas y sus sospechas sobre la bacteria que tenían en la boca. También le explicó que seguramente ni ella ni él tenían esa bacteria, ya que habían crecido comiendo presas vivas o que acababan de morir y no la habían desarrollado como a buen seguro lo habían hecho los dragonets que vivían en esa isla.

—Guau —fue la única respuesta de Profecía, que parecía fascinada de verdad.

—¿Este es el examen? —preguntó Víbora—. ¿Escucharte lo máximo que podamos antes de morir de aburrimiento?

—Nadie está hablando contigo, Víbora —le dijo Profecía—. Ve a ponerte borde con Calamar y deja a Nocturno en paz.

Nocturno bajó la mirada hacia las olas que rompían bajo él. La isla desaparecía tras ellos. De ella solo quedaba un resplandor rojizo en el cielo. Por delante de ellos no había nada más que mar, tan lejano como el horizonte. No tenía ni idea de cómo se las arreglaba Oráculo para guiarse. No había ninguna isla y el cielo seguía desaparecido tras las nubes.

«Debería prestar atención por si necesito volver a hacer este camino en el caso de que tenga la oportunidad de escapar».

De hecho, lo que debería intentar era escapar en cuanto llegaran a tierra.

«Limítate a volar bien lejos. Y luego escóndete. Intenta volver al bosque tropical».

Ni en un millón de años, Nocturno podía imaginarse haciendo algo así él solo. Quizá si tuviera a Tsunami, a Cieno, a Gloria y a Sol..., ¿pero solo? Parecía mucho más seguro quedarse con los Alas Nocturnas y esperar a que alguien lo rescatara.

La lluvia empezó a caer. O, mejor dicho, ellos eran los que habían alcanzado a la tormenta. En ese momento, Nocturno comprendió que Oráculo pretendía cruzarla volando.

—Se me están mojando las alas —se quejó Calamar.

—Oh, no, pobrecito nuestro Ala Marina —le soltó Fulgor.

Nocturno no pensaba decir nada en voz alta, pero lo cierto era que la lluvia hacía que sus alas fueran más pesadas y, por consiguiente, que le costara mucho más volar. No es que tuviera precisamente los músculos más fuertes para volar... Ser criado en una cueva significaba que no había tenido demasiadas oportunidades de ejercitarlos y desarrollarlos.

Apretó los dientes con fuerza y siguió volando. Si ese era el examen, se negaba a suspenderlo. Volaría hasta que sus propias alas dejaran de responderle. Por nada del mundo dejaría que vieran lo mucho que le dolían.

«Piensa en Sol. Céntrate en ser el dragón que quieres que ella crea que eres».

El mar seguía acercándose, lo que significaba que volaba cada vez más bajo. La lluvia caía cada vez con más fuerza, rebotaba contra sus escamas y hacía casi imposible ver a Ocre, que volaba solo unos metros por delante de él. Oráculo era un manchurrón oscuro entre las nubes. Nocturno esperó no perderlo. También esperaba que Oráculo no tratara de perderlos a propósito, cosa que no sería nada difícil con aquel tiempo.

Un descomunal relámpago rasgó el cielo, seguido por el trueno más fuerte que Nocturno hubiera escuchado jamás. Su cuerpo entero tembló por las vibraciones.

«Ojalá lleguemos pronto. Ojalá lleguemos pronto».

Pestañeó varias veces para deshacerse de las gotas de agua de los ojos y se dio cuenta, con horror, que el paisaje que se abría ante él estaba vacío.

«¿Dónde están los demás?».

Durante un horrible momento, estuvo completamente perdido.

Luego, Profecía apareció a su lado y le tocó el ala.

—Ahí abajo —gritó por encima del viento.

Lo que parecía una pequeña mancha en el océano resultó ser una isla de roca enana. Oráculo y los otros ya habían aterrizado allí. Nocturno aterrizó

de una forma muy poco elegante junto a Calamar, que tenía las alas sobre la cabeza y no paraba de murmurar enfadado.

—¡Estamos a medio camino!

Profecía le sonrió.

¿Solo a medio camino? La valentía de Nocturno se resintió. El dragonet se miró fijamente las garras. Estaba demasiado cansado incluso para hacer todas las preguntas que le rondaban la cabeza. ¿Cómo habían encontrado los Alas Nocturnas su isla si estaba tan lejos del continente? ¿Con qué frecuencia iban al continente? ¿Solían usar el túnel al bosque tropical o volaban cruzando el mar como hacían ellos en ese momento?

Supuso que la mayoría elegirían el túnel si pudieran. Mejor eso que arriesgarse con un viaje tan agotador.

Oráculo les permitió descansar un poco. No dijo ni una palabra. Sus ojos oscuros brillaban mientras miraba a cada uno de ellos. De vez en cuando, su mirada volvía hacia donde debía estar el volcán.

De repente, Oráculo se irguió y dijo:

—Vamos.

Y, demasiado pronto para el gusto de Nocturno, todos habían emprendido el vuelo de nuevo.

Lluvia. Truenos. Alas doloridas. Gotas que le entraban a Nocturno en los ojos. Relámpagos que caían demasiado cerca de su cola.

A su izquierda, Calamar aún se quejaba en voz alta, pero nadie podía oírlo por encima de la tormenta. O eso, o nadie tenía la energía necesaria para responderle.

Cuando Nocturno ya empezaba a pensar que, a fin de cuentas, ahogarse no parecía un final tan horrible, Oráculo inclinó las alas y empezó a descender.

Por fin, de repente, había aparecido tierra delante de ellos. Nocturno no la había podido vislumbrar entre las nubes y la lluvia. Ahora veía la costa perfilada con acantilados escarpados, empinados y de roca, que

desembocaba directamente al mar. Tras ellos, sobresaliendo, se elevaban unos picos afilados parecidos a los dientes de un dragón, algunos de ellos coronados con nieve, que se extendían indolentes por todo el horizonte.

«Las Garras de las Montañas de las Nubes».

Su corazón dejó de latir. Esperaba que estuvieran cerca de la costa sur y del bosque tropical, pero estaban en el extremo norte de Pirria, donde gobernaban los Alas Celestes. Demasiado cerca del palacio de la reina Escarlata. Demasiado lejos para poder reunirse con sus amigos... Le llevaría días volar hasta ellos. Además, tendría que cruzar todo el Reino Celeste y el Reino Lodoso él solo.

«Lo siento, Sol. No puedo hacerlo. No puedo encontrar un camino que me lleve hasta ti».

Sus alas le parecieron dos enormes glaciares, lentas y pesadas, tirando de él hacia abajo, mientras seguía a Oráculo y a los otros hacia la cima del risco bajo la incesante lluvia. La roca desnuda le arañó las garras cuando aterrizó. Nocturno se dejó caer sobre ella, respirando con dificultad.

Calamar se tumbó sobre su espalda. Gruñía de dolor. Ocre se puso enseguida a olfatear la roca, como si esperara encontrar el rastro de alguna presa. Fulgor era el único dragonet al que no le costaba respirar.

Cuando Nocturno alzó la mirada, se encontró con que Oráculo estudiaba el mar que se extendía tras ellos. Tuvo un mal presentimiento que, bien pensado, carecía de sentido.

—Es que... ¿nos está siguiendo alguien? —le preguntó a Oráculo.

—Eso no es asunto tuyo —le contestó este. El dragón extendió las alas y señaló la costa. En medio de la tormenta, Nocturno apenas podía distinguir el brillo de una hoguera al salir de una cueva que había en la pared del acantilado.

—¿Qué es eso? —preguntó Profecía.

—El puesto de avanzadilla más remoto del ejército de los Alas Celestes —les explicó el dragón—. Su misión es vigilar y prevenir los ataques del

norte, en el supuesto de que a la reina Glaciar se le ocurra atacar su palacio por este punto. No hay más dragones en muchos kilómetros a la redonda. Este es vuestro examen.

Todos lo miraron, sin entender ni una palabra.

—¿Cómo? —preguntó por fin Nocturno. El viento se llevó su voz.

—Quieres que los matemos —adivinó Víbora. Alzó su cola venenosa formando un arco y flexionó las garras—. ¿A todos ellos?

—Yo no quiero hacerlo —gimoteó Calamar—. ¿Y si alguno me muerde?

—Cállate o seré yo quien te muerda —le espetó Fulgor.

El dragonet parecía bastante afectado, como si no se le pasara por la cabeza que le pidieran matar a alguien de su propia tribu. Nocturno se preguntó de repente dónde estarían todos sus padres y si aquellos dragonets fantasearían con un hogar y una familia tal y como habían hecho sus amigos durante todos esos años.

—No, no estáis aquí para matarlos —les dijo Oráculo—. Sois los dragonets de la gran profecía, ¿recordáis? Vuestro examen consiste en que actuéis como tales. —Señaló a la avanzadilla—. Entrad ahí, decidles a los guardias que sois los verdaderos dragonets de la profecía y convencedlos de que cambien su alianza de Brasas a Ampolla.

En el sorprendido silencio que sobrevino a continuación, un viento huracanado los envolvió y trató de lanzarlos de vuelta al mar. Nocturno hundió las garras en la roca e intentó hacerse tan pequeño como le fue posible.

—Solo... convencerlos —le gritó Víbora a Oráculo, haciendo que las gotas de lluvia volaran a su alrededor mientras negaba con la cabeza—. A un puñado de Alas Celestes desconocidos. Así que en vez de matarlos nosotros, les vamos a pedir que nos maten ellos.

—Profetizo que esto va a salir mal, muy mal —gritó Profecía por encima del viento.

—Yo también —chilló Ocre—. Quizá yo también tenga los poderes

especiales de los Alas Nocturnas.

—¡Me van a matar! —aulló Calamar—. ¡Los Alas Marinas y los Alas Celestes son enemigos! ¡Si me mandas ahí dentro, estoy muerto!

La cara de Oráculo daba a entender que tampoco le importaría mucho si aquello sucedía.

—Si no podéis sobrevivir a esta prueba —rugió Oráculo—, entonces no servís para cumplir la profecía. —Señaló a Profecía—. Tú te quedas aquí. Vamos a ver cómo lo hace este en esta ocasión. —Y señaló a Nocturno con una garra.

Nocturno deseaba poder convertirse en roca. Quería saltar del acantilado y lanzarse al mar. Se preguntó cuán lejos podía llegar si se giraba y se lanzaba volando hacia las montañas. ¿Sería el viaje hacia el bosque tropical peor que entrar a un puesto de guardia de los Alas Celestes y presentarse como uno de los dragonets que la reina Escarlata había perdido poco tiempo antes?

—¿No nos harán prisioneros? —le preguntó a Oráculo—. ¿No nos llevarán al Palacio Celeste?

—No, si sois lo suficientemente convincentes —le contestó Oráculo, y le enseñó los dientes—. Ahora idos. —Le escupió una llamarada de fuego a Calamar, que lo esquivó por las escamas.

—Yo no quiero —volvió a quejarse Calamar, pero Víbora y Fulgor ya lo arrastraban con ellos. Ocre se lanzó tras ellos y, de mala gana, Nocturno cerró la comitiva.

El Ala Nocturna miró atrás por última vez y vio a Profecía abrazarse con sus propias alas. Una pequeña mancha negra junto al impresionante dragón que era Oráculo. Esperaba que sus amigos la aceptaran como la nueva Ala Nocturna de la profecía cuando él muriera.

«Estoy a punto de morir —pensó—, y jamás podré decirle a Sol que la amo. Voy a morir sin salvar al mundo, sin parar la guerra..., sin haber hecho nada valiente en mi vida».

CAPÍTULO 12

Cuanto más se acercaban a la hoguera, más temeroso estaba Nocturno.

Podían oírse las fuertes voces de varios dragones al salir de la cueva, al igual que una columna de humo que se elevaba desde el agujero en la pared de piedra hacia el cielo.

—¿No tendría que haber alguien vigilando? —susurró Nocturno cuando ya estaban a unos cuantos metros de distancia.

Todos guardaron silencio, muy quietos, pero nadie había dado aún la alarma, ni parecía que fueran a hacerlo. Nocturno inspeccionó la oscuridad que los rodeaba, tratando de moverse lo menos posible.

Un relámpago estalló cerca de ellos y a Nocturno le dio un vuelco el corazón. Apostado en un risco por encima de ellos había un dragón con alas enormes, mirando al mar.

—Mirad allí —susurró Nocturno. Estaban en su línea de visión, ¿verdad? Entonces, ¿por qué no había avisado a los guardias todavía?

Nocturno se fijó un poco más en aquel dragón, en cómo sus hombros subían y bajaban rítmicamente y en la curvatura de su cuello, y reparó en que el guardia estaba dormido a pesar de la lluvia que lo empapaba, del retumbar del trueno y de que su misión consistía en permanecer despierto.

—No pasa nada —les susurró a los demás.

Se acercaron con cuidado a la cueva, permaneciendo en las sombras. Una puerta de madera les bloqueó la entrada.

—Espera —susurró Nocturno.

Fulgor se quedó quieto con su garra delantera a punto de llamar a la puerta. Frunció el ceño mientras miraba a Nocturno.

—Seamos inteligentes —empezó—. No tenemos que entrar sin más. Escuchemos durante un minuto y esperemos a ver si hay algo que nos pueda ser de utilidad.

—Por mí perfecto —dijo Ocre encogiéndose de hombros.

—Pero aquí fuera hace frío y humedad —se quejó Calamar.

Fulgor y Víbora intercambiaron un par de miradas y, para sorpresa de Nocturno, ambos asintieron en su dirección. Quizá el miedo hacía que fueran más dóciles. Ambos dragonets apoyaron las orejas contra la puerta de madera, así que Nocturno tuvo que recorrer el muro de piedra y colocarse bajo el agujero por el que salía el humo. Intentó colocar las alas de manera que lo protegieran al menos un poco de la lluvia.

Parecía que discutían acerca de varias cosas en el interior. Nocturno solo podía escuchar pinceladas de la pelea que estaban teniendo cerca del fuego.

—Si la reina Rubí nos dice que podemos volver al palacio, os aseguro que me voy a casa —gruñó un dragón.

—Entonces, obedecerás las órdenes de una reina falsa —le espetó otro—. La reina Escarlata aún está viva y hará que nos maten a todos si abandonamos nuestros puestos de vigía.

—Y si está viva, ¿dónde está? —lo retó una tercera voz—. ¿Qué clase de reina deja a su reino sumido en un caos como este?

—No es un caos. Ahora tenemos a Rubí —continuó la primera voz—. Y ella dice que podemos irnos.

—Pero la reina Brasas dice que no podemos —replicó otro dragón.

—Ella no es nuestra reina —espetaron a la vez unas cuantas voces.

—Ya es suficiente. Nadie va a moverse hoy de aquí —sentenció una voz

autoritaria. El ir y venir de las voces desapareció—. No con esta tormenta. Mañana retomaremos el tema.

Tras un instante de silencio, un murmullo compuesto de gruñidos se elevó, pero no dijeron nada que Nocturno pudiera entender. El dragonet volvió a reunirse con Fulgor y Víbora.

—Inútil —siseó Fulgor.

—Quizá no —dijo Nocturno—. ¿Habéis oído cómo algunos de ellos no están contentos con Brasas? Creo que podemos utilizarlo. Si se comporta como si fuera su nueva reina, me apuesto lo que quieras a que un montón de Alas Celestes estarían dispuestos a replantearse su alianza.

—Bonitas palabras —dijo Víbora, y movió la cola en su dirección—. Ahora veamos cómo las utilizas.

La Ala Arenosa apartó de las sombras de sus alas de un empujón a Calamar, donde el dragonet intentaba esconderse.

Fulgor golpeó la puerta antes de que a Nocturno se le ocurriera otra excusa para alargar más el momento.

El ruido del interior se interrumpió de repente. Oyeron el ruido de unos pasos pesados acercándose a la puerta y alguien la abrió de un tirón.

Nocturno se encontró de repente cara a cara con una cueva llena de Alas Celestes.

La mayoría estaban reunidos en pequeños grupos, comiendo o jugando a juegos de azar con los huesos de sus presas. Escamas rojas, naranjas y doradas refulgían a la luz del fuego. Un montón de lanzas de aspecto amenazador estaban apoyadas contra el muro de la cueva. Había un mapa de Pirria junto al fuego, con una X que señalaba dónde se encontraba aquel puesto de avanzadilla y con flechas que indicaban posibles rutas de ataque desde el Reino Helado.

—¿Qué hocicos...? —empezó el guardia que había abierto la puerta. Se calló, mirándolos fijamente. Todos los dragones de la cueva, unos diecisiete según el cálculo de Nocturno, se giraron para mirarlos también.

Nocturno podía imaginarse lo que debían parecerles a esos dragones: cinco dragonets llenos de barro, mojados y exhaustos. De cinco colores diferentes que no solían verse juntos.

Uno de los Alas Celestes inspiró hondo.

—¡Son ellos! —siseó.

—No puede ser —contestó otro.

Por alguna extraña razón, Fulgor, Víbora y Ocre miraron a Nocturno. Pero su habilidad para dar discursos lo había abandonado. En lo único en lo que el dragonet podía pensar era en la fría prisión en el cielo con forma de agujas donde los habían encarcelado los guardias Alas Celestes apenas unas semanas antes. Nocturno solo pensaba en esconderse detrás de las alas de otro dragón, tal y como Calamar había hecho.

Fulgor dejó escapar una pequeña llamarada de fuego e intentó parecer lo más alto posible.

—Sí, somos nosotros —dijo—. Los de la profecía.

—Los dragonets del destino —comentó un soldado con su voz cargada de temor.

—Vaya, ¿de verdad nos llaman así? —quiso saber Víbora—. Qué patético. ¿Qué es esto? ¿Un viejo pergamino de fantasía? Por la presente, os prohíbo encarecidamente que pronunciéis esa frase de nuevo.

—¿Eso es una gaviota asada? —preguntó Ocre, mientras se abría paso entre sus compañeros y señalaba a una de las presas a medio comer en una de las mesas—. ¿Alguien se la va a terminar?

Sin esperar respuesta, cogió el pájaro y le hincó los dientes.

Por detrás de Nocturno, Calamar dejó escapar un pequeño quejido.

Unos cuantos Alas Celestes intercambiaron miradas. Parecían más escépticos que un momento antes. Nocturno pudo sentir cómo el pánico le crecía en el pecho. Tenía que hablar, tenía que convencerlos. Pero su boca parecía estar soldada.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó uno de los soldados—. Después de

haber escapado..., ¿por qué habéis vuelto? Y encima, aquí, de entre todos los lugares.

—¿Y se puede saber qué les hicisteis a los Alas Marinas? —preguntó otro—. Sin ataques ni incursiones ni ningún signo de ellos desde que destruisteis su Palacio de Verano. Sabemos que muchos de ellos tuvieron que sobrevivir. ¿Por qué no han contraatacado?

—¿Tenéis a la reina Escarlata? —inquirió un dragón que estaba apoyado contra la pared, junto al fuego—. ¿Qué habéis hecho con ella?

Fulgor agitó las garras delanteras como si ninguna de aquellas preguntas fuera importante.

—Estamos aquí para deciros que estáis apoyando a la Ala Arenosa equivocada. —Inclinó la cabeza, con gesto arrogante—. Brasas no va a ser reina. Como dice la profecía, va a morir. Hemos elegido a Ampolla.

Los rugidos en respuesta a lo que acababan de oír fueron inmediatos. Varios dragones se pusieron en pie, derribando mesas y esparciendo huesos y cenizas por todas partes.

—¿Cómo te atreves? —chilló alguien.

—¡No seguimos órdenes de ningún dragonet escuchimizado!

—¡Nunca dejaremos que ganen los Alas Marinas!

Uno de los guardias empujó a Fulgor en el pecho.

—¡Traidor!

—El dragonet rojo se tambaleó hacia atrás, y cayó directamente sobre las garras de Nocturno.

—¡Ampolla mató a mi hermano! —rugió otro soldado—. Nunca será reina. ¡Su destino es morir en mis garras!

—¡Somos los dragones de la profecía! —gritó Víbora por encima del ruido—. ¡Tenéis que escucharnos!

—No, no lo sois —replicó la misma voz autoritaria que Nocturno había escuchado cuando estaban fuera. Un dragón naranja con un largo cuello lleno de cicatrices dio un paso adelante, y miró fijamente a los dragonets.

Nocturno tenía la sensación de haberlo visto antes, seguramente en el palacio de la reina.

Los otros Alas Celestes guardaron silencio, mientras el otro dragón rodeaba a Nocturno y agarraba a Calamar de la oreja, arrastrándolo al centro de la cueva. Calamar soltó un quejido de dolor, se tapó la cabeza con las alas y se sentó, temblando.

—Este no es el mismo Ala Marina que capturamos —observó el dragón naranja, muy seguro de lo que decía—. Ya visteis las marcas que dejó en los guardias contra los que luchó. Además, era un ella y encima era azul. Esta patética criatura temblorosa no es un dragonet del destino. —Miró a su alrededor, a los demás dragonets, con un brillo de suspicacia en la mirada —. Yo digo que lo matemos. Quizá deberíamos matarlos a todos.

—¡No! —intervino, por fin, Nocturno—. Yo soy el dragonet que la reina mantuvo prisionero. Juro que lo soy. ¿Recordáis que me obligó a luchar contra carroñeros, y que luego los otros Alas Nocturnas acudieron y me sacaron de allí?

Nocturno contuvo la respiración.

«Por favor, creedme».

El dragón exhaló un hilito de humo hacia él, luego entrecerró los ojos mirando a Ocre, que estaba en el suelo, royendo el enorme hueso de una pierna que había encontrado allí tirado.

—Supongo que ese puede ser el Ala Lodosa —murmuró—. Nunca llegamos a ver al Ala Arenosa, ni al Ala Celeste. —Estudió de cerca de Fulgor y a Víbora—. Dimos por sentado que la reina los tenía en algún otro sitio del palacio, en el caso de que fueran dignos de unirse a nuestras filas. —Posó la mirada en Fulgor—. Aunque, quizá, vivir con los Garras de la Paz echa a perder a cualquier dragón, incluso a los de la mejor tribu.

Golpeó con fuerza a Calamar con la cola y el pequeño dragón verde soltó un quejido desdichado.

—Si eres el Ala Nocturna que vimos en el palacio —le dijo el Ala

Celeste a Nocturno—, ¿qué le pasó a la Ala Marina que estaba contigo?

—Ella... —Nocturno se sintió irremediablemente estúpido. ¿Por qué Oráculo no había previsto que aquello pudiera suceder? ¿Pensó que este puesto estaba tan alejado que no habría presente ningún dragón del palacio? Pero, si de verdad quería reemplazar a Tsunami por Calamar, tendría que saber que alguien iba a notarlo, y poner el grito en el cielo tarde o temprano.

Nocturno era consciente de que debía actuar como si Calamar fuera el verdadero dragonet de la profecía, sobre todo si querían salir vivos de aquella cueva. Pero no podía obligarse a sí mismo a traicionar a Tsunami, la cual, suponiendo que alguien le preguntara, era la dragona más capacitada para hacer cumplir una profecía y salvar al mundo de toda Pirria.

Se abrazó a sí mismo con las alas y miró a los ojos al dragón naranja.

—Está reuniendo un ejército. —Eso era verdad. Ni que decir tenía que el ejército estaba formado por Alas Lluviosas—. Vamos a ponerle fin a esta guerra. —Se giró hacia los otros Alas Celestes de la cueva—. Muy pronto podréis volver a casa con vuestras familias. Muy pronto estaréis a salvo. Muy pronto habrá paz.

Se fijó en la mirada de anhelo de algunas de sus caras. Incluso la fiera tribu de malhumorados Alas Celestes deseaba la oportunidad de vivir en paz, no le cabía duda.

—¿Es eso una profecía? —le susurró uno de los soldados a otro.

Nocturno negó con la cabeza.

—Ha sido una promesa —les dijo.

Víbora dejó escapar un resoplido de impaciencia. Incluso sus verdaderos amigos solían hartarse cuando Nocturno hablaba como un pergamino medieval, pero no podía evitarlo. Cuando pensaba en profecías y actuar como un verdadero héroe, así era como imaginaba que debía sonar.

—¿Y qué pasa con Ampolla? —preguntó el dragón naranja—. ¿De verdad la habéis elegido? ¿Será ella la próxima reina de los Alas Arenosas?

Varios Alas Celestes sisearon, moviendo las alas, furiosos.

Ni Fulgor, ni Víbora, ni Calamar ni Ocre le quitaban ojo de encima a Nocturno. Suponía que estaban esperando a que dijera lo que hacía falta de verdad para convencer a todos aquellos dragones de que Ampolla era la elección del destino, de que ella era la que iba a ganar y que nadie podía hacer nada para evitarlo.

Pero Nocturno podía recordar perfectamente el aire amenazador que envolvía a Ampolla, el brillo de maldad en su mirada. Recordaba la manera en la que había manipulado a la reina de los Alas Marinas y, sobre todo, recordaba que había sido la asesina de Rapaz y quien había intentado matar a Membranas, aunque careciera de buenas razones para hacerlo...

«Oh».

Miró a los dragonets de repuesto. Si Ampolla quería escoger y utilizar a sus propios dragonets del destino, necesitaba que los guardianes originales estuvieran muertos para que nadie le discutiera su nueva versión de la historia.

La mente de Nocturno trabajaba a mil por hora.

«Sabía de la existencia de Gloria cuando la conocimos..., e incluso nos dijo que tenía amigos Alas Nocturnas. Está compinchada con ellos».

Lo que significaba que, con casi total seguridad, ella formaba parte del plan de asesinar a Gloria y a Tsunami.

Movió la cola. No podía hacer que ella fuera la próxima reina de los Alas Arenosas. Si su apoyo tenía algún poder, no podía dejar que ella lo usar en su propio beneficio.

—No —dijo, haciendo una mueca cuando la voz se le quebró. Sonaba como un dragonet de apenas un año fingiendo ser una reina—. Aún no hemos elegido a nadie.

—Entonces elegid a Brasas —dijo uno de los soldados. Otros tantos asintieron.

—Brasas es cruel —les contestó Nocturno—. Sabéis que lo es. Vive para la guerra. Incluso si ganara, no pararía nunca de matar y luchar.

Seguramente su siguiente plan sería traicionaros e intentar conquistar vuestro reino.

No había tiempo para réplicas. En el sorprendido silencio que siguió, Nocturno supuso que todos estaban experimentando el mismo sentimiento: reconocimiento. Quizá no habían querido admitirlo hasta ese momento, pero lo que había dicho era verdad. Brasas no era una aliada fiable y sería una reina de los Alas Arenosas muy peligrosa.

—Sí —dijo Fulgor con media voz—. Justo lo que él ha dicho.

—¿Ha sido eso una profecía? —le susurró uno de los soldados a otro.

—Llevémoslos de vuelta al palacio —propuso, muy seguro, el dragón naranja—. Los llevaremos hasta la reina Rubí y que sea ella quien decida. Si tienen alguna noticia sobre el paradero de la reina Escarlata, ella se la sonsacará.

Movió su cola como si fuera un látigo.

«No», pensó Nocturno, mientras retrocedía hacia la puerta de la cueva. De vuelta al palacio de los Alas Celestes... Eso sería aún peor que quedarse con los Alas Nocturnas. La reina Escarlata había intentado que luchara hasta la muerta en su arena. Aún tenía pesadillas con los carroñeros y sus afiladas armas trepando por su cuello, decididos a clavárselas en los ojos. También tenía pesadillas con una horda de Alas Heladas que bajaban en picado del cielo para destruirlo, incluso aunque Oráculo se lo había llevado de allí antes de que eso sucediera.

Pero aquello no era un sueño. Las garras de los Alas Celestes tratando de apresarlo eran reales y sus piernas no se estaban moviendo, era incapaz de hacer que le respondieran. Nocturno no podía recordar ni un solo movimiento de sus entrenamientos que lo pudiera ayudar a plantar cara. Estaban a punto de capturarlo y aprisionarlo una vez más.

En ese momento, la puerta se abrió con un estruendo ensordecedor.

Y los Alas Nocturnas entraron sin piedad.

CAPÍTULO 13

«Ellos eran los que nos estaban siguiendo», pensó Nocturno con sorpresa cuando ocho Alas Nocturnas entraron por la puerta exhalando fuego en todas direcciones. Vio cómo se prendían las mesas y los mapas y cómo las llamas engullían al dragón naranja. En ese momento, notó unas garras que lo agarraban de la cola y tiraban de él para sacarlo de aquella cueva, bajo la lluvia.

Fulgor, Víbora, Ocre y Calamar lo golpearon cuando también los sacaban de malas maneras de la cueva.

Nocturno alzó la mirada cuando se recompuso, al fin libre del amasijo de garras y alas de sus compañeros. Le habían arrancado la puerta al puesto de avanzadilla. Dentro de la cueva, el fuego refulgía por doquier. Los Alas Celestes gritaban de agonía. Un escuadrón de dragones negros les bloqueaba la salida, y mataba a los soldados que trataban de escapar.

—¡No! —gritó Nocturno—. ¡Se lo prometí! ¡Se lo prometí! —Voló hasta la espalda del Ala Nocturna más cercano, pero el dragón se lo quitó de encima con facilidad—. ¡No podéis matarlos!

Nocturno no quería que lo aprisionaran, pero aquellos soldados eran simples dragones, que seguían las órdenes de su reina y cumplían con su deber. Querían la paz tanto como la quería él. No merecían morir así.

—¡Oráculo! —gritó Nocturno—. ¡Haz que paren!

—Eres muy raro —le dijo Oráculo desde las sombras que tenía justo detrás. Nocturno dio un salto, sorprendido—. Solo son un puñado de Alas Celestes. ¿Por qué te importan tanto?

—¿No puedes perdonarles la vida? —preguntó Nocturno a la desesperada—. Por favor, déjalos vivir.

—Ya es demasiado tarde —dijo Oráculo.

Nocturno se giró para enfrentarse a las llamas y comprendió que aquel había sido el plan de Oráculo durante todo ese tiempo. Por eso habían elegido un emplazamiento tan remoto con un número limitado de dragones. Por eso no le importaba si algún soldado cuestionaba la presencia de Calamar... Todo formaba parte del supuesto examen. Lo mismo daba si lo aprobaban o lo suspendían: Oráculo planeaba matar a todos los Alas Celestes con independencia de lo que sucediera.

«Para borrar cualquier prueba de que estuvimos aquí..., matando a cualquier testigo capaz de desmontar nuestra historia».

Nocturno miró desesperado al fuego, seguro de que oiría los gritos de aquellos dragones en sueños el resto de su vida.

—¡Casi me matan! —le gritó Calamar a Oráculo—. ¡Justo como dije que harían! ¡Renuncio! ¡No quiero estar en la profecía nunca más! ¡No hay ningún tesoro y además es muy aburrido y estúpido y tengo hambre y odio vuestra isla y quiero volver a casa!

—Está bien —le contestó Oráculo con frialdad—. Eres el dragonet más inútil que he conocido en mi vida. Vuelve lloriqueando con los Garras de la Paz. A ver si los puedes encontrar tú solito. Espero que mueras de camino. —Y empujó a Calamar con fuerza en el pecho—. ¡Sal de mi vista! ¡Vete!

Calamar retrocedió, aturdido, deslizándose por las rocas húmedas. Tardó unos segundos en recuperar el habla.

—¿Solito? —chilló—. Pero... tú no... Mi papá es el líder de los Garras... Tienes que tratarme bien. No puedes echarme así como así...

—Oh, claro que puedo —siseó Oráculo. Un relámpago restalló en el cielo e iluminó las montañas oscuras que se cernían sobre ellos—. Vete o, de lo contrario, yo mismo te mataré. No quiero volver a verte en mi vida. Vete ahora mismo.

«Por las tres lunas —pensó Nocturno—. De verdad odia a Calamar».

—Espera —intervino Profecía, acercándose al Ala Marina—. Oráculo, espera. Él es uno de nosotros. No podemos perderlo.

Calamar le agarró las garras delanteras y se las estrujó, desesperado.

—Tenemos a otra —se limitó a decir Oráculo—. Solo tenemos que llevárnosla del bosque tropical. Pero está claro que ha conseguido causar una buena impresión en los dragones que se han topado con ella, así que nos la quedamos. De todos modos, aunque no la tuviéramos, este es demasiado inútil.

—No es justo —gimoteó Calamar—. Yo no tengo la culpa de que otra Ala Marina sea mejor que yo.

«Eso es verdad —pensó Nocturno, que sintió una inesperada punzada de pena por el quejica dragonet verde—. Absolutamente nadie podría superar a Tsunami».

—No puedes hacerlo —gritó Profecía—. ¡Fulgor! ¡Víbora! ¡Decídselo!

Víbora se encogió de hombros, mientras Fulgor recogía las alas. No le quitaba ojo a la cueva donde sus compañeros Alas Celestes estaban quemándose vivos.

—Ha dicho que, de todos modos, ya no quería formar parte de la profecía —le dijo Ocre a Profecía.

—No lo he dicho en serio —gritó Calamar.

Oráculo movió su cola como un látigo, y golpeó a Calamar con fuerza en la cabeza.

—Vete. Ahora. Y da gracias de que no te mato aquí mismo.

Gimoteando, Calamar retrocedió un par de pasos, abrió las alas y se elevó hacia el tormentoso cielo. Nocturno vio cómo se alejaba lentamente

en dirección a las Garras de las Montañas de las Nubes. Un Ala Marina solo en territorio de los Alas Celestes... Calamar no duraría ni un día. A Nocturno empezó a dolerle la cabeza, tenía ganas de vomitar. Cada vez que pensaba que había visto lo peor de Oráculo y los Alas Nocturnas, hacían algo aún más horrible.

Profecía lloraba. Las lágrimas y la lluvia le recorrían el rostro y se lo mojaban. Se tapó los ojos con las garras, con fuerza, como si quisiera poder arrancárselos.

Nocturno la rodeó con una de sus alas y ella se apoyó contra su hombro, temblando.

—Quizá lo logre —le susurró—. A veces los dragones te sorprenden.

—No te pongas demasiado cómodo —le dijo Oráculo a Nocturno—. Te estás quedando sin la oportunidad de demostrar que eres capaz de seguir órdenes.

Nocturno rodeó a Profecía con su cola, pensativo.

«¿Por qué debería hacerlo? ¿Quién decidió que podías ir por ahí dándome órdenes? Si soy el dragonet de la profecía, ¿no debería hacer lo que considero correcto en cada momento y todos deberíamos confiar en que al final acabe bien?».

Comprendió qué poco le importaba que Oráculo le leyera la mente. Miró fijamente al enorme dragón, esperando a ver cómo reaccionaba.

Oráculo fue el primero en apartar la mirada.

—Volvemos a la isla —ordenó—. Los otros limpiarán todo este lío —añadió señalando la cueva con la cola. Luego alzó el vuelo.

Profecía se giró hacia las montañas, como si estuviera considerando volar tras Calamar. Nocturno deseó poder ser ese tipo de dragón. ¿Podría desobedecer a Oráculo y seguir a alguno de sus amigos si esto les hubiera ocurrido a ellos? Pensó que lo habría hecho por Sol. Nunca le permitiría volar en solitario hacia una muerte segura. Pensó que por ella sí que podría ser valiente, puestos a serlo alguna vez.

«Aunque no lo suficientemente valiente para escapar ahora —comprendió—. Pero quizá estén preparando mi rescate. Quizá deba esperarlos, por si acaso. O quizá solo estoy buscando excusas para no hacer nada».

—Vamos, antes de que ocurra algo peor —le dijo con delicadeza a Profecía. Se secó los ojos y lo siguió bajo la lluvia.

El vuelo de vuelta a la isla fue más duro que el de ida. La tormenta no les dio tregua en ningún momento. El cuerpo de Nocturno estaba agarrotado cuando aterrizaron en la fortaleza de los Alas Nocturnas. Ninguno de los dragonets pronunció ni una palabra mientras seguían a Oráculo de vuelta al dormitorio.

—Entrenamiento mañana, al amanecer —dijo, parándose bajo el arco de la puerta. La habitación estaba vacía. No se veía a los demás dragonets por ninguna parte. El enorme Ala miró a Nocturno y a Profecía, dio media vuelta y se marchó.

—Así que... ¿nada para comer? —aventuró Ocre, con voz desconsolada.

Habían pasado varios días desde la última comida de Nocturno... Habían sido días extenuantes y sin energía. Pero pensó que, de todas formas, tampoco tendría la fuerza necesaria para comer aquella noche. Solo pensaba en cerrar los ojos para olvidar la triste y húmeda figura de Calamar aleteando hacia las montañas.

—No —rugió Oráculo. Y se fue.

Ocre suspiró con pena. Víbora siseó, se marchó hacia la cama que acababa de adjudicarse y se enterró rápidamente bajo una gruesa sábana.

Fulgor restalló la cola durante un momento, mientras estudiaba la habitación.

—No es mucho mejor que la mazmorra de anoche —murmuró. Ocre y él encontraron camas al lado de Víbora, en la parte más alejada de la habitación. Antes de que pudieran darse cuenta, el Ala Lodosa ya estaba

roncando. Pero el dragonet Ala Celeste se sentó y miró fijamente las brasas, sin moverse.

Nocturno ya estaba medio dormido, pero, en cuanto se hizo un ovillo en su cama, Profecía se colocó de un salto a su lado.

—Mmm —se quejó Nocturno, adormilado.

—Ya sé lo que tenemos que hacer —susurró la dragonet—. Tenemos que hablar con la reina.

—¿Tenemos? —preguntó Nocturno.

—Tú y yo. Sin Oráculo. Quizá la reina no tenga ni idea de lo horrible que es. Me apuesto lo que quieras a que miente al afirmar que le han ordenado matar a uno de los dos. Estoy segura de que se lo ha inventado.

Nocturno movió la cola, sintiéndose enfermo. Se preguntó hasta qué punto estaría implicada la reina Triunfal en las decisiones que se estaban tomando sobre los dragonets y la profecía. ¿Había ordenado ella ese viaje al continente y las muertes de aquellos Alas Celestes?

—Me apuesto lo que quieras —dijo Profecía, segura de lo que decía— a que no le alegrará que Oráculo se haya deshecho de Calamar.

—Puede que confíe en él —señaló Nocturno—. Quizá le deje hacer lo que quiera sin recurrir a órdenes directas. En tal caso, podríamos buscarnos un auténtico problema por actuar a sus espaldas.

—O quizá la reina no tenga ni idea de lo que trama Oráculo —contraatacó Profecía—. Quizá, si hablamos con ella, nos deje vivir a los dos, liberar a los Alas Lluviosas, frenar los experimentos y que la profecía se cumpla como se supone que tiene que cumplirse, sin que Oráculo nos fastidie las vidas.

Nocturno ladeó la cabeza para mirarla.

—Demasiados «quizá» para sostener una esperanza tan frágil.

—Vale la pena intentarlo —insistió ella.

Nocturno lo pensó un momento. Seguía embotado y confuso por el sueño. Necesitaba comida de verdad y dormir y, sobre todo, tener cerca a

sus amigos.

—Quizá podamos pedir una audiencia privada mañana —sugirió.

—¡No! —exclamó Profecía—. Oráculo no lo permitirá. Tenemos que encontrarla nosotros mismos.

—Ella no quiere que la encontremos. —Nocturno señaló lo evidente—. Quizá se mantenga oculta por una razón.

Seguía sin encontrar una buena explicación para ello.

—Eso es verdad. Quizá necesitemos averiguar cuál es esa razón —dijo Profecía.

La dragonet estaba en lo cierto. Cuánto más supieran, más poder tendrían. Si daban con algo que pudieran usar...

—Está bien —accedió Nocturno con un suspiro—. Iremos a buscarla.

Profecía sacudió las alas y le sonrió.

—Esta noche —dijo.

—¿Esta noche? —Nocturno se cubrió la cabeza con las doloridas alas—. No me obligues a abandonar esta cama antes del amanecer. Por favor.

—Esto es importante, Nocturno. Duerme ahora y luego te despierto. ¿Trato hecho?

El Ala Nocturna volvió a suspirar.

—Trato hecho.

Notó que se iba de la cama con un salto. Mientras escuchaba sus pasos alejarse, el cansado cerebro de Nocturno empezó a dar vueltas en círculos hipotéticos.

«¿Cuál es el secreto de la reina? ¿Por qué no permite que nadie la vea?».

Pensó en la reina Glaciar y en cómo mantenía a su aliada Ala Arenosa, Llamas, cómodamente encerrada en una fortaleza que había construido solo para ella, con órdenes de no salir jamás ni de hacer nada peligroso.

«¿Y si alguien controla a la reina Triunfal, como están haciendo con Llamas? ¿Y si no se mantiene escondida por voluntad propia?».

Si ocurría algo malo... y él podía ayudar a Triunfal, quizá ella lo ayudara

más adelante, para devolverle el favor.

Ya pensaría en cómo salir de esa. Tenía que hacerlo. No quería acabar como Calamar, o incluso peor.

«Deja de pensar y duérmete», se reprendió.

Podía ver el delgado rastro de humo desde donde se sentaba Fulgor, tan encorvado y meditabundo como él.

Pero, a pesar del cansancio que parecía aplastar a cada hueso de su cuerpo, el sueño los venció a los dos.

CAPÍTULO 14

Nocturno estaba rodeado de pergaminos. Pilas de pergaminos, paredes tan altas como diez dragones, forradas de pergaminos. Pergaminos dondequiera que posara la vista.

Su inmensa alegría (¡tantísimo que leer! Estaba seguro de que todo lo que siempre había deseado estaba allí, la respuesta a todas sus preguntas) en guerra con una profunda y paralizante ansiedad. ¿Cómo iba a aprender todo eso? ¿Cómo iba a poder leerlo todo antes del examen?

¿Qué tipo de examen sería? Algo sobre las alas de fuego. Tenía que haber un pergamino que hablara de las alas de fuego por allí.

—Ups —dijo una voz cuando la pila de pergaminos que tenía a su lado se tambaleó, y se desparramó alrededor de las garras de Nocturno. La cara de Cieno se asomó por un lado y sonrió—. Vaya. Ahí estás.

—Cieno, ten cuidado —le rogó Nocturno. Empezó a recoger los pergaminos del suelo y a volver a apilarlos tan ordenados como podía—. Necesitamos todos estos pergaminos.

—Ah, ¿sí? —Cieno frunció el hocico—. ¿Acaso la profecía dice «un puñado de pergaminos vendrán a salvar el día»? Qué divertido, no recuerdo esa parte.

Nocturno le dedicó una mirada malintencionada y recogió el siguiente

pergamino. *Cómo liberar a los prisioneros Alas Lluviosas*.

—¿Ves? —le dijo, mientras agitaba el pergamino delante de su cara—. Todas las respuestas que necesitamos.

Nocturno desenrolló el pergamino y lo encontró en blanco. Un trozo de tela suave y completamente blanco le devolvió la mirada, indiferente ante su contrariedad.

—Salgamos de aquí —le dijo Cieno—. Podrías ayudarnos.

—No puedo. Primero, tengo que leer todo esto.

Nocturno empezó a extender las alas, golpeó otra pila de pergaminos y se giró mientras trazaba un círculo agitado. ¿Acaso las paredes llenas de pergaminos se habían vuelto más altas? Cogió otro: *Los secretos de los Alas Nocturnas*.

—Este es el que necesito —murmuró, mientras lo desenrollaba. Pero también estaba vacío.

Cieno seguía allí, a la espera.

—No puedo ayudaros hasta que no lo sepa todo —le dijo Nocturno—. Debería quedarme aquí. No me llevará mucho tiempo. Pronto, sabré mucho más de lo que sé ahora. Pero aún no puedo irme de aquí.

Sacó un pergamino que desprendía un brillo dorado de una pila. Seguramente, algo tan bonito tenía que contener algo útil en su interior.

Cómo decirle a Sol que la amas.

Nocturno suspiró. Lo supo antes de abrirlo: vacío, vacío, vacío.

—Nocturno —dijo Cieno—. Nocturno. Vamos. Date prisa. Nocturno, vamos.

Ya no era la voz de Cieno la que le hablaba. Además, alguien le estaba sacudiendo el hombro. Nocturno pestañeó, y entonces despertó, confuso y medio dormido.

—Vamos —susurró de nuevo Profecía—. Fulgor acaba de escabullirse. Sigámoslo. Rápido.

—¿Por qué? —murmuró Nocturno, frotándose los ojos—. No va a saber

dónde está la reina.

Pero Profecía ya se encaminaba a la puerta. Nocturno se estiró, seguro de que no haber dormido lo suficiente, y la siguió.

La cola roja de Fulgor acababa de desaparecer al doblar la esquina al final del pasillo. Profecía y Nocturno lo siguieron, en silencio. Ella no habló en ningún momento, de modo que Nocturno también se mantuvo callado. Sus sueños habían removido algo en su interior, como si se olvidara de algo muy importante..., como si tuviera que avisar a alguien.

Fulgor dio enseguida con unas largas escaleras que llevaban hacia abajo, muy abajo. Tan abajo, que atravesaron la fortaleza entera. Cada piso que dejaban atrás estaba más oscuro que el anterior, a pesar del brillo de las brasas en las paredes. Se paró un par de veces, escuchando, y Profecía y Nocturno se pararon también, agachando las cabezas y dejando que las sombras envolvieran sus escamas negras.

Por fin alcanzaron el final de la escalera y Fulgor eligió uno de los túneles, el que parecía dirigirse directamente al corazón del volcán. Podían sentir el calor que irradiaba la roca a través de sus garras. Nocturno hizo más pausas para tocar las paredes, preocupado al sentir el movimiento de la tierra que tenían debajo.

Entonces se toparon con la primera jaula.

Estaba vacía, pero Nocturno podía intuir para qué servían los barrotes y los grilletes. Aquella era la mazmorra de los Alas Nocturnas, donde Fulgor y Ocre habían sido sus prisioneros una noche.

La mayoría de las jaulas estaban vacías, pero en la cuarta había una Ala Lluviosa esquelética y gris, profundamente dormida. Profecía y Nocturno se pararon ante su jaula, mirándola. El dragonet se preguntó por qué aquella Ala Lluviosa estaba separada de los otros a los que retenían en las cuevas.

—¿Qué hacéis aquí?

La mirada acusadora de Fulgor se abrió paso entre las sombras, e hizo que Nocturno retrocediera de un salto.

—Te hemos seguido —fue la sincera respuesta de Profecía—. Por las tres lunas, ¿qué es lo que te traes entre manos?

—No es asunto vuestro —le respondió Fulgor—. Largaos de aquí.

—¿Y si los guardias te encuentran aquí abajo, solo? —señaló Nocturno —. Un Ala Celeste que recorre la fortaleza a solas tiene más probabilidades de meterse en un buen lío que si lo acompañan dos Alas Nocturnas.

El dragonet rojo se lo pensó un momento. Expulsaba humo por los orificios nasales.

—Está bien —contestó, un tanto a desgana—. Haced lo que os plazca. No me importa.

Fulgor giró sobre sí mismo y se marchó. Profecía y Nocturno intercambiaron una mirada y lo siguieron.

La última jaula del pasillo albergaba a un Ala Nocturna. Ahí fue donde Fulgor se paró y golpeó sus barrotes con una garra.

No era un Ala Nocturna cualquiera. Era Mortífero.

El asesino alzó la cabeza y los miró. Sus alas subían y bajaban, acompasadas con el ritmo de su respiración. La jaula parecía demasiado pequeña para él.

—Hola, Alita Celeste. Me alegra verte al otro lado de la jaula esta vez.

—¿Qué es necesario para convertirse en un asesino? —soltó de repente Fulgor—. Quiero aprender la forma más rápida de matar a otro dragón.

Mortífero se puso en pie y se acercó a los barrotes.

—Quieres decir la mejor manera de matar a otro dragón y que no te importe —lo corrigió.

Fulgor siseó y agitó la cola.

—Debes hacerlo por una buena razón —empezó Mortífero—. Y debes creer en esa razón con toda tu alma. También debes evitar hablar con tus objetivos, por si acaso descubres que son hermosos, sarcásticos y fascinantes. Por ejemplo.

—¿Eso fue lo que te pasó a ti? —le preguntó Fulgor con un bufido—.

¿Fue esa la razón por la que estás aquí?

Las escamas plateadas que tenía Mortífero bajo las alas brillaron con suavidad a la luz de las antorchas cuando se encogió de hombros.

—Quizá. Aunque, si me preguntas a mí, no tiene nada de malo cuestionar órdenes de vez en cuando.

Fulgor volvió a agitar la cola, inquieto.

—¿Qué órdenes? —preguntó Profecía, mientras se dirigía a Fulgor y a Nocturno—. ¿Quién es este?

—¿No puedes averiguarlo con una de tus visiones? —le respondió Fulgor, sarcástico.

—Este es Mortífero —le explicó Nocturno—. Lo enviaron para matarnos a mí y a mis amigos, pero en vez de hacerlo nos dejó marchar y salvó a Gloria de los demás Alas Nocturnas.

—¡Por las tres lunas! Baja la voz —exclamó Mortífero, que por primera vez se mostraba nervioso—. Creo que soy el único dragón que hay aquí abajo, además de la reina Esplendor, claro, pero nunca se sabe.

—¿Esa es la reina Esplendor? —preguntó Nocturno.

—La primera Ala Lluviosa que capturó nuestra tribu —respondió Mortífero—. Ella fue quien, sin querer, hirió a Venganza. La idea era que una vez que tuviéramos a su reina, harían lo que quisiéramos. Lo que no nos podíamos ni imaginar era que tenían varias reinas. Por lo que se ve, pueden pasar meses antes de que noten que les falta una.

—Vaya —soltó Profecía.

—No me sorprende —añadió Fulgor.

—Todo eso está a punto de cambiar —le contestó Nocturno. «Gloria se asegurará de eso».

—¿Por Gloria? —preguntó Mortífero. Nocturno dio un salto. ¿Acaso le había leído el pensamiento el otro dragón?

Ambos se miraron durante un segundo.

—Sí —le contestó Nocturno finalmente.

El gesto que puso Mortífero era tan evidente (tan real y triste) que Nocturno tuvo el extraño presentimiento de que podía ver el mismo gesto que él debía de poner cada vez que pensaba en Sol.

—¿Quién es Gloria? —preguntó Profecía.

—Es... largo de contar —le contestó Nocturno.

—Me vuelvo a la cama —gruñó Fulgor. Una pequeña llamarada de fuego le salió del hocico al pasar junto a Profecía—. Esto no ha servido de nada.

—Espera —le dijo Mortífero—. Solo... recuerda que eres dueño de ti mismo. No tienes que hacer lo que te digan. Puedes hacer y hacerte preguntas.

—¿Para acabar como tú? —soltó Fulgor—. ¿Detrás de unos barrotes, a punto de que me arrojen a un pozo de lava? Suena como un gran consejo.

Mortífero se encogió de hombros. El fantasma de una sonrisa le cruzó la cara.

—Podría ser peor.

—Sí, podrías haber matado a alguno de mis amigos —le dijo Nocturno —. Eso sería mucho peor.

Fulgor bufó de nuevo y se encaminó al túnel para salir de allí. Nocturno se quedó mirando las pequeñas llamas que le rodeaban el hocico mientras las sombras lo envolvían al alejarse, dejando atrás la jaula de Esplendor y volviendo a las escaleras.

—Entonces, ¿Gloria está bien? —le preguntó Mortífero a Nocturno—. ¿Consiguió volver al bosque tropical?

Nocturno asintió.

—Pero está muy enfadada por todo ese asunto de los Alas Lluviosas desaparecidos —dudó. En ese momento fue consciente de que no debería confiar en aquel Ala Nocturna por mucho que los hubiera ayudado en el pasado.

—Claro que lo está —contestó Mortífero con otra media sonrisa—. Que conste que nunca estuve de acuerdo con eso.

Los nichos para las brasas allí abajo eran toscos, excavados directamente en la piedra irregular, en vez de tallados y cincelados como los que había en el piso de arriba. Todas las sombras tenían un aspecto muy amenazante, con sus ángulos afilados, como garras que trataran de abrirse paso a zarpazos por la roca. El calor allí abajo era incluso peor que el sol abrasador del Reino de Arena, y a Nocturno empezó a dolerle la cabeza.

—Tú no... esto... no pareces... —empezó Profecía, y luego se calló.

—¿El típico asesino? —terminó Mortífero por ella—. Bueno, invirtieron muchos esfuerzos para entrenarme y que no lo pareciera. Pero entonces me mandaron al continente y... supongo que cuando te dejan solo un tiempo empiezas a pensar por ti mismo en vez de lo que te dicen que tienes que pensar. Me temo que la reina se ha llevado una tremenda decepción conmigo.

Profecía se agarró a los barrotes.

—¿Has conocido a la reina?

Mortífero inclinó la cabeza hacia ella.

—No, cara a cara no, por supuesto. Ella nos ve por pantallas y paredes, y habla por mediación de su hija, Grandeza. Y así es desde que nací.

A Nocturno le picaron las escamas. ¿Y sí la reina tenía pantallas para ocultarse por toda la fortaleza? ¿Y si siempre estaba vigilando a los de su tribu sin que ellos se dieran cuenta? Echó un vistazo a su alrededor, incómodo, pensando en que las sombras de la mazmorra podían ocultar fácilmente agujeros en las paredes.

—Necesitamos hablar con ella —le dijo Profecía—. ¿Cómo puedo dar con ella? Me he pasado la noche en vela buscando por toda la fortaleza. ¡Benditas lunas! Y no sé dónde puede estar.

—¿La has buscado? —le preguntó Nocturno, sorprendido.

—Mientras estabas dormido —le contestó ella—. Te lo dije, estoy superdespierta por la noche. No quería perder el tiempo.

—A mí me pasa lo mismo —confesó Mortífero—. Escuchadme, no es

seguro dar vueltas por ahí buscando a la reina. A ella no le gustará.

—No tenemos que invadir su sala privada mágica ni nada de eso —se excusó Profecía—. ¿Tiene una sala del trono? ¿Algún sitio en el que podamos hablarle a través de la pared y así encontrarla?

Mortífero dudó.

—No es buena idea. No creo que os vaya a ayudar.

—Yo sí creo que lo hará —insistió Profecía. Se llevó las garras a la sien y las apretó con una interpretación muy dramática—. Lo he visto... ¡EN UNA VISIÓN!

Mortífero le dedicó una mirada muy, muy extraña.

—¿De verdad?

—Mis visiones nunca se equivocan —le explicó Profecía, contenta—. Aunque, ya sabes, ojalá me hubieran advertido de cosas más útiles.

Bajó la mirada hacia sus garras y Nocturno supo que estaba pensando en Calamar.

—Bueeeno —dijo Mortífero, arrastrando la palabra—. Si de verdad quieres intentarlo con la sala del trono, está en el extremo de la fortaleza más alejado de aquí, dos puertas después de la biblioteca si vienes desde la sala del consejo. Pero, incluso si está allí en medio de la noche, y estoy seguro de que no lo estará, no hablará si no está Grandeza allí con ella.

—No tiene por qué hablar —repuso Profecía, emocionada—. Tiene que escuchar.

Mortífero miró a Nocturno a los ojos y luego volvió a encogerse de hombros.

—Vale. Buena suerte. Pero daos prisa... No tardará en amanecer.

—¿Y eso cómo lo sabes? —le preguntó Nocturno. No había ni una ventana en la mazmorra, nada que pudiera ayudarlo a medir el paso del tiempo. Nada salvo roca negra llena de pequeños agujeros rodeaba a los prisioneros.

—Puedo sentirlo —dijo Mortífero—. Pásate unos cuantos meses

durmiendo al aire libre y tú también podrás.

—¿Qué estuviste haciendo solo en el continente durante tanto tiempo? —le preguntó Nocturno.

—Tenía una lista —le respondió Mortífero—. Y se reunía con frecuencia para recibir nuevas órdenes. ¿Alguna vez notaste que cuando parecía que uno de los bandos estaba a punto de ganar la guerra, uno de sus generales de alto cargo moría de manera muy misteriosa? No es que me atribuya el mérito por eso, claro.

—¡Sí que me di cuenta! —le dijo Nocturno—. Al menos, eso fue lo que supuse a tenor de los pergaminos de historia más recientes que nos llevaron. Pero si fuiste tú... Bueno, parecía que les ocurría a los tres bandos, por eso lo atribuí a una casualidad.

Mortífero estiró las alas.

—Hace poco que escogimos bando. —Guardó silencio por un momento, estiró el cuello y luego bajó la mirada hacia Nocturno—. Una decisión que ni siquiera me consultaron.

—A ti tampoco te gusta Ampolla —dedujo Nocturno.

—Nocturno, tenemos que irnos —lo apremió Profecía, mientras le tiraba de la cola—. Quiero encontrar a la reina esta noche. Antes de que a Oráculo se le presente la oportunidad de hacer algo horrible. Vamos.

Nocturno retrocedió de mala gana. Sentía la necesidad de hacerle muchas preguntas a Mortífero... Y cabía la posibilidad de que este fuera el primer Ala Nocturna que, de hecho, estuviera dispuesto a responderle la verdad.

—Volveré —le prometió—. Pronto. Yo... Veré lo que puedo hacer para ayudarte.

—No te busques problemas —le dijo Mortífero—. Estaré bien. Buena suerte.

Mientras decía esto último, señaló con las alas a Profecía.

Nocturno deseó ser capaz de hacer algo. Debería intentar ayudar y salvar a Mortífero, al igual que el Ala Nocturna había salvado a Gloria tanto de ser

asesinada como de las cuevas donde la tenían prisionera. Debería hacer algo valiente, algo audaz, amable y heroico. Pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

En vez de hacerlo, siguió a Profecía de vuelta a la fortaleza por los túneles y pasillos, en busca de la sala del trono y de la reina que quizá estuviera o quizá no estuviera allí, que quizá escuchara o quizá no escuchara, y que casi con total seguridad no los ayudaría.

CAPÍTULO 15

—Dos puertas después de la biblioteca —murmuró Profecía—. Y algo sobre la sala del consejo.

Se detuvo un momento en un cruce, mirando a ambos túneles y juntando las garras.

—Creo que recuerdo dónde está la sala del consejo —le dijo Nocturno. Durante su estancia en el dormitorio, se había pasado todas las noches tratando de crear un mapa mental de la fortaleza—. Por ese camino, si no me equivoco —señaló.

—Entonces iremos por allí —lo apoyó Profecía—. Creo que por aquí pasaremos por la puerta de la biblioteca.

—Biblioteca —repitió Nocturno, y comprendió por fin lo que Mortífero le había dicho—. ¡Hay una biblioteca! ¡Profecía! ¿La has visto? ¿Cuántos pergaminos tiene?

—Como un millón —se limitó a decir ella.

—¡Un millón! —Nocturno sintió que estaba a punto de desmayarse pensando en un millón de pergaminos que nunca había leído. Sería como un sueño.

—No era un número real —le dijo Profecía, que frenó en seco y le dedicó una sonrisa divertida—. Quería decir que había «muchísimos». No los

conté.

—Muchísimos también es emocionante —le contestó Nocturno. Se sintió un poco tonto al emocionarse tanto por unos pergaminos. Pero no había tenido acceso a muchos cuando vivía bajo la montaña. Había leído los mismos una y otra vez. Pergaminos nuevos, con nuevas respuestas, más información que necesitaba... Eso era todo lo que quería.

—Aquí está —dijo Profecía, y se detuvo ante el altísimo marco de una puerta.

Nocturno echó un vistazo al interior. El corazón le iba a mil por hora. La habitación era bastante cavernosa, más grande incluso que la sala del consejo. En vez de tener brasas ardiendo en nichos abiertos en las paredes, la luz provenía del fuego que refulgía cuidadosamente atrapado en globos de metal y bien lejos de los pergaminos. Habían horadado recovecos cuadrados en las paredes, del suelo al techo, y en cada uno de ellos había entre tres y seis pergaminos, enrollados de manera cuidadosa, etiquetados y organizados (¡organizados!) con una marca al lado del cuadrado y un enorme pergamino desenrollado en la mesa principal que hacía las funciones de catálogo. Con un solo vistazo se hizo una idea de cómo funcionaba todo el proceso. Las garras le dolieron por el deseo de ponerse a leerlos todos.

—Eres muy mono —le dijo Profecía—. Mírate la cara... Parece como si alguien acabara de abrir el enorme cofre de un tesoro y fuera todo para ti.

Así era exactamente como Nocturno se sentía al mirar todos esos pergaminos. Amagó con entrar allí, pero Profecía lo agarró a tiempo de la cola para frenarlo.

—De eso nada —le dijo—. Primero vamos a encontrar a la reina. Mañana podrás volver y perderte en todos esos pergaminos.

—Si Oráculo me deja —le respondió Nocturno, contrito.

Profecía se lo llevó lejos de la biblioteca y se detuvo solo dos puertas más allá, frente a una sala de piedra redonda que estaba completamente

vacía, sin ventanas ni muebles, y con solo un nicho para albergar brasas ardientes. La pared situada frente a la puerta era un extraño enrejado de roca formado por agujeros con forma de diamante no más grandes que una mariquita.

—Yo ya había visto esta sala —dijo Profecía, sorprendida—. Pero no sabía que era la sala del trono. ¿No debería la sala del trono tener un trono, incluso aunque la reina no tenga intención de sentarse en él?

—Puede que haya un trono ahí detrás —sugirió Nocturno.

—Mmm —dijo ella—. Ni siquiera en tal supuesto creo que deba llamarse sala del trono, porque de todos modos no tiene trono.

Fue hacia el enrejado y acercó un ojo a uno de los agujeros con forma de diamante.

—¡Profecía! —exclamó Nocturno, sorprendido—. ¡Se supone que no debemos intentar mirarla!

—No te asustes —lo calmó ella—. Ahí detrás todo está muy oscuro. —Estiró el cuello y probó con otro de los agujeros—. Creo que veo algo que brilla, pero parece que es solo fuego. No puedo ver a la reina. ¿Crees que está ahí? —Se agarró al enrejado—. ¿Hola? ¿Su Majestad?

Silencio.

—¿Reina Triunfal? —lo intentó de nuevo Profecía—. Necesitamos hablar con usted. Somos nosotros, los dragonets de la profecía.

—Bueno, al menos las dos opciones de Alas Nocturnas —añadió Nocturno.

—¿Hola? —siguió Profecía.

Nada. Profecía llamó con los nudillos y golpeó la pared unas cuantas veces, pero no hubo respuesta.

—Esto es muy frustrante —gruñó—. ¡Majestad! ¡No me impresiona usted en absoluto!

—Estamos en mitad de la noche —señaló Nocturno—. Probablemente ni siquiera esté ahí. Debe de estar durmiendo en alguna otra parte.

Profecía cerró las alas, luego suspiró y asintió.

—Está bien. Nos desharemos de Oráculo y lo intentaremos de nuevo mañana.

A Nocturno no le gustó cómo sonaba aquel plan. Pero ya conocía a Profecía lo suficientemente bien como para saber que era inútil discutir con ella cuando tenía una misión en mente.

Se giraron para marcharse..., pero justo entonces Nocturno oyó un ruido.

Un ruido como de algo que arañaba la roca desde detrás de la pared.

Miró a Profecía y supo que ella también lo había oído. Ambos se giraron hacia el enrejado.

—¿Su Majestad? —probó Profecía.

En vista de que no hubo respuesta, Nocturno dijo:

—Si está ahí detrás, no quiere hablar con nosotros.

Profecía plegó las alas y frunció el ceño.

—Entonces tenemos que arreglárnoslas para que nos vea. —Empezó a recorrer la pared del enrejado—. Debe haber una puerta. Tiene que poder entrar y salir por algún sitio, ¿no?

—A menos que no salga de esa habitación —acotó Nocturno. Su mapa mental de la fortaleza empezó a tomar forma en su memoria—. Creo... Creo que la habitación que hay detrás de esta pared podría comunicar también con la sala del consejo. Quizá viva ahí detrás.

—Entonces solo necesitamos dar con la manera de entrar —zanjó Profecía, mientras salía al pasillo con aire decidido.

—¿Es buena idea? —le preguntó Nocturno. Sus garras resonaban contra la roca mientras corría tras ella—. No me cabe la menor duda de que no le hará ninguna gracia que lo logremos.

—¡Pues entonces mala suerte! —gritó Profecía—. ¡Nosotros también somos sus súbditos! ¡Tiene que escucharnos!

Estaba claro que Profecía no sabía demasiado de reinas y tribus, ni de cómo funcionaban. Quizá en el campamento de los Garras de la Paz estaban

más predispuestos a escuchar las ideas de todos los dragones. O quizá Profecía era así, con independencia de dónde se hubiera criado.

Profecía frenó de repente, frunció el ceño e inclinó la cabeza de un lado a otro.

—¿Cómo podemos colarnos ahí dentro? —murmuró para sí. Cerró los ojos y respiró hondo.

—¿Estás teniendo una visión? —le preguntó Nocturno, que reconoció la expresión de su rostro.

—Eso intento —contestó ella—. Pero lo único que veo son estas paredes. Grrr.

—Probemos por aquí —sugirió el Ala Nocturna.

Recorrieron varios pasillos por donde soplaban corrientes de aire y que parecían rodear la sala del consejo, pero no encontraron ninguna puerta que pudiera darles acceso adonde creían que se escondía la reina, vigilante.

Pero Nocturno encontró una habitación con la puerta abierta que estaba vacía, y echó un vistazo a su interior. Era una habitación muy rara. Todo el espacio lo dominaba un mapa gigante en la pared... Pirria, pero con más detalles de los que jamás hubiera visto Nocturno en ningún mapa. Cada puerto, cada fiordo estaba dibujado con precisión científica. Incluso el bosque tropical resaltaba lleno de información: la localización de la villa de los Alas Lluviosas, todos los ríos y afluentes que recorrían la jungla y los dos túneles que conducían al Reino de Arena y a la isla de los Alas Nocturnas. Cada uno de ellos estaba señalado y etiquetado con sumo cuidado.

Nocturno reparó en que el Palacio de Verano de los Alas Marinas también figuraba en aquel mapa; la anotación parecía ser más oscura y reciente que las demás, y se preguntó si ello se debía a que los Alas Nocturnas habían descubierto su ubicación cuando se quemó. El Palacio de las Profundidades no figuraba en el mapa... Por lo visto, los Alas Marinas aún lo mantenían en secreto.

Pero lo más extraño de todo era que el mapa estaba cubierto de pequeños cuadrados que estaban etiquetados con las palabras «Guarida de Carroñeros». Había unos siete desde las islas del Reino del Mar hasta la península donde estaba el Reino de Arena; había incluso uno en las llanuras nevadas del Reino de Hielo. Y cada uno de ellos tenía encima una X, trazada de manera deliberada y cuidadosa con tinta verde.

«¿Se puede saber qué hacen? —pensó Nocturno, sin quitarle la vista de encima al mapa—. ¿Por qué vigilan a los carroñeros? ¿Qué significa la X?».

—¿Qué es una guarida de carroñeros? —le preguntó Profecía a su espalda.

—¿Has visto a algún carroñero? —le preguntó a su vez Nocturno, y ella negó con la cabeza—. Son esas pequeñas criaturas que apenas tienen pelo y que corren por ahí sobre dos piernas. Además, les encanta robar tesoros... Son una especie de urracas o de mapaches, pero más grandes. Y a veces consiguen palos puntiagudos y pinchan a los dragones con ellos, lo que significa que no deben de ser muy inteligentes.

—Vaya —dijo Profecía—, sí, como el carroñero que mató a la reina Oasis y que empezó toda esta guerra.

—Exacto —contestó Nocturno, mientras le recorría un escalofrío al recordar a los únicos carroñeros que había conocido: los dos que habían intentado matarlo en la arena de la reina Escarlata.

En sus pesadillas, siempre le devolvían la mirada con esos enormes ojos tan parecidos a los suyos y, aunque Nocturno los encontraba terroríficos, le resultaba inevitable pensar: «Están en la misma situación que yo. Solo intentan sobrevivir a esta arena».

—Así que esas guaridas... ¿Ahí es donde viven?

Profecía alzó la garra y recorrió la línea en el mapa que señalaba una de las guaridas.

—Supongo —se limitó a responder Nocturno—. Nunca he visto ninguna.

Siempre me las había imaginado como madrigueras llenas de túneles... Los pergaminos dicen que les gusta vivir en grandes grupos, como a los suricatos. Pero, por lo que he leído, tratan de mantener sus guaridas en secreto. Así están más a salvo de los depredadores.

—Depredadores como nosotros —comentó Profecía, alegre.

—No tengo ni la más remota idea de por qué les preocupan a los Alas Nocturnas.

Nocturno se rascó la cabeza. Una teoría se abría paso desde lo más recóndito de su mente, pero antes de que le encontrase el sentido, Profecía recorrió con las garras el borde del mapa y dejó escapar un chillido.

—¡Mira! ¡Aquí hay algo!

Levantó una de las esquinas del mapa y encontraron un pequeño túnel que se escondía detrás.

—Vamos —susurró la dragonet, y se adentró en él sin dudarlo.

El corazón de Nocturno estaba empeñado en salírsele por la boca y asfixiarlo, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si el túnel conducía adonde todo hacía indicar que conducía... Por nada del mundo iba a permitir que Profecía se enfrentara sola a la reina Triunfal.

«Si Tsunami estuviera aquí..., ¡o incluso Cieno!». Ellos serían una buena opción en una pelea, no como él.

Le temblaron las garras cuando él también levantó la esquina del mapa y se metió en el túnel tras Profecía.

—¡Tengo una visión! —le susurró Profecía al oído. El corazón casi se le sale por las escamas—. ¡De nosotros, de pie delante de la reina Triunfal! ¡Esto va a funcionar!

—Me has dado un susto de muerte —le contestó Nocturno, que aún se agarraba el pecho.

—Lo siento —se disculpó ella, pero incluso en aquella oscuridad Nocturno notó que sonreía.

—Así que... —susurró Nocturno mientras seguían avanzando— en tus

visiones hay una reina Triunfal. ¿Está viva? ¿Existe?

—Por supuesto —dijo Profecía—. ¿Por qué preguntas eso?

—Por nada —siguió el Ala Nocturna—. Es solo que... me he estado preguntado que, ya que nadie la ha visto ni oído a menos que Grandeza esté cerca..., bueno, si estuviera muerta sería un plan muy inteligente. Eso es todo. Mientras Grandeza diga que Triunfal está viva, ella puede dar órdenes y hacer todo lo que haría una reina en nombre de Triunfal, claro, pero nadie podría retarla para quitarle el trono.

—Eso es muy rastrero —le dijo Profecía—. Nunca se me habría ocurrido.

—Ojalá me equivoque.

Nocturno se golpeó de repente la nariz contra una roca. Se irguió sobre las patas traseras y dio unos golpecitos con las garras al techo bajo que tenían sobre la cabeza, y luego expulsó una bocanada de fuego para iluminar. El túnel acababa en una gran piedra justo delante de ellos.

Profecía siseó.

—¡No puede ser! ¡Este tiene que ser el camino!

Nocturno palpó la parte trasera de la piedra y reparó en que había un espacio vacío bajo sus garras.

—Creo que el túnel continúa, solo que se hace más pequeño —dijo.

Había un agujero en la pared, escondido gracias a la piedra, apenas lo suficientemente grande como para que un dragón cupiera por él. Lo palpó con las garras y estuvo seguro de que el túnel continuaba en la dirección correcta.

—Oh —dijo Profecía, olfateando la oscuridad—. Preveo que va a ser terriblemente aterrador. Tú primero.

Parecía que un volcán estaba a punto de entrar en erupción en el pecho de Nocturno. «Solo céntrate en que, si alguien nos pilla a los dos, no puede matarnos a ambos. Necesitan que al menos uno de nosotros siga con vida».

No se puede decir que aquel pensamiento lo calmara demasiado mientras

entraba en el túnel a oscuras y notaba las rocas afiladas que se le clavaban en las garras. Lo único que lo reconfortaba era el sonido que hacía Profecía tras él, tan cerca, que le pisó la cola un par de veces.

El túnel se inclinaba hacia arriba en una especie de espiral que hizo pensar a Nocturno que era imposible que se hubiera creado de forma natural. Alguien lo había hecho así de forma deliberada. Entonces, cuando un último giro los dejó de pie ante una gran cueva, se llevaron toda una sorpresa.

Nocturno se quedó congelado en el sitio. Profecía chocó con él.

«Es aquí».

Una de las paredes estaba cubierta de pequeños agujeros que daban directamente a la sala del consejo. En otra pared estaba la pantalla que daba directamente a la sala del trono. Y había una tercera pared con solo unos pocos agujeros cuidadosamente escondidos, perfectos para espiar algo o a alguien o a algún sitio sin que nadie se diera cuenta.

«Pero no hay reina».

No había ningún dragón ahí. Ni señal alguna de que allí viviera nadie.

«¿En qué otro sitio puede estar? ¿O es que acaso tengo razón... y está muerta?».

En el centro de la cueva había un enorme caldero lleno de lava, lo suficientemente grande como para albergar en su interior a dos dragones de las medidas de Oráculo. Parecía un enorme cuenco negro que alguien hubiera creado a base de martillazos de piedra volcánica. La lava derretida lo llenaba hasta el borde, y burbujeaba, salpicaba y se derramaba de una manera muy extraña. Unas cuantas gotas cayeron a un lado y Nocturno tuvo la precaución de dar un paso atrás, recordando el dolor de la quemadura que tenía en el pie.

En la habitación hacía un calor asfixiante, tanto que casi dolía. Nocturno rodeó el caldero, pegado a las paredes para echar un vistazo por los agujeros secretos que había en ellas. Profecía lo siguió, en un silencio al que

ninguno de los dos estaba acostumbrado.

Nocturno no reconoció la sala que había al otro lado de la tercera pared, pero alcanzaba a ver una mesa baja y los restos de los huesos de varios animales tirados por el suelo.

—Seguro que ahí es donde comen los miembros del consejo —le dijo en voz baja a Profecía—. Es la ocasión perfecta para espiar a los dragones, cuando se relajan y puede que digan algo sin ser conscientes de que ella los está mirando. —Entonces miró fijamente las otras dos paredes y negó con la cabeza—. Insisto en que parece que no haya nadie vigilando.

Y se inclinó para volver a mirar la cueva donde comían.

—Supongo que tienes razón sobre lo de... —empezó Profecía, que ahogó un chillido de terror al mismo tiempo que agarraba a Nocturno del hombro, y lo apretaba con tal fuerza que a él no le cupo duda de que le había hecho sangre.

—¡Ay! ¿Qué...? —empezó el dragonet, que se giró y vio lo que ella miraba.

Un dragón salía de la lava.

CAPÍTULO 16

Nocturno ya conocía el miedo. Lo había experimentado muchas veces desde su salida de las cuevas que lo vieron crecer. Pensaba que nada podría ser peor que el momento en el que la reina Escarlata irrumpió en ellas con sus guardias, mató a Desierto e hizo prisioneros a todos los dragonets. Pero luego pensó en ese momento en el que estuvo de pie en su arena, sabiendo que sus intenciones eran que Nocturno muriera de forma muy violenta antes de que acabara el día. A eso le siguió el momento en el que la reina Coral los lanzó a su prisión, Tsunami que se abría paso entre las anguilas eléctricas, el ataque de los Alas Celestes al Palacio de Verano, su desesperada huida en medio de la batalla y, acaso lo peor de todo, cuando Sol desapareció delante de sus ojos en el bosque tropical. Y eso, por no mencionar todas las cosas aterradoras a las que ha tenido que enfrentarse desde que los Alas Nocturnas se lo llevaron. De hecho, se había pasado la mayor parte del tiempo durante las últimas semanas en un estado de terror perenne.

Pero aquello era un nivel completamente nuevo. El nivel de «Eso no es científicamente posible» y «¿Lleva todo este tiempo debajo de la lava?» y «¡ES IMPOSIBLE!» y «Ha llegado el momento, no hay nadie que me proteja y estoy seguro al cien por cien de que voy a morir porque eso de ahí

es una dragona que vive en la lava».

La cabeza y las alas emergieron primero, derramando una fuente de lava dorada derretida, y luego un par de garras que se agarraron a los bordes del caldero. La dragona sacudió el cuerpo, lanzando motas de lava por los aires. Lentamente, la lava se le escurrió de la cabeza, y reveló un cuello rechoncho, un hocico cubierto de cicatrices de batalla y escamas negras que brillaron como ébano pulido contra la lava anaranjada que las rodeaba.

—Nocturno, Nocturno, Nocturno —susurró Profecía de corrido, aterrada, mientras le sacudía el brazo con fuerza—. ¡Haz algo!

—¿Cómo qué? —le contestó también con un susurro, la voz temblorosa.

El túnel que los había llevado hasta allí estaba al otro lado del caldero. Tendrían que pasar por al lado de la dragona y de la lava que estaba salpicando por todas partes si querían huir, lo que, dicho sea de paso, era exactamente lo que querían hacer.

«Shhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhhh».

La dragona que había dentro de la lava se irguió y los miró fijamente. Un zigzagueante vapor blanco parecía salirle de las escamas. No paraba de sacar y meter la lengua mientras estudiaba a los dos dragonets. Nocturno fue consciente del brillo azul helado que había en las profundidades de su oscura mirada. Cuando abrió la boca, Nocturno reparó en dos dientes del mismo color azul y que parecían más dos estalactitas que dientes normales.

—¿Quiénes sois? —graznó de repente. Su voz era difícil de escuchar: estridente y tranquila, áspera y misteriosa, como garras que arañasen un suelo de hielo a varias cuevas de distancia.

—Na...na... nadie —tartamudeó Nocturno.

—¡Por favor, no nos mates! —chilló Profecía.

—No me obliguéis a hacerlo —dijo la dragona de lava. Siseó de nuevo, curvando las garras alrededor del borde del caldero—. ¿Cómo?

—¿Cómo... cómo os hemos encontrado? —tradujo Nocturno—. Estábamos buscando a la reina..., la reina Triunfal.

—Yo —contestó la dragona. Frunció los ojos—. ¿Vosotros?

—Somos... somos los dragonets de la profecía —respondió Profecía—. Yo soy Profecía y él es Nocturno.

—Ah.... —La reina se hundió de nuevo en la lava—. Mmmmmm. Muy poco impresionante.

—¿Cómo es posible? —preguntó Nocturno, sin poder aguantarse más—. ¿Por qué no estás muerta? La temperatura en la que estás metida..., el punto de ebullición..., la reacción física de la lava a las escamas... Vi lo que le ocurrió a Venganza. No puedes nadar en lava. Sencillamente, no es posible. Incluso los dragones nacidos de huevos color sangre, como Cieno, tal vez solo podrían aguantar un par de minutos con ese calor. Y, por lo que sé, los Alas Nocturnas no tienen ese tipo de huevos, de modo que... esto no puede estar ocurriendo. Científicamente hablando, claro.

La reina dejó escapar un bufidito, a buen seguro divertido, y esparció varias burbujas por la superficie de la lava.

—El hijo de Erudito —murmuró. Lo estudió fijamente durante un momento, luego se reclinó hacia delante, abriendo las mandíbulas tanto como pudo.

Por un momento, Nocturno creyó que iba a salir del caldero y arrancarles la cabeza de un mordisco. Pero tras observar un instante la posición tan extraña que adoptaba, comprendió que en realidad estaba alzándose para mostrarle algo que tenía en el interior de la boca. El miedo dio entonces paso a la curiosidad, y se acercó a ella.

—Nocturno —susurró Profecía, nerviosa—. ¡Esto no salía en ninguna de mis visiones! ¡No estoy muy segura de nada de esto!

—¡Por las tres lunas! —contestó el Ala Nocturna, mientras abría desmesuradamente los ojos—. ¡Profecía, mira! Se puede ver que tiene la garganta... azul.

Las paredes de la garganta de Triunfal estaban revestidas con lo que parecía una escarcha de color azul pálido, con pequeños patrones con forma

de plumas, afilados, todos los cuales brillaban de una manera extraña.

—¿Qué es eso?

La mirada de Nocturno volvió a encontrarse con la de Triunfal.

Esta cerró la boca.

—Hielo.

El quejido en el que se transformó su voz pareció recorrerla hasta la punta de las alas. Respiró hondo, sumergió toda la cabeza en la lava y volvió a emerger.

—¿Hielo? —repitió Nocturno.

Su mente empezó a dar vueltas sin parar, intentando desentrañar aquel misterio. ¿Y si aquello estaba relacionado con la bacteria que poseían los Alas Nocturnas y con la que mataban a sus presas? ¿Y si sencillamente la reina había absorbido un exceso de hielo para combatir la lava? No. Eso carecía de sentido. ¿De dónde habrían sacado los Alas Nocturnas el hielo en una isla donde siempre hacía calor?

La reina Triunfal lo observaba con atención, como si aquello no fuera más que un examen y ella hubiera decidido guardar silencio y comprobar si él era capaz de descubrir lo que había pasado.

«Su aliento...».

—¡Alas Heladas! —soltó Nocturno—. Su arma... ¡El aliento helado!

Triunfal asintió. Sus poderosos hombros volvieron a la lava y entraron en ella de nuevo. Sacó la lengua negra de la boca y volvió a meterla, y entonces Nocturno reparó en que tenía una fina capa de escarcha brillante.

—Te alcanzó un Ala Helada —dijo el dragonet, despacio—. Debías de estar en el continente cuando te tropezaste con uno. ¿Es eso? Y luchasteis y entonces te alcanzó con su aliente helado..., pero no por fuera. Quizá tenías la boca abierta y entró directamente, te bajó por la garganta y te congeló por dentro. Y eso significa que deberías haber muerto en menos de un día.

La reina volvió a encoger las alas, y esparció gotitas naranjas brillantes a su alrededor.

—No es tan fácil —gruñó.

—Matarte —terminó Nocturno la frase—. Conseguiste llegar hasta aquí. Y la lava... ¿La lava frena los efectos de la congelación? ¿Es eso?

—Sí —siseó de nuevo la reina—. Equilibrio.

—Pero ¿cómo...? —dijo Profecía—. Me refiero a que... ¿Cómo supisteis que la lava no os mataría?

Nocturno pudo imaginárselo de una manera tan clara que podría haber sido una visión. Triunfal en el continente, quizá buscando un nuevo hogar para los Alas Nocturnas, se topó con un Ala Helada y por poco muere en el combate. Pero consiguió sobrevivir a aquel horrible y largo vuelo de regreso a la isla, sintiendo el frío cada vez más profundo, más cerca de la muerte a cada minuto que pasaba. El fuego que bullía en el interior de los dragones que respiran fuego como los Alas Nocturnas y los Alas Celestes debió de contrarrestar el hielo para mantenerla con vida durante un tiempo, pero ni siquiera eso bastaría para salvarle la vida.

Para cuando consiguió llegar a la isla, tiritaba con violentas sacudidas y se sentía terriblemente enferma mientras el estómago y las tripas empezaban a congelarse y a fusionarse, a liberar la plaga de hielo de sus órganos y extenderla hasta la última escama. En aquel punto, Nocturno imaginó que la reina sentía tanto frío que la mera idea de lanzarse a la lava era la mejor de las alternativas posibles. Incluso si aquello la mataba..., y quizá era lo que quería..., no podía ser peor que lo que ya experimentaba.

Y en vez de matarla, le salvó la vida. La reina Triunfal seguía viva, pero la muerte helada seguía en su interior. Jamás podría abandonar aquel caldero de lava, o de lo contrario el hielo de su interior terminaría su trabajo de una vez por todas.

Todo lo demás eran pequeños detalles (que, de todos modos, Nocturno aún sentía curiosidad por descubrir), como quién más estaba al corriente de su secreto además de Grandeza, cómo habían construido aquella habitación con todas las pantallas desde las que espiaba a su tribu, cómo habían

llenado el caldero de lava y lo habían preparado para ella. Se preguntó si aún podía comer o si acaso existía en una especie de estadio en suspensión, justo a las puertas de la muerte.

La reina lo observaba con detenimiento. Quizá le leía la mente mientras ensamblaba todas las piezas. Supuso que debía de costarle hablar, con el dolor causado por el hielo que le recubría la garganta y la boca, y que por ese motivo se abstenía de hacerlo.

—Lo siento —le dijo Nocturno finalmente—. Es horrible lo que te sucedió.

Las escamas de la cabeza de Triunfal se suavizaron y alzó el hocico, sorprendida.

—Pena no —gruñó—. Venganza. Pronto.

Sonaba ansiosa por culminar su misión, pero los Alas Heladas tendrían que esperar. No era el momento de preocuparse por ellos. Nocturno estiró el brazo y envolvió una de las garras de Profecía con la suya.

—Queríamos hablarte de la profecía —dijo el dragonet, nervioso—. Nos tememos que Oráculo se comporta con demasiada crueldad y no hace más que interferir.

La reina lo interrumpió con una risa estridente. Acto seguido, se dobló sobre sí misma presa del dolor, agarrándose el cuello. Al cabo de un instante, se recuperó lo suficiente como para mirarlo.

—Haced lo que os dice —siseó—. La profecía lo es todo.

—Pero hoy mandó a Calamar a una muerte segura —se quejó Profecía —. Y dice que nos matará a mí o a Nocturno. Y trata a los prisioneros Alas Lluviosas de una manera terrible. Por favor, no tiene por qué ser así, ¿verdad?

—Lo que sea... con tal de salvar a la tribu —le contestó la reina, justo antes de volver a hundirse en la lava—. Marchaos. Ahora.

—Esperad, por favor —rogó Profecía.

Pero la lava ya cubría por completo la oscura cabeza de la dragona.

Se había ido, y ellos habían fracasado.

CAPÍTULO 17

Profecía y Nocturno volvieron al dormitorio sumidos en un silencio producto de la fatiga. El dragonet esperaba con toda su alma que el amanecer no estuviera tan cercano como le había dicho Mortífero, pero tenía el extraño presentimiento de que Oráculo no tardaría mucho tiempo en echarle directamente a la cara su aliento caliente e iracundo.

—Pobre Calamar —dijo Profecía, mientras se detenía ante la entrada del dormitorio—. Supongo que ahora tendremos que quedarnos con tu Ala Marina —suspiró, y se dirigió a su cama.

Varios escalofríos recorrieron las escamas de Nocturno, y lo acariciaron como las nubes que se elevaban al otro lado del tragaluz del dormitorio. «Tsunami». A ella era a quien tenía que advertir.

—Tenemos otra Ala Marina —había dicho Oráculo—. Solo tenemos que cogerla del bosque tropical.

¿Acaso habían ido ya a por ella? ¿Lo habían intentado? ¿Estaría ella bien?

«Puedo avisarla. Si no es demasiado tarde...».

Se apresuró hacia su cama y escarbó entre las piedras hasta que encontró el pequeño agujero donde había escondido el visitasueños. Esa vez encontraría a alguien en el bosque tropical que lo escuchara. Tenía que

hacerlo.

Se volvió a cubrir con la sábana y apretó la joya entre las garras, luego se la apretó contra la cabeza. «Tsunami. Por favor, aparece. Tsunami».

Como siempre, su primer pensamiento fue para Sol y luego los otros recorrieron sus pensamientos: Tsunami, Cieno, Gloria...

Y entonces empezó a caer, de repente, a través de un brillante cielo azul sin nubes. Estiró las alas, las abrió todo lo que pudo, tomó una corriente de aire y alzó la mirada.

Por encima de él, brillando bajo el sol, había cinco formas. Reconoció a Sol de inmediato: era imposible confundir sus escamas doradas con las de cualquiera. Jugaba a dar vueltas en el aire y a perseguir a Cieno. Su veloz agilidad ganaba a las pesadas alas gigantes del Ala Lodosa. Ambos se reían a carcajadas.

Tsunami y Gloria volaban en círculos a su alrededor, sugiriéndoles qué debían hacer a continuación. Gloria tenía las alas de un color púrpura. Ceñía una pequeña corona de brillantes flores del color del rubí.

Y además estaba el propio Nocturno, que volaba junto a los demás y sonreía como si nada pudiera ir mal. Parecía diferente... Más grande, más amable, más cariñoso. De hecho, todos ellos lo parecían. Ni Tsunami ni Gloria sonreían tanto en la vida real. Cieno no era tan rápido, ni tan grácil.

«¿De quién es este sueño?», se preguntó, pero no era demasiado difícil de adivinar.

Sol se separó de los demás como una libélula y se acercó a él, radiante.

—¡Dos de vosotros en un solo sueño! —dijo, feliz—. ¡Qué raro! —revoloteó alrededor de Nocturno, acariciándolo con sus alas, y luego volvió junto a Cieno, a quien tiró de la cola.

Nocturno había enmudecido. Estar cerca de Sol... De repente, todo volvió a sobrepasarlo. Cómo la había amado durante toda su vida y lo imposible que era aquel amor, y no solo porque pertenecieran a tribus diferentes.

Si pudiera obligarse a hablar, si pudiera lanzarle una advertencia sobre

Tsunami, quizá lo escuchara...

Pero la oscuridad engulló brutalmente al cielo azul y se encontró cayendo de nuevo, hasta que se vio rodeado de burbujas y de una luz verde gélida.

Estaba bajo el agua. «Este debe de ser el sueño de Tsunami».

Batió las alas y, despacio, se abrió paso por el agua. Sin duda allí estaba Tsunami, y sus garras rodeaban el cuello del esqueleto de un dragón verde.

«Agallas —recordó Nocturno—. Su padre. Al que mató en la arena de la reina Escarlata, antes de saber quién era».

Aquello era una pesadilla. Tenía el rostro contraído por el horror... Tsunami jamás lo escucharía en aquella situación.

Su hermana pequeña, Anémona, llegó nadando y, al verla, Tsunami soltó al dragón de repente. El esqueleto cayó hacia atrás; las mandíbulas se abrían y se cerraban con aire lastimero. Tsunami se giró hacia Anémona, con las garras abiertas hacia ella, como si estuviera disculpándose.

Pero entonces Anémona entrecerró los ojos y se lanzó hacia Agallas, dispuesta a ahogarlo con las garras. Le dio un coletazo a Tsunami, a la que desplazó a un lado, mientras sus garras se hundían en el cuello del dragón. Unas burbujas de sangre escaparon de la herida, y tiñeron el agua que los rodeaba.

Tsunami agarró a Anémona y trató de echarla a un lado, pero ya era demasiado tarde.

Nocturno cerró los ojos. Entendía perfectamente lo que preocupaba a Tsunami: que Anémona se volviera malvada si seguía usando sus poderes de animus, y que Tsunami no pudiera hacer nada por salvarla.

«He aquí un nuevo motivo para detener esta guerra». Si no había guerra, nadie trataría de forzar a Anémona para que usara sus poderes. Estaría a salvo.

Crac. Crac. Crac.

Nocturno volvió a abrir los ojos.

Estaba sentado en una cueva amplia y seca cuyas paredes estaban llenas

de antorchas. El suelo estaba prácticamente cubierto con todo tipo de presas: jabalíes, pollos, una vaca, varios patos, dos ciervos y un hipopótamo. Algunos de ellos seguían con vida, dando vueltas por la cueva, chocándose contra las paredes, sin reparar en la presencia de los dos dragones con los que compartían cueva en aquel momento.

El otro dragón era Cieno, sentado con la cola enroscada en las garras traseras. Lo que masticaba con despreocupación se había chamuscado.

—Oh, vaya. Hola, Nocturno —dijo, como si fuera de lo más natural que uno de sus amigos apareciera de pronto en sus sueños.

—¡Cieno! —gritó Nocturno—. ¡Puedes verme!

Cieno pestañeó un par de veces.

—¿Acaso no debería?

—Esto no es solo un sueño —se apresuró a comentar Nocturno—. Estoy de verdad aquí. Quiero decir... Soy yo, y de verdad que estoy hablando contigo.

—Pues claro que estás hablando conmigo —contestó Cieno, contento—. ¿Tienes hambre? Hay un faisán estupendo en algún sitio. —Estiró el cuello para mirar a su alrededor—. Oh, perdón. Creo que ya me lo he comido.

Nocturno sí que tenía hambre, pero era consciente de que la comida de un sueño no serviría para aplacarla.

—Cieno, escúchame. Estoy usando un visitasueños. Estoy hablándote desde el reino de los Alas Nocturnas.

—¡Qué guay! —le contestó Cieno, con una voz displicente—. ¿Y qué te parece un cerdo? No espera, también me lo he comido ya.

—¡Estoy hablando en serio! —repuso Nocturno; furioso, movió la cola —. ¿No recuerdas las lecciones sobre los visitasueños? Son esos zafiros tan antiguos que los animus encantaron hace muchas generaciones. Encontré uno y ahora lo uso para visitarte en tu sueño y decirte algo muy importante.

Cieno contrajo la frente, sorprendido.

—Claro, Nocturno. Suelo soñar mucho contigo. Siempre me regañas.

Nocturno enmudeció por un momento.

—Ah, ¿sí?

Cieno se irguió y puso una voz remilgada.

—¿No estabas escuchando? ¿No has leído los pergaminos? Eso ocurrió antes del Ardiente. Todo el mundo lo sabe.

—El Ardor —lo corrigió Nocturno automáticamente—. Y mi voz no suena así, para nada.

—Claro —siguió Cieno—. Lo que tú digas. ¿Y un hipopótamo?

Nocturno dio un pisotón.

—Vale, solo tienes que escucharme. Tsunami está en peligro. Oráculo y los Alas Nocturnas van a ir a por ella. ¿Se lo dirás?

—¡Mira! —dijo Cieno, emocionado—. ¡Mis hermanos y hermanas!

El Ala Lodosa dio un salto, se puso en pie y corrió hacia la entrada de la cueva, donde un pequeño grupo de Alas Lodosas se disponía a entrar. El dragonet más pequeño de todos dio un salto y se colgó del enorme cuello de Cieno, mientras que el más grande de todos inclinaba la cabeza hacia su amigo con una sonrisa afectuosa.

Nocturno no había conocido a los hermanos de Cieno, pero sí que había oído la historia de cuando los conocieron en la aldea de los Alas Lodosas. Todos ellos eran soldados de la Gran Guerra, que habían combatido a las órdenes de la reina Gallareta, apoyando a Brasas, pese a no ser aún dragones totalmente adultos. Una de ellas incluso había muerto en una de las batallas.

«Más dragones que necesitamos salvar», pensó Nocturno. La ansiedad y el miedo le helaban las escamas.

No estaba seguro de que Cieno lo hubiera escuchado de verdad. Tenía que seguir intentándolo.

«Gloria», pensó, y cerró los ojos.

El sonido del papel contra las garras de alguien le hizo saber que se encontraba en otro lugar antes de abrir los ojos. Gloria se sentaba ante una

mesa baja en una de las cabañas de la copa de los árboles del bosque tropical. Estudiaba un pergamino. En su propio sueño, no llevaba corona y parecía más cansada que los demás. Sus escamas eran de color verde oscuro, bañadas de luz, y hacían juego con las hojas que tenía alrededor. La forma peluda de su perezosa le rodeaba el cuello.

—Gloria —la llamó Nocturno, con la voz cascada.

¿Lo escucharía?

Aún recordaba lo que había dicho Sol la última vez que utilizó el visitasueños. Si Gloria lo consideraba un traidor, no tendría ninguna razón para creer nada de lo que le dijera.

La nueva reina de los Alas Lluviosas alzó la mirada poco a poco y la clavó en él. Se miraron fijamente durante un largo instante, unos ojos verdes que buscaban algo en el rostro de Nocturno.

—Guau —dijo—. Has encontrado un visitasueños.

Él dejó escapar el aire. Notó cómo el alivio le recorría cada una de sus escamas. Por supuesto que recordaba haberlos estudiado. Nocturno siempre había deseado recordar las cosas con la misma facilidad con la que lo hacía Gloria, en vez de tener que esforzarse tanto con los estudios.

—No deserté —se apresuró a justificarse Nocturno—. Los Alas Nocturnas se me llevaron. Te lo juro, Gloria. Nunca, jamás, os habría abandonado. Oráculo está... está poniéndome a prueba, para comprobar si soy digno de la profecía... Tiene más dragonets, y quiere usarlos en nuestro lugar. Lo que pasa es que ahora necesita otra Ala Marina, y eso significa que Tsunami está en peligro. He venido a advertirte...

—Para. Para —lo apremió Gloria, mientras enrollaba el pergamino y lo depositaba sobre la mesa—. Cuéntamelo todo.

Y eso fue lo que hizo, desde el momento de su secuestro hasta el del terrorífico encuentro con la reina de los Alas Nocturnas. Al principio notaba de nuevo esa extraña sensación en el estómago, como si traicionase a alguien (esta vez a su propia tribu), pero luego pensó en Orquídea

encadenada a la pared, en los Alas Celestes quemándose vivos, en Calamar volando lentamente hacia su propia muerte, y desterró ese complejo de culpa. Por fin tuvo la certeza absoluta de saber quién se merecía su lealtad.

—Así pues —concluyó—, me preocupa Tsunami. Por favor, dile que tenga cuidado.

Gloria se rio.

—Sí, claro, y tú dile a Cieno que deje de tener hambre.

Nocturno sintió cómo una sonrisa tímida intentaba abrirse paso en su rostro.

—Resulta que sí que sueña con comida —le dijo—. Con cantidades ingentes de comida.

—Oh, Cieno —susurró Gloria con tono cariñoso—. Bueno, por lo que se ve, yo sueño con papeleo, aunque no haya pergaminos en el bosque tropical. —Agitó las garras sobre la mesa que tenía delante de ella en aquel sueño, y luego volvió a ponerse seria—. Hablaré con Tsunami y pondré guardias para que la vigilen, pero tú me preocupas más. Aún no estamos preparados para atacar. Pero si corres peligro...

Describió una línea sobre la mesa con una de sus afiladas uñas.

—Por lo que cuentas, parece que Oráculo está dispuesto a matarte de un momento a otro. —Miró hacia la ventana que dejaba entrever el brillo del arcoíris entre los árboles que los rodeaban—. Pero mi tribu... Aún no están preparados. Si ordeno hoy un ataque, será una carnicería.

—Me hago cargo —la tranquilizó Nocturno.

Ahora Gloria era la reina. Tenía que preocuparse por proteger a su tribu tanto como por proteger a sus amigos. Cada milímetro de su ser quería gritarle: «¡Olvídate de los Alas Lluviosas! ¡Por favor, rescátame a mí! ¡Ven tan pronto como puedas!». Pero no pensaba hacerlo. Para Nocturno era muy fácil imaginar todo lo que Gloria debía tener en la cabeza, toda la información que debía de manejar, los pros y contras y las mejores estrategias de batalla. Las pérdidas inaceptables y los daños colaterales...

Todo lo que habían estudiado como pergaminos teóricos de tiempos remotos, pero que nunca tendrían que utilizar.

En vez de eso, dijo:

—Estoy bien. Cuidaré de mí mismo hasta que podáis venir a por mí.

Gloria lo miró, e inclinó la cabeza hacia un lado. Un cálido tono rosado mezclado con morado le cubrió las puntas de las alas.

—Nocturno, eso debe de ser lo más valiente que has dicho jamás.

Él bajó la cabeza, mirándose las garras.

—Bueno —añadió—. Ya sabes. No tardéis demasiado.

Ella se rio otra vez y él sintió una cruda y horrible añoranza. Lo único que deseaba era volver con sus amigos, donde incluso cuando las cosas no eran fáciles, al menos sentía que le importaba a alguien, que era algo más que un simple verso de una profecía.

El rostro de Gloria retomó la seriedad habitual y jugueteó con la esquina de uno de sus pergaminos.

—Entonces, Mortífero se ha metido en problemas por ayudarme, ¿eh? —aventuró.

—Estoy seguro de que sabía a qué se arriesgaba cuando te liberó —señaló Nocturno.

—Mmm. —Gloria no terminaba de creérselo—. Y yo estoy segura de que creyó que podría librarse de lo que fuera usando sus encantos. Menudo idiota.

—Bueno, puede que aún lo consiga —repuso Nocturno—. No creo que Grandeza quiera ejecutarlo.

Gloria negó con la cabeza.

—¿Puedes decirme algo más sobre los Alas Nocturnas? —preguntó—. ¿Algo que nos sea de ayuda cuando ataquemos? Por ejemplo, ¿han apostado telépatas en el túnel? Eso es lo que yo haría. De ese modo, sabría si entrábamos por allí y trataría de leernos la mente y estar al corriente de nuestros planes de batalla antes incluso de nuestra llegada. Me gustaría

enviar una avanzadilla camuflada para averiguar cuántos guardias hay ahora mismo en la cueva, pero por eso no lo he hecho aún... No me atrevo.

—No lo sé —le contestó Nocturno—. Lo siento. No tengo información útil sobre los planes de los Alas Nocturnas.

—Me apuesto lo que quieras a que sabes más de lo que crees —lo animó Gloria—. ¿Puedes decirme algo más de la fortaleza? ¿O del diseño de la isla? ¿O de cómo podríamos llegar hasta allí si voláramos desde el continente en vez de hacerlo por el túnel?

El corazón le dejó de latir.

—Primero tendríais que cruzar el territorio de los Alas Lodosas y de los Alas Celestes —le explicó—, y luego el océano hasta la isla. Y ni siquiera sé qué camino tendríais que seguir.

«Además, tardaríais semanas —pensó—. Un viaje de varias semanas para cruzar todo el continente, y os tendríais que esconder de los soldados de Brasas. ¿Puedo sobrevivir semanas yo solo?».

—Sí, supongo que no es el plan más seguro —contestó Gloria.

Nocturno agitó las alas. Notó una brisa fresca que le recorría las escamas. Lo único que sabía era que no venía del sueño de Gloria en el bosque tropical.

—Creo que tengo que irme —le susurró, a punto de sufrir un ataque pánico—. Debe de estar a punto de amanecer.

—Está bien —le dijo ella mientras se incorporaba—. Pero, si puedes, vuelve mañana por la noche. Ya planearemos algo juntos, Nocturno. Todo irá bien.

Se subió a la mesa y lo envolvió con las alas. Aquello no funcionó muy bien, ya que en realidad no estaba allí. De todos modos, fue de lo más reconfortante.

—Hasta pronto —se despidió—. Acuérdate de advertir a Tsunami.

Gloria puso los ojos en blanco.

—A fecha de hoy, estoy segura de que la mayoría de mi tribu invitaría a

los Alas Nocturnas a llevársela. No es la general más tranquila de Pirria, eso sí que te lo puedo asegurar.

Nocturno sonrió y levantó el visitasueños para llevárselo a la frente.

El bosque tropical desapareció.

Estaba de vuelta en el sombrío y tenuemente iluminado dormitorio de los Alas Nocturnas.

¿Había escuchado el arañazo de las garras justo antes de abrir los ojos? Nocturno miró a su alrededor y reparó en que las sábanas se habían caído, ya no lo cubrían y, por tanto, lo habían dejado a la vista de todos.

«O puede que alguien las haya movido».

Sus garras y el brillo del zafiro entre ellas estaban a la vista. Se las acercó al pecho, luego se deslizó por un lado de la cama y guardó la gema en su escondite.

Varios murmullos somnolientos le indicaron que los otros dragonets se estaban despertando. Pero cuando echó un vistazo a un lado y otro de la habitación, no vio a nadie levantado.

«¿Alguien ha visto el visitasueños? ¿Me están espiando? A lo mejor han sido imaginaciones mías».

Pero no podía quitarse de encima la horrible sensación de que su secreto ya no estaba a salvo allí.

CAPÍTULO 18

Nocturno se quedó agazapado encima de la manta, tratando de calmar los latidos desbocados de su corazón.

«He hecho lo que tenía que hacer. He advertido a Gloria. Ahora solo tengo que esperar a que me rescaten y sobrevivir hasta que lleguen. Estoy seguro de que podré hacerlo».

—Arriba —gruñó Oráculo desde la puerta.

Todos los dragonets se pusieron en pie trastabillando, con las púas del cuello erizadas. Pero la mirada de Oráculo estaba fija en los dragonets de la profecía, que se adelantaron para colocarse delante de él. Nocturno notó que Fulgor seguía cabizbajo, sin establecer contacto visual con ninguno de los Alas Nocturnas.

—Ayer demostrasteis que no sois nada impresionantes —graznó Oráculo. Nocturno miró de refilón, y vio a Mordida Feroz que los observaba con una expresión de alerta.

—La próxima vez que estéis en una situación así —continuó el Ala Nocturna—, quiero tener la certeza de que podéis arreglárosla vosotros solos para salir de allí, incluso sin refuerzos. Así que hoy recibiréis entrenamiento de combate.

Nocturno dejó caer las alas, rendido. Los entrenamientos de combate

eran la asignatura que más aborrecía.

—¿La «próxima» vez? —soltó Víbora—. No soy lo suficientemente estúpido como para volver a pasar por algo así.

Oráculo le siseó.

—Si quieres volver con los Garras de la Paz tú también, ahí tienes la puerta.

Le indicó el camino con el ala.

Víbora dudó, ceñuda, luego bajó la cabeza y dejó de discutir.

—Me duele la garganta —le dijo Fulgor a Oráculo, sin mirarlo a los ojos.

—Hay agua en el abrevadero de allí. —Oráculo señaló al otro lado del dormitorio—. Síguenos tan rápido como puedas.

Los otros siguieron a Oráculo por el arco de la puerta. Al cabo de un momento, Fulgor se unió a ellos, tosiendo y carraspeando. Oráculo los guio afuera, hacia las cuevas donde tenían las prisiones en un lado de la montaña, donde unos cuantos ríos de lava fluían tan suavemente como si el volcán hubiera entrado en erupción el día anterior. El mayor era el que fluía justo por delante de las cuevas que eran las prisiones de los Alas Lluviosas. Aterrizaron a unos cuantos metros de él y Nocturno divisó guardias en cada una de las entradas de las cuevas. Vestían con armaduras y lanzas, y llevaban gongs para dar la alarma.

«Tengo que acordarme de decírselo esta noche a Gloria —pensó—. Parece que hay dos guardias por cada prisionero Ala Lluviosa».

Vio que Oráculo miraba en la dirección en la que él lo había hecho. Se apresuró a llenar la mente con otros pensamientos.

—¿No estamos un poco cerca de la lava? —preguntó Nocturno, señalando hacia el fuego líquido de color naranja dorado que emergía desde lo alto de la montaña.

—Toda esta isla está cerca de la lava —gruñó Oráculo—. Empecemos con vosotros dos. —Movió la cola señalando a Ocre y a Fulgor, para alivio de Nocturno—. Intentad mataros el uno al otro y yo intervendré cuando lo

crea necesario.

Ocre miró a Fulgor, titubeante.

—¿Intentarnos matar el uno al otro? —preguntó—. ¿Sin haber desayunado?

Fulgor flexionó las garras.

—Por mí, vale. ¿Alguna regla?

—No hay reglas en el campo de batalla —señaló Oráculo.

Sin perder ni un segundo, Fulgor se lanzó a por Ocre. Sus garras arañaron la nariz del Ala Lodosa, y dejaron a la vista una herida sanguinolenta. Luego se giró y le dio una patada en el pecho al dragonet.

—¡Ayyy! —rugió Ocre, que arremetió contra el Ala Celeste.

Lucharon sobre el suelo oscuro y rocoso, escamas rojas y marrones en un revoltijo que no tardó en teñirse de sangre. Con el río de lava tan cerca, no había mucho espacio para maniobrar o quitarse del medio. En un momento dado, una llamarada de fuego cuyo origen era Fulgor estuvo a punto de alcanzar a Nocturno en un ala. Mientras tanto, Ocre le pisó uno de los pies a Víbora, lo que le valió un feroz siseo de parte del Ala Arenosa.

—Por aquí.

Profecía agarró a Nocturno y lo arrastró a la cima de una enorme roca.

El dragonet hundió sus garras en los agujeros de la roca, sin quitarle los ojos de encima a la lava, nervioso. Incluso desde esa altura, Nocturno podía sentir cómo el calor que desprendía el río le acariciaba las escamas. Aquel miedo debía de haberlo ayudado a permanecer despierto, pero estaba muerto de cansancio, más somnoliento por efecto del calor. Se refregó los ojos, mientras se preguntaba qué pasaría si se quedaba dormido. Supuso que o bien se caería de la roca e iría directo al río de lava, o bien se despertaría entre las garras de Oráculo, mientras este lo empujaba al volcán.

Trató de prestar atención a los movimientos de los dos dragonets, pero al contrario que Cieno o Tsunami, no era capaz de adivinar lo que iba a ocurrir en una pelea de ese tipo. Todo el mundo se movía demasiado deprisa.

Ocre se alzó en el aire sin previo aviso, trazando círculos alrededor de Fulgor.

—¡Para! —gritó—. ¡Quiero que pare!

Oráculo dejó escapar una risilla.

—Un oponente en el campo de batalla no parará solo porque se lo pidas; te lo aseguro.

—Está sangrando mucho —señaló Profecía—. Mira el corte que tiene en el ala.

—Mmm. —Oráculo estudió la herida de Ocre—. Está bien, Ala Lodosa, estás fuera... y tú dentro.

El Ala Nocturna agarró a Profecía del hombro y la lanzó hacia Fulgor.

El Ala Celeste no esperó a que se lo dijeran dos veces. Dio un salto hacia delante y le clavó los dientes en el cuello.

—¡Ayyy! —gritó Profecía. Lo golpeó en la cabeza con las alas hasta que la soltó y dio un paso atrás. Entonces la dragonet se elevó en el aire justo delante de su cara, se dio la vuelta y se marchó.

—¡Déjame ir a mí también! —le rogó Víbora a Oráculo—. ¡Quiero morderla! Estoy segura de que puedo matarla. ¡Déjame intentarlo!

—Adelante. Inténtalo —le dijo Oráculo, mientras señalaba a la pequeña Ala Nocturna con un cabeceo.

Víbora siseó con placer y se lanzó a la lucha con la cola lista y alzada, tal y como atacaría un escorpión. Profecía gritó de pavor y voló hacia la parte de atrás de la roca. Apareció por el otro lado mientras Víbora la perseguía.

—¡Eso no es justo! —gritó Nocturno—. ¿Profecía contra ellos dos?

—Las batallas nunca son justas en la vida real. Si no sobrevive..., bueno, te tenemos a ti.

Desesperado, Nocturno hizo crujir las garras, mientras observaba las formas de los dragonets. Tanto Víbora como Fulgor estaban furiosos. Odiaban estar allí y no le sorprendería que descargaran su frustración con Profecía.

Fulgor lanzó una llamarada de fuego al hocico de Profecía. Ella lo esquivó y se alejó, escapando por los pelos antes de que la cola venenosa de Víbora se clavara en el suelo a su lado.

—Si la cola de Víbora la arañase, podría morir —le dijo Nocturno a Oráculo—. Puede que no lo hiciera de inmediato, pero la infección...

Había visto cómo la herida que Ampolla le infligiera a Membranas había empeorado al cabo de los días. Solo un cactus especial del Reino de la Arena podía contrarrestar los efectos. Estaba seguro de que no había ni uno solo de esos en aquella isla.

—Si tanto te preocupa, ve —le dijo Oráculo, que estudiaba la pelea con suma atención—. Ala Celeste, ¿nadie te ha enseñado cómo aguantar el fuego hasta que alcanza su temperatura máxima? Así. —El Ala Nocturna lanzó una llamarada por encima de sus cabezas—. ¡Por las tres lunas, Profecía! ¡Deja de dar vueltas y utiliza las garras!

—¡Nocturno, ayúdame! —rogó Profecía.

No tenía otra opción. Era aterrador pensar en enfrentarse a la cola de Víbora y a las garras de Fulgor, pero no podía dejar que Profecía luchara sola. Sabía lo que sus amigos harían si estuvieran allí. Nocturno cerró los ojos, se rodeó las piernas y saltó de la roca directo a la espalda de Fulgor.

El Ala Celeste rugió y se revolvió, mandando a Nocturno rodando por encima de las rocas negras. Un montón rocas afiladas le arañaron las escamas y las membranas de las alas. Se enderezó, sangrando por numerosos pequeños cortes, y vio a Víbora golpear a Profecía contra el suelo y ponerse encima de ella con la cola alzada. Oráculo se limitó a observarlos, dando golpecitos con las garras sobre la roca.

—¡Para! —gritó Nocturno, que corrió hacia Víbora—. ¡Déjala en paz!

—Esto es culpa tuya —le siseó Víbora a Profecía—. Si no fuera por tu estúpida tribu, yo ya habría vuelto al campamento con mis padres.

Nocturno chocó contra Víbora justo cuando esta bajaba la cola hacia el cuello de Profecía. El característico olor a veneno invadió las fosas nasales

del dragonet cuando su cabeza le golpeó una de las alas. Mientras la Ala Arenosa trastabillaba hacia atrás, su cola le hizo perder el equilibrio y le arañó el rostro a Fulgor.

El Ala Celeste gritó de puro dolor, se llevó las garras al hocico, y golpeó con la cola a Víbora en un lado. La fuerza del golpe le hizo perder de nuevo el equilibrio.

Nocturno vio horrorizado cómo Víbora se acercaba al filo y luego caía con un grito de terror al río de lava.

—¡No! —gritó Oráculo, y se lanzó hacia delante. Pero no tenía intención de alcanzar a Víbora. No. Acunó el rostro de Fulgor entre las garras y observó la herida que la Ala Arenosa le había infligido—. ¡Ala Celeste! ¡No te muevas! ¿Puedes verme?

Por toda respuesta, Fulgor emitió un único grito de agonía.

—Víbora —gritó Profecía, mientras salía de debajo de Nocturno. El dragonet la siguió hacia el filo del río, pero la Ala Arenosa había desaparecido bajo la lava—. ¡Víbora! —volvió a gritar Profecía.

Un pensamiento se abrió paso a través del horror que anidaba en la mente de Nocturno. Un mensaje. Entonces dio media vuelta.

—Ocre, ve a cogerla —le gritó—. Quizá podamos salvarla si la sacas ahora mismo.

Ocre pestañeó despacio, mirándolo sin entender.

—¡Por las tres lunas! ¿De qué estás hablando?

—Tus escamas. —Nocturno lo agarró del antebrazo y trató de tirar de él hasta la lava. El Ala Lodosa se sentó con enorme ímpetu, tan pesado como una fortaleza—. ¡Ocre, por favor! Tienes escamas a prueba de fuego... ¡Puedes meterte en la lava sin sufrir daños! Puedes buscarla y sacarla de ahí. Por favor, por favor. ¡Al menos, inténtalo!

—¿Escamas a prueba de fuego? —le preguntó Profecía, invadida por la sorpresa.

—Sí, porque nació de un huevo rojo —le contestó Nocturno—. Tal y

como dice la profecía. Y eso significa que tiene escamas a prueba de fuego... Vamos, ¿por qué no estás ya en marcha?

—Suéltame —gruñó Ocre, que plantó todos sus miembros con más firmeza sobre el suelo—. No tengo ni la menor idea de si mi huevo era rojo o si mis escamas son a prueba de fuego y te puedo asegurar que no voy a saltar de cabeza a la lava para averiguarlo.

—Pero —protestó Nocturno—. Pero... si eres el dragonet de la profecía..., si cabe la posibilidad de que seas el Ala Lodosa..., entonces debes de haber nacido de un huevo rojo, como lo hizo Cieno.

Ya no prestaba atención a sus palabras. Se giró de nuevo hacia la lava, seguro de que ya era demasiado tarde. Víbora no había salido a la superficie ni una sola vez. Se había ido.

—La profecía... —dijo Ocre—. Tampoco eclosioné en la noche más brillante, así que no voy a tomar ninguna decisión de vida o muerte basada en las palabras de un pergamino antiguo.

Nocturno se giró, despacio, para enfrentarse al Ala Lodosa.

—¿No eclosionaste en la noche más brillante? —repitió.

Ocre se encogió de hombros.

—Él tampoco. Compartimos día de eclosión, unas cuantas semanas antes de la noche más brillante.

Señaló a Fulgor con la cabeza, que ahora se encontraba hecho un ovillo en el suelo, emitiendo un horrible sonido de dolor con las garras apretadas contra la cara. Oráculo seguía inclinado sobre él, moviendo la cola, furioso.

—Pero... —Las palabras le fallaron a Nocturno.

De repente, todo parecía mucho más claro... y mucho más confuso al mismo tiempo.

Los dragonets de reemplazo no eran reales. No «podían» ser los dragonets de la profecía. Eran una farsa, una ilusión que Oráculo trataba de crear.

El enorme Ala Nocturna no solo intentaba burlar al destino..., sino que

además trataba de reescribirlo por completo.

CAPÍTULO 19

Profecía estaba agazapada, hecha una bola sobre sí misma junto al río de lava. Las alas le cubrían la cabeza. Gimoteaba.

«Por lo que vi, Víbora y Calamar se portaban fatal con ella —pensó Nocturno—. Hace apenas un momento que Víbora ha tratado de matarla. Y aun así está destrozada por haberla perdido. Porque, a diferencia de algunos dragones, Profecía no es un monstruo sin corazón».

—Levántate —le espetó Oráculo a Fulgor—. Eres imprescindible.

La respuesta del dragonet rojo fue un lastimero quejido.

«Tsunami le estaría gritando ahora mismo a Oráculo. Sol... Sol seguramente intentaría razonar con él».

Las alas de Nocturno temblaban de manera incontrolable, pero consiguió armarse de valor y situarse justo delante de Oráculo.

«Imagina que eres Tsunami. O Cieno. O Gloria. O Sol».

—¿Se puede saber qué haces? —le espetó.

Oráculo lo taladró con la mirada.

—No es un buen momento para molestarme.

—Estos dragonets no pueden formar parte de la profecía —le dijo Nocturno—. Ni siquiera eclosionaron en el día correcto. ¿Acaso hay algo en ellos que forme parte de la profecía? ¿Encontrasteis el huevo de Víbora,

solo, en medio del desierto, como el de Sol? ¿Era el huevo de Fulgor el más grande del Palacio Celeste? ¿Por qué te empeñas en que sean nuestros sustitutos y cumplan con la profecía cuando no existe la menor posibilidad de que sean los dragonets correctos?

—No tienes ni idea de lo que estás hablando —le dijo Oráculo, y le enseñó los dientes.

—Puede —fue la respuesta de Nocturno—, pero quiero saberlo. Todos los textos que he leído, todos los pergaminos que han escrito generaciones pasadas de Alas Nocturnas, dicen que no podemos jugar con el destino. Las cosas ocurrirán de la manera que ha sido predicha, y nadie puede cambiar eso. Las profecías no son montones de tesoros que puedes mezclar y quedarte con las gemas que te gusten e intercambiar las otras. Estoy seguro de que estos dragonets se mueren porque intentas hacerlos partícipes de un destino que no les pertenece. Deberías dejarnos en paz, y permitir que el destino se desarrolle tal y como está escrito que lo hará. —Tomó una enorme bocanada de aire, asombrado y aterrado por haberse dirigido a Oráculo con semejante descaro—. Eso... eso es lo que pienso.

—Eres un dragonet ignorante —le contestó el Ala Nocturna—, sin poderes. Nadie te hará caso jamás.

Nocturno sintió como si un Ala Arenosa le hubiera clavado el aguijón en el corazón. Miró fijamente a Oráculo, incapaz de respirar.

—¿Acaso creías que no me daría cuenta? —gruñó Oráculo—. Salta a la vista lo inútil que eres. Nunca serás un auténtico Ala Nocturna. No perteneces a ninguna tribu, y mucho menos a esta.

Si hubiera leído la mente de Nocturno... y quizá lo había hecho... no habría podido dar con nada que lo hiriera más. Todas sus pesadillas convergían en ese punto: no eres un Ala Nocturna de verdad, todo en ti es defectuoso y, hagas lo que hagas, siempre serás un dragonet fracasado.

Nocturno retrocedió un paso, tembloroso, y notó que las alas de Profecía acariciaban las suyas desde atrás. No había notado que se acercase a él.

—Déjalo en paz —le dijo la dragonet a Oráculo—. Se limita a contarte la verdad sobre la profecía. Yo también eclosioné el día equivocado, y lo sabes.

—Sé más sobre profecías que ninguno de vosotros —gruñó Oráculo. Los apartó a un lado de un empujón y agarró a Fulgor del antebrazo, obligándolo a levantarse—. No se te permite morir. Vamos a ver a los sanadores. Los demás, permaneced fuera de mi vista o correréis la misma suerte que la Ala Arenosa. —Observó la cara de Fulgor, que el Ala Celeste seguía ocultando bajo las garras, aunque Nocturno podía ver la sangre que corría entre ellas. Oráculo negó con la cabeza y murmuró—: Ahora también necesitamos a esa Ala Arenosa enana. Voy a...

Nocturno no escuchó el resto, ya que Oráculo se elevó en el aire, arrastrando a Fulgor con él.

Pero había escuchado lo suficiente.

«Ahora Sol también está en peligro».

Tenía que volver a usar el visitasueños, tan pronto como le fuera posible.

Se giró y se topó con Profecía, que, alicaída, miraba fijamente la lava. La luz dorada rojiza del río se reflejaba en sus escamas plateadas, y las hacía brillar como rubíes.

—Bueno —dijo de repente Ocre—, si a nadie le importa lo que haga, voy a buscar alguna presa decente, suponiendo que haya alguna en esta estúpida isla.

Y retrocedió, como si esperase que alguno de ellos discutiera lo que les acababa de decir. Luego se giró y alzó el vuelo.

Nocturno envolvió con delicadeza a Profecía con una de sus alas.

—Volvamos al dormitorio y descansemos —le dijo—. No has dormido nada, ¿verdad?

—¿Cómo voy a...? —empezó la dragonet, pero se calló—. De hecho, dormir es lo único que me apetece hacer ahora mismo. Aunque me asusta la idea de no tener más que pesadillas.

Nocturno entendía perfectamente a lo que se refería. La ayudó a enderezarse y volaron uno al lado del otro hasta la fortaleza. No había nadie en el dormitorio. Nocturno dio por sentado que los demás Alas Nocturnas estaban en clase. Tal vez aprendían algo más útil que «cómo empujar a tu amigo a la lava» o «tu vida entera carece de sentido».

Profecía se dejó caer en uno de los agujeros de piedra y cerró los ojos.

—Tienes suerte —dijo justo cuando Nocturno estaba a punto de alejarse.

Él dudó.

—¿La tengo?

—Me refiero a si es cierto lo que acaba de decir Oráculo. —Abrió los ojos de nuevo y lo miró—. Si no tienes poderes. Siempre me ha encantado ser una Ala Nocturna. Pensaba que mis poderes serían la cosa más guay del universo. Pero está claro que son totalmente inútiles si ni siquiera son capaces de avisarme de lo que está a punto de ocurrirles a mis amigos. —Se arrebujó aún más, acercando alas y cola a su cuerpo—. Solo tenía visiones sobre morsas y fiestas de bienvenida y padres que estarían encantados de conocerme. Nada que ver con lo que me he encontrado.

—¿Has...? —empezó Nocturno—. Quiero decir, ¿sabes quiénes son tus padres? ¿Alguno de vosotros lo sabe?

—El papá de Calamar es el líder de los Garras de la Paz —le explicó Profecía—. Todos sus padres están en los Garras. Y por eso Oráculo nos... los escogió. Porque le convenía. —La dragonet frunció el ceño—. Supongo que eres el único dragonet que eclosionó durante la noche más brillante. Mi huevo lo hizo un par de meses más tarde; de hecho, en esta isla. Tengo un pequeño recuerdo de fuego y escamas ásperas que me frotaban la espalda. No lo recordaba hasta que olí este sitio. —Se calló un momento, y luego suspiró—. Pero Oráculo me llevó con los Garras cuando yo solo era una recién nacida.

—Supongo que fue entonces cuando decidieron que necesitaban un plan de contingencia —le dijo Nocturno—. Otro grupo de dragonets lo más

parecido posible, solo en caso de que no les gustara cómo salíamos. —Removió las alas, incómodo—. Lo cual, seguramente, fue lo que pasó.

—A mí me gusta cómo has salido —le dijo Profecía con suavidad.

Nocturno tomó una de sus garras entre las suyas y la apretó.

—A mí también me gusta cómo has salido tú —dijo—. Me gustas mucho más que el resto de Alas Nocturnas que he conocido y a quienes criaron «de la manera adecuada». Creo que, en cierto modo, tenemos la inmensa suerte de no habernos criado aquí.

Ella asintió, aunque aún parecía triste.

«Me puedo considerar incluso más afortunado que ella al haber crecido con dragonets como mis amigos».

La crueldad de sus guardianes quedaba compensada con creces por el cuidado protector de Cieno, la lealtad feroz de Tsunami, la perspicacia y el humor de Gloria, y por el... bueno, por todo lo que Sol era.

Sintiéndose extraño y culpable de repente, Nocturno soltó las garras de Profecía.

—Estás poniendo esa cara que siempre pones cuando echas de menos a tus amigos —le dijo la dragonet.

Él asintió, sorprendido de que pudiera leerlo tan bien.

—A veces pienso que no puede haber ningún dragón como ellos en toda Pirria.

—Seguramente tengas razón —le contestó ella con un suspiro.

«Bueno. Estás tú, Profecía».

Nocturno le rozó el hombro con delicadeza.

—Duerme un poco.

Ella, obediente, cerró los ojos y él volvió a su cama, y aguardó hasta que estuvo seguro de que la Ala Nocturna se había dormido. Tras unos segundos, su respiración se estabilizó y Nocturno alargó la garra hasta el agujero donde había escondido el visitasueños.

—¿Nocturno?

El dragonet se llevó tal sorpresa que casi golpeó el techo con la cabeza. Giró sobre sí mismo y allí, bajo el marco de la puerta, vio a Erudito, que miraba la habitación con curiosidad.

—Llevaba tiempo sin acercarme —dijo con una risita—. Oráculo me ha dicho que probablemente te encontraría aquí. Estoy en medio de una encrucijada y esperaba que pudieras ayudarme.

Nocturno se pegó a la pared, tratando de no mirar directamente a su escondite. No tenía tiempo para charlar con su padre psicópata. Necesitaba contactar con Gloria o con alguien que le dijera que pusiera guardias a Sol.

Pero Erudito estiró un ala, y Nocturno comprendió que no podía negarse. Al menos, sin tener que dar un montón de explicaciones que resultaran lo suficientemente convincentes.

Un tanto a desgana, Nocturno lo siguió, no sin antes dedicarle una última mirada anhelante a su cama.

«No tardaré, Sol. Me aseguraré de que estés a salvo».

CAPÍTULO 20

Erudito aspiró una honda bocanada de aire justo cuando entraron en la biblioteca.

—Hay algo en el olor de los pergaminos que siempre me calma —dijo, mientras movía una de sus garras hacia las paredes.

—A mí también —admitió Nocturno a regañadientes. No quería creer que tuviera algo en común con su padre; máxime, después de ver lo que el científico les hacía a los Alas Lluviosas.

Le aterrorizaba pensar que habría sucedido si lo hubieran criado en la isla de los Alas Nocturnas. ¿Acaso lo habría acogido Erudito bajo su ala? ¿Estaría Nocturno ayudándolo a torturar a los pobres Alas Lluviosas sin sentimientos de culpa ni remordimientos? ¿Maquinaría nuevos y horribles experimentos para probarlos en ellos sin pararse a pensar en el daño que hacían a dragones de verdad?

También habría crecido comiendo presas podridas y estudiando con los otros Alas Nocturnas, discutiendo con Mordida Feroz. Además, no le cabía la menor duda de que se consideraría superior a los demás dragones del mundo.

Con la salvedad de que como no tenía poderes, allí también sería un paria, aunque se hubiera criado en la isla. Nunca habría pertenecido de

verdad a su tribu.

No se podía decir que le interesara hacerlo, pero tampoco quería ser un inútil.

—Veamos... —dijo Erudito, mientras estudiaba el enorme pergamino que servía de catálogo sobre la mesa principal.

Cada extremo del pergamino se enrollaba alrededor de un eje con un mango que se podía girar para navegar rápidamente por todo el rollo. Erudito giró el pergamino con rapidez hasta que llegó a la R y se detuvo en «Registros médicos».

—Mmmmmm. —Dio unos golpecitos con la garra a la lista, y luego se giró hacia los agujeros en las paredes—. Ayúdame con una lluvia de ideas, hijo. La reina está furiosa por todo lo que le ha pasado al dragonet Ala Celeste. Me temo que morirá por la mañana si no encontramos una forma de contrarrestar el veneno de Ala Arenosa. Parece ser que esa responsabilidad ha recaído sobre mí, por alguna razón que desconozco, como si no estuviera ya lo suficientemente ocupado construyendo cascos a prueba de veneno para toda la tribu de los Alas Nocturnas en solo dos días, usando como modelo mi lamentable prototipo. La reina dice que tendrá que valer.

Guardó silencio para tomar aire, apartando los pergaminos y colocándoselos debajo de un ala.

—¿Has dicho dos días? —repitió Nocturno, como quien no quiere la cosa.

—En caso de que el consejo vote que ataquemos —le contestó Erudito con un bufido—. He intentado explicarles que mi investigación está incompleta y que no les garantizo que vaya a funcionar.

«Estoy seguro de que yo podría asegurarles que no lo hará», pensó al recordar la mirada en la cara de Gloria.

Erudito movió la cola.

—Así que, si tienes alguna idea, oigámosla. El problema que tengo es

que, por supuesto, nunca he estudiado el veneno de los Alas Arenosas... Tenía órdenes expresas de no hacer nada que molestara a nuestros aliados... De todos modos, si se parece en algo al veneno de Alas Lluviosas, no hay nada capaz de anular sus efectos.

Nocturno pestañeó sorprendido. ¿Su padre no había descubierto que el antídoto para el veneno de Alas Lluviosas era el veneno de otro familiar?

Le maravillaba que ninguno de los prisioneros Alas Lluviosas hubiera revelado aquella información. Quizá eran un poco más duros e inteligentes de lo que Nocturno suponía.

También resultaba muy interesante comprobar cómo los Alas Nocturnas alardeaban de sus inmensos conocimientos (una biblioteca entera llena de pergaminos) y aun así no sabían algo tan relevante como la manera de curar el aguijonazo de un Ala Arenosa. Sol había conseguido sonsacarle esa información a Llamas en cuestión de minutos.

«Quizá ese sea uno de los inconvenientes de estar tan aislados —pensó Nocturno—. Se mantienen alejados para parecer poderosos, pero en realidad los debilita, porque no tienen acceso a tanto conocimiento. Si no se sintieran superiores a los demás dragones, quizá se les daría mejor escucharlos y aprenderían algo nuevo».

Erudito tenía el hocico metido en un pergamino mientras murmuraba con una sonrisita.

—Lo dudo. Ya lo probé con el veneno de Ala Lluviosa y no funcionó. Nada que se le acerque. Lo dudo.

«Imagina todo lo que podríamos saber si los Alas Nocturnas se centraran en estudiar lo que deben, como las propiedades médicas de todas las plantas del bosque tropical, en vez de torturar dragones y centrar todas sus energías en su plan secreto».

Nocturno reparó en que aquella sección se llamaba SOLO PARA ALAS NOCTURNAS. Sacó uno de los pergaminos al azar, por pura curiosidad.

Resultó ser un tratado, escrito por dos autores, sobre su plan para tomar

el bosque tropical. Un autor estaba a favor de matar a todos los Alas Lluviosas de inmediato, mientras que el otro sugería que esclavizarlos sería más beneficioso a largo plazo.

Sintiéndose enfermo por lo que acababa de leer, Nocturno devolvió el pergamino a su montón con tanta fuerza que por poco lo parte por la mitad.

Su padre alzó la mirada y la clavó en él.

—¿Y bien? ¿Alguna idea? —Se le acercó sin aguardar la respuesta—. Quizá debamos contactar con Ampolla, aunque me temo que solo nos proporcionará esta información si la intercambiamos por algo que considere igual de valioso... como el emplazamiento de nuestra isla. —Erudito se rascó el hocico con el ceño fruncido, preocupado—. A título personal, no estoy seguro de que a estas alturas del plan debamos darle nada que le conceda verdadero poder sobre nosotros.

—Definitivamente no —dijo Nocturno—. No confío en ella.

Erudito asintió.

—Bueno, las alianzas no siempre se basan en la confianza, me temo.

Cogió otro pergamino y lo desenrolló.

Nocturno se removió, incómodo, y flexionó las garras. Conocía el antídoto para el veneno de Ala Arenosa. Pero ¿debía compartirlo con Erudito? Por un lado, parecía peligroso darles a los Alas Nocturnas más poder y herramientas de dominación que los que ya tenían. Se los podía imaginar haciendo un uso indebido de esa información..., atacando a los Alas Arenosas, por ejemplo, sin miedo a lo que su veneno les pudiera hacer. O podrían coger todo el cactus del desierto y quedárselo para que solo ellos pudieran curar la picadura de un Ala Arenosa.

Por lo que sabía de los Alas Nocturnas hasta ese momento, Nocturno estaba seguro de que aparecerían con algo aún más horrible que la peor de sus imaginaciones.

Pero, por otro lado, Fulgor se moría. Sin el remedio que podían sacar del cactus, no había ninguna esperanza. Si Nocturno le confiaba esa

información a Erudito, aún tendrían tiempo para mandar a alguien volando al continente y que cogiera ese cactus que podía salvarle la vida al Ala Celeste.

¿Acaso eso no era lo más importante? Nocturno no podía dejarlo morir. Sus amigos elegirían salvar a Fulgor sin importar las consecuencias, ¿verdad?

«Sol lo haría. Cieno también. Gloria... No estoy seguro. Quizá ella nos instara a mirar todo el conjunto.

»Y Tsunami diría que esto es típico de Nocturno..., divagando indeciso en vez de hacer algo.

»Vale. Si no puedo decidirme por mí mismo, entonces haré lo que Sol haría».

Nocturno abrió la boca para confiarle a Erudito el secreto de la cura, pero antes de que pudiera abrir la boca, tres Alas Nocturnas enfundados en armaduras irrumpieron a la carrera en la biblioteca.

—¡Erudito! —gritó uno de ellos—. Te necesitan de inmediato en la sala del consejo.

El padre de Nocturno se puso en pie de un salto y empezó a guardar los pergaminos en sus estanterías con movimientos rápidos y fluidos. Comprobó con cuidado las marcas que tenían para asegurarse de que los guardaba en el sitio correcto.

—¿Por qué? —le preguntó al guardia mientras ordenaba—. ¿Qué ha pasado?

—La extracción ha sido un fracaso —respondió uno de los otros Alas Nocturnas—. Intentaron cruzar y cogerla mientras la dragonet vigilaba el túnel, pero debía de haber unos cuarenta dragones más escondidos en los alrededores, como si la estuvieran vigilando o algo. Deberías ver lo que les han hecho a los tres dragones que enviamos.

—Hablas de «ellos» —dijo el tercer soldado—, pero todos sabemos que la mayoría de las heridas se las hizo la dragonet.

Nocturno trató de reprimir la alegría que se abría paso bajo sus escamas. Esperaba que ninguno de aquellos dragones pudiera leérselo en la mente. Solo podía referirse a Tsunami. Estaba a salvo, al menos por el momento. Su advertencia había funcionado.

El primer guardia negó con la cabeza.

—Espero que Su Majestad no me envíe a buscar a esa dragonet. Preferiría sacarme los ojos yo mismo antes que intentar atraparla.

—He oído que casi le arranca la oreja a Sabiduría de un bocado —añadió el segundo.

—Los sanadores ya están allí con ellos, pero la reina requiere tu presencia también —le dijo el tercero a Erudito—. Date prisa.

Erudito guardó el último pergamino y corrió tras los guardias. Nadie le había prohibido a Nocturno que los siguiera, así que lo hizo. Confiaba en descubrir algo antes de que alguien reparara en su presencia.

La sala del consejo bullía con el eco de los gritos de todos los dragones enfadados que albergaba en su interior. Desplomados junto a la entrada había tres dragones que Nocturno hubo de admitir que sí parecían haberse topado con el extremo afilado de las garras de Tsunami. Tenían marcas de garras por todas las alas, sus colas tenían muescas de dientes y a todos les sangraban los hocicos. Otros dos Alas Nocturnas se tapaban las heridas con vendas y ungüento. Las muecas de desagrado se repetían.

—¡Cuánto más nos retrasemos, más fuertes se hacen ellos! —gritó un miembro del consejo—. ¡Podrían atacarnos en cualquier momento!

—Deberíamos bloquear el túnel para que no puedan acceder por allí —gritó otro—. Es la única manera de estar a salvo.

—A salvo durante unos cuantos días, quizá —intervino Grandeza desde el lugar que ocupaba junto a la reina escondida—. Pero ¿y el plan? ¿Y el futuro de esta tribu? Necesitamos ese túnel.

—Lo que deberíamos hacer es atacar ahora mismo —dictaminó uno de los dragones más ancianos que había junto al techo.

—¿Sin los Alas Arenosas? —replicó la voz de Oráculo.

Nocturno se fijó en que el enorme Ala Nocturna no se ubicaba muy lejos de Grandeza, pero por suerte no miraba en dirección al dragonet. Tal vez no hubiera reparado en su presencia. Nocturno se deslizó detrás de Erudito y los tres guardias, y miró por los huecos que había entre sus alas.

—Nuestro plan se reduce a proceder como se suponía que lo íbamos a hacer —insistió Oráculo—. Hemos elegido a nuestra aliada y tenemos a... Bueno, tenemos a la mayoría de los dragonets de la profecía. Pero necesitamos más tiempo hasta que estén preparados y podamos reunir nuestras fuerzas para el ataque. Se suponía que el plan nos iba a dar dos años más...

—¡Mira a esos soldados! —gritó otro Ala Nocturna, y señaló a los dragones malheridos que había cerca de la puerta—. No disponemos de dos años. Ni siquiera de dos días. Tus dragonets están fuera de control. Están consiguiendo que incluso los Alas Lluviosas sean peligrosos, lo cual amenaza con desbaratar todo el plan. Necesitamos actuar ahora, atrapar a los Alas Lluviosas y contener a esos dragonets antes de que hagan más daño.

—No estamos preparados —gruñó otro dragón al que le faltaba un diente —. Erudito dice que aún no sabemos lo suficiente sobre los Alas Lluviosas.

—¡Sabemos cómo matarlos! ¡Es todo lo que necesitamos saber!

—Pero ¿dónde están nuestras armas especiales? ¿Dónde están las armaduras diseñadas a prueba de veneno? ¿Y los cascos? ¿Se puede saber qué ha hecho Erudito durante los últimos tres días?

—Se necesita un poco más de tres días para construir cuatrocientos cascos —respondió Erudito desde la puerta, siseando.

De repente, Grandeza se alzó y se puso en pie cuan larga era, extendiendo las alas. El silencio reinó en toda la sala casi de inmediato. Cada uno de los dragones allí reunidos giró el rostro hacia ella, observándola con intensidad mientras se inclinaba para escuchar las

instrucciones que impartía la reina tras la pantalla. Nocturno imaginó la cavernosa voz de Triunfal rebotando por la habitación escondida.

Al final, Grandeza se irguió de nuevo y centró la mirada negra en la caverna llena de dragones.

—La reina Triunfal ha tomado una decisión —dijo—. No podemos posponerlo de manera indefinida. —Miró a su alrededor como si desafiase a alguien a llevarle la contraria, pero nadie lo hizo—. Debemos aprovechar la oscuridad de la noche, matar a todos los Alas Lluviosas y hacernos con el bosque tropical, tal como habíamos planeado.

Ni un solo sonido rompió el aterrador silencio de la sala del consejo. Los Alas Nocturnas estaban paralizados, escuchando.

Grandeza inhaló una profunda bocanada de aire.

—Esta misma medianoche... atacaremos.

TERCERA PARTE

LA VERDAD

CAPÍTULO 21

Nocturno recorrió los pasillos a la carrera. Todos los Alas Nocturnas de la fortaleza parecían apiñarse en torno a la sala del consejo, tratando de escuchar lo que allí sucedía. Una vez hubo logrado salir de allí abriéndose paso entre la multitud, se encontró con que los pasillos estaban desiertos en su camino al dormitorio.

«Puedo advertirlos. Por una vez puedo ayudar de verdad. Solo tengo que llegar hasta mis amigos».

Profecía aún dormía, con las alas que la envolvían, con el cuerpo entero que subía y bajaba al ritmo de su profunda respiración. No había nadie más en el dormitorio. Nocturno había visto a la mayoría de los dragonets de Alas Nocturnas entre la multitud que rodeaba a la sala del consejo.

Se giró hacia su cama y fue directo al agujero donde ocultaba el visitasueños.

«Incluso en mitad del día encontraré a alguien dormido. Puede que Kinkajú otra vez. O cualquier otro Ala Lluviosa, en caso de necesidad. Quizá Gloria esté tomando su hora de sol. Puedo hacerle llegar un mensaje a través de cualquiera. Tengo que hacerlo, o de lo contrario todos morirán esta noche».

Sus garras se cerraron sobre la nada.

A Nocturno se le encogió el corazón y se desesperó, buscando y escarbando en todos los agujeros que rodeaban la cama. Apartó las mantas a un lado y no dejó centímetro de cama sin buscar. También comprobó las camas que tenía alrededor. El corazón latiéndole tan rápido que por poco se le sale del pecho.

Pero no había lugar a dudas.

El visitasueños había desaparecido.

—No —susurró, y escarbó de nuevo su escondite. ¿Cómo podía haber desaparecido? Alguien debía de haberlo visto... Alguien le había levantado la manta la noche anterior y había visto lo que tenía entre las garras. Alguien lo había observado, entre las sombras, aguardando a que se fuera para robarle la joya.

Pero ¿quién? ¿Podía haber sido Oráculo? Estaba seguro de que el enorme dragón lo habría castigado con severidad de haberlo pillado con un visitasueños... Aunque, claro está, existía la posibilidad de que aún no hubiera llevado a cabo su castigo.

«Lo importante es... ¿Qué puedo hacer ahora?».

—¿Nocturno? —Se giró, consciente de que Profecía estaba levantada y justo detrás de él. Su mirada denotaba una confusión absoluta. Saltó sobre la cama más cercana y acercó su rostro al suyo—. ¿Por qué revoloteas de acá para allá como un carroñero al que le acabaran de arrancar la cabeza de un bocado?

—He perdido algo —se limitó a decir—. Me refiero a que... lo dejé justo aquí, pero ya no está y lo necesito mucho, muchísimo. ¿Has visto que entrara alguien hoy al dormitorio?

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Qué es?

—Es... —Nocturno dudó.

¿Cuánto debería contarle? Profecía parecía la única dragona en la que podía confiar de toda aquella isla y él necesitaba ayuda. Pero ¿estaría la

dragonet dispuesta a traicionar a su tribu?

—¿Quieres ayudar a los Alas Lluviosas? —le preguntó.

—¿Esos dragones tan tristes? —le respondió, pestañeando—. Claro que quiero.

—No solo a los prisioneros que hay aquí —le contestó Nocturno—. Toda la tribu está en peligro. Los Alas Nocturnas planean invadir el bosque tropical valiéndose del túnel del que ya te he hablado. Van a matar a todos los Alas Lluviosas... y lo van a hacer esta noche.

Profecía abrió los ojos; tal era su sorpresa.

—¿Por qué? —gritó.

—Para robarles su territorio y quedárselo para ellos mismos —le explicó —. Eso es lo que sucede, Profecía. Si me ayudaras a socorrer a los Alas Lluviosas, eso daría al traste con todos los planes de los Alas Nocturnas. Implicaría dejar a los de nuestra tribu atrapados en esta isla. Es duro, lo sé. Puedo ver lo miserable que es aquí su vida, pero no puedo dejar que les hagan esto a los Alas Lluviosas.

—Yo tampoco —dijo Profecía, con firmeza—. Dime lo que necesitas que haga.

—Bueno —añadió Nocturno—, no tengo ni idea.

Ella le golpeó con una de sus alas.

—¡No puedes decirme todo eso y luego admitir que careces de plan! Vamos a alertar a los Alas Lluviosas, ¿verdad?

Nocturno se giró de nuevo hacia su cama.

—Eso era lo que estaba intentando hacer, pero el visitasueños ha desaparecido y... —Se giró de nuevo y vio a su compañera a medio camino de la puerta—. ¡Profecía, espera! —Corrió tras sus pasos, la agarró de la cola y tiró de ella hasta que volvió a tenerla a su lado—. ¿Adónde vas?

Ella lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—A avisar a los Alas Lluviosas. Tal y como hemos dicho.

—¿Estás hablando de... ir al bosque tropical? —preguntó. El corazón le

latía a mil por hora y las piernas parecían incapaces de soportar su peso durante mucho tiempo más, pero una voz en su cabeza no paraba de gritarle: «¡SÍ, SÍ! ¡ESO ES LO QUE TIENES QUE HACER! ¡HAZLO!».

Nocturno empezó a dar vueltas de un lado a otro del dormitorio, tratando de deshacerse de las gélidas pinceladas de miedo que le recorrían las escamas.

—No podemos volar hasta allí... Nos llevaría demasiado tiempo. Tenemos que cortar por el túnel, pero eso es imposible. Debe de haber un millón de guardias custodiándolo. No soy Cieno, ni Tsunami. Ni siquiera puedo luchar contra un dragonet, y mucho menos contra un escuadrón entero de Alas Nocturnas adultos.

—Pero tenemos que intentarlo —dijo Profecía—. Así que hagámoslo. —Se llevó las garras a la cara y sonrió—. ¡Mi visión dice que tendremos éxito! ¡Vayamos hacia el túnel y veamos cuán lejos podemos llegar!

Nocturno se estremeció.

—No quiero llevarles la contraria a tus visiones, pero puedo decirte exactamente lo lejos que llegaremos: hasta la celda que hay junto a la de Mortífero, y eso si tenemos suerte. Si no, hasta el fondo del mismísimo volcán.

Profecía dejó caer las garras y lo miró, pensativa, durante un largo rato.

—¿Y si... y si yo distraigo a los guardias y tú te escabulles entre las sombras? ¡He tenido una visión que dice que eso funcionará!

Él negó con la cabeza.

—Así es como Mortífero consiguió atraer a Cieno hasta aquí. Dudo que vuelvan a caer en la misma trampa. Tenemos que hacerlo de forma inteligente. Quizá haya una manera de engañarlos. ¿A quién le permitirían el paso por el túnel? —Golpeó el suelo con las garras—. Los soldados que intentaron atrapar a Tsunami tenían permiso para pasar. Quizá podamos decirles que la reina nos manda para secuestrar a Sol.

Profecía no parecía muy convencida.

—Vale, dos dragonets... No se lo van a creer. —Nocturno cogió un pergamino de la cama de Telépata y le dio vueltas entre las garras—. Entonces ¿quién o por qué...?

En ese momento, pareció como si un rayo lo golpeara.

—Oh, tienes una idea —le dijo Profecía al verlo.

—La tengo —confirmó Nocturno—. Merece la pena que lo intentemos, pero necesitamos a otro dragón para que funcione.

Durante sus paseos nocturnos, Profecía se había topado con la sala de los sanadores y consiguió llevar a Nocturno hacia allí sin ningún tipo de vacilación.

Nocturno echó un vistazo a su interior. Tal y como esperaba, los sanadores seguían en la salsa del consejo. Se ocupaban de los soldados que se habían enfrentado a Tsunami. La enorme habitación estaba desierta. Unos cuantos dragones dormían inquietos en las estrechas camas de piedra; la mayoría de ellos, con heridas de lava, por lo que podían ver desde la puerta. Dos de los Alas Nocturnas tenían cicatrices recientes de veneno de Ala Lluviosa, y Nocturno cayó en la cuenta de que debían de ser los dragones a los que Gloria había atacado mientras escapaba. Olían ligeramente a amapola y a anís, y dedujo que debían de estar sumidos en algún tipo de estupor medicinal inducido.

El fuego bramaba con fuerza en el centro del muro y, justo en la cama contigua a la suya, estaba Fulgor, que dormía profundamente.

Tenía una tira de tela enrollada en la cabeza, pero Nocturno podía ver un poco mejor lo que Víbora le había hecho sin querer al Ala Celeste. Un corte feroz le recorría la comisura de la boca, le cruzaba la cara y llegaba hasta el ojo opuesto. Rezumaba sangre y algo más oscuro y espeluznante.

—Oh, Fulgor —susurró Profecía con la voz rota.

—No es tan malo como pensaba —le susurró a su vez Nocturno, que trataba de consolarla—. Víbora solo le alcanzó uno de los ojos, lo que espero que signifique que aún podrá ver con el otro. No se quedará ciego.

—Si podemos salvarlo —acotó Profecía.

—Exacto —respiró hondo.

—Ojalá no tuviéramos que despertarlo —susurró de nuevo la dragonet.

—Ya lo hago yo. —Le tocó el hombro a Profecía con un ala—. Fulgor. Fulgor, despierta. Es importante.

El Ala Celeste entreabrió el ojo bueno. Gimió al verlos a los dos y lo cerró.

—Tienes que venir con nosotros —le dijo Profecía.

—Sabemos cómo salvarte —añadió Nocturno—. Pero solo funcionará si nos vamos ahora.

Fulgor murmuró algo que sonaba a:

—¿Y por qué querríais salvarme?

—Porque eres mi amigo y es lo correcto —le dijo Profecía.

—Mmmmmm —farfulló Fulgor.

Nocturno le clavó un dedo en un costado.

—Porque podemos usar tu trágico rostro para salir de esta isla.

Hubo una pausa. Fulgor alzó la cabeza y miró a Nocturno.

—Eso sí que suena como una razón de peso —comentó con voz más audible, aunque todavía sonaba adormilada. Le dolía la cabeza como si tuviera el cerebro envuelto en lana de oveja.

Nocturno le tendió el ala y el dragonet rojo salió lentamente de la cama, apoyando todo su peso sobre el hombro de Nocturno hasta que dieron unos cuantos pasos. Profecía se apresuró hasta la puerta, asegurándose de que todo siguiera despejado, y abrió camino hasta el balcón más cercano. Se podían ver las cuevas de las mazmorras.

Nocturno se detuvo justo en el borde del balcón, mirando hacia el exterior. Bajo ellos, se encontraba la playa de arena negra y, más allá, el túnel que conducía al bosque tropical. Allí abajo estaba la puerta que lo devolvería con sus amigos. Abajo, donde una cantidad indeterminada de soldados Alas Nocturnas quizá les echaran un vistazo a Nocturno, Fulgor y

Profecía y los mandaran de vuelta a las mazmorras donde habrían de pasar el resto de sus vidas... o hasta que el volcán entrara en erupción y los matara a todos.

«No hay tiempo para tener miedo —se dijo a sí mismo—. Esto es lo único que puedes hacer. Y debes hacerlo».

Sujetando a Fulgor entre los dos, Nocturno y Profecía se lanzaron hacia el cielo y volaron juntos en dirección al túnel.

CAPÍTULO 22

No fue difícil adivinar dónde se encontraba el túnel que llevaba al bosque tropical. Una vez en la playa de arena negra, el grupo de Alas Nocturnas armados que se congregaban en la entrada de cierta cueva era una pista más que evidente.

—Ve con confianza —le dijo Nocturno a Profecía, pensando en cómo Tsunami se había enfrentado a los soldados Alas Marinas—. Actúa como se supone que tenemos que actuar.

—Dalo por hecho —dijo Profecía—. Eso es justo lo que estamos haciendo.

Nocturno supuso que ella apenas tenía problemas de confianza en sí misma. Ahora lo único que tenía que hacer era seguir su propio consejo. Y esperaba que las noticias de la sala del consejo no hubieran llegado hasta ellos todavía, que esos guardias aún no estuvieran al corriente del plan consistente en atacar esa noche.

Aterrizaron justo a la entrada de la cueva, doblándose bajo el peso de Fulgor. El dragonet rojo se deslizó lentamente hacia el suelo. Parecía mareado y a punto de desmayarse, como si el vuelo hasta allí hubiera consumido la poca energía que le quedaba.

—Quédate con nosotros —le rogó Nocturno a Fulgor, mientras le sacudía

una de las garras.

—¿Qué significa esto? —gruñó el guardia Ala Nocturna más grande. Dio unos pasos adelante para mirarlos con detenimiento, sobre todo al maltrecho Fulgor.

«Allá vamos —pensó Nocturno—. Puede que todos esos juegos en los que finjo que soy otro dragón sirvan para algo».

—¿No habéis recibido la orden? Mira que sabía que esto iba a pasar... —dijo. Su intención era sonar con un tono audaz y autoritario, como Tsunami, pero su voz sonó más alta y más ansiosa de lo que esperaba. «Úsalo. Tiene sentido que estés ansioso por el plan. Si no puedo ser Tsunami, trata de convencerlos como lo haría Nocturno, el nervioso sabelotodo». Señaló a Fulgor—. Este es uno de los dragonets de la profecía. Como podéis ver, un Ala Arenosa lo ha herido hoy en la cola.

Nocturno levantó un poco el vendaje para que los guardias vieran la rezumante herida que tenía debajo. Todos ellos dejaron escapar un quejido colectivo y dieron un paso atrás.

Nocturno se enderezó y plegó las alas.

—El veneno actúa con rapidez y es extremadamente mortal. La reina nos ha ordenado que lo llevemos al bosque tropical y de allí al Reino de la Arena para encontrar una cura.

—¿A vosotros? —inquirió el capitán de los guardias, con aire suspicaz.

—Lo sé. A mí también me pone nervioso todo esto —le contestó Nocturno, esperando que creyeran que esa era la explicación del temblor de sus garras—. Pero ella misma dijo que yo sería el único Ala Nocturna al que no atacarían ni perseguirían los dragonets de la profecía en cuanto pusiera un pie en el bosque tropical. Ellos me conocen. Pensarán que estoy de su parte. ¿Podéis imaginaros... que un Ala Nocturna sea amigo de un Ala Marina y un Ala Lodosa? ¿O, de entre todas las criaturas que existen, de una Ala Lluviosa?

Algunos guardias asintieron, pero al más grande no se lo veía nada

convencido.

—Tendré que verificar esa orden —añadió, mientras señalaba a uno de los guardias más próximos a la puerta.

—Claro que tienes que hacerlo —dijo Nocturno, dejando que el pánico se adueñara de su voz un poquito—. ¡Mira que les dije que esto iba a pasar! Ay, cómo se va a enfadar ella —añadió, volviéndose hacia Profecía. Después volvió a encararse con el guardia—. Les dije que nos ibais a retrasar al enviar a alguien a la fortaleza. ¡Les dije que este Ala Celeste iba a morir antes de que llegarais a hablar con Grandeza! Pero nadie me escucha. Su majestad dijo que con un solo vistazo al Ala Celeste entenderíais cuán urgente es todo este asunto y que no tenía por qué preocuparme. —Entrelazó las garras—. Pero claro que tenía razones por qué preocuparme. Siempre tengo por qué preocuparme.

—Mmm —dijo el guardia. Empezaba a parecer tan nervioso como estaba Nocturno—. ¿De verdad está tan a punto de morirse?

—Está bien —cortó Nocturno, que se frotó la cabeza, ansioso—. Yo haría exactamente lo mismo si estuviera en vuestro lugar. Lo más probable es que la reina nos mate a todos, pero ¿acaso tenéis elección? —Hizo un gesto de asentimiento dirigido al mensajero—. Adelante. Puedes decirle que no importa, ya que él estará muerto antes de que volváis.

Y le dio una patadita a Fulgor. El Ala Celeste parecía, más que nunca, un pez moribundo.

—Pero él no puede morir —intervino Profecía, como si durante todo el camino hacia allí hubieran tenido esa misma discusión—. Es el único Ala Celeste que tenemos. Sin él, no habrá profecía, ni plan, ni bosque tropical, ni hogar para nuestra tribu.

Los guardias que había detrás de su líder empezaban a murmurar y a estirar los cuellos para mirar a Fulgor.

—Pero por supuesto que tiene que comprobar la orden —le discutió Nocturno—. ¿Qué otra cosa podría hacer? ¿Dejar pasar a dos dragonets

Alas Nocturnas por el túnel con un Ala Celeste? ¿Por qué? Puede que... nosotros... —Se calló y miró al guardia—. ¿Qué es lo que os preocupa que hagamos?

—Bueno, no lo sé —respondió, mientras se cambiaba la lanza de una garra a otra—. Yo solo sigo el protocolo.

—¿Lo ves? —le dijo Nocturno a Profecía—. Protocolo.

Fulgor jadeó, dejando escapar un quejido agónico.

—Dejémoslo pasar, jefe —sugirió una de las guardias—. La reina tiene razón. Este dragonet es el único que puede ir al bosque tropical. Ahí fue donde lo atrapamos. Puede llevar a este Ala Celeste hasta la cura. Nadie más puede.

Nocturno le dedicó una mirada llena de agradecimiento sincero.

El capitán flexionó las garras con gesto de intranquilidad.

—Ni se te ocurra hacer cosas raras —le dijo a Nocturno—. Curáis al Ala Celeste y volvéis.

—Volveremos al anochecer —prometió Profecía—. Quizá descubramos qué traman al otro lado. Seguramente se lo cuenten todo a Nocturno —añadió, mientras lo señalaba con la cabeza—. Según he oído, los tiene a todos comiendo de la palma de la garra. Aunque no me sorprende.

—Tiene sentido —dijo otro guardia.

—Dejémoslo pasar —corearon dos más.

Su líder miró de nuevo hacia la fortaleza y, a regañadientes, se apartó de su camino.

Nocturno levantó a Fulgor, pasándose sobre el hombro el ala roja del dragonet, y entonces Profecía y él lo llevaron por el largo túnel hacia la parte trasera de la cueva, donde un agujero oscuro irradiaba esa «maldad» que Nocturno recordaba de los túneles del bosque tropical.

Los guardias Alas Nocturnas los miraron a medida que pasaban a su lado. Nocturno esperaba que alguno gritara: «¡Es una triquiñuela! ¡Están mintiendo!». Se obligó a sí mismo a centrarse en su historia. «Fulgor

necesita la cura al veneno de Ala Arenosa. Tenemos que llevarlo al otro lado para salvarlo». Contaba con la ventaja de que todo era verdad, lo que ayudaba bastante.

En el momento en el que llegaron al agujero, una de las guardias dio un paso al frente, y Nocturno apenas consiguió reprimir un escalofrío. Resultó que la guardia solo se había acercado a ellos para ayudarlos a levantar a Fulgor y hacerlo entrar en el agujero. Nocturno se lo agradeció con un gesto asentimiento, y luego dio un salto para reunirse con el Ala Celeste.

«Lo conseguimos. Pero aún no estamos a salvo».

Dentro del túnel, tenían el espacio justo para volar. Profecía iba la primera, luego Fulgor con un lastimero aleteo que se le hizo insoportablemente lento a Nocturno, y así emprendieron el regreso al bosque tropical.

El aire empezó a hacerse más cálido y húmedo, al tiempo que los sonidos de los insectos y de los monos empezaron a reverberar por las paredes de la cueva. Profecía se giró para mirar a Nocturno con una sonrisa. Pero él no podía obligarse a devolverle la sonrisa, aún no... No, hasta que notara cómo la tierra de la jungla se le metía entre las garras.

Un rayo de luz verdoso brillaba justo por delante de ellos. Profecía sonrió, feliz, y aceleró el vuelo sin darse cuenta de que lo hacía. La dragonet salió disparada hacia el bosque tropical varios metros por delante de Fulgor.

Nocturno la oyó gritar... y luego el grito cesó de repente.

Sacó como pudo a Fulgor del agujero y salió a la luz de un glorioso y cálido día. Unas flores de color magenta cayeron desde los árboles y varios perezosos plateados sacaron las cabezas de entre las hojas para examinar a los recién llegados. Un pájaro con largas plumas azules en la cola se pavoneó delante de ellos, sin quitarle ojo de encima.

—¡Quietos ahí mismo! —gritó una voz—. ¡No os mováis y levantad las garras por encima de la cabeza y rendíos y poned las garras donde pueda

verlas!

Nocturno no estaba seguro de qué orden contradictoria debía seguir, pero estaba demasiado ocupado buscando a Profecía para quedarse quieto o rendirse o cualquiera de las otras cosas que le habían ordenado. Giró sobre sí mismo, describiendo un círculo, y la vio tumbada junto al río con un Ala Lluviosa naranja dorado sentado feliz sobre ella, enrollándole enredaderas alrededor del hocico.

En ese momento, otra Ala Lluviosa se materializó lentamente delante de él, con sus escamas cambiando de color y haciendo que ya no se camuflara con el entorno.

—¡Eres mi prisionero! —gritó—. ¡Huye, por lo que más quieras!

—Mango, no puedes gritar cosas al tuntún —dijo una voz familiar. Tsunami descendió de una de las ramas, con el ceño fruncido—. Intenta pensar un poco antes de... ¡Nocturno! —se interrumpió con un grito de alegría.

Al mismo tiempo, otro dragón salió disparado del follaje y se chocó contra Nocturno. El Ala Nocturna se encontró envuelto entre las fuertes alas marrones de Cieno mientras el dragonet se lo llevaba volando hasta la copa de los árboles.

—¡Has conseguido escapar! —gritó Tsunami, y echó a Cieno a un lado para abrazar a Nocturno con sus alas azules—. ¡Es increíble! ¿Cómo... cómo... cómo...?

—Os lo contaré todo, pero tengo que ver a Gloria ahora mismo —les dijo Nocturno. Miró a su alrededor, por si Sol también estaba agazapada en los matorrales, pero esta no apareció. Se giró hacia Fulgor, que yacía inconsciente—. Y este Ala Celeste necesita el cactus que trajimos del desierto... Un Ala Arenosa lo ha herido con la cola.

—Oh, pobrecito —se compadeció Cieno, que aterrizó al lado del cuerpo de Fulgor. El Ala Lodosa levantó con cuidado el hocico de Fulgor y observó la herida. Hizo señas hacia los árboles. Aparecieron otros seis Alas

Lluviosas. En apenas unos minutos, construyeron una especie de hamaca de red que envolvieron alrededor de Fulgor para poder llevarlo con rapidez a la villa—. Llevadlos a los sanadores, tan rápido como podáis —los apremió Cieno.

—Gloria nos contó todo lo que le dijiste en el sueño. Que, por cierto, menuda locura, eso de visitar el sueño de un dragón —le dijo Tsunami a Nocturno, mientras lo envolvía con su cola—. Bueno, lo que no me contó fue que me había puesto un séquito de guardaespaldas invisibles. Fue bastante divertido. Todo el mundo debería experimentar la aparición de siete dragones morados brillantes y gritones a su alrededor cuando lo atacan.

—Sí, no me habría importado tener algo así —dijo Nocturno. Sintió cómo la luz del sol le derretía las escamas, y alejaba la oscuridad que había empezado a instalarse en su alma—. Les diste un susto de muerte a los Alas Nocturnas. Fue increíble.

Tsunami sonrió.

—¿Quién es esa? —preguntó Cieno, y señaló con la cabeza a Profecía.

—Es mi amiga —respondió Nocturno, sintiéndose culpable de que siguiera atada—. Podéis confiar en ella. Se llama Profecía... Es la Ala Nocturna de repuesto de la que le hablé a Gloria.

Tsunami le hizo señas al Ala Lluviosa para que la soltara y Profecía se acercó a ellos al trote, quitándose las enredaderas del hocico.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Este es el sitio más bonito que he visto nunca! —dijo tan pronto como pudo hablar—. ¡Nunca había tenido visiones sobre un sitio tan bonito! Ahora entiendo por qué los Alas Nocturnas quieren vivir aquí. —Agarró las garras de Cieno y las sacudió con fuerza—. ¿Hay por aquí algo comestible? Llevo días sin comer. No os podéis ni imaginar lo hambrienta que estoy.

Nocturno oyó cómo le rugían las tripas mientras Profecía hablaba, pero había cosas más importantes de las que preocuparse. La guerra se acercaba

al apacible bosque tropical, sin importar lo que todos ellos hicieran para detenerla. Después de esa noche, ¿todo sería tan bonito? Nocturno recordó algunas de las cosas horribles que sus amigos y él habían visto desde que abandonaron las cuevas en las que se habían criado: la violencia de la arena del Palacio Celeste, los Alas Lodosas muertos en la ciénaga, los Alas Marinas asustados chocando los unos contra los otros mientras intentaban escapar de las bombas de fuego cuando el Palacio de Verano sufrió aquel ataque...

Era difícil de imaginar que aquello ocurriera en el bosque tropical... Era difícil de imaginar que alguien quemase aquellos árboles o que lastimase a aquellos inofensivos y risueños dragones.

Pero Nocturno había visto la crueldad de los Alas Nocturnas, y sabía lo desesperados que estaban por encontrar un nuevo hogar. Nocturno estaba seguro de que harían cualquier cosa, por horrible que fuera, para escapar de su isla volcánica.

Profecía estaba comiendo con ansia de la pila de fruta que le había ofrecido Cieno, pero Nocturno no creía que pudiera comer hasta que supiera que sus amigos estaban a salvo. «Aunque podrían no estarlo nunca», pensó, apesadumbrado.

—Tengo que ver a Gloria ahora mismo —le dijo a Tsunami—. Los Alas Nocturnas planean atacar esta noche.

Tsunami jadeó y los árboles que los rodeaban jadearon al mismo tiempo. La Ala Marina se giró con el ceño fruncido hacia las supuestas ramas vacías.

—Os he dicho que volváis a la villa —les dijo—. No necesito guardaespaldas. Puedo cuidar de mí misma.

Nadie respondió y Tsunami suspiró.

—Nunca has visto una lealtad como la que estos Alas Lluviosas tienen por la reina Gloria —le dijo a Nocturno—. No trates de convencerlos de que la desobedezcan. Eso no va a ocurrir.

—Eso es genial —replicó Nocturno, complacido. «Al menos uno de nosotros encaja en su tribu».

—Para su estrategia de guerra, sí —le dijo Tsunami—. Para el tamaño de su ego, no.

Y señaló al Ala Lluviosa que se había sentado sobre Profecía. La Ala Nocturna lo miró, suspicaz, pero le devolvió la mirada. Su cara naranja se veía contenta y nada amenazante.

—Llevad a estos Alas Nocturnas hasta la reina —dispuso Tsunami—. Cieno y yo tenemos que quedarnos aquí haciendo guardia —le explicó a Nocturno—. Me temo que, sobre todo en días tan soleados como hoy, los Alas Lluviosas tienen la costumbre de quedarse dormidos por todas partes.

—Claro —le contestó Nocturno.

—Pero si vais a planear alguna batalla, quiero estar presente —añadió Tsunami con vehemencia.

—Por supuesto —le dijo Nocturno, mientras extendía las alas.

¿De cuánto tiempo disponían hasta que oscureciera? ¿Esperarían los Alas Nocturnas hasta la medianoche una vez hubieran comprendido que Nocturno se había ido? Estaba seguro de que Oráculo deduciría que Nocturno había ido a avisar a sus amigos. ¿Y si eso los obligaba a atacar antes? Podían invadirlos en cualquier momento... Tal vez ya estuvieran en marcha y ni siquiera lo sabían.

Le lanzó una mirada llena de preocupación al agujero.

—Tened cuidado —le dijo a Tsunami.

—Estoy preparada si se les ocurre venir —respondió la Ala Marina—. No te preocupes —flexionó las garras con aire amenazador.

Nocturno y Profecía siguieron al Ala Lluviosa naranja dorado hasta las copas de los árboles, donde había incluso más luz solar y colores más brillantes. Profecía se inclinó cuando una bandada de pequeños pájaros morados le pasó justo al lado de la cabeza. La Ala Nocturna no paraba de mirar a uno y otro lado, maravillada por las pequeñas mariposas brillantes

que había a su alrededor, hasta que pasó tan cerca de un enorme gato montés que por poco se cae de la rama en la que dormía.

—Me parece increíble lo maravilloso que es este sitio —le dijo Profecía a Nocturno.

—La aldea de los Alas Lluviosas también es increíble —le contestó él.

—Siento pena por los Alas Nocturnas. —Profecía giró la cabeza para captar más luz solar con el hocico—. Quiero decir... ¿Y si hubieran crecido en un sitio como este? ¿Seguirían siendo como son, o serían felices y amables como los Alas Lluviosas? No tienen la culpa por haber nacido en un sitio tan miserable. Tal vez habrían sido buenos o, al menos, mejores de haber eclosionado en otro sitio.

—Quizá —dijo Nocturno—. De hecho, es probable... Pero creo firmemente que ser un buen dragón tiene que ver con las decisiones que tomes sin importar dónde, con quién o cómo te hayan criado. Los Alas Nocturnas eligieron secuestrar y torturar a los Alas Lluviosas. Eso hace que me cueste bastante sentir pena por ellos.

—Tienes razón —dijo Profecía y se sumió en un extraño silencio el resto del vuelo.

El Ala Lluviosa naranja los guio hasta una casa del árbol igual que la casa que Nocturno había visitado en el sueño. Las paredes estaban abiertas al exterior, y dejaban entrar la luz y el aire fresco. Gloria se hallaba detrás de un escritorio de madera, aunque en la vida real no tenía pergaminos frente a sí. Había tres pequeños Alas Lluviosas de diferentes tonos de verde alineados delante de ella, que le llevaban informes del bosque tropical.

Gloria vio a Nocturno llegar y extendió las alas.

—¡Nocturno! —gritó, feliz. Se pellizcó el antebrazo con la garra—. No estoy soñando. ¡Estás realmente aquí!

Él aterrizó a su lado.

—Encontramos la manera de escapar... Profecía y yo... Esta es Profecía. Tenía que advertiros —le explicó. Sus ojos escrutaron los árboles que los

rodeaban—. ¿Dónde está Sol?

—Enseñándole a leer a toda una clase de dragonets, o ayudando a los sanadores con Membranas, creo —le dijo Gloria, mientras sacudía las garras—. ¿Advertirnos sobre qué?

—Los Alas Nocturnas planean atacar esta medianoche —respondió—. O puede que antes, si averiguan adónde he ido y por qué.

Gloria se sentó con fuerza.

—¡¿Esta medianoche?! —Se pasó las garras por la cabeza—. Tráeme a Manglar —le ordenó a uno de los pequeños Alas Lluviosas—. Y tú, tráeme a Grandiosa.

Los dos asintieron y salieron volando con rapidez.

—Tengo algunas ideas sobre la defensa —empezó Nocturno.

—Espero que alguna de esas ideas sea «atacarlos a ellos primero» —dijo Gloria—. Porque ese es mi plan —miró fijamente a través de la ventana, analizando la posición del sol en el cielo—. Puedo tener listo a mi ejército en una hora. Sí. ¿Organizar a los Alas Lluviosas? Ningún problema. Es tan fácil como intentar hacer que cientos de mariposas vuelen en línea recta.

—¿Nocturno?

Un destello de escamas doradas apareció por el rabillo de sus ojos y Nocturno sintió cómo todo su cuerpo se llenaba de luz y felicidad mientras se giraba y se encontraba cara a cara con Sol.

CAPÍTULO 23

Sol abrió las cálidas alas doradas y Nocturno la envolvió con las suyas para darle un abrazo. Sintió como si aquel fuera el lugar donde debería estar, aunque fuera por un momento.

—¡Cómo me alegro de que estés bien! —dijo, mientras daba un paso atrás y lo examinaba en busca de heridas—. Estaba cuidando de Membranas y justo entonces entró ese Ala Celeste, con la de dragones que podían aparecer, y les estaba enseñando a los sanadores cómo extraer la leche del cactus y ponérsela en la herida cuando alguien comentó que lo había traído un Ala Nocturna y supe que tenías que ser tú. Quiero que sepas que yo quería entrar en el túnel e ir a por ti, pero Gloria me lo prohibió.

Arrugó el hocico mientras se dirigía a la reina.

—Gloria tenía razón. Era demasiado peligroso —le dijo Nocturno.

—Vamos, por favor. ¿Dónde hemos estado en las últimas semanas que no sea peligroso? —replicó Sol—. Razón de más para acudir en tu rescate. Aunque no es que estuviera preocupada de verdad, porque por supuesto que tenías que estar bien para que pudiéramos hacer realidad la profecía, ¿verdad? Y mírate, te has rescatado a ti mismo, lo cual resulta impresionante.

Nocturno se imaginó que debía de parecer un tonto con aquella sonrisa

en la cara, pero no podía evitarlo.

—¿Y tú eres...? —intervino Profecía, que se aclaró la garganta y se acercó tanto a Nocturno que chocó con una de sus alas.

—Soy Sol —contestó la pequeña Ala Arenosa, inclinando la cabeza ante Profecía—. Guau. Me encantan cómo están repartidas tus escamas plateadas. Esas de ahí parecen una pulsera... Es como si hubieras nacido con tu propio tesoro.

Las alas de Profecía se relajaron un poco. Estiró las garras para mirarse la tira de escamas brillantes.

—Nunca había pensado en ello. Estaba a punto de decir que tus escamas son chulísimas. Todos los Alas Arenosas que he conocido eran más pálidos y como si estuvieran cubiertos de polvo.

—Lo sé, soy rara —le dijo Sol con un tono muy agradable—. Tú eres la Ala Nocturna de reemplazo, ¿verdad? Gloria nos dijo que Nocturno hablaba maravillas de ti. —Profecía le dedicó a Nocturno una mirada encantada que lo puso muy nervioso—. ¿Cómo fue crecer en el campamento de los Garras de la Paz?

—Muy raro —respondió Profecía, que encogió las alas y se acercó a Sol —. Siempre estábamos cambiando de campamento para que nadie diera con nosotros. Y todo el mundo hablaba de paz, pero parecía que no hacíamos otra cosa que evitar a los soldados y hacer que se cumpliera la profecía.

—Pero tuvo que ser increíble vivir con tantos dragones de tribus tan diferentes —añadió Sol. Los ojos le brillaban—. Seguro que verías lo que los hace diferentes y a la vez tan iguales.

—¡Yo también he pensado en ello! —le dijo Profecía—. Yo era la única Ala Nocturna, así que siempre intentaba adivinar con qué otra tribu tenía más cosas en común. Pero...

—... podías encontrar cosas en común con todas ellas —adivinó Sol.

—¡Exacto!

—Muy bien —las interrumpió Gloria—. Por muy adorables que seáis

vosotras dos, necesito que os vayáis y descubráis que sois almas gemelas en otra parte o que os concentréis en planear la próxima batalla conmigo.

—Planear la batalla —dijeron Profecía y Sol al mismo tiempo.

Gloria le dedicó a Nocturno una extraña pero divertida mirada, mientras él se removía incómodo, aunque no estaba demasiado seguro de por qué. Le gustaba que Sol y Profecía se hubieran caído bien al instante, pero también lo hacía sentir extrañamente incómodo.

Por suerte, Manglar entró en ese momento con la elegante dragona más mayor que Nocturno había visto en los sueños de Kinkajú.

—Trasladamos esta reunión al túnel —dijo Gloria—. También necesito el consejo de Tsunami y Cieno.

Recogió las alas y se lanzó desde el balcón hacia los árboles.

Profecía y Sol fueron las siguientes, sin parar de hablar entre ellas mientras volaban. Nocturno las siguió, tratando de concentrarse en el inminente ataque. Habían bastado unos minutos de luz del sol y de aire fresco para que le costase creer todo lo que le había pasado en la isla de los Alas Nocturnas... O que un ejército de dragones furiosos se disponían a destruir todo aquello antes de que amaneciera.

Una vez que estuvieron todos juntos, sin perder de vista ni un instante el túnel, pero lo suficientemente lejos como para que no los escucharan, Gloria apremió a Nocturno para que les contara todo lo que había oído en la sala del consejo.

—Así que por lo menos algunos de ellos nos tienen miedo —dijo, una vez Nocturno hubo terminado de hablar.

—Yo diría que la mayoría —le contestó Nocturno—. Me refiero a que, a fin de cuentas, por ese motivo han secuestrado a los Alas Lluviosas y los han estudiado. Eso explica también por qué no han atacado antes. Les aterroriza vuestro veneno.

Gloria enseñó los dientes y siseó.

—Debería.

—Del tuyo, puede —dijo Tsunami—. Pero de los demás dragones... No puedo aseguraos que alguno de ellos lo use contra otro dragón, ni siquiera en una situación de vida o muerte. Siempre les han dicho que no deben usarlo como arma. Lo he hecho lo mejor que he podido, pero intentad cambiar la filosofía de vida de toda una tribu en solo tres días.

—Lo sé —dijo Gloria, mientras se paseaba arriba y abajo.

—No estoy segura de que debamos hacerlo —intervino Sol—. A mí me gusta su filosofía.

—Yo podría hacerlo —contestó Grandiosa—. Me refiero a atacar a otro dragón con mi veneno por el bien de mi tribu. Pero estoy de acuerdo con que los otros pondrán objeciones.

Miró a Manglar.

—Lo intentaré —dijo este—. Por Orquídea. ¿De verdad sigue viva? —le preguntó a Nocturno.

—Y además está esperándote —contestó Profecía—. Nocturno le dijo que la buscabas y ella respondió que entonces sobreviviría hasta que fueras a buscarla.

Una oleada de rosa claro recorrió las escamas de Manglar.

—Me preocupa que ataquemos primero —dijo Cieno—. Tendremos que atravesar el túnel y salir por el otro lado de uno en uno. Si son listos, estarán esperándonos y podrán vencernos de uno en uno. Pero si nos quedamos aquí y dejamos que sean ellos los que ataquen, podríamos hacérselo a ellos... Estaríamos en una posición más ventajosa.

—No quiero verlos en mi bosque tropical —gruñó Gloria—. Si por alguna razón creen que van perdiendo, le prenderán fuego a todo solo por fastidiar. Además, tenemos que ir allí para rescatar a nuestros Alas Lluviosas. Aun en el caso de que repelamos su ataque, tendremos que ir y habremos malgastado nuestras fuerzas en la defensa del bosque. No, tenemos que ir nosotros. Tenemos que encontrar la manera de hacer que todos nuestros dragones venzan a los guardias de la entrada.

—Tengo una idea —dijo Sol.

—Vuestras escamas cambiantes serán útiles —dijo Tsunami al mismo tiempo—. No verán llegar a los Alas Lluviosas por el túnel si van camuflados. Luego pueden aparecer y comenzar con el ataque. Espero sorprenderlos.

—Lo dudo —repuso Nocturno—. Cuando Oráculo se dé cuenta de que me he ido, estarán en máxima alerta en la entrada del túnel.

—Creo que es una buena idea —dijo Sol—. La mía, quiero decir.

—Necesitamos escoger a los Alas Lluviosas más valientes para la primera oleada —opinó Gloria—. Tsunami, quiero que me hagas una lista basada en lo que hayas visto en los entrenamientos.

Tsunami soltó un gruñido.

—Una lista con los más valientes quizá sea pedir demasiado. Puedo hacerte una lista con los que son «menos dormilones que otros».

—Nadie le habla así a la reina de sus súbditos —le dijo Gloria con una vocecita remilgada, luego retomó su voz normal—. De todos modos, creo que los Alas Lluviosas te sorprenderían. Los he ido conociendo a todos, uno a uno, tan rápido como he podido, y son más complejos de lo que parecen.

—¿Es que nadie quiere oír mi idea? —preguntó Sol.

—Yo sí —le contestó Nocturno, pero Gloria ya estaba hablando con Manglar.

—Tenemos que asegurarnos de que emparejamos a familiares en cada escuadrón, para que siempre haya alguien capaz de contrarrestar una herida de veneno en caso de que se produzca algún accidente. Sé que Sol lo ha registrado todo, así que aseguraos de usar sus notas cuando se formen los escuadrones.

Con una punzada de celos, Nocturno vio a Sol acercarse a Cieno y susurrarle algo al oído. Algunas veces le parecía que Cieno y ella estaban siempre juntos, como si el Ala Lodosa fuera el dragón en el que más confiara. Deseó que Sol lo considerase ese tipo de dragón. Pero él no era

como Cieno, y la verdad era que si Nocturno tuviera que elegir a alguien a quien confiarle su vida, elegiría a Cieno antes que a sí mismo.

—No sé cómo prepararlos para que combatan el fuego de los Alas Nocturnas —dijo Tsunami un poco desanimada—. Por lo general, estos dragones no han visto el fuego. Probablemente piensen que es brillante y bonito e intenten tocarlo.

Gloria movió la cola y se quedó mirando el cielo que veía entre la copa de los árboles. Nocturno adivinó por su expresión que su amiga creía que los Alas Lluviosas iban a morir... No había forma de evitarlo. Convertirse de buenas a primeras en la reina de toda una tribu ya era lo suficientemente duro. Pero guiar a los dragones a la batalla, y en especial a dragones tan poco preparados, era algo que ninguno de los dragonets sabía o quería hacer.

«Queríamos acabar con esta guerra, no empezar una.

»¿Acaso tienen los Alas Lluviosas algo que hacer frente a los violentos e infelices Alas Nocturnas con sus armaduras y su desesperación? ¿De verdad vamos a morir?

»Solo somos unos dragonets. No deberíamos guiar a nadie hacia una muerte segura.

»Pero es lo que va a ocurrir, hagamos lo que hagamos. Ya no nos queda otra opción».

—He intentado dibujar un mapa de todo lo que recuerdo de la isla —le dijo Gloria a Nocturno—. Quiero que lo completes con todos los detalles que puedas. Creo que deberíamos hacer que varios dragones vuelen directamente a las cuevas donde tienen atrapados a los Alas Lluviosas y liberarlos.

—La reina Esplendor está dentro de la fortaleza —le dijo Nocturno—. En la misma mazmorra que Mortífero.

—Oh —replicó Gloria, y varios colores se abrieron paso a través de sus escamas a la vez—. Entonces otro escuadrón debería dirigirse allí... Quizá

Tsunami debería liderarlos...

—¡DARDOS SOMNÍFEROS! —gritó de repente Cieno, y todo el mundo saltó de la sorpresa.

Gloria lo miró fijamente.

—¿Qué?

—Esos dardos somníferos que los Alas Lluviosas usaron para dormirnos cuando llegamos al bosque tropical —explicó Cieno. Empujó a Sol hacia delante—. Sol dice que los sanadores tienen cientos de ellos. Los Alas Lluviosas los usan todo el tiempo... Juegan a ese juego en el que intentan encontrarse antes de ser disparados.

—¡Cierto! —exclamó Manglar, moviendo su cola—. Además, nos turnamos para patrullar y poder disparar a los dragones desconocidos que se cuelan en el bosque tropical, como vosotros cinco, lo que lo hace aún más divertido.

—Todo Ala Lluviosa tiene su cerbatana —dijo Sol—. Armadlos a todos con tantos dardos somníferos como sean capaces de llevar y usadlos en vez de luchar.

—¡Eso es! —Gloria abrió las alas, que se volvieron púrpuras y con relámpagos dorados de emoción por todas las escamas—. ¡Así es exactamente como los Alas Lluviosas deberían pelear!

—La idea se le ha ocurrido a Sol —dijo Cieno, y señaló a la Ala Arenosa con la cabeza.

—Quizá podamos conseguirlo sin sufrir bajas —añadió Gloria animadamente—. Cieno y Sol, estáis a cargo de armar al ejército de los Alas Lluviosas. Coged todos los dardos que podáis conseguir. Manglar, Grandiosa, es la hora de decírselo a la villa. Todo aquel que quiera luchar, que acuda al riachuelo dentro de una hora. Saldremos antes del anochecer. —Se volvió hacia Nocturno mientras los otros se alejaban volando de allí —. Revisemos el mapa. Cuéntame todo lo que sepas.

Tsunami desenvolvió una hoja gigante con un mapa de la isla de los Alas

Nocturnas dibujado a grandes trazos con el jugo de alguna fruta oscura.

«La guerra se acerca. No hay tiempo de tener miedo —se dijo Nocturno mientras aterrizaba junto al mapa—. Ahora mismo, no puedes ser el dragón más cobarde de Pirria. Recuerda, has leído todos los pergaminos que has encontrado sobre batallas famosas. Ahora utiliza todo ese conocimiento. Es hora de que demuestres que realmente perteneces a esta profecía».

CAPÍTULO 24

Dos horas más tarde, el ejército de la reina Gloria estaba en marcha.

El sol comenzaba a ponerse tras los árboles. Aún no había oscurecido, pero ya no tardaría mucho.

Nocturno hundió las garras en el lodo de la orilla del río, tratando de apaciguar su miedo. El claro bullía de actividad, pero era una actividad inquietante, porque la mayoría de los dragones allí reunidos eran invisibles, camuflados cuidadosamente con el entorno. A Nocturno no paraban de golpearlo lo que parecían muros de aire.

Tsunami intentaba que todos los Alas Lluviosas se volvieran hacia ella para darles un motivador discurso de batalla. El hecho de que le estuviera costando tanto conseguirlo no era buena señal de cara al inminente ataque, pensó Nocturno, nervioso.

—Nocturno —dijo Gloria materializándose delante de él. Sus escamas cambiaron de un color verde oscuro a una especie de azul y negro pálido de preocupación—. ¿Estás bien?

—Eso creo —le contestó su amigo, cambiando el peso de un pie a otro —. Ya sabes. Nervioso.

—¿Quieres quedarte aquí? —le preguntó ella en voz baja—. Lo entendería si quisieras.

—¡No! —le dijo Nocturno—. Quiero decir, no debería. No, no puedo. —Miró a Sol, que repartía montones de dardos somníferos en las pequeñas bolsas que llevarían los Alas Lluviosas colgadas del cuello. La Ala Arenosa no disponía de ninguna de las armas que tenían los demás dragones. Sin veneno ni camuflaje ni escamas a prueba de fuego como Cieno, ni siquiera un aguijón venenoso en la punta de la cola como tenían otros Alas Arenosas. Jamás la dejaría ir a la batalla sin él. ¿Quedarse en la retaguardia mientras sus amigos se lanzaban al peligro? ¿Cómo podría Sol amarlo si hacía algo así?—. Te prometo que no tendré miedo.

—Es normal tener miedo —repuso Gloria—. Yo también tengo miedo. Muy loco habría que estar para no tenerlo. Bueno, estar loco o ser Tsunami, claro, lo que viene a ser lo mismo. Lo único que tienes que hacer es coger ese miedo y alejarlo de ti y hacer lo que tengas que hacer. Pero yo te quería preguntar si prefieres quedarte aquí ya que vamos a luchar contra tu propia tribu. Si crees que te pido demasiado, entenderé que no participes en esta batalla.

—No son mi tribu —le contestó Nocturno—. Tú lo eres. Tú, Sol, Tsunami y Cieno.

—Oooooh, menudo sapito estás hecho —le dijo Gloria, mientras sus alas se ponían color rosa y Nocturno supo que su amiga se sentía igual, aunque no lo dijera en voz alta—. Está bien. —Le dio un golpecito en el hombro, una extraña muestra de afecto viniendo de ella—. Vamos a cambiar el mundo.

Se dirigió a la entrada del túnel y capitaneó la primera oleada de Alas Lluviosas con un golpe de su cola. Se callaron, a la espera de sus órdenes.

Nocturno miró a su alrededor, buscando de nuevo a Sol.

«Puede que muera hoy.

»¿Y si se queda sin saberlo?

»¿Y si me muero y no le he dicho lo que siento?».

Alzó el rostro hacia el sol del atardecer. Había burlado a los guardias

Alas Nocturnas. Había escapado de la isla de su tribu. Sin lugar a dudas, podía decirle una frase a una dragona.

Cuando volvió a bajar la mirada, Sol estaba justo delante de él. Su corazón dejó de latir en ese instante, como si alguien estuviera estrujándolo con sus garras.

—Vamos a estar bien —le dijo ella, batiendo las alas—. Solo piensa en la profecía. Tenemos que estar vivos para detener esta guerra, ¿verdad? Así que no podemos morir hoy. ¿No te deja eso más tranquilo?

—Ojalá tuviera tu optimismo —le dijo Nocturno.

—No es optimismo —objetó ella—. Es fe. Hay una razón para que estemos aquí. Lo que vamos a hacer hoy forma parte de la profecía, pero eso no es todo. Tenemos que sobrevivir para cumplirla.

Su cálida sonrisa le hizo sentir como si un relámpago restallara bajo sus escamas.

—Sol —dijo, titubeante—. Hay algo... quiero decir... algo que siempre he querido decirte. Desde hace mucho tiempo.

—Te escucho —le contestó, inclinando la cabeza con atención.

Al otro lado del claro, Gloria batió las alas y llamó a todos a guardar silencio. Era ahora o posiblemente nunca, dependiendo de lo que ocurriera ese día.

—Te quiero —barbotó.

Sol pestañeó y luego pestañeó unas cuantas veces más.

—Yo... yo también te quiero, Nocturno.

—No —se apresuró a contestarle él—. Quiero decir... quiero decir que eres lo único en lo que puedo pensar cada día y quiero estar siempre a tu lado. Duele cuando no puedo y cada vez que voy a hacer algo pienso: ¿qué es lo que haría Sol? Y creo que eres la única dragona que me ve como realmente soy, y te gusto como soy...

En ese momento se sintió incómodo al pensar en Profecía, en ese momento la vio al otro lado del claro, junto a Gloria, mirando a la reina de

los Alas Lluviosas con sus enormes ojos expectantes. Pero sus sentimientos por ella y sus sentimientos por Sol... Bueno, no era lo mismo.

—Y tenía que decírtelo —soltó a bocajarro—, por si hoy le ocurriera algo a alguno de nosotros, aunque si te ocurriera a ti no sé cómo me las arreglaría para seguir respirando o pensando o haciendo cualquier cosa nunca más.

—Por las tres lunas, Nocturno, para —lo cortó Sol—. Que me digas eso... ahora mismo... ¿Cómo puedo decir algo... mucho menos algo correcto cuando estamos a punto de..., cuando todo...?

Abrió las alas, impotente, mientras señalaba al ejército de Alas Lluviosas que tenía a su alrededor.

—No pasa nada —dijo Nocturno, y se dio cuenta de que lo decía de verdad—. No hace falta que digas nada. No tienes que hacerlo. Solo quería que lo supieras, por si acaso.

Sol arrugó la frente, como si no le pareciera correcto, pero Nocturno entrelazó su cola con la de ella y bajó la mirada hasta sus garras hundidas en la orilla del río.

—Solo quiero que me prometas que estarás a salvo —le pidió.

—Apenas voy a poder hacer nada en esta batalla —le dijo ella, en absoluto contenta—. Eres tú el que me tiene que prometer a mí que estarás a salvo.

Nocturno abrió y cerró la boca. ¡Ojalá pudiera prometérselo de verdad!

—Exacto —le contestó Sol—. Deja de hablar como un pergamino y limítate a decirme que nos volveremos a ver muy pronto, ¿vale?

—Te veré muy pronto —le dijo Nocturno y, durante un momento, su convencimiento le hizo creérselo también.

—Buena suerte. Dale una patada en el culo a algún Ala Nocturna de mi parte —le dijo al mismo tiempo que Nocturno se alejaba. Entonces, ella tiró de él y le dio un rápido abrazo. Un momento después se encontró a sí mismo acercándose a Gloria. La cabeza ke daba vueltas.

«Lo he hecho. Se lo he dicho. Y el mundo no se ha acabado».

La reina de los Alas Lluviosas batió las alas una vez más y el claro finalmente se calló.

—Sabéis que no me gusta dar discursos —dijo Gloria—. Así que solo diré esto. Vamos a ir a salvar a nuestros compañeros Alas Lluviosas, y vamos a hacer que este bosque tropical sea un lugar seguro para todos, y por si fuera poco vamos a hacerlo como verdaderos Alas Lluviosas. Todos sois hoy mis héroes. Y por las tres lunas, intentad no hablar o estornudar o quedaros dormidos en el túnel mientras lo cruzáis, ¿vale?

Se giró hacia el dragón que estaba de pie a su lado. Nocturno tardó en darse cuenta de que era el hermano de Gloria, Jambu. No vestía su habitual color frambuesa vibrante, sino un color oscuro que se camuflaría genial con las paredes negras del túnel. Al parecer, era uno de los mejores tiradores con cerbatana y se había presentado voluntario para ser el primero en entrar al túnel. Nocturno no sabía si ello se debía al valor o a que no sabía lo que se iba a encontrar al otro lado, pero en aquellos momentos le parecía lo mismo.

Jambu saltó hacia el agujero y se deslizó por el túnel. Gloria lo siguió muy de cerca, y luego Manglar, Liana, Grandiosa y otros tres Alas Lluviosas armados con cerbatanas.

Con arreglo al plan, Nocturno y Profecía eran los siguientes. Una vez los guardias estuvieran fuera de combate, podrían guiar a los Alas Lluviosas hasta las cuevas donde habían aprisionado a sus compañeros, y después a la fortaleza. Respiró hondo y echó un último vistazo hacia atrás, esperando cruzarse con la mirada de Sol.

La Ala Arenosa lo miraba con sus escamas doradas brillando bajo la luz del sol.

«Puedo hacerlo».

Nocturno trepó hasta el agujero y, prácticamente de inmediato, Profecía lo siguió. Casi tropezó con su cola. Ninguno de los dos dijo nada, pero él se

sentía un poco más seguro sabiendo que ella le guardaba las espaldas.

El aire del túnel era sofocante e inquietantemente silencioso. Los Alas Lluviosas que iban por delante de ellos eran más sigilosos de lo que se había imaginado. No estaba seguro de la distancia exacta que debían de haber recorrido. Ni siquiera con su excelente visión nocturna lograba encontrar la diferencia entre las sombras que había allí dentro. El túnel se inclinó hacia abajo y él siguió avanzando tan rápido como se atrevió. Mantuvo las alas bien pegadas al cuerpo, y ocultó sus escamas plateadas.

Por delante de él, escuchó un silencioso zzzep y luego otro, y luego incluso más en una rápida sucesión de disparos. Los dardos somníferos salían disparados de las cerbatanas, directamente desde las sombras. Con suerte dejarían fuera de juego a todos los guardias del túnel antes de que alguno de ellos comprendiera qué sucedía allí y diera la voz de alarma.

Después, Nocturno escuchó un golpe mientras, uno a uno, los Alas Lluviosas salían del túnel y aterrizaban en la cueva. Entonces vio el resplandor del fuego. Un momento después, él mismo salió del túnel y sintió las rocas calientes que le arañaban las escamas de las garras.

Nueve guardias Alas Nocturnas yacían sobre el suelo de la cueva. Parecía como si todos ellos se hubieran quedado dormidos de repente. Sus pechos subían y bajaban muy pacíficamente. Sus lanzas reposaban nada amenazadoras en el suelo cerca de cada uno de ellos.

Gloria se giró hacia Manglar y señaló las lanzas. Hizo algún tipo de señal que Nocturno no entendió, pero por lo que parecía Manglar sí. El dragón empezó a recoger todas las armas que había en la cueva y se las pasó a los dragones que seguían llegando por el túnel. Empezaron a pasárselas de garra en garra hasta que estuvieron a buen recaudo en el bosque tropical, lejos de las garras de los Alas Nocturnas.

«Los Alas Nocturnas siguen siendo peligrosos. No podemos quitarles sus garras ni sus dientes. Ni siquiera el fuego de su interior. Pero un arma menos en sus manos tampoco nos hará ningún mal».

Jambu y Grandiosa ya se habían adelantado. Si Nocturno agudizaba el oído, podía oír los diferentes zzzep zzzep de las cerbatanas mientras se encargaban de los guardias de la entrada de la cueva.

¿Cuánto iba a poder durar aquella triquiñuela? ¿Cuántos Alas Nocturnas podían mandar a dormir antes de que alguien se diera cuenta? Y una vez que alguien diera la voz de alarma, ¿cuánto tardarían los Alas Lluviosas en empezar a morir?

—Despejado —susurró la voz de Grandiosa por el túnel. Leve, como el susurro de las hojas.

Las escamas de Gloria cambiaron a gris, rojo y negro para hacer juego con los colores de la cueva. Nocturno no podía verla, pero notó que sus alas lo acariciaban con delicadeza. Había llegado su turno de encabezar la marcha.

Miró hacia atrás, al agujero que conducía al bosque tropical. Se suponía que Tsunami, Cieno y Sol debían quedarse ocultos durante la primera oleada (si alguien veía alguna mota de azul, marrón o dorado en la isla, sabrían que habían cruzado el túnel y los Alas Nocturnas se les echarían encima). Así que se quedarían escondidos hasta que la campaña sigilosa se convirtiera en una auténtica batalla. Por un lado, Nocturno comprendió que no tendría que preocuparse por Sol; por otro, se sentiría más seguro si fueran Cieno o Tsunami quienes encabezaran la invasión en vez de él.

«Pero esta es la manera inteligente de hacerlo..., la única forma de hacerlo».

Recorrió el túnel. Profecía iba detrás de él, y tropezaba con los cuerpos dormidos de los guardias que estaban desparramados por todos lados. Podía oír el sonido de las olas del océano al romper contra la arena negra que tenían debajo. Fuera de la cueva, el cielo era aún más gris y siniestro que antes, con unas nubes bajas espeluznantes que refulgían con truenos, todo ello iluminado por el brillo rojizo del volcán.

Después del brillante calor del bosque tropical, el aire de la isla parecía

más oscuro y lleno de humo. Cuando Nocturno salió de la cueva notó el suelo temblar bajo sus garras. Luego paró.

«Esto es bastante inquietante», pensó.

—¡Qué pesadilla! —susurró la voz de Grandiosa tras él.

—Es peor de lo que habría esperado —dijo Jambu—. ¿Cómo puede alguien vivir aquí?

—Lleva esto —le dijo Gloria a Nocturno mientras le pasaba la lanza de uno de los guardias—. Puede que la necesitemos, y parecerá menos extraño entre tus garras. Si la llevo yo, parecerá que está volando sola por el aire.

Nocturno asintió aunque para él, el peso de la lanza era algo muy extraño. Era más probable que tropezara y se la clavara en un ojo a que la usara para luchar contra otro Ala Nocturna. Intentó sujetarla lo más lejos posible de él mientras alzaba el vuelo hacia el cielo.

—Llévanos primero a las cuevas donde los tienen prisioneros —oyó decir a Gloria a su lado—. Cuando Manglar y los demás hayan liberado a los prisioneros, tú y yo podemos ir a la fortaleza.

—¿Tú? —contestó Nocturno. Era muy raro no poder verla. Era como si estuviera discutiendo con el aire—. Es la parte más peligrosa. Como la reina, ¿no deberías mantenerte a salvo? Puedes enviar a otra persona a rescatar a Esplendor.

Estiró las alas y señaló a la prisión y al río de lava.

Nocturno podía sentir varias corrientes de aire a su alrededor mientras varios dragones pasaban volando a su lado. No estaba seguro de cuántos Alas Lluviosas lo seguían, pero esperaba que ninguno de los Alas Nocturnas oyera el batir de las alas y empezara a sospechar. Había varios Alas Nocturnas a la vista, uno o dos en los balcones de la fortaleza y unos cuantos más en la entrada de las cuevas. Nocturno dedujo que el resto deberían estar en la asamblea, preparándose para atacar el bosque tropical a medianoche.

—No voy a ser ese tipo de reina que envía a otros dragones a ponerse en

peligro mientras yo no estoy dispuesta a enfrentarme a él —dijo Gloria, llena de convicción—. E incluso si pudiera mandar a alguien a rescatar a Esplendor, no puedo enviar a nadie a enfrentarse con Triunfal.

Nocturno dejó escapar un gemido de sorpresa.

—¿Triunfal? —dijo—. ¿Crees que es una buena idea?

—¿No fuiste tú quien sugirió que empleáramos la diplomacia? —le contestó Gloria, y Nocturno estaba seguro de poder oír un matiz divertido en su voz.

«Sí, pero eso fue mucho antes de conocer a los Alas Nocturnas».

—Rescatar a los prisioneros es la máxima prioridad —siguió la Ala Lluviosa—, pero si puedo amenazarla con algo..., quizá diciéndole que divulgaré su secreto... Tal vez así consiga que nos deje en paz y no invadan el bosque tropical.

—Lo dudo —dijo Profecía—. Los Alas Nocturnas necesitan el bosque tropical.

—Bueno, pues mala suerte —gruñó Gloria.

—Shhh —las mandó callar Nocturno.

Se acercaban a la primera cueva que hacía de prisión. Señaló la entrada con la cabeza y notó la corriente de aire cuando uno de los Alas Lluviosas pasó volando a toda velocidad a su lado. Al cabo de un momento, los dos guardias de la entrada de la cueva se llevaron las garras al cuello, parecían confusos, y luego, a cámara lenta, se desplomaron completamente dormidos.

—Tenemos suerte de que las cuevas den justo al río —dijo Nocturno, dando círculos en el aire—. Los guardias no pueden ver cómo se desploman los otros.

Vio cómo los guardias de la siguiente cueva también caían dormidos, y luego los de las siguientes, y los otros. Los Alas Lluviosas estaban desplegándose, siguiendo las instrucciones que Gloria les había dado antes de abandonar el bosque tropical. Vio el brillo de las escamas y los dientes

por todas partes cuando los Alas Lluviosas aterrizaron en parejas, cambiaron sus escamas de color y se lanzaron a toda prisa al interior de las cuevas.

—Dijiste que viste a Orquídea en una de esas cuevas —le dijo Gloria a Profecía—. ¿Recuerdas en cuál?

Profecía asintió y giró en el aire, dirigiéndose a una de las cuevas más próximas a la fortaleza. Mientras se acercaban, los dos guardias de la entrada alzaron la mirada. Aunque lo único que podían ver era a dos Alas Nocturnas dragonets acercándose, uno de ellos frunció el ceño cuando notó que había algo raro en ellos. A Nocturno le dio un vuelco el corazón cuando vio a uno de los guardias acercarse al gong que alertaría al resto de la tribu.

Entonces, el aire junto a la oreja de Nocturno empezó a zumbar con varios zzzep zzzep y los dos guardias se tambalearon y cayeron al suelo.

—Ha estado cerca —dijo Nocturno, pero después de un momento se dio cuenta de que le estaba hablando a la nada. Bajo él, arrastraron a los dos guardias al interior y mientras él mismo aterrizaba, escuchó el sonido de garras a la carrera dirigiéndose al fondo de la cueva.

—Quiero verlo —susurró Profecía, corriendo al interior.

Nocturno la siguió y apareció en el momento justo para ver a Manglar aparecer delante de Orquídea. Sus escamas grises y negras cambiaron de repente a un alegre rosa con tintes de verde preocupado.

Orquídea dejó escapar un gritito de alegría que fue contenido por el bozal de hierro que tenía alrededor de la mandíbula. Se lanzó hacia Manglar y él la envolvió con sus alas, entrelazando su cola con la de ella.

—Ya estoy aquí —le dijo—. Jamás me rendiría. Nunca te abandonaría.

No podía hablar, pero las escamas rosas de Orquídea hablaban por ella.

—Saquémosla de aquí tan rápido como podamos —dijo Gloria—. Si todos están encadenados a la pared como ella, tenemos trabajo extra. Nocturno, dame la lanza.

Nocturno estiró el brazo con la lanza y algo se lo quitó de las garras. Un

trozo de aire con forma de Gloria se acercó a Orquídea y, con cuidado, introdujo el extremo puntiagudo en el cerrojo que tenía la banda que le envolvía la boca.

—Liana, Grandiosa, ¿estáis prestando atención? —preguntó la reina.

—Sí —contestaron las dos voces que no eran más que aire. Nocturno se sobresaltó. No se había dado cuenta de que había otras dos Alas Lluviosas con ellos.

—Así es como se abren las cerraduras —dijo Gloria, girando la lanza. El bozal cayó al suelo con un estruendo, y Gloria se puso a soltar las cadenas de Orquídea que la ataban a la pared.

—Tenía miedo de que mi paradero te trajera sin cuidado —le dijo Orquídea a Manglar—. Pensaba que encontrarías a otra dragona y seguirías con tu vida...

—Nunca. Nunca. Nunca —le dijo Manglar, lleno de convicción.

—¿Vosotros también notáis que la tierra está temblando? —preguntó Orquídea.

—Creo que soy yo —le dijo Manglar, dejando a la vista sus garras temblorosas—. Es como si toda la felicidad que llevamos dentro quisiera salir.

«De hecho, estoy bastante seguro de que ha sido un terremoto de verdad», pensó Nocturno. Él también había notado el temblor de la tierra, que le había subido por las garras antes de parar.

—Listo —anunció Gloria, mientras la lanza se movía a través del aire hasta otra de las Alas Lluviosas. Orquídea se sacudió las cadenas de encima y abrió las alas, radiante y brillante como una bola rosa de amanecer.

—Orquídea, esta es nuestra nueva reina, Gloria —le dijo Manglar—. Ella es la razón de que te hayamos encontrado y la dragona que ha convencido a todo el mundo para que vengamos a buscarte.

—De hecho, todo esto se lo debemos a Manglar —repuso Gloria—. Era él quien sabía que estabas desaparecida y no dejó de insistir en ello. Si no

hubiéramos traído un ejército para salvarte, habría venido y lo habría hecho él solo.

—Gracias, Majestad —le dijo Orquídea con una media reverencia.

—Esto es demasiado raro —le susurró Nocturno a Profecía—. No me acostumbro a que llamen «Su Majestad» a mi amiga.

—Supongo que verla liderar una invasión también es bastante raro —le susurró Profecía a modo de respuesta.

—Grandiosa, Liana, disfrazaos de Alas Nocturnas, coged las lanzas de los guardias e id a las otras cuevas —ordenó Gloria—. Enseñad a los demás cómo liberar a los prisioneros. Moveos con toda la rapidez y todo el silencio que os sean posibles. Después, conducid a todo el mundo de vuelta al túnel. Lo más importante es llevar a los catorce prisioneros sanos y salvos a casa. Manglar, Orquídea y tú, tomaos un momento para calmar vuestras escamas y luego dirigíos al bosque tropical.

—Debería ir contigo —le dijo Manglar—. Si vas a ir a la fortaleza, necesitarás refuerzos.

—Los tendré —dijo Gloria. «Espero que no se refiera a mí», pensó Nocturno, nervioso—. Hemos tenido que afrontar muchos problemas para reuniros a Orquídea y a ti, vete con ella y sed felices. Si necesitamos ayuda, te lo haremos saber.

Ambos, Manglar y Orquídea, hicieron una reverencia.

Unas alas golpearon el hombro de Nocturno y él se giró, hasta que se dio cuenta de que había sido Gloria, dirigiéndose al túnel que conducía al río de lava.

—Vamos, Nocturno —le dijo ella desde la oscuridad de las sombras—. Vamos a tener una conversación con la reina de los Alas Nocturnas.

CAPÍTULO 25

La fortaleza parecía inquietantemente silenciosa mientras volaban hacia ella. El humo y la ceniza hacían que el aire estuviera muy cargado. A Nocturno le dolían cada vez más la nariz y la garganta. De tanto en tanto, oía a Gloria y a Profecía toser detrás de él.

Se frotó los ojos irritados y miró fijamente la fortaleza que tenía ante sí. Se preguntó dónde se reuniría el ejército de los Alas Nocturnas. La reina Triunfal no podría asegurarse de que todo estuviera listo, ni siquiera podría acaudillarlos, ya que no podía dejar la lava. Grandeza tendría que tomar algunas decisiones propias de una reina si realmente aspiraba a encabezar el ataque.

¿Habrían reparado ya en la ausencia de Nocturno? Si no, estaba seguro de que por lo menos Oráculo habría ido a ver a Fulgor y habría constatado su ausencia. ¿Cómo habría reaccionado?

«Quizá haya pensado que Fulgor ha intentado cruzar el continente para regresar a casa —pensó Nocturno—. Seríamos muy afortunados si Oráculo hubiera decidido seguirle los pasos».

Lo último que Nocturno quería era encontrarse con Oráculo intramuros de la fortaleza.

—Por favor, dime que hay un ejército invisible con nosotros —rogó

Nocturno.

—Yo soy tu ejército invisible —le respondió Gloria, con tono jovial.

—Hablo en serio —insistió Nocturno—. No deberíamos entrar ahí los tres solos.

—Aclárame una cosa —dijo Gloria—. Las mazmorras que viste... ¿Cómo despejamos el camino? ¿Funcionarán las lanzas con las puertas o necesitamos llaves?

Nocturno cerró los ojos un momento, para evocar la mazmorra.

—Creo que necesitamos las llaves —respondió.

—Entonces, empecemos por la reina —zanjó Gloria—. La obligaremos a decirnos dónde están las llaves.

Nocturno no concebía la posibilidad de obligar a Triunfal a hacer nada, pero entonces cayó en la cuenta de que Gloria era mucho más persuasiva que él... y con más motivo ahora que estaba investida con la autoridad propia de una reina. El dragonet se desvió hacia la entrada más cercana a la sala del consejo.

Los tres recorrieron los pasillos en silencio. Escucharon gritos procedentes de varias habitaciones. Nocturno deseó poder pararse y escuchar, pero no tenían tiempo. Escuchó retazos de una discusión sobre quién debería llevar la armadura, un monólogo sobre otra batalla en la que el narrador había participado y una conversación sobre cómo matar Alas Lluviosas debería ser más fácil que matar Alas Lodosas.

Se había olvidado por completo de los Alas Lodosas que habían encontrado muertos en la linde del bosque tropical.

«¿Por qué querrían matar a los Alas Lodosas? —se preguntó a sí mismo, y casi de inmediato se le ocurrió la respuesta—: Para mantenerlos alejados del bosque tropical. Si creen que hay un monstruo aterrador vagando por ahí, que no es seguro caminar por allí, no querrán apropiárselo. Lo dejarán en paz e intacto para que los Alas Nocturnas se muden cuando quieran.

»Eso explica también lo de los monos aulladores. —Recordó que Jambu

había comentado que los monos habían dejado de hacer los ruidos propios de su especie y, de repente, empezaron a hacer ruidos parecidos a los de un dragón moribundo—. Supongo que mi padre tiene la culpa de todo esto. Estoy seguro de que hizo algo para que los monos gritaran de tal manera que asustaran y espantaran a los Alas Lodosas».

Todos los actos de los Alas Nocturnas se encaminaban hacia la consecución de su plan maestro. Y eso implicaba conquistar el bosque tropical. Nocturno suspiró y miró el mapa mientras abría camino hacia la sala donde se hallaba la entrada secreta a la guarida de Triunfal. Si al menos los Alas Nocturnas pudieran ir a cualquier otro lugar..., pero no cabía la menor duda de que habían recorrido Pirria y asolado las guaridas de los carroñeros por alguna razón. No cabía duda de que, si hubiera otro sitio adonde pudieran vivir, ya lo habrían encontrado.

—Viene alguien —susurró Gloria apenas un suspiro antes de que Nocturno escuchara unas garras que resonaban contra el suelo y oliera el putrefacto aliento de un Ala Nocturna.

Profecía corrió, cruzando la habitación hasta el mapa, pero antes de que pudiera levantar una esquina y colarse en el túnel, un resplandor apareció en la puerta y todos se giraron para ver a Grandeza. Los miraba fijamente.

El suelo tembló bajo sus pies.

—¿Se puede saber qué hacéis aquí? —preguntó la princesa de los Alas Nocturnas. Su brillante collar de diamantes estaba torcido, como si se hubiera dormido y se hubiera olvidado de que lo llevaba puesto. A juzgar por su mirada, parecía exhausta. Tenía los ojos rojizos e irritados por el humo que los rodeaba. Seguro que los de Nocturno estaban igual—. ¿Por qué no estáis con los otros?

—Nos hemos... perdido —probó Nocturno.

Grandeza se acercó a ellos.

—Oh, vosotros sois los dos pequeños dragonets de la profecía. Oráculo os estaba buscando y parecía bastante enfadado. Escuchad, tal y como le

dije a él, la profecía es importante, pero es aún más importante que ganemos la batalla esta noche. Así que toda la tribu va a participar, sin excepciones. Todo el mundo está en el gran salón... Si seguís este túnel y dobláis la cuarta esquina a la derecha, estaréis a medio camino y alguien más podrá guiaros.

—¿Y tú? —le preguntó Profecía—. ¿Por qué no estás allí?

—Primero voy a hablar con la reina —le respondió Grandeza, que, de manera involuntaria, desvió la mirada hacia el mapa.

—De hecho —irrumpió la voz de Gloria, invisible—, todos vamos a ir a hablar con la reina.

Grandeza dio un respingo y abrió las alas. Nocturno solo vio un relámpago de escamas que cambiaba de color, y acto seguido vio las garras de Gloria cerrarse alrededor de la garganta de Grandeza.

—Ni se te ocurra pedir ayuda —le advirtió Gloria—. No soy una Ala Lluviosa cualquiera. Mi veneno apunta a tus ojos ahora mismo y estoy dispuesta a usarlo.

—Eres la peligrosa —susurró Grandeza.

—Eso es —le contestó Gloria—. Ahora, todos vamos a meternos en el túnel secreto que conduce hacia la reina y tú vas a encabezar la marcha. No olvides que mis colmillos están justo detrás de ti.

Grandeza pestañeó y asintió varias veces. Parecía enferma. Corrió hacia el mapa y se metió en el túnel. El murmullo de unas alas le indicó que Gloria la había seguido. Nocturno y Profecía iban justo detrás de ella.

El suelo de roca estaba caliente bajo sus garras, más caliente que antes. Mientras avanzaban, la montaña volvió a temblar.

—Mmm —dijo Nocturno al venirle a la mente un pensamiento horrible —. No es posible que el volcán entre en erupción, ¿verdad?

Más adelante, entre las sombras, la forma oscura de Grandeza dejó de caminar y miró hacia atrás.

—No debería —respondió—. Nuestros científicos predijeron que

disponíamos de por lo menos dos años antes de que se produjera otra gran erupción.

—¿Cómo pueden estar tan seguros? —preguntó Profecía—. ¿Acaso alguno tuvo una visión?

Grandeza volvió a girarse y siguió andando sin responderle.

Nocturno se preparó para la llegada de otro temblor.

—No me gusta lo que se percibe en el aire —le susurró a Profecía—. No sé mucho sobre volcanes, pero estoy seguro de que no es buena señal que empiecen a hacer estas cosas.

—Pobres Alas Nocturnas —dijo Profecía con suavidad.

—Mmm —musitó Nocturno—. Más bien, yo diría que pobres de nosotros si no conseguimos salir de aquí pronto.

De repente, llegaron a la curva que daba directamente a la cueva de la reina. La reina Triunfal se sentaba muy erguida en su caldero de lava hirviente. Los miraba fijamente con unos ojos fieros en los que se reflejaba el brillo rojo de todo cuanto tenían a su alrededor.

Nocturno se quedó sin respiración cuando vio a otro dragón al fondo de la cueva: su padre, Erudito. El científico no paraba de dar vueltas sobre varios pedazos de metal en el suelo. Enseguida recordó haberlos visto en el laboratorio. Al juntarlos, parecían encajar y formar una armadura capaz de cubrir a un dragón entero, con espacio para verter algo entre el metal y las escamas del dragón.

«Lava —cayó en la cuenta—. Así es como Triunfal planea llegar al bosque tropical. Erudito le ha fabricado un recipiente portátil de lava. —Empezó a cavilar al respecto—. ¿Cómo planean mantener la lava caliente lejos del volcán? ¿Puede de verdad algún metal contenerla?».

En ese momento, reparó también en que su padre le había mentido al decirle que no conocía a la reina. Él debía de ser uno de los pocos dragones que estaban al tanto de la verdad y la ayudaban a mantenerlo en secreto.

Erudito alzó la mirada cuando entraron y la posó en Nocturno. Su gesto

denotaba sorpresa, pero con aire distraído, como si se afanara en algo más importante. Al cabo de unos segundos, volvió a inclinarse sobre la armadura sin decirle nada a su hijo.

—Idiota —espetó Triunfal en dirección a Grandeza.

Esta agachó la cabeza. Nunca se había parecido menos a una reina.

—¿Preparados? —siseó la reina.

—Los estamos congregando a todos —le explicó Grandeza—. Pero Madre, yo sola no puedo acaudillarlos en la batalla. ¿No podemos posponer el ataque? Erudito dice que tu armadura no está lista...

—Lo estará —siseó Triunfal—. Esta noche.

—No lo creo —contestó Erudito, nervioso, justo tras ella. Dejó caer un trozo de metal curvado que resonó con fuerza contra el suelo. Se estremeció —. Su Majestad, no entiendo por qué tenéis que ir. Necesito más tiempo para asegurarme de que esta solución funcionará.

—Hay que hacerlo bien —gruñó Triunfal—. No confío en ti para hacerlo bien.

Le dedicó a Grandeza una mirada llena de hastío.

—No deberías —dijo Grandeza, mientras se toqueteaba el collar del cuello—. No sé qué quieres que haga. De modo que venía a preguntarte, y entonces...

—Se topó conmigo —concluyó Gloria.

Erudito dejó escapar un grito de miedo cuando las escamas de Gloria cambiaron lentamente y se dejó ver, cambiando de color negro de las sombras a un precioso azul real con vetas doradas. Allí, en la cueva negra, entre todo aquel humo rojizo, parecía tan fuera de lugar que era imposible dejar de mirarla.

—Bueno, en honor a la verdad, se topó con mis garras —añadió, y entrecerró los ojos mientras miraba a la reina Triunfal.

—¿Y tú eres...? —gruñó la reina.

—La reina Gloria de los Alas Lluviosas. He venido a darte una última

oportunidad para que termines con esta guerra, o de lo contrario te destruiremos.

Desde el interior de la lava, la dragona soltó una risita que le hizo daño en la garganta. No les quedó la menor duda al respecto. Guardó un silencio prolongado, agarrándose el cuello, luego hundió todo el cuerpo bajo la lava y volvió a emerger.

—Divertido —dijo al final.

—No mucho —contraatacó Gloria—. Si crees que es difícil vivir tras un ataque de los Alas Heladas, espera a probar el veneno de los Alas Lluviosas. Me temo que tu bañera de lava no te servirá de nada contra eso.

A Triunfal le salían unas volutas de humo por los agujeros de la nariz mientras miraba a Gloria.

—¡Por las tres lunas! —dijo Grandeza, nerviosa, frotándose las garras—. ¿Se puede saber qué quieres?

—Nos vamos a llevar a nuestros prisioneros —empezó Gloria— y no volveréis a poner un pie en el bosque tropical. Dejaréis en paz a los Alas Lluviosas para siempre. Destruiremos el túnel que comunica nuestros reinos, renunciaréis a seguir adelante con la invasión y nunca, jamás, volveremos a oler siquiera a un Ala Nocturna cerca de nuestra villa; al menos, durante las próximas doce generaciones.

Nocturno se aclaró la garganta varias veces, para llamar la atención de los allí presentes, y Gloria lo miró.

—Además —añadió Gloria—, dejaréis de mangonear a los dragonets de la profecía, tanto a los reales como a los falsos. Dejaréis que salven al mundo y detengan la guerra como decidan ellos.

—Eso nunca —siseó la reina Triunfal—. ¡Nunca!

—¿Nunca qué? —le preguntó Gloria—. Porque no parece que haya muchas más alternativas.

—Veo una —aseguró Triunfal—. Que mueras.

Gloria dejó al descubierto sus dientes, y se los mostró a la reina Triunfal,

pero Grandeza la interrumpió con voz suplicante.

—Por favor, escuchadme. Nos estáis condenando a un final horrible —gritó—. El volcán no es solo una amenaza futura, sino que está arrancándonos nuestra fuerza vital, cambiando nuestros biorritmos naturales, amenazando nuestras reservas de comida y disminuyendo nuestra producción de huevos y de dragonets. Esta tribu se muere. Necesitamos desesperadamente un nuevo hogar.

—Vale, pero eso no os da derecho a quedaros con el nuestro, malditos gusanos asesinos —le contestó Gloria.

—¿Por qué no? —preguntó Erudito, con una voz realmente confusa.

—Porque una tribu entera ya vive allí. —Las escamas de Gloria refulgían de rojo y naranja por algunos lugares, destellos de ira, aunque la dragonet lo disimuló rápidamente—. Y si intentáis lastimar a mis Alas Lluviosas, lo lamentaréis.

—Espera —dijo Nocturno. El cerebro le trabajaba a toda velocidad: una nueva idea cobraba forma en su mente, como un tapiz que se abriera ante él —. Espera... Quizá... Quizá haya una manera. Gloria, para un momento y piensa. Hay mucho espacio en el bosque tropical. Los Alas Lluviosas lo repiten siempre que pueden. ¿Y si dejamos que los Alas Nocturnas vengan y construyan su aldea en el bosque tropical? Pero solo si juran aceptarte como su nueva reina.

Sobrevino un silencio, producto de la sorpresa.

—¿QUÉ? —rugió Triunfal.

Gloria inclinó la cabeza mirando a Nocturno. Parecía reacia a aceptar la idea, pero al mismo tiempo estaba intrigada.

—Piensa en ello —prosiguió Nocturno—. Un nuevo hogar para los Alas Nocturnas, a salvo y en paz. Tan solo basta con que renuncien a su crueldad y violencia y te obedezcan. Sabes que serías una buena reina de los Alas Nocturnas, tanto como lo eres ahora de los Alas Lluviosas.

—Mmm. —Gloria pensó en ello—. Convertirme en reina de una tribu

que siempre me ha tildado de vaga e inútil entrañaría una especie de justicia poética.

—¡ESO NUNCA! —gritó Triunfal, que acto seguido se calló. Luego se dobló por la mitad mientras tosía con fuerza durante un tiempo que se les antojó interminable.

Inquieto, Nocturno percibió de nuevo cómo el suelo temblaba a sus pies, con mucha más fuerza en esa ocasión.

—Nunca nos doblegaremos ante los Alas Lluviosas —gruñó Triunfal a modo de conclusión.

—Madre —replicó Grandeza, nerviosa—, a mí me suena bastante bien. Creo que es un buen plan, de hecho.

Triunfal tosió un trozo de hielo que se derritió nada más tocar la lava.

—Nunca quisiste ser reina. —Le costaba hablar—. Eres una heredera patética.

—Soy consciente de ello —le contestó Grandeza—. Ser reina es una tarea terrible.

Triunfal siseó de nuevo, más alto y durante más tiempo. Nocturno reparó en que estaba oyendo otra cosa... Un rumor lejano que parecía acercarse y cobrar más fuerza a cada segundo que pasaba.

—¿Y qué pasará con nuestra auténtica reina? —preguntó Erudito.

Nocturno miró directamente a las profundidades de azul helado de los ojos de Triunfal.

—En mi opinión, es perfectamente consciente de que no conseguirá llegar al bosque tropical. No puedes crear nada que la mantenga con vida allí. Morirá aquí, aplastada por el volcán junto al hogar de los Alas Nocturnas. Si quiere que su tribu sobreviva, tiene que entregársela a Gloria.

La cola de Triunfal se movía con tanta fuerza que salpicaba lava por los bordes del caldero. Las salpicaduras quedaban peligrosamente cerca de sus garras.

—Yo soy su reina. Yo —escupió.

—Espera, Nocturno —la interrumpió Gloria—. No he dado mi consentimiento a este plan. ¿Cómo confiaremos en los Alas Nocturnas si se instalan en nuestro bosque tropical? Son los mismos dragones que han secuestrado y torturado a mi tribu de manera sistemática. ¿Cómo crees que los perdonaremos? No quiero tenerlos cerca. —Negó con la cabeza—. No creo que esto funcione.

Erudito parecía estar a punto de vomitar cuando escuchó las palabras «secuestrado» y «torturado». Le dio la espalda a Nocturno y bajó la mirada hacia la armadura que tenía entre las garras.

—Puede funcionar —dijo Grandeza a la desesperada—. ¡Dadnos una oportunidad, por favor! Os prometo que podemos ser mejores.

—Vergüenza —gruñó Triunfal.

—No depende de ti —le dijo Nocturno a la reina de los Alas Nocturnas y se dio cuenta de que no le temblaba la voz. Tenía razón, lo sabía, y eso lo ayudó a sobrellevar el miedo—. Estás atrapada aquí. Ahora negociamos con Grandeza. —Se volvió hacia la princesa Ala Nocturna—. Vamos, hablemos de esto en otro lugar.

—¡No! —rugió Triunfal—. No puedes hacer esto. No te lo permitiré.

Se agarró con fuerza al borde del caldero con sus brillantes garras y luego, para horror de Nocturno, se impulsó y salió del amparo de la lava. Sus garras traseras se posaron en el borde del caldero. Abrió las alas cuan grandes eran, salpicando motas naranjas por toda la habitación. Su pesada cabeza se movía de adelante atrás, mirándolos a todos. Era enorme, tan grande como Oráculo, y desprendía un brillo terrible mientras la lava se deslizaba entre sus escamas, sus garras y su cola.

—Madre, para —gritó Grandeza.

—¡Su Majestad! —gritó a su vez Erudito—. ¡No podéis salir! Esperad... Mi experimento... —Señaló impotente la armadura que lo rodeaba.

—Yo acaudillaré a mi tribu y la pondré a salvo —siseó la reina.

La enorme dragona aterrizó en el suelo de piedra con un golpe, pero los

temblores duraron demasiado como para pensar que ella los había provocado. Era un terremoto, y particularmente intenso, pensó Nocturno al ver los cascotes de muro que caían al suelo.

—Tenemos que salir de aquí —le dijo a Gloria.

La reina Triunfal dio un paso hacia Gloria y Nocturno, y luego se detuvo, agarrándose de nuevo el cuello. Emitió un siseo ronco y terrorífico y dio otro paso. La lengua no paraba de entrar y salir de su boca; todo ello sin dejar de temblar. Al mirar a todos los que lo rodeaban, Nocturno distinguió el azul helado que se extendía rápidamente por todo su globo ocular.

—¡Madre! —rogó Grandeza—. ¡Vuelve a la lava! —Corrió al lado de su madre e intentó tirar de una de sus alas hacia el caldero. Erudito se le acercó por el otro lado y trató de envolver los brazos de la reina con trozos de metal.

Nocturno sabía que, aun en el supuesto de que la armadura funcionara, todo aquello llegaba demasiado tarde para ella.

Con un chillido horripilante, Triunfal se deshizo de su hija y de Erudito con un empujón y se dirigió a Gloria. La Ala Lluviosa dio un paso hacia atrás, pero la reina Ala Nocturna se desmayó en el suelo delante de ella. Sus extremidades convulsionaron violentamente, abría y cerraba las alas con espasmos, la cola se le movía adelante y atrás. Una escarcha blanca empezó a extendérsele por las escamas y el cuello, y luego, rápidamente, por todo el cuerpo.

La lava goteaba por el cuerpo de Triunfal, cada vez más rápido. El hielo le ganaba la batalla a su cuerpo. Grandeza se apretó contra la pared, gimiendo, tan lejos de la moribunda reina como le fue posible. Nocturno quería apartar la vista, pero no era capaz de mirar a otro lado. Notó que Profecía hundía el rostro en su hombro.

El cuello de la reina Ala Nocturna fue lo primero en congelarse, seguido por el pecho, las orejas, las alas, el hocico y, por último, el resto del cuerpo, hasta la punta de las garras y la cola. En apenas unos momentos, todo el

cuerpo de la dragona estaba cubierto de pequeñas volutas de hielo. Sus ojos eran estanques azules de rabia. Su boca se congeló, abierta por completo, como si hubiera albergado la intención de terminar con su vida en mitad de un grito de furia, pero ya era demasiado tarde, ya no saldría nada de aquel hocico.

Grandeza y Erudito miraron fijamente a la reina, con la incredulidad y el horror dibujados en sus caras.

Entonces la isla entera tembló como si un dragón gigante hubiera aterrizado en ella y Nocturno sintió un retortijón de miedo en el estómago.

El volcán estaba a punto de entrar en erupción.

CAPÍTULO 26

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo —resolvió Nocturno, que agarró a Gloria y tiró de ella hacia la puerta. Empujó a Profecía para que los precediera, y los tres cruzaron el túnel volando.

—¡Esperad! —escuchó gritar a Grandeza mientras corrían, pero cuando Profecía trató de detenerse, Nocturno la empujó para que siguiera adelante. No tenían tiempo para seguir con la charla diplomática. Escucharon varios pares de pies que corrían tras ellos, Grandeza tendría que hablar con ellos en cualquier otro lugar que no fuera el corazón de un volcán en erupción.

El mapa se le enganchó a Nocturno en los cuernos, y se rompió cuando el dragonet franqueó el agujero. Dio una voltereta hacia delante, quitándose el mapa de la cabeza y enrollándolo con las garras. Sin ser consciente de lo que hacía, se lo puso bajo un brazo y se lo llevó consigo cuando se abalanzaron hacia la puerta.

—¿Dónde están las mazmorras? —gritó Gloria.

—¡No hay tiempo! —le respondió Nocturno. ¿Acaso no notaba el temblor del volcán? La ceniza empezó a caer del cielo, y varias grietas parecidas a relámpagos empezaron a cubrir las paredes de la fortaleza.

—¡No vamos a abandonar a Mortífero! —Gloria agarró a Profecía—. Indícame la dirección e iré yo sola. Nocturno, sal de aquí. Saca a todo el

mundo de la isla.

«¿Mortífero?». Nocturno abrió y cerró la boca. No sabía que rescatar al asesino Ala Nocturna estuviera en la lista de tareas pendientes de Gloria, ni mucho menos que fuera tan importante como para arriesgarse a que la erupción del volcán acabase con ellos.

Profecía le señaló el camino a las mazmorras y Gloria salió disparada hacia allí sin esperar ninguna palabra más.

«¡No puedo dejar que vaya sola!». Nocturno sintió que se le salía el corazón. Recordó los esqueletos de Alas Nocturnas en la sala del tesoro. Pensó también en el río de lava que había consumido el viejo bosque y en las calaveras que había visto allí. Podía sentir el calor del volcán como si tratara de abrirse paso hasta ellos a través de las paredes que los rodeaban.

No deseaba otra cosa que volar hacia el túnel lo más rápido posible y huir en pos de la seguridad que le prometía el bosque tropical.

Pero Gloria no conocía el camino, ni sabía qué tenía que hacer una vez llegara.

Se giró y se topó con Grandeza justo detrás de él. Se retorcía las garras de nuevo. Tenía aspecto de estar destrozada por completo.

—¿Dónde están las llaves de las celdas de las mazmorras? —le gritó.

—Las... Las... Oh... Verás unas llaves escondidas en uno de los agujeros para las brasas que hay en las escaleras que conducen a las mazmorras —le explicó—. ¿Qué vamos a hacer con el volcán? ¿Ha llegado? ¿Ahora es cuando nos mata a todos?

«Sí».

—No tiene por qué —respondió Nocturno, tratando de aparentar una calma que no sentía en absoluto—. Llévate a Profecía al gran salón y explicadles a todos los Alas Nocturnos cuáles son nuestras condiciones. Si todos ellos le juran lealtad a la reina Gloria, nos plantearemos si los dejamos vivir en el bosque tropical. A quienes acepten, enviadlos por el túnel lo más rápido que podáis. Y a quien no lo haga, decidle que parta de

inmediato hacia el continente. Necesitan alejarse de aquí antes de que el volcán entre en erupción... La lava y el humo pueden llegar a muchos kilómetros de distancia.

—Pero Gloria no ha dicho que esté de acuerdo —señaló Profecía.

—Yo la convenceré —le prometió con una sonrisa—. Idos. Rápido.

Le dio un fugaz abrazo a Profecía con las alas. Notó cómo las escamas de ambos se acariciaban con suavidad. Luego se separó y se lanzó en pos de Gloria.

La encontró en el siguiente cruce, mirando a un lado y a otro con furiosa indecisión.

—Por aquí —le indicó su amigo. Corrió hasta dejarla atrás, en dirección a las escaleras que bajaban a la mazmorra.

No había tiempo para hablar. El temblor producido por el volcán rugía con tal intensidad que ahogaba todo intento de entablar conversación. El calor, el ruido y el temblor de las paredes ganaban en intensidad a medida que descendían.

Nocturno tuvo la certeza absoluta de que iban a morir allí abajo.

Se detenía en cada agujero que encontraba en la pared de la escalera, palpando con cuidado alrededor de las ascuas y chamuscándose las garras en más de una ocasión. Por fin, en el último, notó algo metálico y pesado que colgaba de un gancho dentro del agujero. Al tirar de él y sacar la garra se encontró con que las llaves estaban allí.

Esplendor estaba en la mazmorra, despierta y temblorosa como una hoja mecida por el viento. Se tapaba la cabeza con las alas.

—Todo va a ir bien —la calmó Nocturno desde el otro lado de los barrotes. Probó todas y cada una de las llaves—. Ya estamos aquí. Venimos a rescataros. Vas a ir a casa.

Esplendor alzó la mirada, pestañeando. Tenía las escamas de un color verde ácido brillante y un gesto genuinamente aterrorizado.

Nocturno miró a su alrededor y reparó que Gloria no se había detenido

junto a él. Se hallaba ante la celda de Mortífero, agarrada a los barrotes. Mientras Nocturno los miraba, Mortífero estiró las garras, las pasó por los barrotes y envolvió las de Gloria, mientras intercambiaban una mirada que decía «gracias» y un montón de cosas que Nocturno no tuvo tiempo de descifrar.

La cerradura giró por fin entre sus garras y la puerta se abrió. Esplendor se acercó a él, tambaleándose.

—Espera aquí —le dijo, y corrió hacia la puerta de Mortífero.

—¿Por qué no nos vamos ya de aquí? —gimoteó Esplendor.

Gloria cogió las llaves que Nocturno le tendía y empezó a probarlas, una tras otra. Era difícil asegurar si las garras le temblaban debido a los nervios, o si solo era una impresión causada por el temblor incesante de la montaña.

—No tienes por qué hacerlo —le dijo Mortífero, con la mirada fija en Gloria.

—Ah, ¿no? —le contestó Gloria, sin apartar la mirada de las llaves—. Eso me da algo de tiempo. Si no, buena suerte con el volcán.

Nocturno alzó la mirada, y la fijó en las grietas que aparecían en el techo. Vio un símbolo en lo alto de la celda de Mortífero... Un símbolo que había visto en una de las llaves.

—Prueba con esta —le dijo a Gloria, mientras le quitaba las llaves. Metió la que tenía el símbolo correcto. La cerradura giró y se abrió la puerta.

Mortífero se revolvió en sus cadenas mientras ellos entraban a la carrera en la celda. Esplendor corrió tras ellos, moviendo las alas sin parar. Toda ella era un remolino verde.

—¡Algo se está colando por entre los muros! —gritó—. ¡Vamos a morir todos!

Nocturno miró hacia el pasillo que conducía a la mazmorra y vio el brillo de la lava que se escurría entre las grietas de los muros.

—Tiene razón —le susurró a Gloria.

—Vosotros dos, idos ya —le dijo, concentrada tanto en las llaves que

tenía en las manos como en las cadenas de Mortífero—. Nosotros iremos justo detrás.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritó Esplendor.

—Dame solo un poco más de tiempo —le rogó Nocturno, que contuvo la respiración mientras Gloria probaba una llave tras otra.

—No tenemos más tiempo —gimoteó Esplendor—. ¡Vamos a explotar y acabar cubiertos de lava! ¡Derretidos y muertos!

A modo de respuesta, un estruendo feroz los hizo caer a todos al suelo. Gloria se puso en pie a duras penas y probó la última llave en las cadenas de Mortífero.

—¡Por fin! —gritó cuando las cadenas cayeron al suelo, resonando y tintineando como si tuvieran vida propia—. ¡Vamos!

La reina agarró a Mortífero del antebrazo y lo puso en pie. Alzaron el vuelo y recorrieron el corredor de las mazmorras. Nocturno y Esplendor los seguían de cerca.

La montaña temblaba con tal violencia que apenas podían correr. Nocturno y los otros dragones no paraban de chocar contra las paredes. El Ala Nocturna se concentró en las escaleras que tenían frente a ellos.

—Cuidado con los pies —les advirtió Mortífero.

Había ascuas calientes tiradas en los escalones donde habían caído desde sus nichos. Gloria barrió algunas con la cola, pero sintió un dolor intenso cuando le quemaron las escamas.

Corrieron escaleras arriba. Se tapaban la cabeza con las alas para protegerse de los trozos de roca que les caían del techo. Nocturno pisó un ascua y ahogó un grito de dolor. Parecía que las escaleras no se acabaran, pero al fin consiguieron llegar al primer piso.

—¡Por aquí! —Mortífero siguió un camino que Nocturno no había tomado nunca.

Un golpe ensordecedor les llegó de la cámara del consejo, y Nocturno pensó que había oído el grito de un dragón. Empujó a Esplendor por delante

de él. Incluso Gloria estaba ahora de color verde. Ningún Ala Lluviosa podía camuflar sus escamas cuando un terror de esas dimensiones los embargaba. Todos corrieron tras Mortífero, girando y recorriendo la laberíntica fortaleza, hasta que por fin vieron el cielo, o, al menos, la densa capa de nubes y cenizas que ahora rodeaba al volcán.

—Intenta no respirar —le dijo Gloria a Esplendor—. No estamos lejos del túnel.

Nocturno extendió las alas y saltó hacia el aire cargado de humo, aleteando con furia. Desde donde estaba, podía ver el río de lava que brillaba y burbujeaba a sus pies, más rápido y ancho de lo que jamás hubiera imaginado.. También podía ver una multitud cada vez más grande de dragones negros congregados en la playa, algunos de los cuales se peleaban entre sí con garras y dientes.

—Tenemos que llevarlos al bosque tropical —le dijo a Gloria, entre toses y jadeos—. De lo contrario, lo más probable es que toda la tribu de Alas Nocturnas desaparezca hoy.

—Lo tienen bien merecido —le contestó ella, pero, a juzgar por su expresión, Nocturno supo que su amiga no tenía intención de permitirlo.

El volcán empezó a lanzar piedras ardientes hacia el cielo, golpeando contra el suelo con una fuerza explosiva y cada vez más intensa. Uno pasó tan cerca del ala de Nocturno que el dragonet sintió el calor que le abrasaba las escamas.

Gloria giró en el aire, examinando las cuevas que tenía debajo.

—Espero que todos mis Alas Lluviosas estén ya a salvo.

Nocturno tomó una decisión que lo sorprendió incluso a él mismo. Solo fue consciente de ello cuando ya había hablado.

—Adelántate y ve al bosque tropical, asegúrate de que todos están bien y prepáralos para lo que se les viene encima —le dijo—. Yo reuniré a los Alas Nocturnas y los guiaré por el túnel.

Ella le dedicó una mirada sorprendida, pero no discutió.

—Tendremos nuestras lanzas, colmillos y dardos somníferos preparados —le contestó Gloria—. Vosotros dos, vamos. —Señaló con la cola a Mortífero y Esplendor, que corrieron tras ella.

Nocturno los vio franquear la entrada de la cueva. Allí brillaron las escamas verdes de dos Alas Lluviosas camuflados que les salieron al paso para darles la bienvenida.

Nocturno reparó en el montón de lanzas que se movían en el aire por las inmediaciones de la cueva y comprendió, horrorizado, que probablemente los Alas Lluviosas no permitieran a ningún Ala Nocturna cruzar el túnel. Había enviado a Profecía y a Grandeza para que los convencieran, pero los Alas Lluviosas no las conocían... De hecho, apenas conocían a Profecía, y no tenían motivo alguno para confiar en ellas.

A él sí que lo escucharían. Si podía convencer a los Alas Nocturnas de que acataran a Gloria como su reina..., si era capaz de guiarlos al bosque tropical de forma pacífica...

Pero si no podía...

Había un millón de cosas que podían salir mal. Los Alas Lluviosas podían sucumbir al pánico y atacar a los Alas Nocturnas que entraran en la cueva, incluso con el apoyo de Gloria. O tal vez los Alas Nocturnas mintieran para ponerse a salvo en el bosque tropical y luego atacaran a los Alas Lluviosas.

O tal vez el volcán los matara a todos antes de que pudieran llegar a ningún sitio.

Otra explosión del volcán lanzó fragmentos afilados de roca, que volaron a su alrededor. Nocturno sintió un dolor abrasador en un costado cuando uno de ellos le golpeó las escamas.

«No tengo tiempo para preocuparme por estas cosas —pensó, mientras daba la vuelta y volaba hacia la playa—. O escapamos ahora todos juntos... o moriremos todos».

CAPÍTULO 27

Parecía que toda la tribu se había reunido en la playa que tenía a sus pies. Nocturno describió amplios círculos, examinando a la multitud, hasta que vio a Grandeza y Profecía subidas a una roca, batiendo las alas para captar la atención de todo el mundo.

—¡Nunca nos dejarán pasar! —gritó un Ala Nocturna con largos arañazos en un costado—. ¡Tenemos que tomar el bosque tropical por la fuerza!

—No podemos vencerlos —gritó otro—. Se infiltraron en la isla, dejaron fuera de combate a todos nuestros guardias y escaparon con los prisioneros sin que llegáramos a saber que estaban aquí. Nos matarán en cuanto pongamos un pie en el túnel.

El volcán lanzó otra bocanada de rocas ardientes al aire. Casi todos los dragones negros se lanzaron al suelo, gritando de terror.

—¡Escuchadme! —los llamó Nocturno, que volaba por encima de Grandeza—. Es la única manera de escapar y de estar a salvo. Os prometo que los Alas Lluviosas serán misericordiosos si acatáis a Gloria como vuestra reina.

—¿Cómo va a dirigir nuestra tribu una Ala Lluviosa? —gritó una voz que Nocturno reconoció como la de su hermana. Mordida Feroz extendió

las alas y agitó las garras en su dirección.

—Pues lo hará mejor que la reina Triunfal —le contestó Nocturno—. Porque esta ha muerto.

La tribu entera enmudeció por la sorpresa. Todos miraron a Nocturno con suspicacia. Nocturno encontró a Erudito, que se removía nervioso, con los brazos llenos de pergaminos. Por fin encontró a Oráculo al fondo del todo. El enorme dragón le devolvió una mirada tan fiera que un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Nocturno, desde las alas hasta la punta de la cola.

—Pero Grandeza... —amagó con replicar uno de los Alas Nocturnas, que no las tenía todas consigo.

—El plan cuenta con mi aprobación —contestó Grandeza—. Es la única manera de asegurar la supervivencia de nuestra tribu.

—Gloria os cuidará —añadió Nocturno, convencido—. Será una reina justa y estaréis a salvo en el bosque tropical en vez de estar atrapados aquí.

El humo se había vuelto tan denso que era difícil ver a los dragones que tenía frente a sí. Una fina capa de ceniza gris les cubría todo el cuerpo y hacía que la arena resbalara bajo sus garras.

El volcán rugió con fuerza.

—Lo haré —dijo Garras Poderosas desde la primera fila—. No puede ser peor que quedarse aquí.

—¿Cómo sabemos que no nos matarán? —preguntó otro dragón.

—Yo confío en ella —le respondió Grandeza.

—Y adivinad lo que sí que os matará si os quedáis aquí —añadió Profecía, señalándolo—: El volcán. Así que venga, ¡larguémonos de aquí! Entonad todos un: «¡Viva la reina Gloria!» —Y se alzó en el aire, de camino al túnel.

—¡Viva la reina Gloria! —gritó Garras Poderosas, alzándose también en el aire.

—¡Viva la reina Gloria! —gritó otro dragón, y luego otro, y otro.

Nocturno esperaba que Gloria pudiera oírlos. Aquella debía de ser la cosa

más rara que le hubiera pasado en la vida: la tribu que siempre se había creído superior se inclinaba ante la más «inútil» de los dragonets.

Voló por delante de ellos, hasta la cueva, y se encontró con que los Alas Lluviosas se habían ido. En su lugar estaban Cieno, Tsunami y Sol. Nada más verlos, sintió que podía volver a respirar con normalidad.

—Espero que sepas muy bien lo que estás haciendo —le dijo Tsunami a Nocturno en cuanto aterrizó a su lado—. Es un pésimo plan. No nos podemos fiar de los Alas Nocturnas.

—Yo creo que es un plan brillante —replicó Sol con tono afectuoso—. Creo que tú eres brillante. Creo que es la mejor idea del mundo.

A Nocturno no se le había pasado por la cabeza lo que Sol pensaría de su idea... por primera vez en su vida. Le dedicó una sonrisa tímida, emocionado por haber hecho (aunque fuera de forma accidental) algo que le gustara tanto a su amiga.

—Será mejor que nos demos prisa —intervino Cieno alzando la mirada hacia la montaña que ya escupía chispas naranjas brillantes hacia el cielo—. Vamos, rápido —apremió a los Alas Nocturnas que se acercaban a ellos, y les tendió las garras.

Garras Poderosas fue el primero en aterrizar.

—¡Viva la reina Gloria! —gritó, adentrándose en el túnel a la carrera. Nocturno lo siguió con la mirada lo suficiente como para ver que el dragonet trepaba hacia el agujero y desaparecía.

Grandeza fue la siguiente. Se movió tan rápido como Garras Poderosas. Se demoró un instante al lado de Nocturno; las alas ocupaban por completo el túnel y los ojos nerviosos no paraban de mirar atrás, hacia el volcán.

—Cómo me alegro de no tener que ser reina —le susurró justo antes de desaparecer a la carrera.

«Escapando antes que el resto de su tribu —pensó Nocturno—, en vez de esperar y asegurarse de que todo el mundo está a salvo. Todos los Alas Nocturnas deberían estar contentos de que nunca vaya a ser su reina».

El dragonet retrocedió un paso. Entonces, una marabunta de Alas Nocturnas empezó a adentrarse en el túnel.

—¡Por nuestra nueva reina! —oyó gritar a algunos de ellos.

—¡Reina Gloria!

—Esto está mal —murmuró alguien.

—¡Piensa en la comida! —le contestó otro.

—Y el olor del bosque tropical... ¿Has estado alguna vez? —dijo otro—. Es alucinante, como si el aire estuviera cargado de agua y luz.

—Por fin podrás probar un coco de verdad —le dijo un dragón a otro mientras pasaban.

—Árboles de verdad —se susurraban entre ellos algunos dragonets—. ¡Luz del sol de verdad! ¡Mangos de verdad!

Nocturno se abrió paso entre la riada de dragones negros hasta alcanzar a sus amigos, al otro lado. El cielo estaba cubierto de nubes oscuras y un montón de ceniza gris les caía encima como si de nieve se tratara. Un nuevo río de lava salía de la parte de arriba del volcán y descendía por uno de los lados de la montaña, burbujeante. Los terremotos se sucedían en oleadas y eran cada vez más fuertes, como si un dragón gigante tratara de abrirse paso hacia ellos a través del océano.

—Estamos obligándolos a gritar «Viva la reina Gloria» antes de cruzar —le dijo Tsunami a Nocturno mientras agarraba de la cola a un Ala Nocturna—. Eh, tú, dilo.

—Viva la reina Gloria —gruñó este, y Nocturno reconoció a Fortachón, el asistente de laboratorio de su padre.

—Una vez más, con sentimiento —lo azuzó Tsunami—. O te las tendrás que ver con el volcán de ahí arriba.

El volcán rugió, obediente.

—¡Viva la reina Gloria! —soltó Fortachón, con fuerza.

—Mejor así —concedió Tsunami, y lo dejó ir.

A Nocturno le sorprendió ver a un dragón marrón que se acercaba entre

la marea de dragones negros. Por un momento creyó que sería Cieno, pero este estaba a su lado. Luego, con un enorme sentimiento de culpa, se acordó de Ocre, que había salido de caza aquella mañana, aunque en aquel momento le parecían semanas.

«Podría haberlo dejado aquí. Ni siquiera me había acordado de ir a buscarlo».

—Eh... Esto... —le dijo Ocre mientras se acercaba volando hasta ellos e inclinaba la cabeza hacia Nocturno—. No estoy muy seguro de lo que sucede aquí, pero... ¿parece que todo el mundo se larga con bastante prisa? ¿Y alguien ha dicho algo de que hay plátanos por aquí?

—Solo tienes que seguir a los otros por el túnel —le dijo Nocturno—. Ya te lo explicaremos todo más tarde.

Ocre no discutió. Un momento después, también había desaparecido en dirección al bosque tropical.

—Nocturno, este dragón quiere hablar contigo —lo llamó Cieno.

—Vaya —dijo Nocturno cuando se topó con aquellos ojos—. Cieno, este es Erudito. Mi... mi padre.

El delgado dragón negro aún sujetaba varios rollos de pergaminos contra su pecho y no paraba de mover las garras, inquieto. Trató de aferrarse a las garras de Nocturno, se le cayeron algunos pergaminos, los volvió a coger y murmuró:

—Estaba pensando que, en medio de esta inoportuna coyuntura, puede que nuestros nuevos anfitriones me odien. ¿Tú qué crees? ¿Tengo motivos para estar preocupado? ¿Me dejarán de verdad vivir allí, después de todo lo que ha sucedido? Me temo que pudieran tener ciertas... ciertas reticencias.

Nocturno comprendió que lo que de verdad buscaba su padre era una mentira piadosa, pero no estaba dispuesto a concedérsela.

—Seguramente te odien —le dijo—. Creo que deberían, ¿tú no?

—Pero... —Erudito estaba nervioso, y le iba dando vueltas a los pergaminos que tenía entre las garras—. Pero... pero... la ciencia... el

conocimiento... y mis órdenes... y...

—No hay excusa que valga —lo cortó Nocturno—. Cuando llegues allí, dile a la reina que lo sientes y acepta el castigo que ella considere oportuno. Ese es mi consejo.

—O no vengas —intervino Tsunami desde detrás del dragón—. En vez de venir, prueba suerte con el océano —le dijo, señalando al agua.

Erudito movió la cola con un gesto de preocupación. Vio a los Alas Nocturnas pasar a su lado hacia la cueva, con tanta más rapidez cuanto más amenazadores y persistentes eran los rugidos del volcán.

—Me disculparé —dijo, y tomó una profunda bocanada de aire—. Por nuestra nueva reina —añadió mientras miraba a Tsunami.

—Vale. Pasa —concedió ella, y se apartó de su camino.

—Llévate esto —le dijo Nocturno en el último momento, consciente de que todavía tenía el mapa con las guaridas de los carroñeros. Introdujo el papel doblado entre los pergaminos que su padre llevaba en los brazos y Erudito se dirigió a la carrera hacia el túnel con todos sus papeles apretados con fuerza contra el pecho.

—Igualito que tú cuando teníamos que escapar de las montañas —le dijo Sol, y le dio un golpecito en un costado—. Intentando llevarse todos los pergaminos.

—Espero que no tengamos nada más en común —añadió Nocturno con un movimiento de la cola.

—No te des por vencido con él aún —le aconsejó Sol. Nocturno pensó que ella debía de ser la única dragona dispuesta a perdonarle a Erudito todo lo que había hecho.

—Chicos —llamó Tsunami en voz baja—. Mirad quién es el último Ala Nocturna.

Nocturno se giró: ya sabía la respuesta.

Los últimos Alas Nocturnas pasaron a la carrera, gritando: «¡Por la nueva reina! ¡Por la reina Gloria!» mientras se zambullían en el túnel. Una vez

hubieron pasado todos, solo quedaron los cuatro dragonets sobre el saliente. Se enfrentaron a Oráculo mientras este aterrizaba.

Se cernió sobre ellos, terrorífico, amenazante y furioso, exactamente igual que cuando lo conocieron bajo la montaña, apenas hacía unas pocas semanas.

«Los Alas Nocturnas son superiores a cualquier otra tribu —recordó Nocturno que le había dicho en su reunión secreta—. Tienes que actuar como un líder para que te traten como tal. No dejes que nadie vea tus debilidades. No tengas ninguna debilidad».

Nocturno siempre había estado convencido de que no tenía más que debilidades, pero, después de todo lo que había hecho aquel día, empezaba a pensar que quizá no fuera tan inútil como pensaba, con poderes o sin ellos.

—Esto no puede salir bien —les gruñó Oráculo—. Los Alas Nocturnas nunca se inclinarán ante una dragona de otra tribu, mucho menos una Ala Lluviosa. En cuanto estemos a salvo, nos volveremos contra vosotros.

—En tal caso, acabaréis de nuevo aquí —escupió Tsunami, agitando las garras en dirección al paisaje desolador y cubierto de cenizas que tenía a sus pies—. O muertos. Me vale cualquiera de las dos cosas.

—Nosotros os creamos —gruñó Oráculo—. Vosotros, dragonets, sois importantes gracias a nosotros y podemos destruiros con la misma facilidad con que os creamos.

—No, no puedes —habló Sol—. Tenemos una profecía que cumplir, y ya no puedes hacer nada para detenerla.

Oráculo soltó una risotada que bien podría haber sido un ladrido.

—¿Detenerla? Llevo casi veinte años intentando que se cumpla.

—Las profecías no funcionan así —insistió Sol—. No puedes hacer que se cumplan como tú quieras. Lo que tenga que suceder, sucederá... Así es como funciona el destino.

El volcán disparó una nueva riada de lava hacia el aire y el suelo tembló

con tanta fuerza que los cuatro dragonets tuvieron que agarrarse al muro de roca para no caerse.

—Todo lo contrario. Puedo hacer que mi profecía se cumpla tal y como yo quiera —le contestó Oráculo con voz sibilina—, teniendo en cuenta que fui yo quien se la inventó.

CAPÍTULO 28

La tierra empezó a temblar sin control. Un temblor continuo que hacía castañear los dientes de Nocturno y que lo hacía sentir como si el saliente estuviera a punto de desvanecerse bajo sus pies. El volcán volvió a rugir y otra fuente de lava se derramó por un lado y empezó a recorrer la ladera de la montaña.

El brillo naranja del volcán le iluminó el rostro a Oráculo. Tenía la crueldad dibujada en cada línea de su hocico.

—Que tú... ¡¡¡¿¿¿QUÉÉÉ???!!! —preguntó Tsunami.

«La profecía no es real. —Esas palabras carecían de sentido para Nocturno. No podía hacer que encajaran en su mundo y en la manera en que siempre había creído que funcionaba—. La profecía de los dragonets no es real».

—¡Eso no es verdad! —gritó Sol—. Solo lo dices porque eres un dragón horrible.

El volcán emitió un rugido parecido al que harían veinte dragones a los que les hubieran pisado la cola.

—Es totalmente cierto —gruñó Oráculo—. La reina Triunfal y yo la escribimos juntos después de que la última erupción destruyera parte de nuestra fortaleza. Éramos conscientes de que no tardaríamos en necesitar un

nuevo hogar, y la profecía era el medio perfecto para llevar a cabo nuestro plan.

—¿Cómo? —le preguntó Nocturno, repasando la profecía en su mente—. ¿Qué tiene que ver la profecía con el lugar donde vivan los Alas Nocturnas?

—Con arreglo a nuestra idea, controlaríamos a los dragonets —le explicó Oráculo— introduciendo a un Ala Nocturna que, por su propia naturaleza, sería el líder del grupo. Tu fallo garrafal en ese aspecto fue nuestro primer contratiempo. Luego escogeríamos a una aliada de entre las reinas y, llegado el momento, los Alas Nocturnas se unirían a la guerra. Con nuestra fuerza y unas tropas cada vez más numerosas, desequilibraríamos la balanza y nuestra aliada ganaría.

—Y luego vuestra aliada, quienquiera que fuera la elegida, os ayudaría a quedaros con el bosque tropical —dedujo Nocturno—. Siempre ha girado en torno a vosotros, pero de tal forma que nadie se diera cuenta. «La oscuridad se alzará para traer la luz...» Esos son los Alas Nocturnas.

—Exacto. La única parte importante de verdad de la profecía. No podíamos ser demasiado obvios —dijo Oráculo. A sus espaldas un humo oscuro salía del volcán a una velocidad alarmante—. ¿El resto? Una cortina de humo.

—¡No! —Sol ahogó un grito, pero los demás dieron un respingo—. ¡La profecía es real! Nacimos para acabar con las batallas..., ¡para detener la guerra y salvar a todo el mundo!

—Me temo que no —le contestó Oráculo, con tono desagradable—. Sois tan normales como los demás dragones.

—Guau —dijo Cieno—. Ahora entiendo por qué siempre me he sentido tan normal.

—Pero no lo eres, no eres normal —objetó Sol con la voz ahogada por las lágrimas. Nocturno nunca la había visto tan enfadada. Dio un paso hacia ella, tratando de rodearla con sus alas, pero ella lo apartó—. ¿Y qué me dices del huevo rojo de Ala Lodosa? ¿Y de mi huevo completamente solo

en el desierto?

—Hay patrones científicos para explicar cosas como la aparición de huevos de sangre —se limitó a decir Oráculo—. Los estudiamos y los usamos en nuestras profecías para impresionar a los inferiores con menos conocimientos científicos. Y respecto a lo del huevo de Ala Arenosa, planeamos colocarlo nosotros mismos, pero lo que ocurrió fue que nos dieron el chivatazo de que el tuyo ya estaba allí, en el desierto. Una casualidad.

—No, no lo fue. Fue el... destino —hipó Sol.

—Por un lado, eres lo peor —le dijo Tsunami a Oráculo—. Pero por otro, Sol, piensa en lo que todo esto significa. Podremos vivir nuestras propias vidas. No tenemos por qué seguir ningún plan que las estrellas decidieran por nosotros. Somos libres.

—¡Pero yo quiero parar la guerra! —gritó Sol—. Todos esos dragones que aguardan ahí fuera... Todos ellos creen en la profecía. ¡Creen en nosotros! Si nos damos por vencidos, ¿quién los salvará?

—Nadie —le dijo Oráculo—. Ya no tiene sentido. Los Alas Nocturnas están ya en el bosque tropical, así que no tenemos ninguna razón para participar en la guerra. Esta continuará de todos modos. Más y más dragones morirán cada día, seguramente durante generaciones. Todos ellos se preguntarán qué habrá sido de los maravillosos dragones que en teoría iban a salvarlos, pero que obviamente fallaron.

Sol dejó escapar un sollozo furioso, luego se giró sobre sí misma, empujó a Nocturno, voló hasta el túnel y desapareció por el agujero que comunicaba con el bosque tropical.

Oráculo dio un paso como si tuviera la intención de seguirla. De un salto, Nocturno se interpuso en su camino.

—No puedes venir al bosque tropical con nosotros —le dijo. Su voz temblaba tanto como el terremoto que se había desatado bajo sus garras.

Cieno y Tsunami se colocaron a su lado.

—Tiene razón —dijo Tsunami—. Incluso si fingieras jurar fidelidad a Gloria, sabemos que estarías mintiendo. Llegados a este punto, ya no podremos confiar en nada de lo que digas o hagas.

—Deberías irte —le dijo Cieno—. Vuela cruzando el mar tan rápido como puedas. Quizá consigas ponerte a salvo antes de que el volcán explote de verdad.

—Tampoco es que nos importe lo que te pase —añadió Tsunami.

Oráculo esbozó una mueca de pura incredulidad.

—¿Y quién va a pararme? ¿Vosotros tres?

—Sí —le dijo Nocturno.

—Y yo —escucharon la voz de Profecía justo detrás de Nocturno.

El Ala Nocturna notó que su cola y la de Profecía se acariciaban.

El Ala Nocturna gigante soltó una risotada, como si la llegada de Profecía solo hiciera toda aquella situación más divertida.

—Aquí estáis todos los dragonets que quiero ver muertos —dijo—. En un único y conveniente lugar.

Abrió la boca, siseando y a punto de lanzar una bocanada de fuego.

Y entonces el volcán explotó.

No se pareció a nada que Nocturno pudiera imaginar. Fue como si la tierra se hubiera vuelto del revés, derrumbando la cima de la montaña y lanzando una inmensa y ondulante nube de humo ardiente al aire, tan alta como cien dragones. Luego cayó, y mandó todo el fuego, piedra, cenizas y muerte por la ladera hacia ellos más rápido de lo que un dragón podría volar.

—¡Corred! —gritó Nocturno, mientras se giraba y empujaba a Profecía por delante de él.

Recorrieron el túnel con Tsunami justo tras su cola y Cieno detrás de ella. Los pesados pasos de Oráculo retumbaron a sus espaldas, pero ya no tenían tiempo para enfrentarse a él.

Profecía cruzó el agujero en primer lugar. Nocturno se encontró a sí

mismo girándose y agarrando a Tsunami, a quien lanzó a continuación.

Se encontró de cara a la entrada de la cueva y vio la bola de fuego que se dirigía hacia ellos, y llenaba el túnel de pared a pared con resplandecientes llamas naranjas. La figura oscura de Oráculo se dibujó contra el fuego durante un breve y horriblemente brillante momento. Y entonces, de pronto, el enorme Ala Nocturna desapareció, engullido por la explosión volcánica.

Apenas un instante después, el calor alcanzó las escamas de Nocturno como si este hubiera caído directamente a la lava. Una puñalada de agonía le atravesó los ojos y los cerró con un grito de dolor.

Y entonces sintió unas alas que lo envolvían, y se dio cuenta de que era Cieno... Cieno y sus escamas a prueba de fuego.

El Ala Lodosa lo levantó, haciéndole de escudo con su cuerpo, y se lanzó al túnel.

«¿Nos seguirá el fuego? —se preguntó Nocturno. Notó que la cabeza le daba vueltas—. ¿Cómo funciona la magia de los animus...? ¿Cruzaremos hasta el bosque tropical, donde estaremos a salvo, o el fuego nos alcanzará allí...?

Notó la lluvia que se deslizaba por sus escamas, con suavidad, y notó varias garras que le rodeaban los brazos. Le colocaron varias hojas húmedas y frescas contra la cara y escuchó el murmullo de cientos de voces de dragones sobre un fondo de sonidos nocturnos del bosque tropical: perezosos que gorjeaban, insectos y ranas que entonaban sus canciones nocturnas... Y, de entre todas las garras, estaba seguro de notar las de Sol. Notó el calor de sus escamas, que sería capaz de identificar en cualquier lugar, incluso con los ojos cerrados («o... ¿ciego?») y la notó apretarse contra él y susurrarle... Pero... ¿por qué sonaba como la voz de Profecía?

—Nocturno..., has sido muy valiente.

Y luego el calor se fue y se preguntó si se lo había imaginado. En ese momento, el dolor se extendió por todo su cuerpo y abrió la boca para gritar, pero dolía demasiado.

Notó que algo se le clavaba en el cuello y tuvo solo un momento de lucidez para pensar: «Un dardo somnífero, qué buena idea». Y después todo, todo (el dolor, la preocupación, Sol y Profecía, la verdad sobre la profecía, el miedo al volcán...), todo desapareció y Nocturno se hundió en una oscuridad tan negra como las escamas de un Ala Nocturna.

EPÍLOGO

La nieve caía, gruesa y rápida, y los copos de nieve, a merced del viento gélido, golpeaban el suelo helado.

Una Ala Arenosa tiritaba mientras esperaba extramuros de su fuerte, envuelta en sábanas y tratando de exhalar fuego hacia el aire que la envolvía.

—Por... por favor, ¿podemos entrar ya? —le dijo a la enorme dragona blanca que tenía a su lado.

—No —le contestó la reina Glacial—. No podemos confiarle a nadie esta información hasta que hayamos tomado una decisión.

Sus ojos azules árticos repasaron a los guardias Alas Heladas que estaban apostados lo suficientemente lejos como para que no las escucharan, observando el cielo en busca de algún peligro. Brilló la escarcha que les cubría las alas y los cuernos. Las puntas que tenía al final de la cola eran afiladas y frías como carámbanos.

Llamas suspiró.

—Quieres decir hasta que «tú» hayas tomado una decisión.

—Tu opinión es siempre bienvenida —le dijo Glacial con calma. Sabía perfectamente que era imposible que la Ala Arenosa dijera algo constructivo o no estuviera de acuerdo con la reina Ala Helada.

—Me duele el cuello. —Llamas dio un fuerte pisotón y se señaló el

vendaje que tenía en el cuello—. Ay. ¿Crees que me dejará cicatriz? Me pondré hecha una furia si me deja alguna marca.

—¿Estás segura de lo que oíste? —le preguntó Glacial—. ¿Los Alas Nocturnas han elegido ponerse del lado de Ampolla y tratan de forzar a los dragonets para que también la elijan?

—Eso fue lo que parecía —dijo Llamas—. Pero lo más importante es que... ¡ese Ala Nocturna intentó matarme! Vas a matarlo, ¿verdad?

—Si tenemos que hacerlo, los mataremos a todos. —Glacial fue tajante —. No tengo nada en contra de que nos deshagamos de todos los Alas Nocturnas. Pero deberíamos pensar en qué hacer con los dragonets de la profecía.

—Parecían bastante agradables —dijo Llamas, frotándose las garras para intentar entrar en calor—. Algunos de ellos tenían una pinta muy graciosa. Y todavía no entiendo qué hacía esa Ala Lluviosa con ellos. Además, era un poco demasiado hermosa. Creo que es mejor tener la justa medida de hermosura, ¿tú no? Demasiado hermosa es molesto.

—De hecho —le dijo Glacial sin apenas prestarle atención—, no queremos que les digan a nadie que han elegido a Ampolla. Minaría la moral de nuestros dragones.

—¡Pero es imposible que la elijan a ella ahora que me han conocido a mí! —gritó Llamas—. ¡Ahora saben que soy maravillosa y que sería una gran reina! Sin duda, me elegirán a mí.

—Mmmm. —Glacial parecía pensativa.

La Ala Helada no tenía la misma fe que la Ala Arenosa en las habilidades persuasivas de Llamas, ni en su despampanante carisma. De hecho, aquella alianza con Llamas no se basaba en el potencial que tenía la dragona para ser reina, sino en las promesas de un futuro nuevo territorio para los Alas Heladas.

—Bueno —dijo Glacial—, solo en caso de que estén tomando la dirección equivocada, creo que deberíamos hacer un esfuerzo para

encontrar a esos dragonets. Me encantaría poder hablar con ellos yo misma.

—Vale, está bien —concedió Llamas, sacudida por un violento temblor —. Te diré todo lo que sé sobre la pinta que tienen y sobre lo que dijeron. Pero, por favor, ¿podemos entrar ya?

Glacial asintió, pensativa, y Llamas se giró hacia la puerta.

A la reina Ala Helada se le daba bien juntar pistas y averiguar cosas. Encontraría a los dragonets. Y de verdad que empezaría hablando con ellos..., solo para averiguar hacia qué lado se inclinaban.

Pero por supuesto, si se inclinaban hacia el lado equivocado... Bueno, unos pocos dragonets muertos por allí y por allá apenas se notarían en una guerra como aquella.

Una figura serpentina se deslizaba por la oscuridad. Emitía un suave siseo.

Bajo el saliente de su montaña, en un valle oculto, los rescoldos del fuego brillaban tras las ventanas, la mayoría de ellas cubiertas por espesas cortinas negras.

Ampolla entrecerró los ojos, mirando hacia la guarida de los carroñeros. ¿Qué motivos tenía Oráculo para pensar que a ella le preocuparía un nido de ratas lleno de pálidas criaturas de dos patas débiles y gritonas? No tenía hambre. Ni siquiera le apetecía quemar hasta los cimientos sus patéticas y enanas cabañas. Estaba demasiado enfadada.

Un susurro de alas en el viento la hizo girarse, con el aguijón de su cola en alto, dispuesto a atacar.

Pero no era ningún enemigo. Tampoco era Oráculo. Era aquel líder pusilánime de los Garras de la Paz, el Ala Marina. Y llevaba a alguien consigo. Entrecerró los ojos cuando aterrizaron.

—Perdonad mi tardanza, reina Ampolla —la saludó Nautilo con una reverencia.

—¿Dónde está Oráculo? —le preguntó la Ala Arenosa.

—No... No lo sé —tartamudeó el Ala Marina—. Di por hecho que ya estaba aquí. No lo veo desde que se llevó a los dragonets de repuesto del

campamento de los Garras de la Paz. Pero estaba al tanto de que se requería su presencia aquí para encontrarse con vos esta noche, y yo tenía que hablar con él.

Cuadró los hombros. Era obvio que trataba de aparentar menos pavor del que se sentía en realidad.

—Bueno, pues no está aquí —escupió Ampolla—. ¿Y ese quién es?

Nautilo llevó al dragonet hacia delante, rodeándolo con su ala. Era otro Ala Marina, asustado, verde y tembloroso.

—Mi hijo —susurró Nautilo, mientras le tocaba la cabeza al dragonet—. Calamar. Oráculo lo abandonó para dejarlo morir en las montañas, pero, por algún milagro del destino, uno de nuestros espías lo encontró primero.

Sus ojos fríos brillaban bajo la luz de las dos lunas llenas.

—Odio a los Alas Nocturnas —murmuró Calamar.

—Yo también los odio bastante —concedió Ampolla.

Siempre le habían irritado aquellos encuentros con Oráculo..., esas reuniones, como él las llamaba, justo cuando y donde él quería, sin que ella tuviera la menor posibilidad de contactar con él. Una alianza con los Alas Nocturnas y controlar a los dragonets del destino compensaría de sobra todas aquellas molestias, pero de momento no se había materializado ninguna de las promesas que les habían hecho.

Peor aún, de hecho daba la impresión de que estaba perdiendo aliados. Por supuesto, contaba con la lealtad del pequeño grupo de Alas Arenosas escondidos y a salvo en la bahía de las Mil Escamas. Los controlaba con una precisión absoluta, sabedora de cada pequeño movimiento que hacían y de cada pensamiento que tenían. Los había engañado para que se espiaran los unos a los otros haciéndoles creer que cada uno de ellos pertenecía a una élite especial que le informaba directamente a ella. Cualquier tentativa de insubordinación o debilidad se castigaba con la muerte en el acto.

Pero la alianza que había forjado tantos años atrás con los Alas Marinas se le había escurrido entre las garras como hielo derretido. Después de la

destrucción del Palacio de Verano, la reina Coral se había ido con su tribu a su hogar secreto bajo el mar, y nadie la había vuelto a ver, ni a ella ni a ningún otro Alas Marinas. Ampolla había ido a las ruinas del Palacio de Verano casi a diario desde el ataque, pero no había dejado ningún mensaje, ni la esperaba ningún dragón para contarle lo que estaba ocurriendo. Ningún pergamino en el que la reina de los Alas Marinas se disculpara.

Si Oráculo no aparecía..., ¿qué haría? No tenía ni idea de dónde se ubicaba la isla de los Alas Nocturnas. No tenía manera de mandarle un mensaje. Ni tampoco conocía a ningún aliado Ala Nocturna con el que pudiera hablar.

A fin de cuentas, tal vez sí que estuviera de humor para prenderle fuego a la guarida de los carroñeros.

Nautilo se sentó con las alas alrededor de Calamar, acunándolo. Sus escamas que brillaban en la oscuridad se iluminaron tenuemente como si mantuviera una conversación privada con su hijo, una y otra y otra vez.

—Si Oráculo no aparece —dijo Ampolla—, tengo sospechas más que fundadas acerca de quién es el culpable.

Ambos Alas Marinas alzaron la mirada, sorprendidos.

—Los dragonets —siseó la dragona—. No este sucedáneo. Los originales. Desde que escaparon de sus captores, no hacen otra cosa que dar problemas.

Nautilo entrecerró los ojos.

—Nosotros los llamamos «guardianes» —dijo—. Pero tienes razón. Allá donde los dragonets vayan, parece que dejan un mar de caos a su paso.

—Bueno, pues le han causado caos a la dragona equivocada —gruñó Ampolla. Dirigió la mirada hacia la durmiente guarida de los carroñeros, flexionando las garras mientras soñaba con la futura venganza—. Dondequiera que estén, les daré caza. Los encontraré y, con profecía o sin ella..., los mataré.

El sol era caliente y abrasador, y caía a plomo sobre la arena que rodeaba la fortaleza mientras el escuadrón de Alas Arenosas aterrizaba en el patio. El olor de las cabezas decapitadas en los muros era más fuerte de lo habitual. Brasas tomó aire con fuerza. Le gustaba el olor a podredumbre, pero le gustaba aún más las miradas asustadas en las caras de los soldados cuando lo hacía.

Un dragón dio un paso hacia el gran salón, caminando sobre las piedras calientes del patio, acercándose a ella. El patrón de diamantes negros de sus alas siempre le recordaba a Ampolla. Le resultaba muy difícil no quedarse mirando a su hermano cada vez que lo veía. Pero él ya estaba acostumbrado a eso.

—No te esperaba hasta mañana —le dijo Combustión. Su lengua bífida entraba y salía de su boca sin parar.

Ella entrecerró los ojos, mirándolo fijamente, y esperó.

Al cabo de un segundo, él añadió:

—Su Majestad. No te esperaba hasta mañana, Su Majestad.

A la dragona no le gustó el tono sarcástico de su voz, pero eso era algo que no pensaba admitir ante sus soldados. Ya lo discutiría con él más tarde, en privado, donde pudiera hundirle las garras en las escamas y arrancarle una disculpa sincera.

—¿Cómo está nuestra invitada? —preguntó Brasas, que despachó a sus soldados con un coletazo.

—Extraordinariamente. Sigue muy poco complacida de estar aquí —le contestó—. Quizá quieras trasladarla a una... habitación más vacía. Ha destrozado todo lo que ha podido alcanzar de tu colección.

Brasas siseó.

—Vaca desagradecida.

—¿Alguna noticia sobre los dragonets? —le preguntó su hermano, mientras la seguía hasta el gran salón.

—Se han desvanecido de nuevo —contestó Brasas—. Aunque por el

Reino Celeste corre el rumor de que son los culpables del incendio del puesto de avanzadilla norteño y de las muertes de todos esos soldados Alas Celestes... Parece como si se tratara de algún tipo de venganza por lo que la reina Escarlata les había hecho.

Combustión recogió las alas y alzó la mirada hacia su hermana.

—¿Crees que es cierto?

—No sé nada sobre ellos —contestó la Ala Arenosa—. En la arena, no parecían lo suficientemente fieros como para matar a nadie. Pero luego atacaron a Escarlata, así que está claro que son más peligrosos de lo que parecen. —Se paró ante la gran mesa llena de comida que había en el centro del gran salón—. Lo único que sé es que no me gustan —murmuró—. Y ojalá hubiera podido poner mis garras sobre sus huevos antes de que todos ellos eclosionaran.

Levantó el cadáver de un águila y le arrancó la cabeza de un mordisco, imaginándose que se lo hacía a determinada Ala Marina o a esa horrible Ala Lluviosa.

—¿No te va bien con Rubí? —preguntó Combustión.

—La supuesta nueva reina de los Alas Celestes es aburrida y todo un engorro —espetó Brasas—. Quiere «restaurar el orden en el Reino Celeste» y «llevar la estabilidad a su trono» antes de implicarse en más batallas para apoyarme. Es incluso más difícil que su molesta madre y apenas sabe seguir órdenes. No hemos tenido ninguna batalla satisfactoria en semanas. Me estoy planteando deshacerme de ella.

—Suena frustrante.

Combustión se puso un plato de dátiles delante de él y se llevó dos a la boca.

—Lo es. Necesito matar algo. Hace ya demasiado tiempo desde la última vez que le abrí la garganta a un dragón.

Su hermano se alejó de ella unos cuantos pasos. Quizá pensaba que estaba disimulando bien, pero no era el caso.

—Bueno —dijo—. Siempre tienes a tu prisionera.

—No. No —lo corrigió Brasas—. La reina Escarlata es nuestra invitada. Por ahora. Quizá cambie de opinión en cuanto decida lo útil que puede sernos. —Echó un vistazo a través de la ventana, al abrasador sol que se reflejaba en las piedras del patio—. No, tengo a otra víctima en la cabeza. Cinco víctimas, de hecho.

—Por supuesto —convino su hermano, que agachó la cabeza—. Lo único que tienes que hacer es encontrarlas.

—Oh, lo haré —dijo—. Por fin todo el mundo cerrará el hocico y dejará de decir lo maravillosos que son los «dragonets del destino» cuando tenga sus cabezas en picas sobre mi muro. —Le enseñó los dientes a su hermano. Volutas de humo le salían de los orificios nasales—. Escucha bien lo que te digo. Pronto le pondremos fin para siempre a esa absurda profecía carente de sentido.

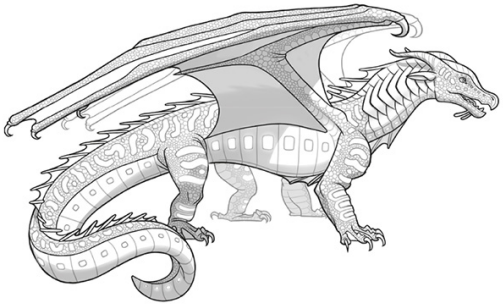
¡DESCUBRE LA SAGA QUE HA CONQUISTADO A 15 MILLONES DE LECTORES EN TODO EL MUNDO!

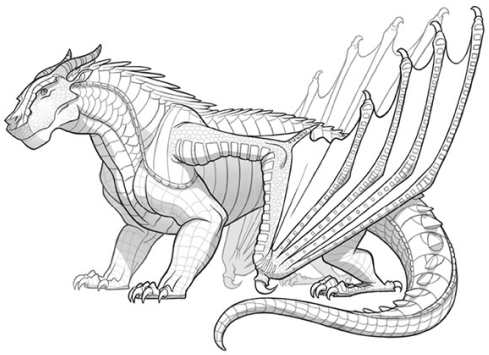
La profecía

La heredera perdida

El reino escondido

El oscuro secreto





Regresa la saga épica que ha deslumbrado a más de 15 millones de lectores en todo el mundo

De entre las sombras surgen nuevos peligros...

Los misteriosos Alas Nocturnas lo mantienen todo en secreto, desde su hogar o su reina hasta su alianza en la guerra. Ahora han secuestrado a Nocturno, su dragonet del destino, y este está maravillado (y aterrorizado) por poder conocer por fin a su tribu.

Pero el reino de los Alas Nocturnas está lleno de misterios aún más terribles de lo que cualquiera podría sospechar, y el destino de varios reinos descansa en las garras de Nocturno y en las decisiones que tome en este momento. Con el resto de los dragonets demasiado lejos para ayudarle, Nocturno tendrá que encontrar su propia forma de ser valiente... antes de que sea demasiado tarde.

Tui T. Sutherland (Venezuela, 1978) es una autora de libros infantiles que también ha escrito bajo el seudónimo de Heather Williams. Además comparte otro seudónimo, Erin Hunter, con los escritores Kate Cary y Cherith Baldry cuando colaboran con la editora Victoria Holmes en la serie de novelas «Seekers and Warriors». También es conocida por escribir la serie de novelas «Alas de Fuego».

Título original: *Wings of Fire. The Dark Secret*

Primera edición: mayo de 2023

© 2023, Tui T. Sutherland
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: adaptación del diseño original por Penguin Random House Grupo Editorial

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-272-3549-6

Compuesto en: leerendigital.com

Facebook: editorialmolino
Twitter: @EdMolino
Instagram: @editorialmolino
Youtube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

El oscuro secreto (Alas de fuego 4)

Prólogo
Primera parte. El plan secreto
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Segunda parte. El secreto de la reina
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20

Tercera parte. La verdad
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Epílogo

Sobre este libro
Sobre Tui T. Sutherland
Créditos